STAR WARS

DARTH BANE

CAMINO DE DESTRUCCIÓN

DREW KARPYSHYN

timunmas | PLANETA DeAGOSTINI

Huyendo de las vengativas fuerzas republicanas, Dessel, un minero de cortosis, se enrola en las filas del ejército Sith, uniéndose a la sangrienta guerra contra la República y sus héroes Jedi. Allí, su brutalidad, astucia y excepcional dominio de la Fuerza le convierten rápidamente en un guerrero de renombre. Pero sus jefes, siempre vigilantes, creen que le aguarda un futuro mucho más brillante. Como acólito de la academia Sith, donde estudia los secretos y poderes del lado oscuro, Dessel adopta su nueva identidad: Bane. Pero la verdadera prueba aún está por llegar. Para poder ser aceptado en la Hermandad de la Oscuridad, deberá desafiar las tradiciones más secretas y rechazar todo lo que le han enseñado. Esta será una auténtica prueba de fuego en la que deberá entregarse por completo al lado oscuro… y hacer renacer de sus cenizas una nueva era de poder absoluto.



Darth Bane 1

Camino de destrucción

Drew Karpyshyn



LEYENDAS

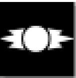
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Darth Bane: Path of Destruction*

Autor: Drew Karpyshyn

Arte de portada: John Jude Palencar

Publicación del original: septiembre 2006

 1003 - 1000 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1 (con correcciones aportadas por Reek17 y Satele88)

08.04.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Jen, que lo hace todo posible.

Agradecimientos

Esta novela no podría haber tomado forma sin la ayuda de mucha gente.

Me gustaría agradecer a mis editores Shelly Shapiro y Sue Rostoni por darme esta oportunidad y por quedarse conmigo a través de todas mis reescrituras y revisiones. Me estremezco de pensar cómo habría acabado si no hubiera sido por sus valiosos comentarios e ideas.

Cualquiera que haya leído las series Jedi vs. Sith verá la deuda creativa que le debo a Dark Horse Comics, pero también me gustaría señalar las contribuciones de mis amigos y compañeros de trabajo de BioWare. Muchas de las bases y el material de fondo para esta novela evolucionaron de nuestra investigación y trabajo juntos en KOTOR, especialmente Dave Gaider, Luke Kristjanson, Peter Thomas, y James Ohlen.

Gracias por todo, tíos.

Drew

PRÓLOGO

En los últimos días de la Antigua República, los seguidores Sith del lado oscuro de la Fuerza y antiguos enemigos de la orden Jedi, eran sólo dos: un Maestro y un aprendiz. Aún así no siempre era así. Mil años antes del colapso de la República y el alzamiento al poder del Emperador Palpatine, los Sith eran legión…

Lord Kaan, Maestro Sith y fundador de la Hermandad de la Oscuridad, caminaba a través del sangriento campo de batalla, una sombra alta en la penumbra de la noche. Miles de tropas de la República y casi cien Jedi habían dado sus vidas tratando de defender este mundo contra su ejército, y habían perdido. Él se deleitaba en su sufrimiento y desesperación; incluso ahora podía percibirlo elevándose como el hedor de los cuerpos rotos desparramados por el valle.

En la distancia se avecinaba una tormenta. Conforme cada resplandor de un rayo iluminaba el cielo, el gran templo Sith de Korriban era visible momentáneamente en la distancia, una silueta austera alzándose sobre el horizonte yermo.

Un par de figuras esperaban en el centro de la matanza, una humana y la otra twi'lek. Él las reconoció a pesar de la oscuridad: Qordis y Kopecz, dos de los más poderosos Lords Sith. Una vez habían sido rivales amargos, pero ahora servían juntos en la Hermandad de Kaan. Se aproximó a ellos rápidamente, sonriendo.

Qordis, alto y tan flaco que parecía casi esquelético, le devolvió la sonrisa.

—Esta es una gran victoria, Lord Kaan. Ha pasado demasiado tiempo desde que los Sith han tenido una academia en Korriban.

—Percibo que estás ansioso por empezar a entrenar a los nuevos aprendices aquí —contestó Kaan—. Espero que me proveas con muchos adeptos Sith más poderosos… y leales… y Maestros en los años venideros.

—¿*Proveerte*? —Preguntó Kopecz haciendo énfasis—. ¿No querrás decir *proveernos*? ¿No somos todos parte de la Hermandad de la Oscuridad?

Su pregunta se encontró con una risa fácil.

—Por supuesto, Kopecz. ¿Un mero desliz de la lengua?

—Kopecz rehúsa a celebrar nuestro triunfo —destacó Qordis—. Ha estado así toda la noche.

Kaan dio una palmada en el hombro pesado del twi'lek.

—Esta es una gran victoria para nosotros —dijo él—. Korriban es más que sólo otro mundo: es un símbolo. El lugar de nacimiento de los Sith. Esta victoria manda un mensaje a la República y a los Jedi. Ahora de verdad conocerán y temerán a la Hermandad.

Kopecz se encogió de hombros para liberarse de la mano de Kaan y se giró con un golpe de las puntas de los largos lekku alrededor de su cuello.

—Celebrad si queréis —gritó sobre su hombro mientras se alejaba—. Pero la guerra real sólo acaba de empezar.

PARTE UNO

Tres Años Después

1

Dessel estaba perdido en el sufrimiento de su trabajo, apenas al tanto de su alrededor. Sus brazos le dolían por el vapuleo sin fin del martillo hidráulico. Pequeños trozos de piedra saltaban de la pared de la caverna mientras él la perforaba, rebotando en sus gafas protectoras e hiriendo su cara y manos expuestas. Nubes de polvo atomizado llenaban el aire, obscureciendo su visión, y el zumbido estridente del martillo llenaba la caverna, apagando los otros sonidos mientras excavaba centímetro a centímetro agonizante en la gruesa veta de cortosis entretejida en la roca ante él.

Insensible al calor y la energía, el cortosis era preciado para la construcción de armaduras y escudos tanto por intereses comerciales como militares, especialmente con la galaxia en guerra. Altamente resistentes a los rayos bláster, las aleaciones de cortosis supuestamente podían soportar incluso la hoja de un sable láser. Desafortunadamente, las mismas propiedades que lo hacían tan valioso también lo hacían difícil de extraer. Los sopletes de plasma eran virtualmente inútiles; llevaría días hacer arder incluso una pequeña sección de roca con cortosis incrustada. La única forma efectiva de extraerlo era a través de la fuerza bruta de los martillos hidráulicos vapuleando sin descanso la veta, picando el cortosis trocito a trocito.

El cortosis era uno de los materiales más duros de la galaxia. La fuerza del martilleo rápidamente desgastaba la cabeza del martillo, desafilándolo hasta que se volvía casi inútil. El polvo obstruía los pistones hidráulicos, atascándolos. Extraer cortosis era difícil para el equipo… y aún más difícil para los mineros.

Des había estado martilleando durante cerca de seis horas estándar. El martillo pesaba más de treinta kilos, y el esfuerzo de mantenerlo alzado y presionando contra la cara de la roca le estaba pasando factura. Sus brazos estaban temblando por el esfuerzo. Sus pulmones jadeaban por aire y se ahogaban en las nubes de polvo fino de material lanzadas por la cabeza del martillo. Incluso sus dientes le dolían: el traqueteo de la vibración se sentía como si los estuvieran soltando de sus encías.

Pero a los mineros en Apatros se les pagaba basándose en cuánto cortosis recuperaban. Si abandonaba ahora, otro minero se metería y empezaría a trabajar en la veta, llevándose una parte de los beneficios. A Des no le gustaba compartir.

El zumbido del motor del martillo cobró un tono más agudo, volviéndose un gemido agudo con el que Des estaba demasiado familiarizado. A veinte mil rpm, el motor absorbía el polvo como un bantha sorbiendo agua después de una larga travesía por el desierto. La única forma de combatirlo era por la limpieza y el servicio regular, y la Compañía de Minería del Borde Exterior prefería comprar equipo barato y reemplazarlo, en lugar de invertir créditos en mantenimiento. Des sabía exactamente lo que iba a ocurrir después, y un segundo después, lo hizo. El motor explotó.

Los hidráulicos se agarraron con un horrible crujido, y una nube de humo negro escupió en la parte trasera del martillo. Maldiciendo al MBE y a sus políticas

empresariales, Des liberó su dedo contraído del gatillo y lanzó la pieza de equipo gastada al suelo.

—Apártate, niño —dijo una voz.

Gerd, uno de los otros mineros, dio un paso adelante y trató de apartar a Des del camino con un golpe de hombro para poder trabajar en la veta con su propio martillo. Gerd había estado trabajando en las minas por casi veinte años estándar, y había convertido su cuerpo en una masa de músculo duro, anudado. Pero el mismo Des había estado trabajando en las minas durante diez años, desde que era un adolescente, y él era igual de sólido que el hombre mayor, y un poco más grande. Él no se movió.

—No he acabado aquí —dijo él—. El martillo ha muerto, eso es todo. Dame el tuyo y seguiré con ello un rato.

—Conoces las normas, niño. Paras de trabajar y alguien más tiene permiso para meterse.

Técnicamente, Gerd tenía razón. Pero nadie nunca se metía en la propiedad de otro por un mal funcionamiento del equipo. No, a no ser que estuviera tratando de iniciar una pelea.

Des echó un vistazo rápido alrededor. La cámara estaba vacía a excepción de ellos dos, estando a menos de medio metro de distancia. No era sorpresa; Des normalmente escogía cavernas lejos de la red principal de túneles. Había sido más que mera coincidencia que Gerd estuviera aquí.

Des conocía a Gerd de tanto tiempo como podía recordar. El hombre de edad media había sido amigo de Hurst, el padre de Des. Antes, cuando Des empezó a trabajar en las minas con trece años, había recibido un montón de abusos por parte de los mineros más grandes. Su padre había sido el peor torturador, pero Gerd había sido uno de los principales instigadores, repartiendo más de su justa parte de provocaciones, insultos, y ocasionales tirones de orejas.

Sus acosos habían terminado poco después de que el padre de Des muriera de un fuerte ataque al corazón. No era que los mineros sintieran lástima por el joven huérfano, aún así. Para cuando Hurst murió, el adolescente alto, flacucho al que les encantaba acosar se había convertido en una montaña de músculo de manos pesadas y un temperamento feroz. El de minero era un trabajo duro; es la cosa más cercana a los trabajos forzados fuera de una colonia prisión de la República. Quien fuera que trabajara en las minas de Apatros se volvía grande, y Des sucedió que se convirtió en el más grande de todos ellos. Media docena de ojos morados, innumerables narices sangrantes, y una mandíbula rota en el espacio de un mes era todo lo que les tomó a los antiguos amigos de Hurst decidir que estarían más felices si dejaran en paz a Des.

Aún así era casi como si le culparan de la muerte de Hurst, y cada pocos meses uno de ellos lo intentaba de nuevo. Gerd siempre había sido lo suficientemente listo como para mantener la distancia, hasta ahora.

—No veo a ninguno de tus amigos aquí contigo, viejo —dijo Des—. Así que retrocede de mi propiedad, y nadie saldrá herido.

Gerd escupió en el suelo a los pies de Des.

—Ni siquiera sabes qué día es, ¿no, chico? ¡Una kriffida desgracia es lo que eres!

Ellos estaban lo suficientemente cerca el uno del otro, que Des podía oler el amargo whiskey corelliano en el aliento de Gerd. El hombre estaba borracho. Lo suficientemente borracho como para ir buscando pelea, pero aún lo suficientemente sobrio como para mantenerse.

—Hoy hace cinco años —dijo Gerd, agitando su cabeza tristemente—. Hoy hace cinco años que tu propio padre murió, ¡y tú ni siquiera lo recuerdas!

Des raramente siquiera pensaba ya en su padre. No había sentido verle irse. Sus recuerdos más recientes eran de su padre golpeándole. Ni siquiera recordaba el motivo; Hurst raramente necesitaba uno.

—No puedo decir que eche de menos a Hurst del mismo modo que tú, Gerd.

—¿Hurst? —Resopló Gerd—. Él te crió por su cuenta después de que tu mamá muriera, ¿y tú ni siquiera tienes el respeto de llamarle *Papá*? ¡Tú desagradecido hijo de sabuesa kath!

Des miró abajo amenazantemente a Gerd, pero el hombre más bajo estaba demasiado lleno de bebida y de indignación moralista como para ser intimidado.

—Debería haber esperado esto de un cachorro de mudcrutch como tú: —continuó Gerd—. Hurst siempre decía que no eras bueno. Sabía que había algo mal contigo… Bane.

Des apretó sus ojos, pero no picó. Hurst le había llamado por ese nombre cuando estaba borracho. *Bane*. Había culpado a su hijo por la muerte de su mujer. Le había culpado por estar pegado a Apatros. Consideraba que su único hijo era la desgracia[1] de su existencia, un hecho que tendía a escupirle a Des en sus rabietas borrachas.

Bane. Eso representaba todo lo malicioso, ruin, e infame de su padre. Golpeaba a los miedos más internos de cada niño: el miedo a la decepción, el miedo al abandono, el miedo a la violencia. Cuando era un niño, ese nombre le había herido más que todos los golpes de los puños pesados de su padre. Pero Des ya no era un niño. Con el tiempo aprendió a ignorarlo, junto con todo el resto de la bilis de odio que escupía la boca de su padre.

—No tengo tiempo para esto —murmuró él—. Tengo trabajo que hacer.

Con una mano agarró el martillo hidráulico del agarre de Gerd. Puso la otra mano en el hombro de Gerd y le apartó de un empujón. Tambaleándose de espaldas, el hombre embriagado dio con su talón en una roca y cayó duramente contra el suelo.

Se levantó con un gruñido, sus manos cerradas en puños.

—Supongo que tu padre ha estado fuera demasiado tiempo, chico. ¡Necesitas a alguien que te devuelva la cordura a golpes!

Gerd estaba borracho, pero no era ningún imbécil, se dio cuenta Des. Des era más grande, más fuerte, más joven… pero había pasado las últimas seis horas trabajando con un martillo hidráulico. Estaba cubierto de mugre y el sudor goteaba de su cara. Su

[1] Juego de palabras con desgracia (bane en inglés) en el original.

camiseta estaba empapada. El uniforme de Gerd, por otra parte, todavía estaba relativamente limpio: sin polvo y sin manchas de sudor. Debía haber estado planeando esto todo el día, tomándoselo con calma y acomodándose mientras Des se desgastaba.

Pero Des no iba a retroceder en una pelea. Lanzando el martillo de Gerd al suelo, se dejó caer agachándose, con los pies extendidos y los brazos hacia fuera enfrente de él.

Gerd cargó hacia delante, balanceando su puño derecho en un gancho violento. Des extendió el brazo y cogió el puño con la palma abierta de su mano izquierda, absorbiendo la fuerza del golpe. Su mano derecha golpeó hacia delante y agarró la parte inferior de la muñeca derecha de Gerd; mientras tiraba al hombre mayor hacia delante, Des se agachó y se giró, llevando su hombro al pecho de Gerd. Utilizando el propio impulso de su oponente contra él, Des se tensó y tiró fuertemente del puño de Gerd, dándole la vuelta hacia arriba de forma que golpeó el suelo con su espalda.

La lucha tendría que haber acabado justo entonces; Des tuvo medio segundo donde podía haber soltado su rodilla contra su oponente, sacándole el aire de los pulmones y clavándole al suelo mientras él golpeaba a Gerd con sus puños. Pero no ocurrió. A su espalda, exhausta por las horas de levantar el martillo de treinta kilos, le dio un espasmo.

El dolor era agonizante; instintivamente Des se irguió, agarrándose los músculos lumbares anudados. Le dio a Gerd una oportunidad para rodar fuera del camino y volver a ponerse en pie.

De alguna forma Des consiguió dejarse caer en su flexión de combate de nuevo. Su espalda aullaba en protesta, y él gesticulaba conforme dagas al rojo vivo de dolor, se disparaban a través de su cuerpo. Gerd vio los gestos y se rió.

—¿Tienes un tirón ahí arriba, chico? Deberías saber que es mejor no tratar de luchar después de una jornada de seis horas en las minas.

Gerd cargó hacia delante de nuevo. Esta vez sus manos no eran puños, sino garras arañando y agarrando cualquier cosa que pudieran encontrar, tratando de anular la altura del hombre más joven y alcanzarle acercándose. Des trató de lanzarse fuera del camino, pero sus piernas estaban demasiado rígidas y resentidas como para hacerle llegar. Una mano agarró su camiseta, la otra tenía agarre en su cinturón mientras Gerd tiraba de ambos hacia el suelo.

Ellos forcejearon juntos, luchando en la piedra dura, irregular del suelo de la caverna. Gerd tenía su cara hundida contra el pecho de Dessel para protegerla, evitando que Des le diera un codazo sólido o un cabezazo. Todavía tenía agarrado el cinturón de Des, pero ahora su otra mano estaba libre y golpeaba a ciegas hacia donde imaginaba que estaría la cara de Des. Des fue forzado a envolver sus brazos alrededor del propio brazo de Gerd, entrelazándolos de modo que ningún hombre pudiera lanzar un puñetazo.

Con sus extremidades unidas, la estrategia y la técnica significaban poco. La lucha se había convertido en una prueba de fuerza y resistencia, con los dos combatientes desgastándose lentamente el uno al otro. Dessel trató de hacer rodar a Gerd sobre su espalda, pero su cuerpo agotado le traicionó. Sus extremidades eran pesadas y blandas; no pudo conseguir hacer palanca como necesitaba. En su lugar fue Gerd quien fue capaz

de torcerse y girarse, liberando una de sus manos mientras todavía mantenía su cara presionada fuertemente contra el pecho de Des de forma que no quedara expuesta.

Des no tuvo tanta suerte… su cara estaba abierta y vulnerable. Gerd le dio un golpe con su mano libre, pero no golpeó con un puño cerrado. En su lugar llevó su pulgar con fuerza hacia la mejilla de Des, sólo a un par de centímetros de su verdadero objetivo. Golpeó de nuevo con el pulgar, buscando sacar uno de los ojos de su oponente y dejarle ciego y retorciéndose de dolor.

Le llevó a Des un segundo darse cuenta de lo que estaba ocurriendo; su mente cansada se había vuelto tan lenta y torpe como su cuerpo. Apartó su cara justo cuando el segundo golpe aterrizó, el pulgar golpeando dolorosamente en el cartílago superior de su oreja.

La ira oscura explotó dentro de Des: una explosión de pasión fiera que arrasó con el cansancio y la fatiga. De repente su mente estaba despejada, y su cuerpo se sentía fuerte y rejuvenecido. Sabía que iba a hacer a continuación. Más importante, sabía con absoluta certeza lo que Gerd haría a continuación también.

No podía explicar cómo lo sabía; a veces simplemente podía anticipar el siguiente movimiento de un oponente. Instinto, habrían dicho algunos. Des sentía que era algo más. Era demasiado detallado —demasiado específico— para ser simple instinto. Era más como una visión, una breve mirada al futuro. Y cuando pasaba, Des siempre sabía qué hacer, como si algo estuviera guiando y dirigiendo sus acciones.

Cuando el siguiente golpe llegó, Des estaba más que preparado para él. Podía dibujarlo perfectamente en su mente. Sabía exactamente cuándo iba a llegar y precisamente dónde golpearía. Esta vez giró su cabeza en dirección opuesta, exponiendo su cara al golpe que llegaba, y abriendo su boca. Mordió con fuerza, su sincronización perfecta, y sus dientes se hundieron profundamente en la carne sucia del pulgar inquisitivo de Gerd.

Gerd gritó mientras Des cerraba su mandíbula, seccionando los tendones y rompiendo el hueso. Se preguntaba si podía morder limpiamente y entonces —como si el propio pensamiento lo hiciera pasar— seccionó el pulgar de Gerd.

Los gritos se convirtieron en alaridos mientras Gerd liberaba su agarre y se alejaba rodando, agarrando su mano mermada con la que tenía entera. La sangre carmesí brotaba a través de los dedos tratando de restañar el flujo de su muñón.

Levantándose lentamente, Des escupió el pulgar en el suelo. El sabor de la sangre estaba caliente en su boca. Su cuerpo se sentía fuerte y revigorizado, como si algún gran poder se disparara por sus venas. Toda la pelea había eliminado a su oponente; Des podía hacer lo que quisiera con Gerd ahora.

El hombre mayor rodó hacia atrás y adelante en el suelo, su mano aferrada a su pecho. Estaba gimoteando y llorando, rogando misericordia, suplicando ayuda.

Des agitó su cabeza en disgusto; Gerd se lo había buscado. Había empezado como una simple pelea de puños. El perdedor habría acabado con un ojo morado y algunos moratones, pero nada más. Entonces el hombre mayor había llevado las cosas a otro nivel

tratando de dejarle ciego, y él había respondido a su nivel. Des había aprendido hacía mucho a no escalar una pelea a no ser que deseara pagar el precio por perder. Ahora Gerd había aprendido esa lección también.

Des tenía un temperamento, pero no era del tipo de los que seguían golpeando a un oponente indefenso. Sin mirar atrás a su enemigo derrotado, abandonó la caverna y se dirigió de vuelta al túnel para contarle a uno de los capataces lo que había ocurrido para que alguien pudiera ir a atender la herida de Gerd.

No estaba preocupado por las consecuencias. Los médicos podían reinsertar el pulgar de Gerd, así que en el peor de los casos a Des le multarían con un día o dos de su sueldo. La corporación no se preocupaba realmente de lo que hacían sus empleados, mientras siguieran volviendo a extraer el cortosis. Las luchas eran comunes entre los mineros, y MBE siempre había hecho la vista gorda, aunque esta lucha había sido más violenta que la mayoría, salvaje y corta, con un final brutal.

Al igual que la vida en Apatros.

2

Sentado en la parte trasera del crucero de tierra que se utilizaba para transportar a los mineros entre la única colonia de Apatros y las minas, Des se sentía exhausto. Todo lo que quería era volver a su litera en las barracas y dormir. La adrenalina había sido drenada de él, dejándole consciente de la rigidez y el dolor muscular de su cuerpo. Él se hundió en su asiento y miró el interior del crucero.

Normalmente, habría habido otros veinte mineros embutidos en el speeder con él, pero este estaba vacío excepto por él y el piloto. Después de la pelea con Gerd, el capataz había suspendido la paga de Des, a efectos inmediatos, y había ordenado al transporte que le llevara de vuelta a la colonia.

—Este tipo de cosas se están volviendo viejas, Des —había dicho el capataz frunciendo el ceño—. Tenemos que hacer ejemplo de ti esta vez. No puedes trabajar en las minas hasta que Gerd esté curado y de vuelta al trabajo.

Lo que realmente quería decir era, *No puedes ganar más créditos hasta que Gerd vuelva*. A él todavía le cobrarían el alojamiento y las comidas, por supuesto. Cada día que se quedaba sentado sin hacer nada iría a su cuenta, sumándose a la deuda que estaba tan desesperado por saldar.

Des imaginaba que pasarían cuatro o cinco días hasta que Gerd fuera capaz de sostener un martillo hidráulico de nuevo. El médico local había reinsertado el pulgar seccionado utilizando un vibroescalpelo y carne sintética. Un par de días de inyecciones de kolto y algunas medicinas baratas para paliar el dolor, y Gerd estaría de vuelta. La terapia de Bacta le habría tenido de vuelta en un día; pero el bacta era caro, y MBE no pagaría por él a no ser que Gerd tuviera un seguro de minero… lo cual Des dudaba bastante.

La mayoría de mineros nunca se preocupaban del programa de seguros de la compañía. Era caro, para empezar. Lo que con el alojamiento, las comidas, y las tarifas que cubrían el coste del transporte hacia y desde las minas, la mayoría pensaban que ya le habían dado a MBE más que suficiente de su paga difícilmente ganada sin añadir primas por seguros al montón.

No era solo el coste, aún así. Era casi como si los hombres y mujeres que trabajaban en las minas de cortosis estuvieran en negación, rechazándose a admitir los peligros potenciales y riesgos con los que se encontraban cada día. Tener un seguro les forzaría a mirar a los hechos fríos, duros.

Pocos mineros llegaban a alcanzar la edad dorada. Los túneles reclamaban muchos cuerpos, enterrados por los derrumbes o incinerados cuando alguien golpeaba una bolsa de gas explosivo atrapada en la roca. Incluso aquellos que lograban salir de las minas tendían a no sobrevivir mucho en su retiro. Las minas les pasaban factura. Los hombres de sesenta años se iban con cuerpos que parecían y se sentían como si fueran de noventa, cascarones rotos desgastados por décadas de una dura labor física y por la exposición a contaminantes aéreos que se colaban por los filtros de MBE por debajo del estándar.

Cuando murió el padre de Des —sin ningún seguro, por supuesto— todo lo que sacó Des fue el privilegio de acarrear con la deuda acumulada de su padre. Hurst había pasado más tiempo bebiendo y apostando que excavando. Para pagar su habitación mensual y las comidas a menudo tenía que pedir un préstamo de créditos a MBE con una tasa de interés que sería criminal en cualquier parte salvo en el Borde Exterior. La deuda continuaba amontonándose, mes a mes y año a año, pero a Hurst no parecía importarle. Él era un padre único con un hijo del que resentía, atrapado en un trabajo brutal que despreciaba; había abandonado cualquier esperanza de escapar de Apatros mucho antes de que el ataque al corazón le reclamara.

El engendro de Hutt probablemente se habría alegrado de saber que le habían pegado a su hijo su factura.

El transporte aceleró sobre las rocas yermas de las llanuras del pequeño planeta sin hacer ningún sonido salvo el interminable ruido monótono de los motores. Los baldíos sin características pasaban volando en un borrón, hasta que la vista fuera de la ventana no era otra cosa sino una cortina de gris sin forma. El efecto era hipnótico: Des podía sentir su mente cansada y su cuerpo con ansias de perderse en el sueño profundo y sin sueños.

Así era cómo te agarraban. Te hacían trabajar hasta el hastío, atontaban tus sentidos, nublaban tu voluntad hacia la sumisión… hasta que aceptabas tu suerte y malgastabas tu vida entera en el polvo y la mugre de las minas de cortosis. Todo en el servicio incansable de la Compañía de Minería del Borde Exterior. Era una trampa sorprendentemente efectiva; funcionaba en los hombres como Gerd y Hurst. Pero no iba a funcionar con Des.

Incluso con la deuda aplastante de su padre, Des sabía que saldaría su cuenta con MBE algún día y dejaría atrás esta vida. Estaba destinado a algo más grande que esta pequeña existencia, insignificante. Lo sabía con absoluta certeza, y era este conocimiento lo que le daba la fuerza para continuar enfrentando a este incansable trabajo monótono, a veces desesperanzador. Le daba la fuerza para luchar, incluso cuando parte de él se sentía como si quisiera abandonar.

Estaba suspendido, incapaz de trabajar en las minas, pero había otras formas de ganar créditos. Con un gran esfuerzo se forzó a levantarse. El suelo se balanceaba bajo sus pies conforme el speeder hacía los ajustes constantes para mantener la altura de crucero de medio metro sobre el nivel del suelo. Se tomó un segundo para acostumbrarse al ritmo ondulante del transporte, entonces medio caminó, medio se tambaleó hacia el aislado entre los asientos y el piloto en el frente. No reconoció al hombre, pero todos tendían a parecerse de todas formas: características lúgubres, sin sonrisa, ojos vacíos, y siempre llevando una expresión como si estuvieran al borde de un dolor de cabeza cegador.

—Hey —dijo Des, tratando de sonar despreocupado—, ¿viene hoy alguna nave al espaciopuerto?

No había motivos para que el piloto mantuviera su atención fija en el camino de delante. El viaje de cuarenta minutos entre las minas y la colonia era una línea recta por

un plano vacío; algunos de los pilotos incluso se echaban la siesta durante la ruta. Aún así este rehusó mirar a Des mientras contestaba.

—Una nave de carga tocó tierra hace un par de horas —dijo con una voz aburrida—. Una nave de carga Militar de la República.

Des sonrió.

—¿Se van a quedar un tiempo?

El piloto no contestó; él sólo resopló y agitó su cabeza ante la estupidez de la pregunta. Des asintió y se tambaleó de vuelta hacia su asiento en la parte trasera del transporte. Conocía la respuesta, también.

El cortosis se utilizaba en los cascos de todo, desde los cazas hasta las naves capitales, así como se entretejían en la armadura corporal de las tropas. Y mientras la guerra contra los Sith no terminaba nunca, la necesidad de la República por cortosis continuaba aumentando. Cada pocas semanas un carguero de la República tocaba tierra en Apatros. Al siguiente día se iría de nuevo con sus plataformas de carga repletas del valioso mineral. Hasta entonces los oficiales de tripulación y soldados alistados por igual, no tendrían nada que hacer salvo esperar. Por sus experiencias pasadas, Des sabía que cuando los soldados de la República tenían un par de horas libres les gustaba jugar a las cartas. Y donde la gente jugaba a las cartas, había dinero por hacer.

Hundiéndose en su asiento en la parte trasera del speeder, Des decidió que quizás no estaba del todo preparado para meterse en su litera después de todo.

Para cuando el transporte se detuvo en los límites de la colonia, el cuerpo de Des estaba cosquilleando de anticipación. Saltó fuera y dio una caminata hacia su barraca a un paso sin prisas, luchando contra sus propias ansias y la necesidad de correr. Incluso ahora, imaginaba él, los soldados de la República y sus créditos estarían sentados en las mesas de juego en la única cantina de la colonia.

Aún así, no tenía sentido correr hacia allí. Era el final de la tarde, el sol justo estaba empezando su descenso más allá del horizonte hacia el norte. Por el momento la mayoría de los mineros del turno de noche estarían despiertos. Muchos de ellos ya estarían en la cantina, pasando el rato hasta que tuvieran que hacer el viaje hacia las minas para empezar su jornada. Durante las siguientes dos horas Des supo que tendría que tener suerte para encontrar un lugar para sentarse en la cantina, sin hablar de encontrar un asiento vacío en una mesa de pazaak o sabacc. Mientras tanto, pasarían otro par de horas antes de que los hombres que trabajaban en el turno de día subieran en los transportes que les esperaban para dirigirse de vuelta a sus hogares; tenía que llegar a la cantina mucho antes que ninguno de ellos.

De vuelta en su barraca, se quitó su mono manchado de mugre y saltó hacia las duchas comunitarias desiertas, limpiando el sudor y el polvo de roca fina de su cuerpo. Entonces se cambió a unas ropas limpias y paseó hacia la calle, haciendo su camino lentamente hacia la cantina al otro extremo de la ciudad.

La cantina no tenía un nombre; no lo necesitaba. Nadie había tenido nunca ningún problema para encontrarle. Apatros era un mundo pequeño, apenas más que una luna con

una atmósfera y algo de vida vegetal indígena. Había un par de lugares preciosos a los que ir: las minas, la colonia, o los baldíos yermos que había entre ellas. Las minas eran un complejo enorme que abarcaba las cuevas y túneles excavados por MBE, así como las ramas de refinería y procesamiento de las operaciones de MBE.

Los espaciopuertos estaban localizados allí también. Los cargueros se iban a diario con cargamentos de cortosis destinados a un mundo más rico y más cercano a Coruscant y el Núcleo Galáctico, y los navíos que llevaban equipo y suministros para mantener en marcha las minas llegaban al otro día. Los empleados que no eran lo suficientemente fuertes para extraer cortosis trabajaban en las plantas de refinería o en el espaciopuerto. La paga no era tan buena, pero tendían a vivir más.

Pero no importaba dónde trabajara la gente, todos volvían a casa al mismo lugar al final de sus jornadas. La colonia no era otra cosa que una ciudad destartalada de barracas temporales reunidas por MBE para albergar a los pocos cientos de trabajadores que se esperaba que mantuvieran las minas en funcionamiento. Como el propio mundo, a la colonia se la conocía oficialmente como Apatros. Para aquellos que vivían allí, se la llamaba comúnmente «las chozas de barro». Cada edificio era del mismo tono gris sucio del duracero, el exterior envejecido y desgastado. Los interiores de los edificios eran virtualmente idénticos, las barracas de los trabajadores temporales se habían convertido todas en demasiado permanentes. Cada estructura albergaba cuatro habitaciones pequeñas privadas preparadas para dos personas, pero que a menudo contenían a tres o más. A veces familias enteras compartían una de esas habitaciones, a no ser que pudieran encontrar los créditos para los escandalosos alquileres que MBE cobraban por más espacio. Cada habitación tenía literas construidas en las paredes y una única puerta que se abría a un pasillo estrecho; un baño comunitario y una ducha estaban situados al final. Las puertas tendían a chirriar en sus bisagras mal puestas que nunca se atendían; los techos eran un parcheado de arreglos rápidos para sellar las goteras que inevitablemente había cada vez que llovía. Las ventanas rotas estaban precintadas contra el viento y el frío, pero nunca se reemplazaban. Una fina capa de polvo se acumulaba sobre todo, pero pocos de los residentes se molestaban nunca en barrer sus domicilios.

Toda la colonia media menos de un kilómetro cuadrado, haciendo posible caminar desde cualquier edificio hasta otra de las estructuras idénticas en menos de veinte minutos estándar. Pese a la similitud incansable de la arquitectura, navegar por la colonia era fácil. Las barracas habían sido situadas en filas rectas y columnas, formando una red de calles utilitarias entre los domicilios uniformemente espaciados. Las calles no podían decirse que estuvieran exactamente limpias, aunque difícilmente estaban infectadas de basura. MBE limpiaba la basura y los desperdicios lo suficientemente a menudo para mantener las condiciones sanitarias, ya que un brote de enfermedades alimentado por la suciedad afectaría de manera adversa la producción de la mina. Sin embargo, a la compañía no parecía importarle la porquería que inevitablemente se acumulaba a través de la ciudad. Generadores rotos, maquinaria oxidada, trozos de metal corroído, y herramientas desechadas, desgastadas, abarrotaban las estrechas calles entre las barracas.

Sólo había dos estructuras en la colonia que eran de alguna forma distinguibles del resto. Una era el mercado MBE, la única tienda del mundo. Una vez había sido una barraca, pero las literas habían sido reemplazadas por estanterías, y el área de duchas comunitarias ahora era una sala de almacenamiento asegurada. Un cartel pequeño en blanco y negro había sido pegado a la pared exterior, indicando las horas en las que estaba operativo. No había expositores para contratar vendedores, y no había anuncios. El mercado almacenaba sólo los objetos más básicos, todos a unas subidas de precios escandalosas. Los créditos eran de buen gusto adelantados contra futuros sueldos con las típicamente altas tasas de interés de MBE, garantizando que los compradores pasarían aún más horas en la mina trabajando para sus compras.

El otro edificio distinto era la propia cantina, un triunfo magnífico de belleza y diseño si se le comparaba con la homogeneidad lúgubre del resto de la colonia. La cantina estaba construida a un par de cientos de metros más allá del límite de la ciudad, puesta bien aparte del enrejado gris de barracas. Se mantenía sólo con tres pisos de altura, pero debido a que todas las otras estructuras estaban limitadas a una única planta dominaba el paisaje. No es que necesitara ser tan alta. Dentro de la cantina todo estaba localizado en la planta baja; los pisos superiores eran meramente una fachada construida por Groshik para lucirse, el dueño neimoidiano y camarero. Encima del techo de la primera planta, el segundo y tercer piso no existían realmente, sólo estaban las paredes alzadas y una cúpula hecha de cristal tintado violeta, iluminada desde dentro. Luces violeta a juego cubrían las paredes exteriores azul pálido. En casi cada mundo el efecto habría sido ostentoso y chabacano, pero en medio del gris de Apatros dudosamente era así. Groshik a menudo proclamaba que había hecho intencionadamente su cantina todo lo estridente posible, simplemente para ofender a los mandamases de MBE. El sentimiento le hacía popular con los mineros, pero Des dudaba de si a MBE realmente le importaba que fuera de una u otra forma. Groshik podía pintar su cantina del color que quisiera, mientras le diera a la corporación su parte de los beneficios cada semana.

El día de veinte horas estándar de Apatros se dividía equitativamente entre las dos jornadas de los mineros. Des y el resto del grupo de temprano trabajaban de 0800 a 1800; sus contrapartes trabajaban de 1800 a 0800. Groshik, en un esfuerzo por maximizar los beneficios abría cada tarde a las 1300 y no cerraba durante diez horas seguidas. Esto le permitía servir al grupo nocturno de trabajadores antes de que empezaran y coger al grupo de día cuando ese turno hubiera terminado. Cerraría a las 0300, limpiaría por dos horas, dormiría seis, y entonces se levantaría a las 1100 y empezaría el proceso de nuevo. Su rutina era bien conocida para todos los mineros; el neimoidiano era tan constante como la salida y la puesta del pálido sol naranja de Apatros.

Conforme Des cruzaba la distancia entre el límite de la colonia en sí y la puerta de bienvenida de la cantina, ya podía escuchar los sonidos que llegaban desde dentro: música alta, risas, parloteos, vasos tintineando. Eran casi las 1600 ahora. Al turno de día le quedaban dos horas antes de que fuera hora de irse, pero la cantina estaba todavía

repleta de trabajadores del turno de noche buscando beber o algo que comer antes de que subieran a bordo de las lanzaderas que les llevaría a las minas.

Des no reconocía ninguna de las caras: los grupos del día y de la noche raramente cruzaban sus caminos. Los clientes habituales eran la mayoría humanos, con un par de twi'leks, sullustanos, y cereanos llenando la multitud. Des estaba sorprendido de ver a un rodiano, también. Aparentemente el grupo nocturno era más tolerante con otras especies que el del turno de día. No había camareras, sirvientes, o bailarinas; el único empleado en la cantina era el propio Groshik. Cualquiera que quisiera una bebida tenía que llegar a la gran barra construida en la pared trasera y pedirla.

Des se abrió paso a través de la multitud. Groshik le vio llegar y momentáneamente se hundió fuera de la vista tras la barra, reapareciendo con una jarra de cerveza Gizer justo cuando Des alcanzó el mostrador.

—Llegas pronto hoy —dijo Groshik mientras dejaba caer la bebida con un golpe fuerte. Su voz baja, grave, era difícil de escuchar por encima del estruendo de la multitud. Sus palabras siempre tenían una calidad gutural, como si estuviera hablando desde la parte trasera de su garganta.

Al neimoidiano le gustaba, aunque Des no estaba seguro de por qué. Quizás era porque él había visto crecer a Des desde un niño joven hasta un hombre; quizás sólo sentía lástima porque Des hubiera tenido a tal hierba de rank por padre. Cual fuera la razón, había un acuerdo en pie entre los dos: Des nunca tenía que pagar por una bebida si se la servía sin pedírsela. Des agradecido aceptó el regalo y la bajó de un largo trago, entonces golpeó con la jarra vacía en la mesa.

—Me metí en un pequeño problema con Gerd —contestó él, secándose la boca—. Le arranqué el pulgar de un mordisco, así que me dejan irme a casa temprano.

Groshik inclinó su cabeza hacia un lado y fijó sus enormes ojos rojos en Des. La expresión amarga de su cara de anfibio no cambió, pero su cuerpo tembló un tanto ligero. Des le conocía lo suficientemente bien para darse cuenta de que el neimoidiano se estaba riendo.

—Parece un trato justo —graznó Groshik, rellenando la jarra.

Des no engulló la segunda bebida como lo había hecho con la primera. Groshik rara vez le daba más de una por cuenta de la casa, y no quería abusar de la generosidad del camarero.

Giró su atención hacia la multitud. Los visitantes de la República eran fáciles de avistar. Cuatro humanos —dos hombres, dos mujeres— y un hombre ithoriano en uniformes limpios del ejército. No eran sólo sus ropas lo que les hacía destacar, aún así. Todos permanecían rectos y altos, mientras que la mayoría de los mineros tendían a encorvarse hacia delante, como si llevaran un gran peso en sus espaldas.

En un lado de la habitación principal, una sección más pequeña estaba acordonada del resto de la cantina. Era la única parte del lugar con la que Groshik no tenía nada que ver. La Compañía MBE permitía las apuestas en Apatros, pero sólo si estaba al cargo de las mesas. Oficialmente era para evitar que cualquiera hiciera trampas, pero todos sabían que

la verdadera preocupación de MBE era mantener las apuestas bajo control. No querían que uno de sus empleados ganara mucho y saldara todas sus deudas en una noche con suerte. Al mantener los límites máximos bajos, MBE se aseguraba de que fuera más provechoso trabajar en las minas que en las mesas.

En la sección de juego había cuatro soldados más del ejército que llevaban el uniforme de la flota de la República, junto con una docena o así de mineros. Una mujer twi'lek con el rango de suboficial de marina en su solapa estaba jugando al pazaak. Un joven insignia estaba sentado en la mesa de sabacc, hablando en voz alta a todo el mundo a su alrededor, aunque nadie parecía estar escuchándole. Dos oficiales más —ambos humanos, un hombre, una mujer— también estaban sentados en la mesa de sabacc. La mujer era una teniente; el hombre llevaba la insignia de comandante. Des supuso que eran los oficiales al mando sénior de la misión de recibir el cargamento de cortosis.

—Veo que te has dado cuenta de nuestros reclutas —murmuró Groshik.

La guerra contra los Sith —oficialmente nada más que una serie de enfrentamientos militares extendidos, incluso aunque toda la galaxia sabía que era una guerra— requería un flujo constante de cadetes jóvenes y entusiastas para las líneas de frente. Y por alguna razón la República siempre esperaba que los ciudadanos del Borde Exterior saltaran ante la oportunidad de unirse a ellos. Siempre que una tripulación militar de la República pasaba por Apatros, los oficiales trataban de reunir nuevos reclutas. Comprarían una ronda de bebidas, entonces la utilizarían para empezar una conversación, normalmente sobre la vida gloriosa y heroica de ser un soldado. A veces resaltaban la brutalidad de los Sith. Otras veces inventaban promesas de una vida mejor en la milicia de la República, todo mientras pretendían ser amistosos y simpáticos con los locales, esperando que un par se uniera a su causa.

Des sospechaba que recibían algún tipo de extra por cualquier nuevo recluta que engañaran para alistarse. Desafortunadamente para ellos, no iban a encontrar demasiados dispuestos en Apatros. La República no era demasiado popular en el Borde; la gente aquí, incluyendo a Des, sabía que los Mundos del Núcleo explotaban los planetas pequeños, remotos como Apatros para su propio beneficio. Los Sith encontraban un montón de simpatizantes anti-República ahí fuera en los límites del espacio civilizado; ese era uno de los motivos por los que sus números continuaban creciendo mientras la guerra se prolongaba.

Pese a su insatisfacción con los Mundos del Núcleo, la gente todavía se alistaría con los reclutas si la República no estuviera tan preocupada por seguir la ley absolutamente al pie de la letra. Cualquiera que tuviera esperanzas de escapar de Apatros y del agarre de la corporación minera estaba en un duro golpe: las deudas a MBE todavía tenían que ser pagadas, incluso por los reclutas que protegían la galaxia contra el alzamiento de la amenaza Sith. Si alguien le debía dinero a una corporación legítima, la flota de la República guardaría su sueldo hasta que esas deudas fueran pagadas. No demasiados mineros estaban contentos con la perspectiva de unirse a una guerra sólo para tener el privilegio de que no se le pagara.

Alguno de los mineros estaba resentido con los oficiales sénior y su constante presión para atraer a jóvenes hombres y mujeres ingenuos para unirse a su causa. A Des no le importaba, aún así. Les escucharía parlotear toda la noche, mientras siguieran jugando a las cartas. Imaginaba que era un pequeño precio a pagar por poner sus manos en sus créditos.

Su entusiasmo debía haberse visto, al menos para Groshik.

—¿Hay alguna posibilidad de que escucharas que una tripulación de la República iba a parar por aquí e iniciaras una pelea con Gerd sólo para poder llegar aquí antes?

Des agitó su cabeza.

—No. Sólo una feliz coincidencia, eso es todo. ¿Desde qué ángulo están trabajando esta vez? ¿La gloria de la República?

—Tratan de advertirnos de los horrores de la Hermandad de la Oscuridad —fue la respuesta cuidadosamente neutral—. No les va demasiado bien.

El dueño de la cantina se guardaba sus opiniones reales para sí mismo cuando se trataba de asuntos de política. Sus clientes eran libres de hablar sobre cualquier tema que quisieran, pero no importaba cómo se calentaran sus discusiones, siempre rechazaba tomar parte.

—Malo para el negocio —había explicado una vez—. Estate de acuerdo con alguien y serán tus amigos durante el resto de la noche. Oponte a ellos y te odiarán durante semanas. —Los neimoidianos eran famosos por su astuto sentido de los negocios, y Groshik no era una excepción.

Un minero se abrió paso hasta la barra y pidió una bebida. Cuando Groshik fue a cumplir con el pedido, Des se giró para estudiar el área de juego. No había ningún asiento libre en la mesa de sabacc, así que por el momento estaba forzado al rol de espectador. Bien durante una hora estudió los juegos y las apuestas de los recién llegados, prestando atención particularmente a los oficiales sénior. Tendían a ser mejores jugadores que las tropas alistadas, probablemente porque tenían más créditos que perder.

El juego en Apatros seguía una versión modificada de las reglas Estándar de Bespin. Las bases del juego eran simples: consigue una mano tan cerca de veintitrés como sea posible sin pasarte. Cada ronda, un jugador tenía o que apostar para quedarse en el juego, o abandonar. Cualquier jugador que escogiera quedarse podía sacar una nueva carta, descartarse de una carta, o poner una carta en el campo de interferencia para fijar su valor. Al final de cada ronda un jugador podía plantarse, revelando su mano y forzando a que todos los otros jugadores mostraran sus cartas, también. La mejor mano de la mesa ganaba el bote de mano. Cualquier puntuación por encima de veintitrés, o por debajo de menos veintitrés, era una bomba que requería que el jugador pagara una sanción. Y si un jugador tenía una mano que sumaba exactamente veintitrés —un sabacc completo— él o ella ganaba el bote sabacc como un extra. Pero con cambios aleatorios que podían cambiar inesperadamente el valor de las cartas de ronda a ronda, y con otros jugadores plantándose pronto, un sabacc completo era mucho más difícil de lograr de lo que sonaba.

El sabacc era más que un juego de suerte. Era de estrategia y estilo, saber cuándo tirarse un farol y cuándo retirarse, saber cómo adaptarse a las cartas cambiando constantemente. Algunos jugadores eran demasiado cautos, no apostando nunca más de la baza mínima incluso cuando tenían una buena mano. Otros eran demasiado agresivos, tratando de abusar del resto de la mesa con apuestas abusivas incluso cuando no tenían nada. La tendencia natural de un jugador era evidente si sabías qué buscar.

El insignia, por ejemplo, claramente era nuevo en el juego. Seguía quedándose con manos flojas en lugar de retirar sus cartas. Era un cazador, no se satisfacía con cartas lo suficientemente buenas para coger el bote de mano. Siembre buscaba la mano perfecta, esperando una buena ganancia y recoger el bote sabacc que continuaba creciendo hasta que se ganaba. Como resultado, seguían cogiéndole con manos bomba y teniendo que pagar una sanción. No parecía ralentizar sus apuestas, aún así. Era uno de esos jugadores con más créditos que sentido común, que encajaba bien con Des.

Para ser un jugador de sabacc experto, tenías que saber cómo controlar la mesa. No le llevó a Des muchas manos darse cuenta de que el comandante de la República estaba haciendo justo eso. Sabía cómo hacer grandes apuestas y hacer que los otros jugadores retiraran las manos ganadoras. Sabía cuándo apostar poco para meter a los otros a jugar manos que tenían que haber retirado. No se preocupaba mucho por sus propias cartas; sabía que el secreto del sabacc era imaginar lo que todos los demás llevaban… y dejarles pensar que sabían qué cartas llevaba *él*. Era sólo cuando todas las cartas eran reveladas y él amasaba las fichas cuando sus oponentes se daban cuenta de lo equivocados que habían estado.

Era bueno, Des tenía que admitirlo. Mejor que la mayoría de los jugadores de la República que pasaban por ahí. Pese a su apariencia plácida, era inflexible alzar bote tras bote. Pero Des tenía un buen presentimiento; a veces simplemente sabía que no podía perder. Iba a ganar esta noche… y ganar a lo grande.

Hubo un gruñido de uno de los mineros en la mesa.

—¡Otra ronda y ese bote sabacc habría sido mío! —Dijo él, agitando su cabeza—. Tienes suerte de haberte plantado cuando lo has hecho —añadió él, hablando al comandante.

Des sabía que no era suerte. El minero había estado demasiado alterado, se había estado retorciendo en su asiento. Cualquiera con medio cerebro habría visto que estaba yendo hacia una mano poderosa. El comandante lo había visto y había hecho su movimiento, cortando pronto la mano y cortando las esperanzas de los otros jugadores a la altura de las rodillas.

—Eso es todo —dijo el minero, apartándose de la mesa—. Estoy seco.

—Parece que ahora es tu oportunidad —susurró Groshik bajo su aliento mientras se arrastraba para llenar otra bebida—. Buena suerte.

No necesito la suerte esta noche, pensó Des. Cruzó el suelo de la cantina y caminó sobre la cuerda de nanoseda hacia la sala de juego controlada por MBE.

3

Des se aproximó a la mesa de sabacc y asintió al CardShark Beta-4 que repartía las manos. MBE prefería a los droides automáticos a los crupieres orgánicos: no había salario que pagar, y no había riesgo de que un jugador artero convenciera al droide para hacer trampas.

—Entro —declaró él, tomando el asiento vacío.

El insignia estaba sentado directamente enfrente de él. Él dejó salir un largo silbido, fuerte.

—Maldición, eres un chico grande —gritó estrepitosamente—. ¿Cuánto mides… uno noventa? ¿Uno noventa y cinco?

—Dos metros más —contestó Des sin mirarle. Pasó la tarjeta de su cuenta de MBE por el lector construido en la mesa e introdujo su código de seguridad. La compra por la mesa se añadió al total que ya estaba en deuda de su cuenta de MBE, y el CardShark obedientemente empujó una pila de fichas sobre la mesa hacia él.

—Buena suerte, señor —dijo él.

El insignia continuó evaluando a Des, tomando otro trago largo de su jarra. Entonces rebuznó una risa.

—Guau, os hacen crecer bien grandes aquí fuera en el Borde colega. ¿Estás seguro que en realidad no eres un wookiee que alguien ha afeitado para gastar una broma?

Un par de los otros jugadores se rieron, pero rápidamente se detuvieron cuando vieron a Des apretar su mandíbula. El hombre olía a cerveza corelliana. El mismo olor que tenía Gerd cuando inició una pelea con Des justo un par de horas antes. Los músculos de Des se tensaron, y se inclinó hacia delante en su silla. El hombre más pequeño dejó salir un suspiro corto, nervioso.

—Vamos, hijo —dijo el comandante a Des en una voz calmante, dando un paso para controlar la situación del mismo modo que había estado controlando la mesa durante el juego. Tenía un aire de autoridad tranquila, un patriarca presidiendo una riña familiar en la mesa—. Sólo es una broma. ¿No puedes aceptar una broma?

Girándose para encarar al único jugador en la mesa lo suficientemente bueno para darle un desafío real, Des resplandeció con una sonrisa y dejó que la tensión se deslizara de sus músculos enroscados.

—Seguro, puedo aceptar una broma. Pero mejor aceptaré tus créditos.

Hubo una breve pausa, y entonces era como si todo el mundo hubiera suspirado de alivio. El oficial se rió entre dientes y le devolvió la mirada.

—Suficientemente justo. Juguemos a las cartas.

Des empezó lento, jugando de manera conservadora y retirándose a menudo. Los límites en la mesa eran bajos; el valor máximo de cualquier mano dada estaba limitado a cien créditos. Entre la apuesta inicial de cinco créditos y la «tasa de la administración» de dos créditos que cargaba MBE a los jugadores cada vez que empezaban una nueva ronda, los botes de mano apenas cubrirían el coste de sentarse en la mesa, incluso para un

jugador sólido. El truco estaba en ganar los suficientes botes de mano para ser capaz de quedarse el tiempo suficiente para tener una oportunidad con el bote de sabacc que continuaba aumentando con cada mano.

Cuando al principio empezó a jugar, uno de los soldados trató de darle algo de charla.

—Me doy cuenta de que la mayoría de mineros humanos aquí afeitan sus cabezas —dijo él, señalando con la cabeza fuera a la multitud—. ¿Por qué es eso?

—No nos afeitamos. Nuestro pelo se cae —respondió Des—. Ocurre por trabajar demasiadas jornadas en las minas.

—¿Por trabajar en las minas? No lo pillo.

—Los filtros no eliminan todas las impurezas del aire. Trabajas turnos de diez horas día tras día, y los contaminantes se apoderan de tu sistema —él habló en una voz plana, neutral. No había amargor—. Nos ponemos enfermos un montón de veces; nuestro pelo se cae. Se supone que nos tomamos un par de días libres y empezamos de nuevo, pero desde que MBE firmó esos contratos de la milicia de la República las minas nunca se cierran. Básicamente, estamos siendo lentamente envenenados para asegurarnos de que vuestro contenedor de carga está lleno cuando os marcháis.

Eso era suficiente para cortar cualquier otro intento de conversación, y ellos continuaron las manos en un relativo silencio. Después de media hora Des estaba en paz por la noche, pero sólo acababa de calentar. Empujó su apuesta inicial y la parte de MBE, como hicieron los otros siete jugadores en la mesa. El crupier sacó dos cartas para cada uno de ellos, y otra mano empezó. Los primeros dos jugadores echaron un vistazo a sus cartas y se retiraron. El insignia de la República miró a sus cartas y lanzó suficientes fichas para quedarse en la mano. Des no estaba sorprendido, él difícilmente retiraba sus cartas, incluso cuando no tenía nada.

El insignia rápidamente empujó una de sus cartas en el campo de interferencia. Cada turno, un jugador podía mover una de las cartas-chip electrónicas al campo de interferencia, sellando su valor para protegerlo de que cambiara si había un cambio al final de la ronda.

Des agitó su cabeza. Sellar cartas era un juego de tontos. No podías descartarte de una carta sellada; Des normalmente prefería mantener todas sus opciones abiertas. El insignia, sin embargo, estaba pensando a corto plazo, no planeando por adelantado. Eso probablemente explicaba por qué había perdido varios cientos de créditos durante la noche.

Mirando su propia mano, Des escogió quedarse. Todos los demás jugadores se retiraron, dejándoles sólo a ellos dos.

El CardShark repartió otra ronda de cartas. Des miró abajo y vio que había sacado una Resistencia, una figura con un valor de ocho negativo. Estaba sentado frente a un total de seis, una mano increíblemente débil.

El movimiento inteligente era retirarse; a no ser que hubiera un cambio, estaba muerto. Pero Des sabía que iba a haber un cambio. Lo sabía con tanta seguridad como había sabido dónde y cuándo iba a moverse el pulgar de Gerd cuando él lo mordió. Estos

breves vistazos al futuro no ocurrían a menudo, pero cuando lo hacían, sabía lo suficientemente bien qué tenía que escucharlos. Empujó sus créditos. El insignia igualó la apuesta.

El droide recogió las fichas hacia el centro de la mesa, y el marcador enfrente de él empezó a pulsar con rápidos colores cambiantes. El azul significaba que no había cambio; todas las cartas se quedarían igual. El rojo significaba un cambio: saldría un impulso del marcador, y una carta electrónica de cada jugador se reiniciaría al azar y cambiaría su valor. El marcador parpadeó hacia atrás y adelante entre rojo y azul, ganando velocidad hasta que estaba pulsando tan rápidamente que los colores se emborronaron en una única tonalidad violeta. Entonces el parpadeo empezó a ralentizarse y fue posible ver los colores individuales por separado de nuevo: azul, rojo, azul, rojo, azul… Se detuvo en rojo.

—¡Maldición! —Maldijo el insignia—. ¡Siempre cambia cuando tengo una mano buena!

Des sabía que no era verdad. Las probabilidades del cambio eran cincuenta-cincuenta: completamente aleatorias. No había forma de predecir si un cambio iba a llegar… a no ser que tuvieras un don como lo tenía ocasionalmente Des.

Las cartas parpadearon mientras se reiniciaban, y Des recogió su mano una vez más. La Resistencia se había ido, reemplazada por un siete. Estaba en veintiuno. No era un sabacc, pero era una mano sólida. Antes de que la siguiente ronda pudiera empezar, Des desplegó sus cartas, exponiendo su mano en la mesa.

—Asciendo a veintiuno —dijo él.

El insignia lanzó sus cartas a la mesa con disgusto.

—Maldita bomba.

Des recogió el pequeño montón de fichas que estaban en el bote de mano, mientras que el otro hombre pagaba a regañadientes su sanción al bote de sabacc. Des suponía que estaba cerca de los quinientos créditos ahora mismo.

Uno de los mineros de la mesa se levantó.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo él—. El último speeder se va en veinte minutos.

Con refunfuños y quejas, los otros mineros se levantaron de sus asientos y caminaron para empezar su jornada. El insignia les observó irse, entonces se giró con curiosidad hacia Des.

—¿No vas a ir con ellos, gran colega? Pensé que te estabas quejando antes sobre tener un día libre.

—Yo trabajo en el turno de día —dijo Des brevemente—. Esos tíos son del turno de noche.

—¿Dónde está el resto de tu grupo? —preguntó la teniente. Des claramente reconoció su interés como un intento de evitar que el insignia dijera algo para enemistar aún más al minero grande—. La multitud se ha vuelto horriblemente escasa. —Ella hizo un gesto con su mano alrededor a la cantina, ahora virtualmente vacía excepto por los soldados del

ejército de la República. Al ver los asientos libres de la mesa de sabacc, un par de ellos estaban deambulando para unirse a sus camaradas en el juego.

—Estarán por aquí pronto —dijo Des—. Yo sólo terminé mi jornada un poco antes hoy.

—¿De verdad? —Su tono implicaba que sólo conocía un único motivo para que el turno de un minero terminara antes.

—Teniente —dijo educadamente uno de los soldados recién llegados mientras llegaba a la mesa—. Comandante —añadió él, dirigiéndose al otro oficial—. ¿Le importa si nos unimos, señor?

El comandante miró a Des.

—No quiero que este joven piense que la República está aliándose en su contra. Si todos tomamos los asientos, ¿dónde van a sentarse sus amigos cuando aparezcan? Él dice que estarán por aquí en cualquier minuto.

—No están aquí ahora —dijo Des—. Y no son mis amigos. Deberíais sentaros. —Él no añadió que la mayoría de los mineros del turno de día no jugarían, de todos modos. Cuando Des se presentaba en la mesa tendían a irse; ganaba demasiado a menudo para su gusto.

Los asientos vacíos fueron rápidamente ocupados.

—¿Así que cómo te están tratando las cartas, Insignia? —preguntó una joven mujer al hombre que Des había superado en la última mano. Ella se sentó a su lado y puso una jarra llena de cerveza corelliana en la mesa en frente de él.

—No muy bien —admitió él, dando una sonrisa e intercambiando su jarra vacía por la llena—. Puede que quede en deuda contigo por esta bebida. No parece que esté de suerte esta noche. —Él señaló con la cabeza en dirección a Des—. Vigila a este. Es tan bueno como el comandante. O eso, o hace trampas.

Él sonrió rápidamente para mostrar que sólo era otra de sus bromas moderadamente ofensivas. Des lo ignoró; no era la primera vez que le habían llamado tramposo. Estaba al tanto de que su precognición le daba una ventaja sobre otros jugadores. Quizás era una ventaja injusta, pero no lo consideraba hacer trampas. No era como si supiera lo que iba a pasar en cada mano; no podía controlarlo. Él era lo suficientemente listo para hacer la mayoría cuando eso ocurría.

El CardShark empezó a pasar las fichas a los recién llegados, deseándoles a cada uno de ellos una superficial «Buena suerte» mientras lo hacía.

—Así que parece que realmente no te llevas bien con los otros mineros —dijo la teniente, centrándose en los comentarios anteriores de Des—. ¿Has pensado alguna vez en cambiar de profesión?

Des gruñó por dentro. Para cuando se había unido a la mesa los oficiales habían abandonado su discurso de reclutamiento y se habían ceñido principalmente a jugar a las cartas. Ahora él le había dado una apertura para sacarlo de nuevo.

—No estoy interesado en convertirme en soldado —dijo él, poniendo su parte de la apuesta inicial para la siguiente mano.

—No vayas tan rápido —dijo ella, su voz deslizándose en un golpeteo relajante, leve—. Ser un soldado para la República tiene sus recompensas. Sospecho que es mejor que trabajar en las minas, por lo menos.

—Hay toda una galaxia ahí fuera, hijo —añadió el comandante—. Mundos mucho más atractivos que este, si no te importa que lo diga.

Como si no lo supiera, pensó Des. En voz alta dijo,

—No planeo pasar toda mi vida aquí. Pero cuando me vaya de esta roca, no quiero pasar mis días esquivando blásters Sith en la línea de frente.

—No vamos a luchar contra los Sith mucho más, hijo. Los tenemos huyendo ahora. —El comandante habló con tal seguridad calmada, que Des estaba medio tentado de creerle.

—Eso no es lo que he escuchado —dijo Des—. Los rumores dicen que la Hermandad de la Oscuridad ha estado ganando más batallas. He escuchado que ahora tienen más de una docena de regiones bajo su control.

—Eso fue antes del General Hoth —metió baza uno de los otros soldados.

Des había escuchado de Hoth en la HoloRed; él era un auténtico héroe de la República. Victorioso en media docena de enfrentamientos importantes, era un estratega brillante que sabía cómo arrebatar la victoria de las fauces de la derrota. No era sorprendente, dado su trasfondo.

—¿Hoth? —preguntó inocentemente, mirando abajo a sus cartas. Basura. Retiró su mano—. ¿No es un Jedi?

—Lo es —contestó el comandante, echándole un vistazo a sus propias cartas. Empujó una pequeña apuesta—. Un Maestro Jedi, para ser más precisos. Y un excelente soldado, también. No podrías pedir un hombre mejor para liderar los esfuerzos de guerra de la República.

—Los Sith son más que simplemente soldados, ya sabes —dijo el insignia borracho seriamente, su voz incluso aún más fuerte que antes—. ¡Algunos de ellos pueden usar la Fuerza, igual que los Jedi! No puedes derrotarlos sólo con blásters.

Des había escuchado multitud de historias sueltas sobre los Jedi haciendo extraordinarias proezas a través del poder místico de la Fuerza, pero imaginaba que eran leyendas y mitos. O al menos exageraciones. Sabía que había poderes que trascendían al mundo físico: sus propias premoniciones eran una evidencia de eso. Pero las historias de lo que los Jedi podían hacer eran simplemente demasiado imposibles para creerlas. Si la Fuerza era realmente un arma tan poderosa, ¿por qué esta guerra estaba durando tanto?

—La idea de responder ante un Maestro Jedi realmente no me atrae —dijo él—. He escuchado algunas cosas extrañas sobre lo que creen: sin pasión, sin emoción. Suena como si quisieran convertirnos a todos en droides.

Otra ronda de cartas fue repartida a los jugadores restantes.

—Los Jedi son guiados por la sabiduría —explicó el comandante—. No dejan que las cosas como el deseo o la rabia nublen su juicio.

—La rabia tiene sus usos —señaló Des—. Me ha sacado de algunos sitios asquerosos.

—Creo que el truco está en no meterse en esos sitios en primer lugar —contraatacó la teniente con su voz leve.

La mano terminó un par de turnos después. La joven mujer que le había comprado la bebida al insignia consiguió un veinte, no una gran mano, pero no una mala, tampoco. Ella miró al comandante mientras él desplegaba sus cartas, y sonrió cuando él solo tenía diecinueve. Su sonrisa se desvaneció cuando el insignia mostró su veintiuno. Cuando él agarró el bote, ella cortó su risa con un codazo amistoso en sus costillas.

Todo el mundo hizo la apuesta inicial y el crupier repartió otro par de cartas a cada jugador.

—Los Jedi son los defensores de la República —continuó la teniente con seriedad—. Sus modos pueden parecer extraños para los ciudadanos normales, pero están de nuestra parte. Todo lo que quieren es la paz.

—¿De verdad? —dijo Des, mirando sus cartas y empujando sus fichas—. Pensé que querían barrer a los Sith.

—Los Sith son una organización ilegal —explicó la teniente. Ella retiró sus cartas después de un momento de cuidadosa deliberación—. El Senado hizo un proyecto de ley ilegalizándolos cerca de tres mil años atrás, poco después de que Revan y Malak trajeran la destrucción a toda la galaxia.

—Siempre había escuchado que Revan salvó la República —dijo él.

El comandante volvió a la conversación.

—La historia de Revan es complicada —dijo él—. Pero los hechos permanecen, los Sith y sus enseñanzas fueron prohibidos por el Senado. Su propia existencia es una violación de la ley de la República… y con un buen motivo. Los Jedi entienden la amenaza que los Sith representan. Es por eso por lo que se han unido a la flota. Por el bien de la galaxia, los Sith deben ser barridos de una vez por todas.

El insignia borracho ganó la mano de nuevo, su segunda vez seguida. A veces era mejor ser afortunado que bueno.

—Así que la República dice que los Sith deben ser barridos —dijo Des mientras pagaba la apuesta inicial para la siguiente mano—. Si los Sith fueran los que estuvieran al mando, apuesto a que dirían lo mismo de los Jedi.

—No dirías eso si supieras cómo son realmente los Sith —dijo uno de los otros soldados—. He luchado contra ellos: ¡son asesinos sedientos de sangre!

Des se rió.

—Sí, ¿cómo se atreven a tratar de mataros en mitad de una guerra? ¿No saben que estáis ocupados tratando de matarles a ellos? ¡Qué groseros!

—¡Tú sangriento chucho kath! —soltó el soldado, levantándose de su asiento.

—¡Siéntese, hombre de cubierta! —ladró el comandante. El soldado hizo lo que se le dijo, pero Des podía sentir la tensión en el aire. Todos los demás en la mesa, con la posible excepción de los dos oficiales, le estaban mirando.

Bien. Lo último que tienen en mente ahora son las cartas. Enfadar a la gente no creaba buenos jugadores de sabacc.

El comandante percibía que las cosas estaban mal, también. Hizo lo que pudo por rechazar la situación.

—Los Sith siguen las enseñanzas del lado oscuro, hijo —le dijo a Des—. Si hubieras visto el tipo de cosas que han hecho durante esta guerra… y no sólo a otros soldados. No les importa si los civiles inocentes sufren.

Sólo medio escuchando, Des miró sus cartas y puso una apuesta.

—No soy estúpido, Comandante —dijo él entonces—. Tanto si la República los reconoce oficialmente como si no, estáis en guerra con la Hermandad de la Oscuridad. Y cosas malas ocurren durante la guerra, en ambos bandos. Así que no trates de convencerme de que los Sith son monstruos. Son personas, como tú y como yo.

De todos los jugadores en la mesa, sólo el comandante retiró sus cartas. Des sabía que al menos un par de los soldados estaban jugando con manos malas simplemente por tener la oportunidad de derrotarle.

El comandante suspiró.

—Tienes razón, hasta cierto punto. Los soldados normales, los que sirven en el ejército porque no saben cómo son realmente los Maestros Sith y la Hermandad de la Oscuridad, son sólo gente. Pero tienes que mirar a los ideales tras esta guerra. Tienes que entender por lo que cada lado está luchando.

—Ilumíneme, Comandante. —Des puso sólo una sombra de condescendencia en su voz y como si nada lanzó más fichas, sabiendo que exasperaría a la mesa aún más. Estaba contento por ver que nadie se retiraba; estaba jugando con ellos como un músico bith trinando una canción con un sabriquete.

—Los Jedi buscan preservar la paz —reiteró el comandante—. Sirven a la causa de la justicia. Cuando es posible, utilizan su poder para ayudar a aquellos que lo necesitan. Buscan servir, no gobernar. Creen que todos los seres, sin importar especie o género, han sido creados igual. Seguro que puedes entender eso.

Era más una frase que una pregunta, pero Des contestó de todos modos.

—Pero todos los seres no son realmente iguales, ¿no? Quiero decir, algunos son más listos, o más fuertes… o mejores en las cartas.

Él sacó una pequeña sonrisa del comandante con el último comentario, aunque todos los demás en la mesa fruncieron el ceño.

—Suficientemente cierto, hijo. ¿Pero no es el deber de los fuertes ayudar a los débiles?

Des se encogió de hombros. No creía mucho en la igualdad. Trabajar para hacer que todo el mundo fuera igual no dejaba mucho espacio para que nadie alcanzara la grandeza.

—¿Entonces qué hay de la Hermandad de la Oscuridad? —preguntó él—. ¿En qué creen ellos?

—Ellos siguen las enseñanzas del lado oscuro. La única cosa que buscan es poder; creen que el orden natural de la galaxia es que los débiles sirvan a los fuertes.

—Suena bastante bien si eres uno de los fuertes. —Des desplegó sus cartas, entonces agarró el bote, liberando los gruñidos y maldiciones murmuradas bajo el aliento de los perdedores.

Des mostró una sonrisa canalla alrededor de la mesa.

—Por el bien de la República, espero tíos que seáis mejores soldados que jugadores de sabacc.

—¡Tú cobarde mudcrutch, hierba de Rank! —Gritó el insignia, saltando y tirando su bebida al suelo—. ¡Si no fuera por nosotros, los Sith estarían sobre todo este pozo de mundo!

Otro minero le habría intentado golpear a Des, pero el insignia —incluso más que ligeramente borracho— tenía suficiente disciplina militar para mantener sus puños a un lado. Una mirada severa del comandante le hizo sentarse y musitar una disculpa. Des estaba impresionado. Y un poco decepcionado.

—Todos sabemos por qué la República se preocupa por Apatros —dijo él, apilando sus fichas y tratando de parecer despreocupado. De hecho, estaba escaneando la mesa para ver si alguien más se estaba preparando para hacer un movimiento en su contra.

—Utilizáis cortosis en los cascos de vuestras naves, lo utilizáis en las carcasas de vuestras armas, incluso lo utilizáis en vuestra armadura corporal. Sin nosotros, no tendríais una oportunidad en esta guerra. Así que no pretendas que estás haciendo ningún favor aquí: nos necesitáis tanto como nosotros os necesitamos a vosotros.

Nadie había puesto la apuesta inicial aún; todos los ojos estaban fijos en el drama desarrollándose entre los jugadores. El CardShark vaciló, su programación limitada estaba insegura de cómo manejar la situación. Des sabía que Groshik estaba observando desde el otro extremo de la cantina, con su mano cerca del bláster aturdidor que mantenía guardado tras la barra. Dudaba que el neimoidiano lo necesitara, aún así.

—Totalmente cierto —concedió el comandante, empujando su apuesta inicial. Los otros, incluyendo a Des, le siguieron—. Pero al menos os pagamos por el cortosis que utilizamos. Los Sith simplemente os lo cogerían.

—No —corrigió Des, estudiando sus cartas—, pagáis a MBE por el cortosis. Esos créditos no llegan directos a un tío como yo. —Él retiró su mano pero no paró de hablar—. Mira, ese es el problema con la República. En el Núcleo todo es grandioso: la gente es sana, rica, y feliz. Pero aquí en el Borde las cosas no son tan fáciles. He estado trabajando en las minas casi tanto como puedo recordar, de una u otra forma, y todavía le debo a MBE suficientes créditos como para llenar el casco de un carguero. Pero no veo a ningún Jedi que venga a salvarme de este poquito de injusticia.

Nadie tenía una respuesta para él esta vez, ni siquiera el comandante. Des decidió que habían hablado suficiente de política; quería centrarse en ganar los dos mil créditos que se habían acumulado en el bote de sabacc. Entró para matar.

—No tratéis de venderme a vuestros Jedi y vuestra República, porque es exactamente lo que es: *vuestra* República. ¿Decís que los Sith sólo respetan la fuerza? Bueno, así es bastante similar a como funcionan las cosas aquí en el Borde, también. Tú cuidas de ti

mismo, porque nadie lo hará. *Es por eso* por lo que los Sith siguen encontrando nuevos reclutas dispuestos a unirse a ellos aquí fuera. La gente sin nada siente que no tiene nada que perder. Y si la República no lo imagina pronto, la Hermandad de la Oscuridad va a ganar esta guerra sin importar cuántos Jedi estén liderando vuestro ejército.

—Quizás deberíamos centrarnos en las cartas; —sugirió la teniente después de un silencio largo, incómodo.

—Eso está bien para mí —dijo Des—. ¿Sin resentimientos?

—Sin resentimientos —dijo el comandante, forzando una sonrisa.

Un par de los otros soldados murmuraron un asentimiento, pero Des sabía que los resentimientos estaban aún ahí. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que llegaran profundo.

4

Las horas pasaban. Otros mineros empezaron a llegar, el turno del día llegaba para reemplazar al grupo nocturno que se había ido. El CardShark seguía repartiendo, y los jugadores seguían apostando. El montón de fichas de Des se estaba volviendo continuamente más grande, y el bote de sabacc seguía creciendo: tres mil créditos, cuatro mil, cinco… Ninguno de los jugadores parecía estar divirtiéndose ya; Des imaginaba que su despotrique mordaz había arrasado con todo el placer del juego.

A Des no le importaba. No jugaba al sabacc para divertirse. Era un trabajo, al igual que trabajar en las minas. Una forma de ganar créditos y saldar su cuenta con MBE para poder dejar Apatros atrás para siempre.

Dos de los soldados se apartaron de la mesa, limpios de sus créditos. Sus asientos fueron ocupados pronto por mineros del turno de día. El atractivo del enorme bote del sabacc era suficiente para atraerles, pese a su reluctancia a ir contra Des.

Otra hora pasó y los oficiales sénior —la teniente y el comandante— finalmente terminaron. Ellos, también, fueron reemplazados por mineros con vistas a lograr una buena mano y meterse en los bolsillos el bote de sabacc sin reclamar. Los soldados de la República que se quedaron alrededor, como el insignia que al principio había desafiado a Des, debían tener unos bolsillos muy, muy profundos.

Con el constante flujo de jugadores nuevos y dinero nuevo, Des se vio forzado a cambiar de estrategia. Había recopilado varios cientos de créditos; tenía un colchón suficiente para poderse permitir perder un par de manos si tenía que hacerlo. Ahora su única preocupación era proteger el bote de sabacc. Si no tenía una mano con la que pensara que podía ganar, se plantaría en los primeros pocos turnos. No iba a darle a nadie más la oportunidad de hacer una mano de veintitrés. Dejó de retirarse, incluso cuando tenía cartas débiles. No participar en una mano les daba a los otros jugadores demasiadas oportunidades de ganar.

Algunos cambios afortunados y algunas pobres elecciones hechas por sus oponentes le aseguraron que su estrategia funcionaba, aunque no sin ningún coste. Sus esfuerzos por proteger el bote de sabacc empezaron a comerse sus beneficios. Su pila de ganancias se hundió rápidamente, pero merecería la pena si ganaba el bote de sabacc.

Tras mano a mano agonizante, los jugadores continuaban llegando y yéndose. Uno a uno los soldados abandonaron sus asientos, forzados cuando se quedaban sin fichas y no podían permitirse más. Del grupo original, sólo quedaban Des y el insignia. La pila del insignia estaba creciendo. Un par de los soldados se quedaron a mirar, aferrándose a su hombre para que derrotara al minero bocazas.

Otros espectadores iban y venían. Algunos sólo estaban esperando a que un jugador se fuera para poder meterse y tomar el asiento. Otros eran atraídos por la intensidad de la mesa y el tamaño de los botes. Tras otra hora el bote de sabacc llegó a las diez mil fichas, el límite máximo. Cualquier crédito que se pagara ahora al bote de sabacc estaría perdido:

iban directamente a las cuentas de MBE. Pero nadie se quejaba. No con la oportunidad de ganar una pequeña fortuna sobre la mesa.

Des miró al crono sobre la pared. La cantina cerraría en menos de una hora. Cuando se sentó antes en la mesa, se había sentido seguro de que iba a ganar a lo grande. Por un momento había sido así. Pero las últimas horas habían drenado sus fichas. Trabajar para proteger el bote de sabacc estaba devastándole: se había quedado sin todos sus beneficios y tuvo que volver a comprar dos veces. Había caído en la clásica trampa del jugador, obsesionándose tanto con ganar el gran bote que había perdido de vista cuánto estaba perdiendo. Había dejado que el juego pasara a ser personal.

Su camiseta estaba caliente y pegajosa de sudor. Sus piernas estaban adormecidas por estar sentado tanto tiempo, y su espalda le dolía de estar inclinado hacia delante expectante de estudiar sus cartas.

Había perdido casi mil créditos esa noche, pero ninguno de los otros jugadores había sido capaz de aprovecharse de su desgracia. Con el bote de sabacc al límite todas las apuestas iniciales y sanciones iban directamente a MBE. Tendría que trabajar un mes de turnos agotadores en las minas si quería volver a ver esos créditos. Pero era demasiado tarde para retroceder ahora. Su único consuelo era que el insignia de la República había perdido por lo menos dos veces lo que él. Aún así cada vez que el hombre se quedaba sin fichas, simplemente alcanzaba su bolsillo y sacaba otra pila de créditos, como si tuviera dinero ilimitado. O como si simplemente no le importara.

El CardShark disparó otra mano. Conforme echó un vistazo a sus cartas, Des empezó a sentir las primeras sombras reales de duda. ¿Y si su presentimiento estaba equivocado esta vez? ¿Y si esta no era su noche para ganar? No podía recordar un momento en el pasado en el que su don le hubiera traicionado, pero eso no significaba que no pudiera ocurrir.

Él empujó sus fichas con una mano débil, desafiando cada instinto que le decía que se retirara. Habría tenido que plantarse al principio del siguiente turno, sin importar lo débiles que fueran sus cartas. Un poco más y alguien más podría robar el bote de sabacc por el que él estaba trabajando tan duro.

El marcador parpadeó y las cartas cambiaron. Des no se molestó en mirar; simplemente dio la vuelta a sus cartas y musitó,

—Me planto.

Cuando vio su mano sintió como si le hubieran abofeteado. Estaba en un veintitrés negativo exactamente, una bomba. La sanción limpiaba su pila de fichas.

—Whoa, gran colega —se mofó el insignia embriagadamente—, debes estar empapado de lum para plantarte con eso. ¿Qué brix estabas pensando?

—Quizás no entiende la diferencia entre mas veintitrés y menos veintitrés —dijo uno de los soldados que estaba viendo el enfrentamiento, sonriendo como un gato manka.

Des trató de ignorarles mientras pagaba la sanción. Se sentía vacío. Hueco.

—No hablas demasiado cuando estás perdiendo, ¿eh? —se burló el insignia.

Odio. Des no sentía nada más al principio. Puro odio, al rojo vivo consumía cada pensamiento, cada movimiento, y cada onza de razón de su cerebro. De repente no le importaba el bote, no le importaba cuántos créditos había perdido ya. Todo lo que quería era barrer la expresión de petulante de la cara del insignia. Y sólo había una forma en la que lo podía hacer.

Dio una mirada salvaje en dirección al insignia, pero el hombre estaba demasiado borracho para ser intimidado. Sin quitar los ojos de su enemigo, Des deslizó su tarjeta de la cuenta de MBD por el lector e hizo otra compra, ignorando la parte lógica de su mente que trataba de hablarle acerca de no hacerlo.

El CardShark, sus circuitos y cables ignorantes de lo que estaba ocurriendo realmente, empujó una pila de fichas hacia él y ululó su típico ánimo,

—Buena suerte.

Des abrió con el As y el dos de espadas. Estaba en diecisiete, una mano peligrosa. Un montón de potencial para ir demasiado alto en su siguiente carta y que fuera una bomba. Vaciló, sabiendo que el movimiento inteligente era retirarse.

—¿Pensándotelo dos veces? —Reprendió el insignia.

Actuando en un impulso que no podía siquiera explicar, Des movió su dos al campo de interferencia, entonces empujó sus fichas hacia el bote. Estaba dejando que sus emociones le guiaran, pero ya no le importaba. Y cuando la siguiente carta resultó ser un tres, sabía qué tenía que hacer. Empujó su tres al campo de interferencia junto al dos que ya estaba ahí. Entonces hizo la apuesta máxima y esperó al cambio.

Había en realidad dos formas de ganar el bote de sabacc. Una era conseguir una mano que sumara veintitrés exactamente, un sabacc completo. Pero había incluso una mejor mano: la matriz del idiota. En las reglas modificadas de Bespin, si tenías una mano de dos y tres del mismo palo y sacabas la figura conocida como el Idiota, que no tenía del todo ningún valor, tenías una matriz del idiota… 23 en el sentido literal. Era la mano más rara posible, y valía más que incluso un sabacc completo.

Des estaba a dos tercios de llegar ahí. Todo lo que necesitaba ahora era un cambio que se llevara su diez y lo reemplazara con el Idiota. Por supuesto, eso significaba que tenía que haber un cambio. E incluso entonces tendría que conseguir al Idiota de él… y había sólo dos Idiotas en toda la baraja de setenta y seis cartas. Era ridículamente improbable.

El marcador resultó rojo; las cartas cambiaron. Des ni siquiera tenía que mirar su mano: *lo sabía*.

Miró justo a los ojos del insignia.

—Me planto.

El insignia miró abajo a su propia mano para ver qué le había dado el cambio y empezó a reírse tan fuerte que apenas pudo mostrar su mano. Tenía el dos de copas, el tres de copas… ¡y el Idiota!

Hubo jadeos de sorpresa y murmullos de incredulidad en la multitud.

—¿Cómo os gusta esta, chicos? —se rió él—. ¡La matriz del idiota en el cambio!

Él se levantó, extendiendo el brazo hacia el montón de fichas en el pequeño pedestal que se asentaba en el centro de la mesa representando el bote sabacc.

Des golpeó con su mesa y agarró la muñeca del joven en un agarre tan frío y duro como el duracero, entonces desplegó sus propias cartas. Toda la cantina se quedó en silencio como una tumba; la risa del insignia se apagó en su garganta. Un segundo más tarde liberó su mano y se volvió a sentar, patidifuso. Desde el otro extremo de la mesa alguien dejó salir un largo silbido, bajo de asombro. El resto de la multitud ardía en alboroto.

—… nunca en mi vida…

—… no puedo creer…

—… estadísticamente imposible…

—*¿Dos* matrices del idiota en la misma mano?

El CardShark resumió el resultado de la forma más puramente analítica.

—Tenemos dos jugadores con manos de igual valor. La mano será determinada por un repentino cierre.

El insignia no reaccionó con el mismo tipo de calma.

—¡Tú estúpido mudcrutch! —Él escupió, su voz ahogada de ira—. ¡Ahora nadie va a llevarse el bote de sabacc! —Sus ojos sobresalían salvajemente; una vena estaba palpitando en su frente. Uno de sus compañeros soldados había puesto una mano en su hombro, como si tuviera miedo de que su amigo pudiera saltar por la mesa para tratar de arrebatarle la vida al minero que había al otro lado.

El insignia tenía razón: ninguno de ellos obtendría el bote de sabacc en esta mano. En un cierre repentino a cada jugador se le repartía una carta más, y el valor de las manos se volvía a calcular. Si tenías la mejor mano, ganabas… pero no tendrías el bote de sabacc a no ser que tuvieras veintitrés exactamente. Eso, sin embargo, parecía imposible: no había más Idiotas que repartir para preservar una matriz del idiota, y ni una sola carta tenía un valor más alto que el quince del As.

No es que a Des le importara. Era suficiente destruir la voluntad de su oponente; aplastar sus esperanzas y robarle su victoria. Podía sentir el odio del insignia, y él respondía a él. Era como un ser viviente, una entidad de la que podía extraer fuerza, alimentando su propio infierno de rabia. Pero Des no mostró sus emociones para que las vieran el resto del grupo. El odio ardiendo en él era su propio almacén privado, un poder rabiando en su interior tan fiero que podía sentir que podría rasgar el mundo si lo dejaba escapar.

El crupier repartió dos cartas bocarriba para que todo el mundo las viera. Ambas eran nueves. Antes de que cualquier siquiera tuviera tiempo de reaccionar el droide había recalculado la mano, había determinado que los dos jugadores estaban todavía empatados, y disparó otra carta a cada uno de ellos. El insignia sacó un ocho, pero Des sacó otro nuevo. Idiota, dos, tres, nueve, nueve… ¡veintitrés!

Él extendió su brazo lentamente y le dio un golpe a sus cartas, susurrando una única palabra a su oponente:

—Sabacc.

El soldado se volvió furioso. Saltó, agarró la parte inferior de la mesa con ambas manos, e hizo un lanzamiento poderoso. Sólo el peso de la mesa y sus estabilizadores internos evitaron que volcara, aunque salió volando y golpeó de nuevo el suelo con un estruendo diáfano. Todas las bebidas en ella se derramaron; cerveza y lum derramadas por las cartas electrónicas, haciendo que echaran chispas y se cortocircuitaran.

—Señor, por favor no toque la mesa —imploró el CardShark con una voz lamentable.

—¡Cállate, montón de chatarra metálica oxidada! —El insignia agarró una de las jarras volcadas de la mesa y la lanzó al droide. Le dio con un golpe sonoro. El droide se tambaleó hacia atrás y cayó.

El insignia lanzó un dedo a Des.

—¡Has hecho trampas! ¡Nadie saca un sabacc en un cierre repentino! ¡No a no ser que haga trampas!

Des no dijo nada; ni siquiera se levantó. Pero sus músculos estaban preparados en caso de que el soldado hiciera un movimiento.

El insignia se giró hacia el droide mientras se alzaba agitadamente sobre sus pies.

—¡Tú estás en esto! —Le lanzó otra jarra, dándole de nuevo y haciendo caer al droide una segunda vez. Dos de los otros soldados trataron de retenerle, pero él se liberó agitándose de su agarre. Él giró, moviendo sus brazos hacia la multitud—. ¡Todos vosotros estáis en esto! ¡Escoria sucia, amante de los Sith! ¡Odiáis la República! Nos odiáis. Sabemos que lo hacéis. ¡*Lo sabemos*!

Los mineros se acercaron a empujones, gruñendo enfadados. Los insultos del insignia no estaban lejos de la diana; había un montón de resentimiento hacia la República en Apatros. Y si él no vigilaba su boca, alguien iba a mostrarle cómo de fuertes eran esos resentimientos.

—¡Damos nuestras vidas por protegeros, pero no os importa un wobber! ¡Cualquier oportunidad para humillarnos, la tomáis!

Sus amigos le habían agarrado de nuevo, tratando de llevarle por la fuerza a la puerta. Pero no había forma que pudieran pasar a través de la multitud ahora. Por el aspecto de sus caras, los soldados estaban aterrorizados. Con motivo, pensó Des. Ninguno de ellos estaba armado; sus blásters estaban en su nave. Ahora estaban atrapados en el centro de un aplastamiento hostil de mineros fuertemente musculados que habían estado bebiendo toda la noche. Y su amigo no se callaría.

—¡Deberíais arrodillaros y agradecernos a cada uno y cada vez que aterrizamos en esta bola de sudor de bantha que llamáis planeta! ¡Pero sois demasiado estúpidos para saber qué suerte tenéis de tenernos de vuestro lado! No sois nada sino un montón de sucios, analfabetos…

Una botella de lum lanzada anónimamente desde la multitud le golpeó fuerte en el lateral de su cabeza, cortando sus palabras. Él cayó al suelo, arrastrando a sus amigos con él. Des se levantó inmóvil mientras una masa de mineros enfadados surgía.

El sonido de un bláster hizo que todo el mundo se quedara helado. Groshik había trepado a la parte superior de la barra, su aturdidor ya cargando hacia arriba para disparar de nuevo. Pero todos sabían que el siguiente disparo no estaría dirigido hacia el techo.

—Hemos cerrado —graznó tan fuerte como su voz áspera pudo—. ¡Todo el mundo fuera de mi cantina!

Los mineros empezaron a retroceder, y los soldados se levantaron cautelosamente. El insignia se balanceaba, el corte de su frente estaba sangrando sobre su ojo.

—Vosotros tres primero —dijo el neimoidiano al insignia y a los soldados que le apoyaban. Él agitó el cañón de su arma amenazadoramente alrededor de la habitación—. Despejad un camino. Sacadlos de aquí.

Todo el mundo salvo los soldados permaneció quieto. Esta no era la primera vez que Groshik había sacado el aturdidor. El rifle de aturdimiento Firespray BasTech CS-33 era uno de los dispositivos de control de multitudes no letal más fino del mercado, capaz de incapacitar a múltiples objetivos con un único disparo. Más de un par de mineros había sentido la fuerza brutal de su explosión de rayo amplio dejarles inconscientes. Por experiencia personal Des podía atestiguar el hecho de que no era un dolor que nadie pudiera olvidar fácilmente.

—Tú no. Tú te quedas.

Des no se movió ni un milímetro hasta que los otros se fueron. No estaba asustado; no pensaba que Groshik disparara realmente. Aún así, no veía ninguna ventaja en darle un motivo para hacerlo.

Sólo cuando el último cliente se había ido y cerró la puerta, Groshik bajó su arma. Trepó hacia debajo de forma extraña desde la barra y puso el rifle en la mesa, entonces se giró hacia Des.

—Imaginé que era más seguro retenerte aquí conmigo un rato —explicó—. Esos soldados están bastante locos. Deberían estar esperándote de camino a casa.

Des sonrió.

—No imaginé que estuvieras cabreado conmigo —dijo él.

Groshik resopló.

—Oh, estoy cabreado contigo. Es por lo que tú me vas a ayudar a limpiar este desastre.

Des suspiró y agitó su cabeza en una exasperación burlona.

—Viste lo que pasó Groshik. Sólo fui un transeúnte inocente.

Groshik no estaba de humor para escucharle.

—Sólo empieza recogiendo las sillas —musitó él.

Con la ayuda del CardShark —al menos era bueno para algo además de repartir cartas, pensó Des— terminaron de limpiar en sólo una hora. Cuando acabaron el droide anduvo como un pato con sus piernas temblorosas, dirigiéndose hacia las instalaciones de mantenimiento para que le repararan. Antes de que se fuera, Des se aseguró de que sus ganancias del sabacc hubieran sido apuntadas a su cuenta.

Ahora que sólo estaban ellos dos, Groshik hizo ir a Des sobre la barra, agarró un par de vasos, y bajó una botella del estante.

—Brandy de Cortyg —dijo él, llenando a cada uno medio vaso—. Directamente desde Kashyyyk. No es la cosa fuerte que los Wookiees beben, aún así. Más blando. Más suave. Más soso.

Des tomó un sorbo y casi se ahogó mientras el fiero líquido ardía de camino por su garganta.

—¿Esto es soso? ¡Odiaría ver lo que beben los wookiees!

Groshik se encogió de hombres.

—¿Qué esperabas? Son wookiees.

Con su segundo sorbo, Des tuvo más cuidado. Lo dejó rodar por su lengua, saboreando el rico sabor.

—Esto es bueno, Groshik. Y caro, apostaría. ¿Qué se celebra?

—Has tenido un buen día. Pensé que podrías utilizarlo.

Des vació su vaso. Groshik lo rellenó a la mitad, entonces tapó la botella y la colocó de nuevo en el estante.

—Estoy preocupado por ti —dijo con voz ronca el neimoidiano—. Preocupado por lo que ocurrió en la pelea con Gerd.

—No me dio muchas opciones.

El neimoidiano asintió.

—Lo sé, lo sé. Aún así… le arrancaste el pulgar de un mordisco. Y esta noche casi empiezas un disturbio en mi bar.

—Hey, yo sólo quería jugar a las cartas —protestó Des—. No es mi culpa que las cosas se desmadren.

—Quizás sí, quizás no. Te he visto esta noche. Estabas provocando a ese soldado, jugando con él como juegas con todo el que se sienta contra ti. Les presionas, les retuerces, les haces bailar como marionetas bajo los hilos. Pero esta vez nunca aflojaste. Incluso cuando tenías la ventaja, continuaste presionando. *Querías* que se pusiera así.

—¿Estás diciendo que planeé todo esto? —se rió Des—. Vamos, Groshik. Fueron las cartas las que le pusieron así. Sabes que no estaba haciendo trampas… simplemente no es posible. ¿Cómo podría controlar qué cartas se repartían?

—Fue más que las cartas, Des —dijo Groshik, su voz grave yendo tan baja que Des tuvo que inclinarse más cerca para escucharle—. Estabas enfadado, Des. Más enfadado de lo que te he visto antes. Podía sentirlo desde el otro lado de la habitación, como algo en el aire. Todos podíamos sentirlo.

—La multitud se volvió a malas deprisa, Des. Era como si se estuvieran alimentando de tu ira y tu odio. Estabas proyectando oleadas de emoción, una tormenta de rabia y furia. Todos los demás se vieron de alguna forma arrastrados por ella: la multitud, ese soldado… todos. Incluso yo. Todo lo que pude hacer fue dirigir ese primer disparo de mi bláster al techo. Cada instinto de mi cuerpo estaba diciéndome que disparara a la multitud. Quería derrotarles a todos y dejarles retorciéndose de dolor.

Des no podía creer lo que escuchaba.

—Escucha lo que estás diciendo, Groshik. Es una locura. Sabes que no haría eso. *No podría* hacer eso. Nadie podría.

Groshik extendió una mano larga, fina y le dio unos golpecitos a Des en el hombro.

—Sé que nunca lo harías a propósito, Des. Y sé lo loco que suena. Pero había algo diferente en ti esta noche. Cediste ante tus emociones, y eso desató algo… extraño. Algo peligroso.

Groshik lanzó su cabeza hacia atrás y vació lo que quedaba de su cortyg, estremeciéndose mientras bajaba.

—Sólo cuídate, Des. Por favor. Tengo un mal presentimiento.

—Ten cuidado, Groshik —contestó Des con otra risa—. Los neimoidianos no son famosos por confiar en sus presentimientos. No es bueno para el negocio. —Groshik le estudió con cuidado por un momento, entonces asintió con cansancio—. Cierto. Quizás sólo estoy cansado. Debería dormir algo. Y lo mismo deberías hacer tú.

Se dieron la mano, y Des dejó la cantina.

5

Las calles de Apatros estaban oscuras. MBE cargaba tales tasas de energía que todo el mundo apagaba todas sus luces cuando iban a la cama, y esta noche la luna era sólo la más simple rodaja en el cielo. No estaba ni siquiera el brillo de la cantina para guiarle: Groshik había apagado las luces de sus muros y su cúpula hasta que abriera al día siguiente. Des permaneció en medio de la calle, tratando de evitar golpear con sus espinillas los escombros ocultos en las sombras oscuras por los bordes.

Aún así de algún modo, pese a la oscuridad casi absoluta, los vio venir.

Fue medio segundo antes de que ocurriera, una sensación de que el peligro se acercaba… y de dónde venía. Tres siluetas saltaron sobre él, dos desde delante, y otra atacando desde detrás. Él se agachó hacia delante justo a tiempo, sintiendo la tubería de metal que le habría abierto el cráneo fríamente rozándole por el aire a un pelo de distancia por encima de él. Volvió hacia arriba mientras pasaba y lanzó un puñetazo, dirigido a la cabeza sin características de la figura más cercana. A cambio obtuvo el enfermizo crujido del cartílago y hueso.

Se agachó de nuevo, esta vez al lado, y la tubería que debía haberle aplanado la cabeza entre los ojos golpeó fuerte sobre su hombro izquierdo. Se tambaleó a un lado, dirigido por la fuerza del golpe. Pero en la oscuridad le llevó un momento a sus oponentes localizarle, y para entonces había recuperado su equilibrio.

A través de la penumbra apenas podía averiguar las vagas formas de sus atacantes. Al que le había dado un puñetazo estaba levantándose lentamente; los otros dos seguían cautos y preparados. No tenía que ver sus caras para saber quiénes eran: el insignia y los dos soldados que habían medio arrastrado al hombre de la cantina. Des podía oler el hedor de cerveza corelliana flotando hacia él, confirmando sus identidades. Debían haber esperado fuera de la cantina y seguirle hasta que pensaran que podrían saltar sobre él. Eso era bueno: significaba que no habían vuelto a su nave para coger sus blásters

Llegaron sobre él de nuevo, abalanzándose todos a la vez. Tenían los números y meses de entrenamiento militar de combate mano a mano de su parte; Des tenía fuerza, tamaño, y años de peleas a puño descubierto de la suya. Pero en la oscuridad, nada de eso importaba realmente.

Des se enfrentó a su carga de cabeza, y los cuatro combatientes se tambalearon hacia el suelo. Los puñetazos y patadas aterrizaban sin pensar ni en el objetivo ni en la estrategia: el ciego luchando contra el ciego. Cada golpe que él daba le proporcionaba un satisfactorio quejido o gruñido de sus oponentes, pero su disfrute estaba limitado por la paliza que su propio cuerpo estaba resistiendo.

No importaba si sus ojos estaban abiertos o cerrados, no podía ver nada. Reaccionaba por instinto; los dolores y sufrimientos eran lavados en la oscuridad por la adrenalina que bombeaba por sus venas.

Y entonces de repente vio algo. Alguien había desenvainado una vibroespada. Estaba todavía oscuro como el corazón de las minas durante una excavación, aún así Des podía

ver la espada con claridad, como si brillara con un fuego interno. Apuñaló hacia él y él agarró la muñeca del portador, retorciéndola hacia atrás y llevándola hacia la masa oscura de la que había aparecido. Hubo un lamento agudo y entonces un gorjeo de ahogamiento, y de repente la espada ardiendo en su visión se esfumó, con la amenaza extinta.

La masa de cuerpos enredados con el suyo rápidamente se desenredó, dos de ellos escampando. El tercero estaba inmóvil. Un segundo después escuchó el clic de un luma encendiéndose, y momentáneamente fue cegado por su rayo de luz. Con los ojos apretados, escuchó un suspiro.

—¡Está muerto! —Exclamó uno de los soldados—. ¡Lo has matado!

Cubriéndose los ojos contra la iluminación, Des miró abajo para ver exactamente lo que había esperado: el insignia tumbado sobre su espalda, la vibroespada clavada profundamente en su pecho.

El luma parpadeó al apagarse, y Des se preparó para otro asalto. En su lugar escuchó los sonidos de pasos huyendo en la noche, dirigiéndose hacia las plataformas de amarre.

Des miró abajo al cuerpo, planeando agarrar la espada brillante y utilizar su luz para guiarle a través de la oscuridad. Pero la espada no estaba brillando ahora. De hecho, se dio cuenta, nunca había brillado del todo. No podía haberlo hecho: las vibroespadas no eran armas de energía. Sus hojas eran de metal simple.

Hubo preocupaciones más apremiantes que cómo había visto la vibroespada en la oscuridad, sin embargo. Tan pronto como alcanzaron su nave, los soldados informarían a su comandante, que informaría del incidente a las autoridades de MBE. MBE pondría el planeta bocabajo buscándole. A Des no le gustaban sus opciones. Sería la palabra de un minero —uno con un historial de peleas y violencia— contra la de dos soldados navales de la República. Nadie creería que había sido un acto en defensa propia.

¿Y lo había sido, realmente? Había visto venir la espada. ¿Podía haber desarmado a su oponente sin matarle? Des agitó su cabeza. No tenía tiempo para culpabilidad o arrepentimiento. No ahora. Tenía que encontrar algún lugar seguro donde ocultarse.

No podía volver a su barraca: ese sería el primer lugar donde mirarían. Nunca había llegado a las minas a pie antes del amanecer, y no había ningún sitio en los baldíos al descubierto donde pudiera ocultarse una vez que el sol se alzara. Sólo había una opción, una esperanza. Finalmente irían a buscarle allí, también. Pero no tenía ningún otro sitio al que ir.

Groshik debía estar todavía despierto, porque contestó a la puerta sólo segundos después de que Des empezara a golpearla. El neimoidiano le echó un vistazo a la sangre en las manos y la camiseta del joven y le agarró por la manga.

—¡Entra aquí! —graznó él, lanzando a Des por la puerta y pegando un portazo tras él—. ¿Estás herido?

Des agitó su cabeza.

—No lo creo. La sangre no es mía.

Dando un paso atrás, el neimoidiano le miró de arriba abajo.

—Hay un montón. Demasiada. Huele a humana.

Cuando Des no contestó, Groshik aventuró una suposición.

—¿Es la de Gerd?

Otro agitar de cabeza.

—El insignia —dijo Des.

Groshik dejó caer su cabeza y maldijo bajo su aliento.

—¿Quién lo sabe? ¿Las autoridades están detrás de ti?

—No aún. Pronto. —Entonces, como tratando de justificar sus acciones, añadió—: Había tres de ellos, Groshik. Sólo uno está muerto.

Su viejo amigo asintió con compasión.

—Estoy seguro de que lo merecía. Al igual que Gerd. Pero eso no cambia los hechos. Un soldado de la República está muerto… y tú eres el que se va a llevar la culpa.

El dueño de la cantina llevó a Des hacia el bar y bajó la botella de brandy de cortyg. Sin decir ni una palabra le llenó a cada uno una bebida. Esta vez no se detuvo a la mitad del vaso.

—Siento haber venido aquí —dijo Des, desesperado por romper el silencio incómodo—. No pretendía mezclarte en todo esto.

—Mezclarme en las cosas no me molesta —le aseguró Groshik con golpe reconfortante en su brazo—. Sólo trato de imaginar una forma de sacarnos de esto ahora. Déjame pensar.

Ellos vaciaron sus vasos. Era todo lo que Des podía hacer para evitar entrar en pánico; con cada segundo que pasaba esperaba que una docena de hombre en la armadura corporal de MBE echara abajo la puerta de la cantina. Tras lo que parecían horas, pero probablemente sólo era un minuto o dos, Groshik empezó a hablar. Habló suavemente, y Des no estaba seguro de si el neimoidiano estaba dirigiéndose a él o meramente hablando en voz alta para ayudarse a pensar.

—No puedes quedarte aquí. MBE no puede permitirse perder sus contratos con la República. Pondrán bocabajo toda la colonia para encontrarte. Tenemos que sacarte del planeta. —Él se detuvo—. Pero para cuando amanezca, tu imagen estará en cada videopantalla del espacio de la República. Cambiar tu apariencia no ayudará mucho. Incluso con una peluca o prostéticos faciales tiendes a destacar entre la multitud. Así que eso significa que tenemos que sacarte del espacio de la República. Y eso significa… —Groshik se fue apagando.

Des esperó expectante.

—Esas cosas que dijiste esta noche —se aventuró Groshik—, sobre los Sith y la República. ¿Lo decías en serio? ¿*De verdad* lo decías en serio?

—No lo sé. Supongo que sí.

Hubo otra larga pausa, como si el camarero se estuviera recomponiendo.

—¿Qué pensarías de unirte a los Sith? —soltó de repente él.

Des fue cogido completamente con la guardia baja.

—¿*Qué*?

—Conozco… gente. Puedo sacarte del planeta. Esta noche. Pero esa gente no están buscando pasajeros: los Sith necesitan soldados. Siempre están reclutando, al igual que esos oficiales de la República esta noche.

Des agitó su cabeza.

—No me lo creo. ¿Trabajas para los Sith? ¡Siempre dices que nunca tomas parte!

—No trabajo para los Sith —espetó Groshik—. Sólo conozco gente que lo hace. Conozco gente que trabaja para la República, también. Pero no van a ser de mucha ayuda en esta situación. Así que necesito saberlo, Des. ¿Es esto algo que tú quieres?

—No tengo muchas otras opciones —musitó Des en respuesta.

—Quizás sí, quizás no. Si te quedas aquí, las autoridades de MBE te encontrarán con seguridad. Eso no ha sido un asesinato a sangre fría. El poder judicial probablemente no te dejará ir argumentando defensa propia, pero tendrán que admitir que hubo circunstancias extenuantes. Servirás un tiempo en una de las colonias penales —cinco, quizás seis años— y entonces eres un hombre libre.

—O me uno a los Sith.

Groshik asintió.

—O te unes a los Sith. Pero si voy a ayudarte a hacer esto, quiero estar seguro de que sabes en qué te estás metiendo.

Des pensó en ello, pero no mucho tiempo.

—Me he pasado toda mi vida tratando de salir de este montón de roca —dijo lentamente—. Si voy a un mundo prisión, estoy cambiando un maldito planeta, yermo por otro. No es diferente a quedarme aquí. Si me uno a los Sith, al menos estaré fuera del pulgar de MBE. Y has escuchado lo que el comandante de la República dijo de ellos. Los Sith respetan la fuerza. Creo que seré capaz de arreglármelas por mí mismo.

—No lo dudo —le concedió Groshik—. Pero no rechaces todo lo demás que dijo el comandante. Tenía razón sobre la Hermandad de la Oscuridad. Pueden ser crueles e implacables. Sacan lo peor de algunas personas. No quiero que caigas en esa trampa.

—Primero me dices que me una a los Sith —dijo Des—, ahora me adviertes contra unirme a ellos. ¿Qué está pasando?

El neimoidiano dio un largo suspiro, gorjeante.

—Tienes razón, Des. La decisión está hecha. El destino sombrío y la mala fortuna han conspirado contra ti. No es como el sabacc; no puedes retirar una mano mala. En la vida simplemente juegas con las cartas que te han repartido. —Él se giró dirigiéndose a las escaleras pequeñas en la parte trasera de la cantina—. Vamos. En un par de horas, después de que hayan buscado en las unidades de viviendas de la colonia, empezarán a buscarte en el puerto espacial. Tenemos que darnos prisa si queremos llevarte de forma segura oculto en uno de los cruceros cargueros antes de entonces.

Des extendió un brazo por la barra y agarró el hombro de Groshik. Groshik se giró para encararle, y Des agarró el largo antebrazo, delgado del neimoidiano.

—Gracias, viejo amigo. No olvidaré esto.

—Sé que no lo harás, Des. —Aunque las palabras eran amables, había una inequívoca pena en la grave voz.

Des liberó su agarre, sintiéndose raro, avergonzado, asustado, agradecido, y excitado a la vez. Sentía como que necesitaba decir algo más, así que añadió:

—Te lo devolveré de algún modo. La próxima vez que nos veamos…

—Tu vida aquí se ha acabado, Des —dijo Groshik, cortándole—. No habrá una próxima vez. No para nosotros.

El neimoidiano agitó su cabeza.

—No sé lo que hay por delante para ti, pero tengo el presentimiento de que no va a ser fácil. No cuentes con que los otros te ayuden. Al final cada uno de nosotros está solo en esto. Los supervivientes son aquellos que saben cómo cuidar de sí mismos.

Con eso él se giró, sus pies arrastrándose bruscamente por el suelo de la cantina mientras se dirigía a la salida trasera. Des vaciló por un momento, las palabras de Groshik ardían en su mente, entonces corrió para seguirle.

* * *

Agachado en el contenedor de la nave, Des trató de ponerse cómodo. Había estado embutido en la pequeña escotilla de contrabando cerca de una hora. Era estrecha para un hombre de su tamaño.

Veinte minutos antes había escuchado a una patrulla de MBE llegar para inspeccionar la nave. Habían hecho una búsqueda superficial; sin encontrar al fugitivo al que estaban buscando, se habían ido. Un par de segundos después, el capitán, un piloto rodiano, golpeó con fuerza el panel que mantenía a Des oculto.

—Tú te quedas hasta que motores vayan —había gritado en un aceptable básico galáctico—. Despegamos, sales. No antes.

Des no le había reconocido cuando había trepado a bordo; le había parecido como cualquier otro rodiano que había visto. Sólo otro capitán de carguero independiente recogiendo una carga de cortosis, esperando venderlo en otro mundo por suficientes beneficios para mantener a su nave volando por otro par de meses.

Si MBE hubiera ofrecido una recompensa por la captura de Des, el capitán probablemente le habría vendido. Eso significaba que los gerentes de MBE no habían puesto un precio sobre su cabeza. Estaban más preocupados por pagar una recompensa que por dejar escapar a un fugitivo de la justicia de la República. No era importante que le encontraran, mientras pudieran demostrar a la República que lo habían intentado. Groshik debía haberse dado cuenta de todo esto cuando hizo los preparativos para meter a Des a bordo de contrabando.

El zumbido de alta frecuencia de los motores encendiéndose hizo que Des se pegara contra las paredes de su cuarto estrecho. Un par de segundos después el zumbido se convirtió en un rugido diáfano, y la nave se sacudió bajo él. Los repulsores se

encendieron, compensando al navío, y Des sintió la presión de las g's mientras la nave tomaba el cielo.

Pateó el panel una vez, soltándolo, y desenredándose del agujero oculto. El capitán y la tripulación no estaban alrededor; todos estarían en sus estaciones para el despegue.

Des no conocía su destino. Todo lo que sabía era que al final del viaje una mujer humana le estaba esperando para que firmara por el ejército Sith. Como antes, el pensamiento le llenó de una mezcla de emociones. El miedo y la excitación dominaban todas las otras.

Hubo un leve empujón de la nave mientras rompía la atmósfera y empezaba a acelerar lejos del diminuto mundo minero. Un par de segundos después Des sintió un arrebato poco familiar pero inequívoco mientras saltaban al hiperespacio.

Un sentimiento repentino de liberación llenó su espíritu. Era libre. Por primera vez en su vida estaba más allá del alcance de MBE y sus minas de cortosis. Groshik había dicho que el destino sombrío y la mala fortuna estaban conspirando contra él, pero Des no estaba tan seguro ahora. Las cosas no habían salido del modo que las había planeado —era un fugitivo con la sangre de un soldado de la República en sus manos— pero finalmente había escapado de Apatros.

Quizás las cartas que le habían repartido no eran tan malas, después de todo. Al final había tenido lo único que más quería. Y cuando lo piensas bien, ¿no era eso lo único que realmente importaba?

6

El sol Amarillo de Phaeseera estaba directamente sobre su cabeza, lanzando sus rayos por el frondoso valle y sobre el campamento de la jungla donde Des y sus compañeros soldados Sith esperaban. Bajo el refugio de un árbol cydera, Des hizo un chequeo rápido al sistema de su rifle bláster TC-22 para pasar el rato. El pack de energía estaba totalmente cargado, bien para cincuenta disparos. Su pack de energía de reserva comprobado, también. La precisión estaba desviada ligeramente, un problema común con todos los modelos TC. Tenían un buen alcance y poder, pero con el tiempo sus miras perdían la calibración precisa. Un rápido ajuste lo llevó de vuelta en línea.

Sus manos se movieron con una confianza rápida nacida de miles de repeticiones. Durante los últimos doce meses había pasado por la rutina tantas veces que apenas tenía que pensar en ello más. Un chequeo de armas antes de la batalla no era una práctica estándar en la milicia Sith, pero era un hábito que tenía, uno que le había salvado la vida en varias ocasiones. El ejército Sith estaba creciendo tan rápidamente que los suministros no podían con la demanda. El mejor equipo estaba reservado para los veteranos y oficiales, mientras que los nuevos reclutas estaban forzados a manejárselas con lo que fuera que hubiera disponible.

Ahora que era un sargento podía haber solicitado un modelo mejor, pero el TC-22 era la primera arma que había aprendido a disparar y se había vuelto bastante bueno con él. Des imaginaba que un poco de mantenimiento de rutina era una mejor opción que aprender a dominar las matices sutiles de otro arma.

Su pistola bláster, sin embargo, era de gama alta. No a todos los soldados Sith se le daba pistolas: para la mayoría de soldados un rifle de alcance medio, medio repetidor era un arma suficiente. Ellos probablemente estarían muertos mucho antes de que se acercaran lo suficiente a su enemigo para utilizar una pistola. Pero en el pasado año Des había demostrado una docena de veces que él era más que sólo carne de cañón de torretas. Los soldados lo suficientemente buenos para sobrevivir a la avalancha inicial y meterse de lleno en las filas enemigas necesitaban un arma más adecuada a la lucha a corto alcance.

Para Des esa arma era el GSI-21D: la pistola disruptora más fina fabricada por las Industrias de Soluciones Galácticas. El alcance óptimo era sólo de veinte metros, pero dentro de esa distancia era capaz de desintegrar la armadura, carne, y placas de droide con igual eficiencia. El 21D era ilegal en la mayoría de sectores controlados por la República de la galaxia, un testamento a su increíble potencial destructivo. El pack de energía disruptor llevaba carga suficiente para una docena de disparos, pero cuando estaba cara a cara con un oponente rara vez llevaba más de uno.

Deslizó la pistola en la funda amarrada a su cinturón; comprobó la vibroespada de su bota, y giró su atención a sus soldados. Todos alrededor de él, los hombres y mujeres de su unidad estaban siguiendo su liderazgo, haciendo inspecciones similares a su propio equipo mientras esperaban órdenes. No pudo evitar sonreír; les había entrenado bien.

Se había unido a los ejércitos Sith como una forma de escapar tanto de la prisión como del propio Apatros. Pero no le había llevado mucho tiempo encariñarse con la vida de soldado. Había una camaradería entre los hombres y mujeres que luchaban a su lado, un vínculo que rápidamente se extendía para incluir al propio Des. Nunca había sentido ninguna conexión con los mineros en Apatros y ciertamente siempre se había considerado a sí mismo un solitario. Pero en la milicia había encontrado su verdadero lugar. Pertenecía allí con las tropas. *Sus* tropas.

El Soldado Sénior Adanar se dio cuenta de su mirada y respondió dándose un puñetazo ligero contra su pecho dos veces, justo sobre su corazón. Era un gesto sólo conocido por los miembros de la unidad: una señal privada de lealtad y fidelidad, un símbolo del vínculo que todos compartían.

Des le devolvió el gesto. Él y Adanar habían estado en la misma unidad desde el primer día de sus carreras militares. El reclutador les había alistado juntos y les había asignado a ambos a los Caminantes de la Penumbra, la unidad del Teniente Ulabore.

Adanar cogió su rifle y caminó hacia donde estaba sentado su amigo.

—¿Imaginas que vamos a necesitar esa pistola disruptora tuya pronto, Sarge?

—No hace daño estar preparado —contestó Des, limpiando el disruptor y haciendo una floritura giratoria antes de volverla a su funda.

—Espero que nos den ya el adelante —gruñó Adanar—. Hemos estado en posición por dos días ya. ¿Cuánto tiempo van a esperar?

Des se encogió de hombros.

—No podemos ir hasta que estén preparados para moverse con la fuerza principal. Vamos demasiado pronto y el plan se desmorona.

Los Caminantes de la Penumbra se habían ganado bastante reputación el pasado año. Habían estado en las filas de batalla de media docena de mundos, y habían probado mucho más de su parte de victorias. Habían ido de ser una de las mil unidades de primera línea prescindibles a soldados de élite reservados para misiones críticas. Ahora mismo eran la clave para capturar el mundo industrial de Phaseera, si alguien simplemente les daba la orden de ir. Hasta entonces estaban aferrados a ese campamento en la jungla a una hora de marcha lejos de su objetivo. Habían estado allí sólo un par de días, pero ya estaba empezando a pasarles factura.

Adanar empezó a caminar. Des se sentó con calma en la sombra, viéndole marchar hacia atrás y adelante.

—No te canses —dijo después de un minuto—. No vamos a ir a ninguna parte hasta el anochecer como muy pronto. Bien deberías acomodarte.

Adanar dejó de caminar, pero no se sentó.

—El Teniente dice que esto va a ser tan fácil como traficar con especia —dijo él, tratando de mantener su voz indiferente—. ¿Crees que tiene razón?

El Teniente Ulabore había recibido muchos galardones por el éxito de sus tropas, pero todo el mundo en la unidad sabía quién estaba realmente al mando cuando los rayos de bláster empezaban a volar.

El hecho se había vuelto dolorosamente claro cerca de un año antes en Kashyyyk, donde Des y Adanar habían visto su primera acción. La Hermandad de la Oscuridad había tratado de asegurar una posición en el Borde Medio invadiendo el sistema, mandando oleada tras oleada de tropas para capturar el mundo natal rico en recursos de los wookiees. Pero el planeta era una fortaleza de la República y no iban a retirarse, sin importar lo superados en número que se vieran.

Cuando la flota Sith aterrizó por primera vez, sus enemigos simplemente se desvanecieron en el bosque. La invasión se convirtió en una guerra por desgaste, una larga y eterna campaña, combatida entre las ramas de los árboles wroshyr altos sobre la superficie del planeta. Los soldados Sith no estaban acostumbrados a luchar en la cima de los árboles, y el denso follaje y las parras kshyy del follaje del bosque le proveían una perfecta cobertura a los soldados de la República y a sus guías wookiee para lanzar emboscadas y exploraciones de guerrilla. Miles y miles de invasores fueron barridos, la mayoría muriendo sin siquiera ver al oponente que había disparado el tiro mortal… pero los Maestros Sith simplemente seguían mandando más tropas.

Los Caminantes de la Penumbra eran parte de la segunda oleada de refuerzos. Durante su primera batalla se separaron de las filas principales, cortados fuera del resto del ejército. Solo y rodeado de enemigos, el Teniente Ulabore entró en pánico. Sin órdenes directas, no tenía ni idea de qué hacer para mantener a su unidad con vida. Afortunadamente, Des estaba allí para dar un paso y salvar sus traseros.

Para empezar, podía percibir a los enemigos incluso cuando no los podía ver. De algún modo simplemente *sabía* dónde estaban. No podía explicarlo, pero dejó de tratar de explicar sus talentos únicos hace mucho tiempo. Ahora simplemente trataba de utilizarlos para su mejor ventaja. Con Des como su guía, los Caminantes de la Penumbra fueron capaces de evitar las trampas y las emboscadas mientras lentamente se abrían paso de vuelta para reunirse con la fuerza principal. Les llevó tres días y noches, innumerables batallas breves pero mortales, y una marcha aparentemente interminable a través del territorio enemigo, pero lo hicieron. Pese a todas las batallas, la unidad perdió sólo un puñado de soldados, y los soldados que lograron volver sabían que le debían la vida a Des.

La historia de los Caminantes de la Penumbra se convirtió en un punto de reunión para el resto del ejército Sith, elevando la moral que se había vuelto peligrosamente baja. Su una única unidad podía sobrevivir durante tres días por su cuenta, razonaron ellos, entonces con seguridad mil unidades podían ganar la guerra. Al final le llevó casi dos mil unidades, pero Kashyyyk finalmente cayó.

Como líder de los heroicos Caminantes de la Penumbra, al Teniente Ulabore le dieron una mención especial. Nunca se había molestado en mencionar que Des era realmente el responsable. Aún así, había sido lo suficientemente listo para ascender a Des a sargento. Y él sabía que era mejor permanecer fuera del camino cuando las cosas se calentaban.

—¿Entonces? —Repitió Adanar—. ¿Cuál es la palabra, Des? ¿Cuando finalmente nos den el adelante, esta misión va a ser un tráfico de especia?

—El teniente sólo dice lo que cree que todos quieren oír.

—Lo sé, Des. Es por lo que estoy hablando contigo. Quiero saber a qué nos enfrentamos realmente.

Des lo pensó un par de minutos. Estaban en un agujero en la jungla en el límite de un valle angosto, la única ruta hacia la ciudad capital de Phaseera, donde el ejército de la República tenía un asentamiento. Si los Sith trataban de mover tropas a través del valle, incluso de noche, el asentamiento seguro que les avistaría. Habrían avisado al campamento base de modo que sus defensas estarían alzadas y completamente operativas mucho antes de que el enemigo siquiera los alcanzase.

La misión de los Caminantes de la Penumbra era simple: eliminar el asentamiento para que el resto del ejército pudiera lanzar un ataque sorpresa al campamento base de la República. Tenían equipo de cajas de corto alcance de interferencia que podían utilizar para evitar que el asentamiento transmitiera una señal para advertir al campamento principal, pero tenían que golpearles rápido. El asentamiento informaba cada día al amanecer, y si los Caminantes de la Penumbra golpeaban demasiado temprano, la República se daría cuenta de que algo iba mal cuando el informe diario no llegara.

El tiempo era crítico. Tenían que sacarlos fuera justo antes de que la fuerza principal entrara en el área. Eso dejaría un par de horas para que cruzaran el valle y cogieran el campamento base desprevenidos. Era factible, pero sólo si todo estaba coordinado a la perfección. Los Caminantes de la Penumbra estaban en posición, pero las fuerzas principales no estaban preparadas para hacer su movimiento aún… así que ellos esperaban.

—Estoy preocupado —concedió finalmente Des—. Tomar ese asentamiento no será fácil. Una vez que tengamos el adelante no hay margen de error. Tenemos que ser perfectos. Si tienen alguna sorpresa esperándonos, podríamos estar en problemas.

Adanar escupió al suelo.

—¡Lo sabía! Tienes un mal presentimiento, ¿no es así? ¡Esto es un Hsskhor otra vez!

Hsskhor había sido un desastre. Después de que Kashyyyk cayera, los soldados supervivientes de la República fueron al mundo vecino de Trandosha. Veinte unidades de soldados Sith, incluyendo a los Caminantes de la Penumbra, fueron mandados en persecución. Alcanzaron a los supervivientes de la República en las llanuras desérticas fuera de la ciudad de Hsskhor.

Un día de lucha salvaje dejó a muchos muertos en cada bando, pero sin un vencedor definitivo. Des había estado intranquilo durante la batalla, aunque al mismo tiempo no había sido capaz de decir por qué. Su intranquilidad había crecido mientras la noche caía y ambos bandos se retiraron a los extremos opuestos del campo de batalla para reagruparse. Los trandoshanos habían golpeado un par de horas después.

La noche negra como la boca de un lobo no era un problema para los reptilianos trandoshanos: podían ver en el espectro infrarrojo. Parecían llegar de la nada, materializándose desde la oscuridad como una sustancia de pesadillas.

Al contrario que los wookiees, los trandoshanos no estaban aliados con ningún bando de la guerra civil galáctica. Los cazarrecompensas y los mercenarios de Hsskhor cortaron una franja de destrucción a través de las filas de la República y los Sith por igual, sin importarles con quién luchaban mientras se fueran con trofeos por sus matanzas.

Los detalles de la masacre nunca fueron oficialmente liberados. Des había estado en el mismo centro de la matanza, e incluso él apenas pudo recomponer lo que había ocurrido. El ataque cogió a los Caminantes de la Penumbra, como casi a cada unidad, completamente con la guardia baja. Para cuando el sol se alzó casi la mitad de las tropas Sith habían sido eliminadas. Des perdió un montón de amigos en la matanza… amigos que podría haber salvado si le hubiera prestado más atención a la premonición oscura que había sentido cuando puso el pie por primera vez en ese abandonado mundo desértico. Y él juró que nunca dejaría que los Caminantes de la Penumbra fueran atrapados en una matanza como aquella de nuevo.

Al final Hsskhor pagó cara la emboscada. Fueron mandados refuerzos desde Kashyyyk para abrumar tanto a las fuerzas de la República como a los trandoshanos. Llevó menos de una semana que los Sith clamaran la victoria, y la una vez orgullosa ciudad fue saqueada y arrasada hasta los cimientos. Muchos de los trandoshanos simplemente abandonaron la lucha para defender sus hogares y ofrecieron sus servicios a sus conquistadores. Eran cazarrecompensas y mercenarios de alquiler, y cazadores por naturaleza. No les importaba para quién trabajara, mientras que hubiera una oportunidad de hacer más matanza. No es necesario decir, que los Sith los recibieron con los brazos abiertos.

—Esto no va a ser repetir lo de Hsskhor —aseguró Des a su nervioso compañero. Era cierto que tenía un sentimiento intranquilo otra vez. Pero esta vez era diferente. Algo grande iba a ocurrir, pero Des no podía decir con seguridad si sería bueno o malo.

—Vamos, Des —presionó Adanar—. Ve a hablar con Ulabore. Él te escucha a veces.

—¿Y decirle qué?

Adanar dejó caer sus manos en exasperación.

—¡No lo sé! Cuéntale sobre tu mal presentimiento. Hazle que se comunique con los CG y les diga que nos recojan. ¡O que les convenza para mandarnos! ¡Simplemente que no nos deje sentados aquí fuera como un montón de ratas womp muertas pudriéndose al sol!

Antes de que Des pudiera contestar, una de los soldados junior, una mujer joven llamada Lucia, hizo rápidamente un saludo tajante.

—¡Sargento! El Teniente Ulabore quiere que reúnas a las tropas junto a su tienda. Se dirigirá a ellos en treinta minutos —dijo ella, su voz seria y excitada.

Des le dio una sonrisa a su amigo.

—Creo que finalmente tenemos nuestras órdenes.

Los soldados permanecían atentos mientras el teniente y Des revisaban las tropas. Como siempre hacían, la inspección consistía en Ulabore moviéndose arriba y abajo en las filas, asintiendo y dando aprobaciones medio murmuradas. Era la mayoría por las

apariencias, una oportunidad de que Ulabore se sintiera como si tuviera algo que ver con el éxito de una misión.

Una vez que acabaron, el teniente marchó al frente de la columna y se giró para encarar a las tropas. Des estaba solo enfrente de la unidad, su espalda hacia ellos de modo que estuviera cara a cara con su oficial superior.

—Todo el mundo aquí está familiarizado con el objetivo de nuestra misión —empezó Ulabore, su voz extrañamente de un tono agudo y fuerte. Des suponía que estaba tratando de sonar autoritario, pero se convirtió en chillón.

—Dejaré todas las especificaciones de la misión al sargento aquí presente —continuó él—. Nuestra misión no es fácil, pero los días de los Caminantes de la Penumbra haciendo trabajos fáciles hace tiempo que pasaron.

—No tengo mucho más que decir; sé que todos estáis tan impacientes como yo por acabar esta espera sin sentido. Es por lo que me alegro de informaros de que nos han dado la orden de movernos. ¡Golpeamos el asentamiento de la República en una hora!

Suspiros horrorizados y susurros fuertes de incredulidad se alzaron desde las filas. Ulabore dio un paso atrás como si le hubieran abofeteado. Obviamente había estado esperando ánimos y exultación, y fue agitado por el repentino enfado y falta de disciplina.

—¡Caminantes de la penumbra, conténganse! —ladró Des. Dio un paso hacia el teniente y bajó la voz—. Señor, ¿está seguro de que esas eran las órdenes? ¿Movernos en una hora? ¿Está seguro de que no querían decir una hora tras el anochecer?

—¿Me está cuestionando, Sargento? —soltó Ulabore, sin hacer ningún intento por mantener su propia voz baja.

—No, señor. Sólo es que si nos vamos en una hora todavía habrá luz. Nos verán llegar.

—Para cuando nos vean ya estaremos lo suficientemente cerca para interferir sus transmisores —contraatacó el teniente—. No serán capaces de devolver la señal al campamento base.

—No es eso, señor. Son los cañoneros. Tienen tres navíos repulsores equipados con cañones de destello de repetición fuerte. Si tratamos de tomar el asentamiento durante el día, esas cosas nos acribillarán desde el cielo.

—¡Es una misión suicida! —gritó alguien desde las filas.

Los ojos de Ulabore se convirtieron en franjas estrechas, y su cara se volvió roja.

—El ejército principal va a moverse al anochecer, Sargento —dijo a través de sus dientes fuertemente apretados—. Quieren cruzar el valle en la oscuridad y golpear al campamento base de la República con la primera luz.

—Entonces no hay motive para que nos movamos tan pronto —contestó Des, luchando por permanecer en calma—. Si empiezan al anochecer, va a llevar por lo menos tres horas antes de que alcancen el valle desde su posición actual. Eso nos da multitud de tiempo para tomar el asentamiento antes de que lleguen allí, incluso si esperamos hasta después del anochecer.

—Es obvio que no entiende qué está ocurriendo realmente, Sargento. —Ulabore habló como si discutiera con un niño cabezota—. La fuerza principal no va a empezar a moverse hasta *después* de que informemos de que nuestra misión se ha completado. Es por lo que tenemos que movernos ahora.

Tenía sentido: los generales no querrían arriesgar la fuerza principal hasta que supieran con seguridad de que el valle era seguro. Pero mandarles durante la luz del día garantizaba que la tasa de bajas de los Caminantes de la Penumbra aumentaría cinco veces.

—Tiene que devolver las comunicaciones al CG y explicarles la situación —dijo Des—. No podemos tomar esos cañoneros en el aire. Tenemos que esperar hasta que los aterricen durante la noche. Tiene que hacerles entender a lo que nos enfrentamos.

El teniente actuó como si ni siquiera le hubiera escuchado.

—Los generales me dan las órdenes a mí, y yo se las doy a usted —soltó él—. ¡No al revés! ¡El ejército se va a mover al anochecer, y eso no va a cambiar para que cuadre en sus horarios, Sargento!

—No tendrán que cambiar sus planes —insistió Des—. Si nos vamos tan pronto oscurezca, todavía haremos caer ese asentamiento para cuando alcancen el valle. Pero mandarnos ahora sólo…

—¡Suficiente! —Soltó el teniente—. ¡Deje de rebuznar como un bantha sin su manada! ¡Tiene sus órdenes, ahora sígalas! ¿O quiere ver lo que ocurre a los soldados que desafían a sus oficiales superiores?

De repente estaba claro para Des lo que estaba ocurriendo realmente. Ulabore sabía que la orden era un error, pero tenía demasiado miedo para hacer algo al respecto. La orden debía haber llegado directamente de uno de los Lords Oscuros. Ulabore llevaría a sus tropas a una matanza antes que enfrentar la ira de un Maestro Sith. Pero Des no iba a dejarle dirigir a los Caminantes de la Penumbra a su muerte. Esto no iba a convertirse en una repetición de lo de Hsskhor. Vaciló sólo durante un segundo antes de golpear con su puño en el mentón del teniente, dejándole frío.

Hubo un silencio repentino del resto de las tropas mientras Ulabore caía al suelo. Des rápidamente le quitó las armas al oficial caído, entonces se giró y señaló a un par de los reclutas más nuevos.

—Ustedes dos, echen un ojo al teniente. Asegúrense de que está cómodo si se despierta, pero no le dejen acercarse al comunicador.

Al oficial de comunicaciones le dijo,

—Justo antes de que oscurezca mande un mensaje de vuelta al CG diciéndoles que nuestra misión se ha completado para que puedan empezar a mover la fuerza principal hacia el valle. Eso nos dará dos horas para lograr nuestro objetivo antes de que lleguen aquí.

Girándose para dirigirse al resto de las tropas, se detuvo para dejar que la gravedad de sus siguientes palabras se entendiera.

—Lo que he hecho aquí es un motín —dijo él lentamente—. Hay una probabilidad de que cualquiera que me siga desde aquí en adelante se enfrente a una corte marcial cuando esto se acabe. Si cualquiera de ustedes siente que no puede seguir mis órdenes después de lo que he hecho aquí hoy, que hable ahora y le daré el mando al Soldado Sénior Adanar durante el resto de la misión.

Él miró a los soldados. Durante un segundo nadie habló; entonces, como uno, todos alzaron sus puños y se dieron dos golpecitos ligeros en el pecho, justo sobre el corazón.

Abrumado de orgullo, Des tuvo que tragar saliva con fuerza antes de poder dar su última orden a las tropas… sus tropas.

—¡Caminantes de la Penumbra, rompan filas!

Las filas se dispersaron en grupos de dos y tres, los soldados susurrando en silencio los unos con los otros. Adanar rompió alejándose del resto y fue hacia Des.

—Ulabore no va a olvidar esto —dijo silenciosamente—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Después de que tomemos ese asentamiento querrán colgar una medalla en nuestro oficial al mando —contestó Des—. Apuesto a que preferirá callarse y aceptar antes que dejar que cualquiera sepa lo que ha ocurrido realmente.

Adanar gruñó.

—Supongo que has pensado en todo.

—No del todo —admitió Des—. Todavía no estoy seguro de cómo vamos a tomar ese asentamiento.

7

El asentamiento estaba localizado en un claro encima de una meseta que se alzaba sobre el valle. Bajo la cobertura de la noche, los Caminantes de la Penumbra se habían movido en silencio a través de la jungla hasta tenerlo rodeado. Des había dividido la unidad en cuatro escuadrones, cada uno aproximándose desde un lado distinto. Cada escuadrón llevaba una caja de interferencia con él.

Ellos habían configurado y activado las cajas-i una vez que estuvieron cerca de medio kilómetro de la base, interfiriendo en todas las transmisiones dentro del perímetro. Los escuadrones habían continuado en los límites del claro y se habían detenido, esperando a que Des les diera la señal de moverse. Sin comunicaciones entre los escuadrones —las cajas-i interferían también a su propio equipo— la señal más fiable era el sonido del fuego de bláster.

Mientras miraba por el claro a los tres navíos repulsores asentados en la plataforma de aterrizaje sobre el techo del asentamiento, Des percibió un sentimiento familiar en la boca de su estómago. Todos los soldados sentían lo mismo cuando iban a la batalla, tanto si lo admitían como si no: miedo. Miedo a fracasar, miedo a morir, miedo a ver a sus amigos morir, miedo a ser heridos y vivir el resto de sus días tullidos o mutilados. El miedo siempre estaba ahí, y te podía devorar si le dejabas.

Des sabía cómo convertir ese miedo en su propia ventaja. *Toma lo que te hace débil y conviértelo en algo que te haga fuerte*. Transforma el miedo en rabia y odio: odio al enemigo; odio a la República y a los Jedi. El odio le daba fuerzas, y las fuerzas le llevaban a la victoria.

Para Des la transformación llegaba fácilmente una vez que la lucha comenzaba. Gracias a su abusivo padre, había estado convirtiendo el miedo en rabia y odio desde que era un niño. Quizás era por eso por lo que era tan buen soldado. Quizás es por lo que los otros le buscaban para que les liderara.

Estaban esperando su señal incluso ahora, esperando a que él hiciera el primer disparo. Tan pronto como lo hiciera, cargarían contra el asentamiento. Los Caminantes de la Penumbra eran superados en número cerca de dos a uno; necesitarían la ventaja de la sorpresa para igualar las probabilidades. Pero esos cañoneros eran un problema que Des no había anticipado.

El claro estaba rodeado por luces brillantes que iluminaban todo dentro de cien metros del propio asentamiento. Y aunque los navíos repulsores estaban aterrizados, había un soldado estacionado en la plataforma abierta en la parte trasera de cada vehículo, operando las torretas. Los muros armados de la plataforma se alzaban hasta la altura del pecho para darle al artillero alguna cobertura, y la propia torreta estaba fuertemente escudada para protegerla del fuego enemigo.

Desde la plataforma de aterrizaje en el techo, los artilleros tenían una clara visión del área circundante. Si él daba ese primer disparo, las otras unidades cargarían fuera hacia el

claro y directos hacia una tormenta de fuego de bláster de repetición fuerte. Serían masacrados como zucca lanzados a un pozo de rancor.

—¿Cuál es el problema, Sarge? —preguntó uno de los soldados de su escuadrón. Era Lucia, la soldado junior que le había entregado las órdenes de Ulabore antes—. ¿A qué estamos esperando?

Era demasiado tarde para cancelar la misión. El ejército principal ya estaba en movimiento; para cuando Des volviera al campamento para advertirles, estarían a medio camino a través del valle.

Él miró abajo a la joven recluta y se dio cuenta de la mira de su arma. Lucia llevaba un rifle bláster de largo alcance TC-17. Sus nudillos estaban blancos de agarrar su arma demasiado fuerte por miedo y anticipación. Ella sólo había visto deber de combate menor antes de que la asignaran a los Caminantes de la Penumbra, pero Des sabía que era una de los mejores tiradores de la unidad. El TC-17 era sólo bueno para una docena de disparos antes de que se tuviera que cambiar la célula de energía, pero tenía un alcance bien superior a los trescientos metros.

Cada uno de los cuatro escuadrones tenía un francotirador asignado. Cuando la lucha comenzara, su trabajo era observar el perímetro de la batalla y asegurarse de que ninguno de los soldados de la República escapara para advertir a su campamento principal.

—¿Ve esos soldados en la parte trasera de los cañoneros? ¿Los que están trabajando con los cañones de destello? —le preguntó a ella.

Ella asintió.

—Si no nos libramos de ellos de alguna forma, van a convertir a nuestros escuadrones en carne de cañón de torreta en diez segundos después de que comience esta batalla.

Ella asintió de nuevo, sus ojos abiertos y asustados. Des trató de mantener su voz tranquila y profesional para calmarla.

—Quiero que piense en esto con mucho cuidado, soldado. ¿Cómo de rápido cree que puede hacerlos caer desde aquí?

Ella vaciló.

—Yo… yo ni siquiera sé si podría, Sarge. No a todos ellos. No desde este ángulo. Podría tener una línea de tiro con el primero, pero tan pronto como cayera, dudo que los otros se queden quietos lo suficiente para que coja puntería. Probablemente se agachen en la plataforma para cubrirse. E incluso si elimino a los artilleros, hay media docena más de soldados en ese tejado que saltarían para tomar su lugar. No puedo hacer caer a nueve objetivos así de rápido yo sola, Sarge. Nadie puede.

Des se mordió el labio y trató de averiguar una respuesta al problema. Sólo había tres cañoneros. Si pudiera de alguna forma llevar un mensaje a los francotiradores de cada escuadrón y hacerles disparar exactamente al mismo tiempo, podrían ser capaces de abatir a los inadvertidos artilleros… aunque todavía tendrían que evitar que los otros seis soldados les reemplazaran.

Él cortó su propia línea de pensamiento con una maldición en silencio. Nunca funcionaría. Debido a las cajas-i no había forma de hacer llegar un mensaje a los otros escuadrones a tiempo.

Cogiendo el rifle francotirador de las manos de Lucia, alzó el arma y ajustó el ojo de la mira para tener una mejor vista de la situación. Escaneó el techo rápidamente de lado a lado, observando la posición de cada soldado de la República. Con la amplificación de la mira podía averiguar con la suficiente claridad sus características para ver sus labios moverse mientras hablaban.

La situación era prácticamente desesperanzada. El asentamiento era la clave para tomar Phaseera, y las torretas del tejado eran la clave para tomar el asentamiento. Pero Des se había quedado sin opciones y casi sin tiempo.

Sintió el miedo más fuerte que nunca y tomó aliento profundamente para centrar su mente. La adrenalina empezó a bombear por sus venas mientras redirigía el miedo para darle fuerza y poder. Alineó la mira del bláster sobre uno de los artilleros, y un velo rojo cubrió su visión. Entonces disparó.

Actuó por instinto, moviéndose demasiado rápido como para dejar que sus pensamientos conscientes se metieran en su camino. Ni siquiera vio caer al primer soldado; la mira ya estaba moviéndose a su siguiente objetivo. El segundo artillero sólo tuvo el tiempo suficiente para abrir sus ojos sorprendido antes de que Des disparara y se moviera hacia el tercero. Pero ella había visto caer el primer artillero y ya se había agachado bajo los muros armados de la plataforma de los cañoneros para cubrirse.

Des resistió el impulso de disparar a ciegas y movió la mira en un circulo estrecho, buscando en vano un tiro limpio. El sonido del fuego de bláster explotó en la noche, junto con los gritos y los golpes de los pies mientras los Caminantes de la Penumbra irrumpían desde su cobertura y se lanzaban hacia el asentamiento. Siguieron sus órdenes al pie de la letra, cargando al sonido del primer disparo. Des sabía que sólo tenía un par de segundo antes de que las torretas abrieran fuego hacia ellos y convirtieran el claro en un campo de matanza, pero no podía ver el disparo para abatir a la tercera artillera.

Barrió alrededor con el rifle en desesperación, buscando un nuevo objetivo en el techo. Puso su mira en un soldado agachado junto a un bote pequeño. El soldado no se estaba moviendo, y había cubierto su cara con sus manos como si protegiera su visión. La explosión del arma de Des le dio de pleno en el pecho justo mientras el dispositivo a los pies del soldado detonaba.

—¡Bote de destello! —gritó Lucia, pero su advertencia llegó demasiado tarde. La visión a través de la mira se desvaneció en un brillo blanco, cegando temporalmente a Des.

Pero sin su visión, podía de repente ver todo con claridad. Conocía la posición de cada soldado incluso mientras estaban agachados cubriéndose; podía rastrear exactamente dónde estaban y dónde iban a ir.

La soldado en la tercera torreta estaba apuntando los cañones hacia la oleada entrante de soldados. En la excitación alzó su cabeza sólo ligeramente sobre los muros de la

plataforma, dejando el más pequeño de los objetivos expuesto. Des la abatió de un único tiro, el rayo yendo limpiamente a través de uno de los agujeros auditivos de su casco y saliendo por el otro.

Y era como si el tiempo se hubiera ralentizado. Moviéndose con una precisión calmada y mortal, apuntó su rifle al siguiente objetivo, abatiéndola a través del corazón; apenas un momento después le dio al soldado junto a ella justo entre sus fríos ojos azules. Des le dio a un hombre en la espalda mientras corría hacia el cañonero más cercano. Otro estaba a medio camino de una de las escaleras de la plataforma cuando un rayo le partió por su muslo, desequilibrándolo. Cayó de la escalera, y Des le dio otro disparo al pecho antes de que golpeara el suelo.

Le había llevado menos de tres segundos barrer a ocho de los nueve soldados. El último empezó a correr hacia el borde, esperando escapar dejándose caer del tejado al otro extremo del edificio. Des le dejó correr. Podía sentir el terror llegando en oleadas de su condenada presa; lo saboreó tanto como pudo. El soldado saltó del techo y pareció colgar en el aire por un segundo; Des disparó sus últimos tres disparos en su cuerpo, drenando la célula de energía del arma.

Le devolvió el arma a Lucia, parpadeando rápidamente ante las lágrimas que le inundaban mientras sus ojos trataban de mitigar sus retinas dañadas. Los efectos de los botes de destello sólo eran temporales; su visión ya estaba empezando a volver. Y la milagrosa segunda vista que había experimentado se estaba yendo.

Frotándose sus ojos, sabía que ahora no era hora de pensar en lo que acababa de ocurrir. Había eliminado a los artilleros, pero sus tropas todavía eran superadas en número. Le necesitaban abajo en la zona caliente, no aquí en los límites de la batalla.

—Mantén un ojo sobre ese tejado —ordenó a Lucia—. Si alguno de esos mudcrutchs aparece arriba, elimínalo antes de que llegue a los cañoneros.

Ella no respondió; su boca estaba bien abierta de asombro por lo que acababa de atestiguar.

Des la agarró por el hombro y la agitó con fuerza.

—¡Salga de eso, soldado! ¡Tiene un trabajo que hacer!

Ella agitó su cabeza para recomponer sus sentidos y asintió, entonces cargó otra célula de energía en su arma. Satisfecho, Des sacó el 21D y cargó por el claro, ansioso por unirse a la batalla.

Tres horas más tarde todo había acabado. La misión había sido un completo éxito: el asentamiento era suyo, y la República no tenía ni idea de que miles de soldados Sith estaban marchando a través del valle para atacarles con la primera luz. La propia batalla había sido corta pero sangrienta: cuarenta y seis soldados de la República muertos, y nueve de los de Des. Cada vez que un Caminante de la Penumbra caía, parte de Des sentía como si hubiera fracasado de algún modo, pero dada la naturaleza de su misión, mantener las bajas por debajo de los dos dígitos era más de lo que podría haber esperado razonablemente.

Una vez que su objetivo estaba asegurado dejó que Adanar y un pequeño contingente guardaran el asentamiento. Con Des al mando, el resto de la unidad marchó de vuelta a su campamento base.

Por el camino trató de ignorar los susurros silenciosos y miradas furtivas que el resto de la compañía le estaba dando. Lucía había esparcido la palabra de sus disparos asombrosos, y era la conversación de la unidad. Ninguno de ellos era lo suficientemente valiente como para decirle nada a la cara, pero podía escuchar fragmentos de la conversación desde las filas tras él.

Honestamente, no podía culparles. Al mirar atrás, ni siquiera él estaba seguro de qué había ocurrido. Des era un buen tirador, pero no era un francotirador. Aún así de algún modo había conseguido dar una docena de disparos imposibles con un arma con la que nunca había disparado antes… la mayoría de ellos tras ser cegado por un bote de destello. Estaba más allá de lo increíble. Era como si, cuando había perdido su visión, algún misterioso poder había ocupado el lugar y guiado sus acciones. Era exhilarante, pero al mismo tiempo era terrorífico. ¿De dónde había salido ese poder? ¿Y por qué no podía controlarlo?

Estaba tan envuelto en sus pensamientos que al principio ni siquiera se dio cuenta de los extraños que le esperaban en su campamento base. Fue solo después de que dieran un paso adelante y golpearan con las esposas aturdidoras en sus muñecas que se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—Bienvenido de vuelta, Sargento. —La voz de Ulabore estaba llena de bilis.

Des miró alrededor. Una docena de sicarios —la seguridad militar del ejército Sith— estaban erguidos con las armas fuera. Ulabore estaba tras ellos, con un moratón oscuro en su cara donde Des le había golpeado. En el fondo, Des podía ver a los dos reclutas junior que había dejado a cargo de Ulabore. Estaban mirando al suelo, avergonzados y abochornados.

—¿De verdad creyó que esos reclutas sin pulir mantendrían a su oficial de comando atado como algún tipo de prisionero? —Se burló Ulabore desde detrás del muro protector de los guardias armados—. ¿De verdad creía que le seguirían en su locura?

—¡Esa locura salvó nuestras vidas! —gritó Lucia. Des alzó sus manos encadenadas para silenciarla: esta situación podría salirse de mano demasiado fácilmente.

Cuando no ocurrió nada más, el teniente pareció ganar algo de coraje. Él dio un paso hacia fuera desde detrás del muro protector de sicarios y hacia Des.

—Le advertí sobre desobedecer órdenes —se burló él—. ¡Ahora verá de primera mano cómo la Hermandad de la Oscuridad trata a los soldados amotinados!

Un par de los Caminantes de la Penumbra empezaron a alcanzar lentamente sus armas, pero Des agitó su cabeza y se quedaron quietos. Los sicarios ya tenían sus blásters fuera y no tenían miedo de utilizarlos. Los soldados no podrían darles ni un único disparo.

—¿Cuál es el problema, Sargento? —presionó Ulabore, acercándose a su derrotado enemigo. Demasiado cerca—. ¿Nada que decir?

Des sabía que podía matar al teniente con un movimiento rápido. Los sicarios le eliminarían, pero al menos Ulabore se iría con él. Cada fibra de su ser quería cortar y acabar con las vidas de ambos en una orgía de sangre y fuego de bláster. Pero consiguió luchar contra el impulso. No tenía sentido desperdiciar su vida. Una corte marcial probablemente acabaría con una sentencia de muerte, pero al menos si iba a juicio tendría una oportunidad.

Ulabore se acercó y le abofeteó una vez en la cara, entonces escupió en sus botas y retrocedió.

—Llévenselo —dijo a los sicarios, dándole la espalda a Des.

Mientras se llevaban a Des no pudo evitar ver la mirada en los ojos de Lucia y los soldados cuyas vidas había salvado sólo hacía unas horas. Tenía un presentimiento de que la próxima vez que la unidad entrara en combate, Ulabore sufriría un accidente desafortunado… y fatal.

El darse cuenta de ello le llevó la sombra de una sonrisa a sus labios.

Los sicarios le hicieron marchar a través de la jungla durante horas, con las armas fuera y apuntadas hacia él todo el tiempo. Ellos sólo las bajaron cuando alcanzaron a los centinelas en el perímetro del campamento principal Sith.

—Prisionero para una corte marcial —dijo uno de los sicarios monótonamente—. Vaya a decírselo a Kopecz. —Uno de los centinelas saludó y salió corriendo.

Ellos hicieron marchar a Des a través del campamento hacia el calabozo. Vio reconocimiento en los ojos de muchos de los soldados. Con su altura y su cabeza sin pelo era una figura imponente, y muchos de los soldados habían escuchado de sus hazañas. Ver un antiguamente soldado ideal siendo llevado ante una corte marcial seguro que dejaba una impresión.

Ellos alcanzaron la prisión improvisada del campamento, un pequeño campo de contención sobre un pozo de tres por tres por tres metros que servía de área de retención para los espías capturados y los PDG. Los sicarios le habían desprovisto de sus armas cuando se lo llevaron en custodia por primera vez; ahora hicieron una búsqueda más minuciosa y le despojaron de todos sus efectos personales. Entonces apagaron el campo de contención y lo lanzaron bruscamente dentro, sin siquiera preocuparse en librarle de sus esposas. Aterrizó de forma extraña en el suelo duro en el fondo del agujero. Mientras luchaba por ponerse en pie escuchó un inequívoco zumbido mientras el campo se activaba de nuevo, sellándole dentro.

El pozo estaba vacío, aparte de por el propio Des. Los Sith no tendían a mantener a los prisioneros durante mucho tiempo. Empezaba a preguntarse si había cometido un serio error. Había esperado que su servicio pasado le diera algo de indulgencia en su juicio, pero ahora se daba cuenta de que su reputación podría en realidad trabajar en su contra. Los Maestros Sith no eran conocidos por su tolerancia o su piedad. Había desafiado una orden directa: había una buena oportunidad de que decidieran hacer un duro ejemplo de él.

No podía decir cuánto tiempo le habían dejado en el fondo del pozo. Tras un rato se durmió, exhausto por la batalla y la marcha forzada. Se deslizó dentro y fuera de la consciencia; en un punto había luz fuera de su prisión y él sabía que el día debía haber llegado. La siguiente vez que llegó estaba oscuro de nuevo.

No le habían dado de comer aún; su estómago estaba rugiendo en protesta mientras se roía a sí mismo. Su garganta estaba sedienta y seca; su lengua se sentía como si se hubiera hinchado lo suficiente como para estrangularle. Pese a eso, había una presión lentamente aumentando en su vejiga, pero no quería aliviarse. El pozo ya apestaba lo suficiente.

Quizás sólo le iban a dejar que muriera allí con una muerte lenta y solitaria. Dados los rumores que había escuchado sobre la tortura Sith, casi esperaba que ese fuera el caso. Pero no había abandonado. Aún no.

Cuando escuchó el sonido de pasos aproximándose, trepó sobre sus pies y se irguió firme y alto, incluso aunque sus manos todavía estaban esposadas enfrente de él. A través del campo de contención sólo pudo averiguar las formas borrosas de varios guardias en pie al borde del pozo, junto con otra figura que llevaba una pesada capa, oscura.

—Llevadlo a mi nave —dijo la figura con capa con una voz profunda, áspera—. Trataré con este en Korriban.

8

Des nunca tuvo una visión clara del hombre que había ordenado su transferencia. Para cuando le habían sacado del pozo, la figura con capa se había desvanecido. Le dieron comida y agua, le dejaron limpiarse y refrescarse. Aunque estaba libre de las esposas, todavía estuvo bajo una fuerte guardia mientras abordaba una pequeña nave de transporte que se dirigía a Korriban.

Nadie le habló durante el viaje, y Des no sabía qué estaba pasando. Al menos no le esposaron más. Escogió tomarlo como una buena señal.

Llegaron a medio día. Había esperado que tocaran tierra en Dreshdae, la única ciudad del oscuro y olvidado mundo. En su lugar la nave aterrizó en un aeropuerto estelar construido en la parte superior de un antiguo templo con vistas a un valle desolado. Un viento helado soplaba por la plataforma de aterrizaje mientras desembarcaba, pero no molestaba a Des. Después del aire estancado del pozo, cualquier brisa se sentía bien. Sintió un escalofrío bajándole por la espalda mientras su pie tocaba la superficie de Korriban. Había escuchado que este había sido una vez un lugar de gran poder, aunque ahora sólo permanecían las más meras sombras. Había un trasfondo de malicia aquí; lo había sentido en cuanto el transporte había entrado en la atmósfera del planeta sombrío.

Desde su punto de vista privilegiado podía atisbar otros templos dispersos por la superficie desierta del mundo. Incluso a esta distancia podía percibir la roca erosionada y la piedra desmoronada de las un vez grandes entradas. Más allá del valle, la ciudad de Dreshdae era una mera mancha en el horizonte.

Se había encontrado en la plataforma de aterrizaje con una figura encapuchada. Pudo decir al instante que no era la misma que había ido a él en el pozo. Esta persona no tenía ni el tamaño ni el porte impresionante de su liberador; incluso a través del campo de contención Des había sido capaz de percibir su presencia de mando.

Esta figura, que Des pensaba ahora que era femenina, hizo un movimiento para que le siguiera. Silenciosamente ella le llevó bajo una caída de escaleras de piedra y hacia dentro del propio templo. Cruzaron un rellano y descendieron otro grupo de escaleras, entonces repitieron el patrón, abriéndose paso nivel a nivel bajando desde la cúspide del templo hacia el suelo abajo. Había puertas y pasillos que llevaban hacia fuera en cada rellano, y Des podía oír fragmentos de sonido y conversación haciendo eco desde ellos, aunque nunca podía haber dicho del todo qué se estaba diciendo.

Ella no habló, y Des sabía que era mejor no romper el silencio él mismo. Técnicamente, era todavía un prisionero. Por todo lo que sabía, ella le estaba llevando a su corte marcial. No iba a empeorar las cosas haciendo preguntas estúpidas.

Cuando alcanzaron el fondo del edificio, ella le llevó a una arcada de piedra con otra caída aún de escaleras. Estas eran diferentes, sin embargo: eran angostas y oscuras, y se hundían hacia abajo hasta que se desvanecían de la vista en las entrañas profundas del suelo. Sin decir ni una palabra su guía le dio una antorcha que había cogido de una abrazadera de la pared y entonces caminó a su lado.

Preguntándose qué estaba pasando, Des se abrió paso cuidadosamente bajo la inclinada escalera. No podía decir cuánto más profundo llegaba; era difícil mantener cualquier perspectiva en los estrechos confines de la escalera. Tras varios minutos alcanzó el fondo, sólo para encontrar un largo pasillo extendiéndose ante él. Al final del pasillo encontró una única habitación.

La habitación estaba oscura y llena de sombras. Sólo un par de antorchas chisporroteaban en la pared de piedra, sus llamas apagándose apenas capaces de perforar la penumbra.

Des se detuvo en el umbral, dejando que sus ojos se ajustaran. Sólo podía atisbar una sombría figura en el interior. Le llamó con un gesto.

—Ven hacia delante.

Sintió un escalofrío, aunque la habitación no estaba para nada fría. El propio aire era eléctrico, lleno de un poder que podía realmente percibir. Estaba sorprendido de no haber sentido temor. Reconoció lo que sentía como el escalofrío de anticipación.

Conforme Des se movía más a las profundidades de la habitación las características de la figura cubierta se volvieron claras, revelándole que era un twi'lek. Incluso bajo la túnica amplia que llevaba, Des podía ver que era grueso y fornido. Era de cerca de dos metros de alto, fácilmente el twi'lek más grande que Des había visto nunca…

… aunque no tan grande como el propio Des.

Sus lekku caían por su amplio pecho y se envolvían hacia atrás alrededor de su cuello y hombros musculados; sus ojos brillaban de color naranja bajo su ceño, reflejando las antorchas parpadeantes. Él sonrió, revelando los dientes afilados, puntiagudos comunes a su especie.

—Soy Lord Kopecz de los Sith —dijo él. En ese momento, Des supo sin ninguna duda que este era el de la capa que había ido a él en el pozo, y él le dio una leve inclinación de cabeza en reconocimiento.

—Voy a ser tu inquisidor —explicó Lord Kopecz, su voz sin mostrar ninguna emoción—. Solo yo determinaré tu destino. El resto se ha asegurado de que mi juicio sea el final.

Des asintió de nuevo.

El twi'lek fijó sus ojos ardientes naranjas en Des.

—No eres ningún amigo de los Jedi o de su República.

No era una pregunta, pero Des se sintió impulsado a contestar de todos modos.

—¿Qué han hecho ellos nunca por mí?

—Exactamente —dijo Kopecz con una cruel sonrisa—. Entiendo que has luchado muchas batallas contra las fuerzas de la República. Tus compañeros soldados hablan muy bien de ti. Los Sith necesitamos hombres como tú si queremos ganar esta guerra. —Él se detuvo—. Eras un soldado modelo… hasta que desobedeciste una orden directa.

—La orden era un error —dijo Des. Su garganta se había vuelto tan seca y apretada que tenía problemas en hacer salir las palabras.

—¿Por qué rechazaste atacar el asentamiento durante el día? ¿Eres un cobarde?

—Un cobarde no habría completado la misión —contestó Des bruscamente, herido por la acusación.

Kopecz inclinó su cabeza a un lado y esperó.

—Atacar a la luz del día era un error táctico —continuó Des, tratando de presionar su punto—. Ulabore debía haber enviado de vuelta esa información al comando, pero tenía demasiado miedo. Ulabore fue el cobarde, no yo. Él prefería arriesgarse a morir en manos de la República antes que enfrentarse a la Hermandad de la Oscuridad. Yo prefiero no desperdiciar mi vida sin necesidad.

—Puedo verlo por tu registro del servicio —dijo Kopecz—. Kashyyyk, Trandosha, Phaseera… si estos informes son precisos, has realizado hazañas increíbles durante tu tiempo con los Caminantes de la Penumbra. Hazañas que algunos clamarían imposibles.

Des se enojó por la insinuación.

—Los informes son precisos —contestó él.

—No me cabe duda de que lo son. —Kopecz o no se había percatado o no le importaba el tono de la respuesta de Des—. ¿Sabes por qué te he traído a Korriban?

Des estaba empezando a darse cuenta de que esto no era realmente una corte marcial después de todo. Era algún tipo de prueba, aunque para qué todavía no estaba seguro.

—Presiento que he sido escogido para algo.

Kopecz le dio otra sonrisa siniestra.

—Bien. Tu mente trabaja rápido. ¿Qué sabes de la Fuerza?

—No mucho —admitió Des encogiéndose de hombros—. Es algo en lo que los Jedi creen: algún gran poder que se supone que simplemente está flotando ahí fuera en alguna parte en el universo.

—¿Y qué sabes de los Jedi?

—Sé que se creen a sí mismos guardianes de la República —contestó Des, sin intentar ocultar su desprecio—. Sé que ostentan una gran influencia en el Senado. Sé que muchos creen que tienen poderes místicos.

—¿Y de la Hermandad de la Oscuridad?

Des consideró sus palabras más cuidadosamente esta vez.

—Son los líderes de nuestro ejército y jurados enemigos de los Jedi. Muchos creen que ustedes, como ellos, tienen habilidades especiales.

—¿Pero tú no?

Des vaciló, luchando para hallar la respuesta que creía que Kopecz quería escuchar. Al final no pudo imaginar qué estaba buscando su inquisidor, así que simplemente dijo la verdad.

—Creo que la mayoría de las historias son enormemente exageradas.

Kopecz asintió.

—Una creencia bastante común. Aquellos que no entienden los caminos de la Fuerza se refieren a esos relatos como mitos o leyendas. Pero la Fuerza es real, y aquellos que la dominan tienen un poder que ni siquiera puedes imaginar.

Has visto muchas batallas pero no has experimentado la guerra real. Mientras que las tropas compiten por el control de mundos y lunas, los Maestros Jedi y Sith buscan destruirse los unos a los otros. Estamos siendo llevados hacia una confrontación inevitable y definitiva. La facción que sobreviva, Sith o Jedi, determinará el destino de la galaxia durante los siguientes mil años.

La verdadera victoria en esta guerra no llegará a través de ejércitos, sino a través de la Hermandad de la Oscuridad. Nuestra mayor arma es la Fuerza, y aquellos individuos que tienen el poder de controlarla. Individuos como tú.

Él se detuvo para dejar que sus palabras penetraran antes de continuar.

—Eres especial, Des. Tienes muchos talentos destacables. Esos talentos son manifestaciones de la Fuerza, y te han servido bien como soldado. Pero sólo has rascado la superficie de tu don. La Fuerza es real; existe en todo nuestro alrededor. Puedes percibir su poder en esta habitación. ¿Puedes percibirlo?

Des vaciló sólo un momento antes de asentir.

—Lo siento. Caliente. Como un fuego esperando explotar.

—El poder del lado oscuro. El calor de la pasión y la emoción. Puedo sentirlo en ti, también. Ardiendo bajo la superficie. Ardiendo como tu rabia. Te hace fuerte.

Kopecz cerró sus ojos e inclinó su cabeza hacia atrás, como si disfrutara del calor. Las puntas de las colas de su cabeza se retorcieron ligeramente. El único sonido fue el leve crujir de las llamas de las antorchas. Una perla de sudor rodó por la coronilla del cuero cabelludo desnudo de Des y hacia la parte trasera de su cuello. No se la limpió, aunque se meció en sus pies incómodo mientras se abría paso entre sus omoplatos. El ligero movimiento pareció sacar al twi’lek de su trance.

No volvió a hablar durante varios segundos, pero estudió a Des intensamente con su mirada perforadora.

—Has tocado la Fuerza en el pasado, pero tus habilidades son una mota insignificante al lado del poder de un verdadero Maestro Sith —dijo finalmente—. Hay un gran potencial en ti. Si te quedas aquí en Korriban, podemos enseñarte a liberarlo.

Des estaba sin palabras.

—Ya no serás más un soldado en las líneas de frente —continuó Kopecz—. Si aceptas mi oferta, esa parte de tu vida habrá acabado. Serás entrenado en los caminos del lado oscuro. Te convertirás en uno de la Hermandad de la Oscuridad. Y no volverás a los Caminantes de la Penumbra.

Des sintió su corazón martilleando, su cabeza flotando. Hasta donde podía recordar, había sabido que era especial debido a sus talentos únicos. Y ahora le estaban diciendo que sus habilidades no eran nada en comparación a lo que podría lograr realmente.

Aún así, parte de él se resistía a la idea de dejar su unidad sin siquiera tener una oportunidad de decir adiós. Consideraba a Adanar, Lucia, y a los otros como más que sólo compañeros soldados; eran sus amigos. ¿Podía realmente abandonarlos así, incluso por la oportunidad de unirse a los Maestros Sith?

Él recordó una de las últimas cosas que Groshik le había dicho: *No cuentes con que los otros te ayuden. Al final cada uno de nosotros está solo en esto. Los supervivientes son aquellos que saben cómo cuidar de sí mismos.*

Todo lo que había tenido, se lo había dado a su unidad. Había salvado sus vidas demasiadas veces como para contarlas. Y al final, cuando los sicarios habían ido para llevárselo, habían estado impotentes para salvarle. Habrían tratado de hacerlo si les hubiera dejado, pero habrían fracasado. Des se dio cuenta de la realidad: su unidad —sus amigos— no podían hacer nada por él ahora.

Sólo podía confiar en sí mismo, como siempre. Habría sido un imbécil por rechazar esta oportunidad.

—Me siento honrado, Maestro Kopecz, y agradecidamente acepto su oferta.

—El camino de los Sith no es para débiles —advirtió el gran twi'lek—. Aquellos que flaqueen serán… dejados atrás. —Hubo algo ominoso en su tono.

—No me dejarán atrás —contestó Des, sin inmutarse.

—Eso está por verse —señaló Kopecz. Entonces añadió—: Esto es un nuevo comienzo para ti, Des. Una nueva vida. Muchos de los estudiantes que vienen aquí toman un nuevo nombre para ellos mismos. Dejan su antigua vida atrás.

Des no tenía ningún deseo de aferrarse a ninguna parte de su antigua vida. Un padre abusivo, la brutalidad de trabajar en las minas en Apatros; había estado buscando una nueva vida tanto tiempo como podía recordar. Los Caminantes de la Penumbra le habían ofrecido un escape, pero había sido uno temporal. Ahora tenía la oportunidad de dejar atrás su pasado para siempre. Todo lo que tenía que hacer era abrazar a la Hermandad de la Oscuridad y sus enseñanzas. Y aún así, por motivos que no podía explicar, sentía el frio agarre del miedo acercándose a él. El miedo le hizo vacilar.

—¿Deseas escoger un nuevo nombre para ti mismo, Des? —Preguntó Kopecz, posiblemente percibiendo su reluctancia—. ¿Deseas renacer? —Des asintió.

Kopecz sonrió una vez más.

—¿Y por qué nombre deberíamos llamarte?

El miedo no le detendría; agarraría al miedo, lo transformaría, y lo haría suyo. Tomaría lo que una vez le hizo débil y lo utilizaría para hacerse a sí mismo fuerte.

—Mi nombre es Bane. Bane de los Sith.

* * *

Lord Qordis, exaltado Maestro de la Academia Sith de Korriban, se rascaba levemente el mentón con sus largos dedos, como garras.

—¿Este estudiante que me has traído… este Bane… nunca ha sido entrenado en los caminos de la Fuerza?

Kopecz agitó su cabeza y retorció sus lekku ligeramente molesto.

—Como te dije antes, Qordis, creció en Apatros, un mundo controlado por la Compañía MBE.

—Aún así conseguiste encontrar a este joven hombre y traerle aquí a la Academia. Parece casi demasiado conveniente.

El fornido twi'lek gruñó.

—Esto no es una artimaña contra ti, Qordis. Ya no es nuestro camino. Somos una Hermandad ahora, ¿recuerdas? Sospechas demasiado.

Qordis se rió.

—No sospecho; sólo soy precavido. Me ha ayudado a mantener mi posición aquí entre tantos jóvenes Sith poderosos y ambiciosos.

—Es tan poderoso como cualquiera de ellos —insistió Kopecz.

—Pero también es mayor. Preferimos encontrar a nuestros estudiantes cuando son más jóvenes y más… maleables.

—Ahora suenas como un Jedi —se mofó Kopecz—. Ellos buscan pupilos más y más jóvenes, esperando encontrarlos puros e inocentes. Llegará el momento en que rechaces a cualquiera que no sea un niño. Debemos ser rápidos para coger a aquellos que dejan atrás. Además —continuó él—, Bane es demasiado fuerte para simplemente dejarlo pasar, incluso para los Jedi. Tenemos suerte de haberlo encontrado antes que ellos.

—Sí, suerte —hizo eco Qordis, su voz llena de sarcasmo—. Su llegada aquí parece ser un increíble giro de muchos eventos fortuitos. Bastante suerte ciertamente.

—Algunos lo verían así —admitió Kopecz—. Otros lo verían como algo más. El destino, quizás.

Hubo un silencio mientras que Qordis consideraba las palabras de su hace tiempo rival.

—Los otros acólitos han estado entrenando por muchos años. Él estará muy por detrás —dijo al final.

—Él los alcanzará, si se le da la ocasión —insistió Kopecz.

—Y me pregunto… ¿le darán los otros esa ocasión? No si son listos. Me temo que simplemente estemos desperdiciando a uno de los mejores soldados de Lord Kaan.

—Ambos sabemos que los Jedi no serán derrotados por soldados —soltó Kopecz—. Felizmente cambiaría a mil de nuestros mejores soldados incluso por un Maestro Sith.

Qordis parecía cogido por sorpresa por su reacción pasional.

—Él es así de fuerte, ¿no? ¿Este Bane?

Kopecz asintió.

—Creo que podría ser al que hemos estado buscando. Podría ser el Sith'ari.

—Antes de que pueda reclamar ese título —dijo Qordis con una sonrisa maliciosa—, tendrá que sobrevivir a su entrenamiento.

PARTE DOS

9

La paz es una mentira. Sólo hay pasión.
Con la pasión, obtengo fuerza.
Con fuerza, obtengo poder.
Con poder, obtengo victoria.
Con victoria, mis cadenas se rompen.

Kopecz se había ido, reuniéndose al ejército de Kaan y la guerra que se había desatado contra los Jedi y la República. Bane se había quedado atrás en la Academia Sith en Korriban para aprender los caminos de los Sith. Su primera lección comenzó a la mañana siguiente, a los pies del propio Lord Qordis.

—Las doctrinas de los Sith son más que sólo palabras por memorizar —explicó el Maestro de la Academia a su aprendiz más nuevo—. Apréndelas, entiéndelas. Te llevarán al verdadero poder de la Fuerza: el poder del lado oscuro.

Qordis era más alto que Kopecz. Más alto incluso que Bane. Era muy delgado y estaba vestido con una túnica negra, amplia, con la capucha hacia atrás cayendo sobre sus hombros. Debía haber sido humano, pero algo en su apariencia parecía lejos de ello. Su piel era de una tonalidad antinatural, blanquecina, aún más obvia por las gemas brillantes incrustadas en los muchos anillos de sus largos dedos. Sus ojos eran oscuros y hundidos. Sus dientes eran afilados y puntiagudos, y sus uñas eran garras curvadas y retorcidas.

Bane se arrodilló ante él, vestido de forma similar en una túnica oscura con la capucha hacia atrás. Antes esa mañana había escuchado el Código de los Sith por primera vez, y las palabras todavía eran frescas y misteriosas. Se arremolinaban a través de los trasfondos de su mente, ocasionalmente burbujeando hacia arriba hacia sus pensamientos conscientes mientras trataba de absorber el significado más profundo tras ellas. *La paz es una mentira. Sólo hay pasión*. Sabía que la primera doctrina era cierta, al menos. Toda su vida era una prueba de ello.

—Kopecz me dice que vienes a nosotros como un aprendiz sin pulir —señaló Qordis—. Dice que nunca has sido entrenado en los caminos de la Fuerza.

—Aprendo rápido —le aseguró Bane.

—Sí… y fuerte en el poder del lado oscuro. Pero lo mismo puede decirse de todos los que vienen aquí.

No estaba seguro de cómo responder, Bane decidió que el curso de acción más sabio era permanecer en silencio.

—¿Qué sabes de esta Academia? —preguntó finalmente Qordis.

—Los estudiantes de aquí aprenden a utilizar la Fuerza. Usted y otros Lords Sith les enseñan los secretos del lado oscuro. —Tras una breve vacilación añadió—: Y sé que hay muchas otras academias como esta.

—No —corrigió Qordis—. No como esta. Es cierto que tenemos otras instalaciones de entrenamiento dispersas a lo largo de nuestro creciente imperio, lugares donde a los

individuos prometedores se les enseña a controlar y utilizar su poder. Pero cada instalación es única, y donde se mande a los estudiantes individuales depende de cuánto potencial veamos en ellos.

Aquellos con una habilidad destacable pero limitada son mandados a Honoghr, Gentes, o Gamorr para que se conviertan en Guerreros Sith o Merodeadores. Allí se les enseña a canalizar sus emociones en ira sin sentido y furia de batalla. El poder del lado oscuro les transforma en bestias devastadoras de muerte y destrucción para ser liberadas contra nuestros enemigos.

Con la pasión obtengo fuerza, pensó Bane. Pero cuando habló dijo,

—Sólo la fuerza bruta no es suficiente para hacer caer a la República.

—Cierto —estuvo de acuerdo Qordis. Por el tono de su voz Bane sabía que había dicho lo que su Maestro quería escuchar.

—Aquellos con una mayor habilidad son mandados a mundos que se han aliado a nuestra causa de destruir a la República: Ryloth, Umbara, Nar Shadaa. Esos estudiantes se convierten en criaturas de sombras, aprendiendo a utilizar el lado oscuro para el secretismo, el engaño, y la manipulación. Aquellos que sobreviven al entrenamiento se convierten en asesinos imparables, capaces de atraer al lado oscuro para matar a sus objetivos sin siquiera mover un músculo.

—Aún así no son rivales para los Jedi —añadió Bane, pensando que entendía la dirección que estaba tomando la lección.

—Precisamente —estuvo de acuerdo su Maestro—. Las academias de Dathomir e Iridonia son las más similares a esta de aquí. Ahí los aprendices estudian bajo Maestros Sith. Aquellos que tienen éxito en su entrenamiento se convierten en los adeptos y acólitos que aumentarán las filas de nuestros ejércitos. Son las contrapartes de los Caballeros Jedi que están en mitad del camino de nuestra conquista definitiva.

Pero incluso al igual que los Caballeros Jedi deben responder a los Maestros Jedi, igual deben los adeptos y acólitos responder a los Lords Sith. Y aquellos con el potencial de convertirse en Lords Sith, y sólo aquellos con tal potencial, son entrenados aquí en Korriban.

Bane sintió un estremecimiento de excitación. *Con fuerza obtengo poder*.

—Korriban fue el hogar ancestral de los Sith —explicó Qordis—. Este planeta es un lugar de gran poder; el lado oscuro vive y respira en el mismísimo núcleo de este mundo.

Él se detuvo y lentamente extendió su esquelética mano, con la palma hacia arriba. Casi parecía como si estuviera acunando algo invisible —algo precioso e invaluable— en sus dedos como garras.

—Este templo en el que estamos fue construido hace muchos miles de años para recoger y focalizar ese poder. Aquí puedes sentir el lado oscuro en su forma más fuerte. —Él cerró su puño tan fuertemente que sus largas uñas le cortaron la palma, haciéndole sangre—. Tú has sido escogido debido a que tienes un gran potencial —susurró él—. Se esperan grandes cosas de los aprendices aquí en Korriban. El entrenamiento es difícil, pero las recompensas son grandes para aquellos que tienen éxito.

Con poder obtengo victoria.

Qordis extendió la mano y puso su palma herida en la coronilla del cráneo desnudo de Bane, ungiéndole con la sangre de un Lord Sith. Bane había visto multitud de sangre como soldado, aún así por algún motivo este acto ceremonial de automutilación le repugnó más que cualquier violencia sangrienta del campo de batalla. Todo lo que podía hacer era no retirarse.

—Tú tienes el potencial de convertirte en uno de nosotros… uno de la Hermandad de la Oscuridad. Juntos podemos deshacernos de los grilletes de la República.

Con victoria mis cadenas se rompen.

—Pero incluso aquellos con potencial pueden fracasar —terminó Qordis—. Confío en que no nos decepciones.

Bane no tenía intención de hacerlo.

El siguiente par de semanas pasó rápidamente mientras Bane se lanzaba a sus estudios. Para su sorpresa, descubrió que su inexperiencia con la Fuerza era la excepción más que la regla. Muchos de los estudiantes habían entrenado durante meses o años antes de haber sido aceptados en la Academia de Korriban.

Al principio Bane lo encontró perturbador. Acababa de empezar su entrenamiento y ya estaba por detrás. En tal ambiente competitivo, implacable sería un objetivo fácil para cada estudiante. Pero mientras lo meditaba, empezó a darse cuenta de que podría no ser tan vulnerable como había pensado.

Sólo él, de todos los aprendices de la Academia, había sido capaz de manifestar el poder del lado oscuro sin ningún entrenamiento en absoluto. Lo había utilizado tan a menudo que había llegado a darlo por sentado. Le había dado ventaja sobre sus oponentes en las cartas y en las peleas. En la guerra le había advertido del peligro y le había llevado a la victoria en circunstancias de otro modo imposibles.

Y lo había hecho todo por instinto, sin ningún entrenamiento, sin siquiera alguna idea consciente de lo que estaba haciendo. Ahora, por primera vez, estaba siendo enseñado a utilizar de verdad sus habilidades. No tenía que preocuparse por ninguno de los otros estudiantes… si acaso, ellos debían preocuparse por él. Cuando completara su entrenamiento, ninguno de los otros sería su igual.

La mayoría de su aprendizaje llegó a los pies de Qordis y los otros Maestros: Kas'im, Orilltha, Shenayag, Hezzoran, y Borthis. Había sesiones de entrenamiento en grupo en la Academia, pero eran pocas y muy distanciadas. Al débil y al lento no se le podía permitir retener al fuerte y al ambicioso. Los estudiantes aprendían a su propio paso, conducidos por su deseo y el hambre de poder. Había, sin embargo, cerca de seis estudiantes por cada Maestro, y los aprendices tenían que probar su valía antes de que uno de los instructores gastara su valioso tiempo enseñándoles los secretos de los Sith.

Aunque era un neófito, Bane encontró fácil ganar la atención de los Lords Sith, particularmente de Qordis. Sabía que la atención extra inevitablemente criaría resentimiento en los otros estudiantes, pero se forzó a no pensar en eso. Llegado el momento, la instrucción adicional que recibía de los Maestros le permitiría alcanzar y

sobrepasar a los otros aprendices, y una vez que lo hiciera no necesitaría preocuparse por sus insignificantes celos. Hasta entonces tenía cuidado de permanecer fuera del camino y no atraer la atención hacia sí mismo.

Cuando no estaba aprendiendo de los Maestros, estaba en la biblioteca estudiando los registros antiguos. Al igual que los Jedi mantenían sus archivos en su Templo en Coruscant, los Sith habían empezado a recoger y almacenar información en los archivos del templo de Korriban. Sin embargo, al contrario que la biblioteca Jedi —donde la mayoría de la información era almacenada en formato holográmico, y Holocrones— la colección Sith se limitaba a pergaminos, tomos, y manuales. En los tres mil años estándar desde que Darth Revan casi había destruido la República, los Jedi habían desatado una guerra incansable para erradicar las herramientas de enseñanza del lado oscuro. Todos los Holocrones Sith conocidos habían sido destruidos o secuestrados en el Templo Jedi en Coruscant para salvaguardarlos. Había muchos rumores de Holocrones Sith sin descubrir, u ocultos en mundos remotos, o codiciosamente acaparados por uno de los Maestros oscuros con ansias de mantener su sabiduría secreta para él mismo. Pero todos los esfuerzos de la Hermandad por encontrar esos tesoros perdidos habían demostrado ser fútiles, forzándoles a confiar en las tecnologías primitivas del pergamino y el plastifino.

Y debido a que la colección estaba constantemente cambiando, los índices y referencias estaban desesperanzadamente desactualizados. Buscar los archivos era a menudo un ejercicio de futilidad o frustración, y la mayoría de los estudiantes sentían que su tiempo era mejor gastado tratando de aprender o impresionar a los Maestros.

Quizás era porque era más viejo que la mayoría de los otros, o quizás porque sus años de minería le habían enseñado a ser paciente, cual fuera la explicación, Bane pasaba varias horas al día estudiando los registros antiguos. Los encontraba fascinantes. Muchos de los pergaminos eran registros históricos relatando antiguas batallas o glorificando las proezas de los antiguos Lords Sith. Por sí misma la información tenía poco uso práctico, pero podía ver cada trabajo individual por lo que representaba realmente: una diminuta pieza de un puzle mucho más grande, una pista para un entendimiento mucho mayor.

Los archivos se complementaban con lo que aprendía de los Maestros. Le daba un contexto para las lecciones abstractas. Bane sentía que, en su momento, el conocimiento antiguo sería la clave para desatar su completo potencial. Y así, su entendimiento de la Fuerza lentamente tomaba forma.

Mística e inexplicable, la Fuerza también era natural y esencial: una energía fundamental que enlazaba el universo y conectaba todas las cosas vivientes en él. Esta energía, este poder, podía ser domado. Podía ser manipulado y controlado. Y a través de las enseñanzas del lado oscuro, Bane estaba aprendiendo a tomarle agarre. Practicaba sus meditaciones y ejercicios a diario, a menudo bajo el ojo vigilante de Qordis. Tras sólo un par de semanas aprendió a mover pequeños objetos simplemente pensando en ello, algo que habría creído imposible sólo un corto tiempo antes.

Aún ahora entendía que esto solo era el principio. Estaba empezando a captar una gran verdad en un nivel profundo, fundamental: que la fuerza para sobrevivir debía venir

desde dentro. Otros siempre te fallarán. Amigos, familia, compañeros soldados… al final, cada persona debía permanecer sola. Cuando se estaba en necesidad, había que mirar a uno mismo.

El lado oscuro nutría el poder del individuo. Las enseñanzas de los Maestros Sith le harían fuerte. Al complacerlos, podría desatar su potencial completo y algún día sentarse entre ellos.

* * *

Cuando la primera oleada del ataque llegó, la flota de la República que orbitaba los cielos de Ruusan fue cogida completamente de improviso. Un planeta pequeño y políticamente insignificante, el mundo densamente cubierto de bosques había sido utilizado de base para montar ataques relámpago contra las fuerzas Sith estacionadas en el sistema cercano de Kashyyyk. Ahora el enemigo había vuelto la misma estrategia contra ellos.

Los Sith golpearon sin advertencia, materializándose en masa desde el hiperespacio: una maniobra casi suicida para una flota tan enorme. Antes de que siquiera una alarma pudiera sonar, las naves de la República se encontraron siendo bombardeadas por tres cruceros Acorazados, dos naves de batalla corsarias, docenas de interceptores, y una veintena de cazas Buitre. Y encabezando el ataque estaba la nave insignia de la Hermandad de la Oscuridad, el Destructor Sith *Anochecer*.

En su esfera de meditación a bordo del *Anochecer*, Lord Kaan estaba dirigiendo el asalto. Desde el interior de la cámara podía comunicarse con cualquier otra nave, mandando sus órdenes con el conocimiento de que serían obedecidas instantánea y completamente. La cámara estaba llena de luz y sonido: monitores brillantes y pantallas parpadeantes bipeaban incesantemente para alertarle de las actualizaciones constantemente cambiando del estado de la batalla.

El Lord Oscuro, sin embargo, nunca miraba siquiera las pantallas. Su percepción se extendía mucho más allá de la esfera de meditación, mucho más allá de los datos que escupían las lecturas electrónicas. Conocía la localización de cada navío enfrentado en el conflicto: los suyos propios y aquellos del enemigo. Podía percibir cada descarga disparada, cada giro evasivo y ruedo, cada movimiento y contramedida hecha por cada nave. A menudo podía percibirlos incluso antes de que ocurrieran.

Su ceño estaba fruncido en una concentración intensa; su aliento llegaba en jadeos largos, irregulares. Perlas de sudoración rodaban bajando su tembloroso cuerpo. El esfuerzo era enorme, aún con la ayuda de la esfera de meditación mantenía su concentración mental, atrayendo al lado oscuro de la Fuerza para que influyera en el resultado del conflicto pese a su cansancio físico.

El arte de la meditación de batalla —un arma pasada desde los antiguos hechiceros Sith— lanzaba a las filas enemigas al caos, alimentando su miedo y desesperación, aplastando sus corazones y espíritus con desesperación sombría. Cada movimiento en falso del oponente era amplificado, cada vacilación se transformaba en una cascada de

errores y fallos que sobrepasaban incluso a las tropas más disciplinadas. La batalla sólo acababa de empezar, y ya estaba por terminar.

La flota de la República estaba completamente desunida. Dos de sus cuatro naves capitales de clase *Cabeza de Martillo* habían perdido sus escudos principales en las primeras rondas de ametrallamiento de los Buitres. Ahora los Acorazados Sith estaban moviéndose, apuntando a los repentinamente vulnerables Cabeza de Martillo con sus devastadores cañones láser acoplados delante. Al borde de ser incapacitados y dejados totalmente indefensos, sólo estaban consiguiendo revolver sus propios cazas para protegerse de los cruceros enemigos rápidamente acercándose.

Las otras dos naves capitales estaban siendo devastadas por *Ira* y *Furia*, las naves de batalla Sith. Los ponderosos Cabeza de Martillo de la República confiaban en que las naves de apoyo establecieran una línea defensiva para contener a los atacantes enemigos mientras se posicionaban para sacar sus armas pesadas. Sin esas líneas defensivas estaban indefensos contra los corsarios mucho más rápidos y mucho más ágiles. *Ira* y *Furia* cortaron por un vector que minimizó el número de cañones con los que los Cabeza de Martillo podía apuntarles, entonces se deslizaron por su proa, disparando todas las armas. Cuando los Cabeza de Martillo trataron de cambiar de dirección para sacar más armas, los corsarios pivotarían y se doblarían hacia atrás para hacer otro pase por otro vector diferente, infligiendo aún más daño. La maniobra devastadora era conocida como *fulminar la plataforma*, y sin el apoyo de cazas o naves de batalla propias, las naves capitales no lo aguantarían por mucho.

La ayuda de las naves de batalla de la República, sin embargo, no era probable que llegara. La que estaba en punto de patrulla ya era un casco carbonizado y sin vida, arrasada en los primeros segundos del ataque por un ataque directo de las armas del *Anochecer* antes de que pudiera alzar sus escudos. Las otras dos estaban siendo invadidas por interceptores y golpeadas por la artillería láser del lateral del *Anochecer*, y no parecían durar mucho más que la primera.

Kaan podía sentirlo: el pánico se había establecido entre las tropas y comandantes de la República. Su ataque era pura ofensiva; su ataque maximizaba el daño pero dejaba sus propias naves expuestas y vulnerables a un contraataque bien organizado. Pero no iba a llegar una respuesta así. Los capitanes de la República eran incapaces de coordinar sus esfuerzos, incapaces de establecer sus líneas de defensa. No podían siquiera organizar una retirada apropiada… era imposible escapar. ¡La victoria era suya!

Y entonces de repente el *Furia* se fue, apagado por una explosión que desgarró al corsario. Había ocurrido tan rápidamente que Kaan —incluso con la consciencia precognitiva de su meditación de batalla— no lo había sentido llegar. Los dos Cabeza de Martillo se habían girado en ángulos tangenciales, ambos de algún modo fijándose en el camino del *Furia* simultáneamente. Uno había abierto fuego con sus cañones delanteros para hacer caer los escudos del *Furia,* mientras que el otro había desatado una barrera de fuego láser en el mismo punto exacto, provocando una detonación masiva que destruyó la nave de batalla en un abrir y cerrar de ojos. Era una maniobra brillante: dos naves

diferentes coordinando perfectamente sus esfuerzos mientras estaban bajo un asalto implacable para barrer a un enemigo común. También era imposible.

Kaan ordenó al *Ira* que entrara en acción evasiva; el corsario se despegó de su camino de ataque justo mientras los Cabeza de Martillo abrían fuego, evitando de cerca el destino de su nave hermana. Los Acorazados acercándose a los Cabeza de Martillo incapacitados también fueron forzados a cesar su ataque mientras cuatro escuadrones completos de cazas de la República irrumpían hacia delante desde las plataformas de carga de sus supuestas presas indefensas. Incluso bajo condiciones ideales habría sido difícil dispersar los cazas tan rápidamente; en esta situación era impensable. Aún así Kaan podía sentirlos: cerca de cincuenta cazas Aurek volando en formación cerrada, presionando el ataque sobre los Acorazados mientras los cuatro Cabeza de Martillo retrocedían. ¡Estaban estableciendo una línea defensiva!

Atrayendo el poder del lado oscuro, Lord Kaan presionó con su voluntad para tocar las mentes del enemigo. Estaban serios, pero no desesperados. Algunos tenían miedo, pero ninguno estaba en pánico. Todo lo que percibía era disciplina, propósito, y resolución. Y entonces percibió algo más. Otra presencia en la batalla.

Era sutil, pero estaba seguro de que no había estado allí en los primeros minutos del ataque. Alguien estaba utilizando la Fuerza para subir la moral de las tropas de la República. Alguien estaba utilizando el lado luminoso para contrarrestar los efectos de la meditación de batalla de Kaan y dar la vuelta a la situación. Sólo un Maestro Jedi tendría la fuerza para oponerse a la voluntad de un Lord Sith.

Kopecz lo percibió, también. Amarrado al asiento de su interceptor, estaba girando y virando a través de la barrera de explosiones de las torretas anticaza de los Cabeza de Martillo cuando la presencia del Maestro Jedi chocó contra él como una ola. Le cogió con la guardia baja, haciendo que perdiera su concentración por medio segundo. Para cualquier otro piloto, eso habría sido suficiente para acabar con su vida, pero Kopecz no era un piloto normal.

Reaccionando con una rapidez nacida del instinto, pulida por el entrenamiento, y fortalecida por el poder del lado oscuro, golpeó hacia atrás el propulsor y empujó fuerte la palanca. El interceptor se inclinó hacia abajo y adelante en una zambullida aguda, agachándose de cerca bajo tres explosiones sucesivas de los cañones iónicos de los Cabeza de Martillo. Saliendo de la inmersión, se ladeó en un rodeo y dio la vuelta hacia el crucero de la República más grande de los cuatro. El Jedi estaba ahí. Podía sentirlo: la Fuerza estaba emanando de la nave como una baliza. Ahora Kopecz iba a matarle.

De vuelta en el *Anochecer*, Kaan también estaba atrapado en un combate a muerte con el Maestro Jedi, aunque la suya era una batalla desatada a través de las naves y los pilotos de sus respectivas flotas. La República tenía más naves con un poder de fuego mayor; Kaan había confiado en el elemento de la sorpresa, y su meditación de batalla para darle la ventaja a los Sith. Ahora, sin embargo, ambas ventajas parecían haberse anulado. Pese a su fuerza, el Lord Oscuro no era un experto en el raro arte de la meditación de batalla. Era uno de muchos talentos, y había trabajado para desarrollarlos

todos por igual. El Jedi oponiéndose, sin embargo, era probable que hubiera sido entrenado desde que nació sólo para una confrontación así. La tendencia de la batalla estaba girando lentamente, y el Lord Oscuro se estaba desesperando.

Él reunió su voluntad y golpeó con un repentino arrebato de poder del lado oscuro, un truco desesperado para volver a traer el encuentro bajo su control. Espoleados por la adrenalina, la sed de sangre, y la irresistible coacción de su líder, un par de pilotos buitre trataron de embestir con sus naves al escuadrón Aurek más cercano, determinados a romper su formación con un ataque suicida. Pero los pilotos de la República no entraron en pánico ni rompieron filas tratando de evitar su carga temeraria. En su lugar se enfrentaron al asalto de lleno, disparando sus armas y vaporizando al enemigo antes de que se pudiera hacer cualquier daño.

Al otro lado de la batalla, el interceptor de Kopecz se introdujo a través del perímetro defensivo establecido alrededor de la nave capital y su preciosa carga Jedi, demasiado rápido y ágil para que o los cazas Aurek o las torretas pudieran apuntarle. Penetrando en las líneas de la República, Kopecz voló con su nave al corazón del hangar principal; las puertas blindadas se cerraron una fracción de segundo demasiado tarde. Abrió fuego mientras su nave giraba y patinaba por el suelo de la plataforma de amarre, barriendo a la mayoría de los soldados lo suficientemente desafortunados como para ser cogidos dentro.

Mientras la nave se frenaba hasta detenerse, abrió la escotilla y salió de su asiento. Ágilmente aterrizando sobre sus pies, sacó y encendió su sable láser en un suave movimiento. El primer arco de barrido de la espada carmesí captó el fuego de bláster de los dos soldados que habían sobrevivido al asalto inicial, reflejándolo sin que le dañara. Otra voltereta acercó la distancia de seis metros entre el twi'lek y sus atacantes; otro arco de la espada acabó con sus vidas.

Kopecz se detuvo para evaluar la situación. Cuerpos mutilados y maquinaria destrozada era todo lo que quedaba de la tripulación y el equipo que mantenía los cazas de la República. Sonriendo, cruzó por la escotilla que llevaba al interior de la nave capital.

Caminó rápidamente y con confianza a través de los pasillos, guiado por el poder que emanaba del Maestro Jedi como un tuk'ata atraído por la esencia de un bicho squell. Un equipo de seguridad le interceptó en uno de los pasillos. Las insignias rojas en sus mangas les marcaban como un escuadrón de élite de soldados especialmente entrenados: los mejores guardaespaldas que la milicia de la República tenía que ofrecer. Kopecz sabía que debían ser buenos… una realmente consiguió disparar su arma dos veces antes de que toda la unidad cayera ante su sable láser.

Entró en una gran cámara con una sola puerta en la parte trasera. Su presa estaba tras esa puerta, pero en el centro de la habitación un par de selkath —seres anfibios del mundo de Manaan— bloquearon su camino con sus sables láser desenvainados. Esos eran meros Padawans, sin embargo, sirvientes del Maestro Jedi. Kopecz ni se molestó en enfrentarse a ellos en un combate de sable láser: habría estado por debajo de él. En su lugar lanzó un puño musculado hacia delante y utilizó la Fuerza para lanzarles por la

habitación. El primer Padawan fue aturdido por el impacto. Para cuando luchó inseguro por ponerse en pie, su compañera ya estaba muerta, la vida asfixiada por el poder del lado oscuro.

El Padawan superviviente retrocedía mientras Kopecz lentamente avanzaba; el Lord Sith cruzó la habitación con zancadas comedidas mientras reunía su poder. Lo desató en una tormenta de electricidad, rayos de relámpagos azul-violeta desgarrando la carne de su víctima desafortunada. El cuerpo del selkath bailó en convulsiones de agonía hasta que su cuerpo humeante finalmente colapsó en el suelo.

Alcanzando la puerta en la parte trasera de la habitación, Kopecz la abrió y caminó hacia la pequeña cámara de meditación del otro lado. Una mujer mayor cereana, vestida con las túnicas marrones simples de un Maestro Jedi, estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo. Su cara arrugada y rugosa estaba bañada de sudor del esfuerzo de utilizar su meditación de batalla contra Kaan y los Sith.

Exhausta, cansada, no era rival para el Lord Sith que se alzaba sobre ella. Aún así no hizo ningún movimiento para huir o siquiera defenderse. Con una muerte segura a sólo unos segundos, mantuvo su mente y poder centrados por completo en la batalla de la flota.

Kopecz no pudo evitar admirar su coraje incluso mientras metódicamente la cortaba. Su aceptación calmada robó su victoria de cualquier deleite.

—La paz es una mentira —murmuró para sí mismo mientras caminaba de vuelta a través de los pasillos hacia la plataforma de amarre y a su nave esperándole, ansioso por irse antes de que el *Anochecer* o cualquier otra nave hiciera volar al Cabeza de Martillo en pedazos.

La muerte de la Maestra Jedi cambió la tendencia una vez más. La resistencia se desmoronó; la batalla se convirtió en una derrota Sith, y entonces en una matanza. Sin estar ya protegidos por el poder del lado luminoso de la Fuerza, los soldados de la República estaban completamente desmoralizados por el terror y la desesperación que Kaan engendraba en sus mentes. Aquellos que eran de voluntad fuerte abandonaron toda esperanza que les quedaba de escapar vivos de la batalla. Los de voluntad débil habían quedado tan desalentados, que sólo podían esperar una muerte rápida y piadosa. Los primeros no consiguieron lo que querían, pero los últimos sí.

Amarrado en la escotilla de su interceptor, Lord Kopecz lanzó su navío desde el hangar meros segundos antes de que la nave capital fuera destruida en una explosión gloriosa y cataclísmica.

10

El poder de Bane estaba creciendo. En sólo un par de meses de entrenamiento había aprendido mucho sobre la Fuerza y el poder del lado oscuro. Físicamente, se sentía más fuerte que nunca antes. En las carreras de entrenamiento matinales podía esprintar casi a la máxima velocidad durante cinco minutos antes de que siquiera empezara a respirar de forma pesada. Sus reflejos eran más rápidos, su mente y sentidos estaban más agudizados de lo que posiblemente podía haber imaginado.

Cuando era necesario podía canalizar la Fuerza a través de su cuerpo, dándole explosiones de energía que le permitían hacer hazañas aparentemente imposibles: hacer volteretas completas estando en pie, sobrevivir a caídas desde alturas increíbles sin salir herido; saltar verticalmente diez metros o más.

Estaba completamente al tanto de sus alrededores la mayoría de las veces, percibiendo la presencia de otros. A veces podía incluso tener un presentimiento de sus intenciones, vagas impresiones de sus mismos pensamientos. Era capaz de hacer levitar objetos más grandes ahora, y durante periodos más largos. Con cada sesión su poder crecía y se volvía más y más fácil comandar la Fuerza y doblarla a su voluntad. Y con cada semana, Bane se daba cuenta de que había sobrepasado a otro de los aprendices que había estado una vez por delante de él.

Menos y menos parte de su tiempo se pasaba en los archivos estudiando los pergaminos antiguos. Su fascinación inicial con ellos se había desvanecido, barrida por la intensidad de la vida en la Academia. Absorber el conocimiento de Maestros hace tiempo muertos era un placer frío y estéril. Los registros históricos no eran rivales para el sentimiento de euforia y poder que sentía cuando utilizaba la Fuerza realmente. Bane era parte de la Academia y de la Hermandad de la Oscuridad. Él era parte del ahora, no del pasado antiguo.

Empezó a pasar más tiempo mezclándose con los otros estudiantes. Ya podía percibir que alguno de ellos estaba celoso, aunque ninguno se atrevía a actuar en su contra. La competición entre los estudiantes era alentada, y los Maestros permitían que la rivalidad derivara a resentimiento y odio que alimentaba al lado oscuro. Pero había sanciones duras para cualquier aprendiz pillado interfiriendo o perturbando el entrenamiento de otro estudiante.

Por supuesto, todos los aprendices entendían que el castigo era en realidad por el crimen de ser lo suficientemente descuidados para haber sido pillados. La traición era aceptada tácitamente, mientras que se hiciera con la astucia suficiente para evitar que los instructores se dieran cuenta. El progreso fenomenal de Bane le protegía de las maquinaciones de sus compañeros estudiantes; nadie podría moverse en su contra sin atraer la atención de Qordis o de los otros Lords Sith.

Desafortunadamente, la atención extra hacía difícil que el propio Bane utilizara la traición, manipulación, o técnicas similares para conseguir un mayor estatus dentro de la Academia.

Había, sin embargo, una forma autorizada en la que los estudiantes podían hacer caer a un rival: el combate con sable láser. El arma elegida tanto de Jedi como de Sith, el sable láser era más que sólo una espada de energía capaz de cortar a través de casi cada material de la galaxia conocido. El sable láser era una extensión del usuario y su comando de la Fuerza. Sólo aquellos con disciplina mental estricta y una maestría física total podían utilizar el arma eficientemente… o eso le habían enseñado a Bane y a los otros.

Pocos de los estudiantes poseían realmente sables láser aún; todavía debían demostrar ser dignos a los ojos de Qordis y los otros. Aún así eso no evitaba que Lord Kas'im, el Maestro de espadas twi'lek, les enseñara los estilos y técnicas que utilizarían una vez que finalmente se ganaran sus armas. Cada mañana los aprendices se reunirían en el techo amplio y abierto del templo para practicar sus ejercicios y rutinas bajo su ojo observante, luchando por aprender las maniobras exóticas que les llevarían a la victoria en el campo de batalla.

La transpiración ya estaba bajando por la coronilla de la cabeza de Bane y sobre sus ojos mientras hacía pasar a su cuerpo por su ritmo. Parpadeó para quitarse el sudor hiriente y redobló sus esfuerzos, excavando en el aire ante él una y otra y otra vez con su sable de entrenamiento. A su alrededor los otros aprendices estaban haciendo lo mismo; cada uno estaba luchando para conquistar sus propias limitaciones físicas y convertirse en algo más que sólo un guerrero con un arma. La meta era convertirse en una extensión del propio lado oscuro.

Bane había empezado aprendiendo las técnicas básicas comunes a las siete formas tradicionales del sable láser. Sus primeras semanas las había pasado en una interminable repetición de posturas defensivas, golpes de revés, bloqueos, y contraataques. Al observar las tendencias naturales de sus estudiantes mientras aprendían las bases, Lord Kas'im determinaba qué forma encajaría mejor con su estilo. Para Bane escogió el Djem So, Forma V. La quinta forma enfatizaba la fuerza y el poder, permitiendo a Bane utilizar su tamaño y sus músculos a su favor. Sólo después de que fue capaz de ejecutar cada uno de los movimientos del Djem So para la satisfacción de Kas'im se le permitió empezar el verdadero entrenamiento.

Ahora, junto con los otros estudiantes en la Academia, pasaba la mayor parte de una hora cada mañana practicando sus técnicas con su sable de entrenamiento bajo el ojo observante del Maestro de espadas. Hechos de duracero con el filo romo, los sables de entrenamiento eran construidos específicamente para que su equilibrio y peso mimetizaran los rayos de energía proyectados por los sables láser reales. Un golpe sólido podía infligir un daño serio, pero ya que el sable láser no funcionaba así, cada espada de entrenamiento también estaba cubierta por millones de púas llenas de toxinas demasiado pequeñas para ser vistas, diseñadas a partir de las espinas microscópicas de la cresta del mortal bicho pelko, un raro insecto que sólo se encontraba en las profundidades bajo las arenas del desierto del Valle de los Lords Oscuros en el propio Korriban. Con un golpe directo, las minúsculas púas podían perforar el tejido de cualquier tela; el veneno de

pelko haría que la carne quemara y se ampollara inmediatamente. La parálisis temporal se apoderaba al instante del punto de infección, dejando cualquier extremidad golpeada inútil. Eso proveía de una forma excelente para mimetizar los efectos de perder una mano, brazo, o pierna ante la hoja de un sable láser.

La mañana estaba llena de los gruñidos de los aprendices y de los *fiung-fiung-fiung* mientras sus espadas cortaban el aire. En cierto modo le recordaba a Bane a su entrenamiento militar: un grupo de soldados unidos en la repetición de entrenamientos hasta que los movimientos se volvían instintivos.

Pero no había un sentimiento de camaradería en la Academia. Los aprendices eran rivales, planos y simples. En muchas formas no era diferente de sus días en Apatros. Ahora, sin embargo, el aislamiento merecía la pena. Aquí le estaban enseñando los secretos del lado oscuro.

—¡Mal! —ladró de repente Kas'im. Había estado caminando arriba y debajo de las filas de aprendices mientras entrenaban, pero se había parado ahora justo junto a Bane—. ¡Golpea con malicia y precisión! —Él extendió un brazo y agarró la muñeca de Bane, girándola bruscamente y cambiando el ángulo de la espada de entrenamiento—. ¡Estás llegando demasiado alto! —soltó él—. ¡No hay cabida para el error!

Él se quedó al lado de Bane durante varios segundos, observando para asegurarse de que la lección había sido apropiadamente aprendida. Tras varios golpes duros de Bane con el agarre alterado, el Maestro de espadas asintió en aprobación y continuó sus rondas.

Bane repitió el único movimiento una y otra vez, con cuidado de mantener la altura y el ángulo de la espada exactamente como Kas'im le había mostrado, enseñando a sus músculos a través de innumerables repeticiones hasta que podían replicarlo perfectamente cada vez. Sólo entonces avanzaría para incorporarlo a maniobras más complicadas.

Pronto estaba respirando de forma pesada por sus esfuerzos. Físicamente las sesiones de entrenamiento de Kas'im no podían medirse con martillear una veta de cortosis con un martillo hidráulico durante horas en un momento. Pero eran bastante más agotadoras de otras formas. Exigían una intensa concentración mental, una atención al detalle que iba más allá de lo que era visible para el ojo desnudo. El verdadero maestrazgo de la espada requería de una combinación tanto de cuerpo como de mente.

Cuando dos Maestros se enfrentaban en un combate de sable láser, la acción ocurría demasiado rápida para que el ojo la viera o la mente reaccionara. Todo tenía que hacerse por instinto; el cuerpo tenía que ser entrenado para moverse y responder sin pensamientos conscientes. Para lograrlo, Kas'im hacía a sus estudiantes practicar *secuencias*, series cuidadosamente coreografiadas de múltiples golpes y bloqueos sacados de su estilo escogido. Las secuencias estaban diseñadas por el propio Maestro de espadas para que cada maniobra fluyera suavemente hacia la siguiente, maximizando la eficiencia de ataque mientras que se minimizaba la exposición defensiva.

Utilizar una secuencia en combate permitía a los estudiantes liberar sus mentes del pensamiento mientras sus cuerpos automáticamente continuaban a través de los movimientos. Utilizar secuencias era más eficiente y mucho más rápido que considerar e

iniciar cada golpe o bloquear por sí mismos, proveyendo de una enorme ventaja sobre un oponente no familiarizado con la técnica.

Sin embargo, inculcar una nueva secuencia para que pudiera ser ejecutada apropiadamente era un proceso largo y laborioso. Para muchos llevaría dos o tres semanas de entrenamiento y práctica, más largo si la secuencia derivaba de un estilo que el estudiante todavía estaba luchando por dominar. Y aún el más mínimo error en el más pequeño de los movimientos podía hacer a toda la secuencia inútil.

Kas'im había avistado un defecto potencialmente fatal en la técnica de Bane. Ahora Bane estaba determinado a arreglarlo, incluso si significaba horas de práctica de su propio tiempo. Bane era implacable en su persecución de la perfección, no sólo en su entrenamiento de combate, sino en todos sus estudios. Era un hombre con una misión.

—Suficiente —gritó la voz de Kas'im. A esa sola orden todos los estudiantes se detuvieron de lo que estaban haciendo y volvieron su atención al Maestro de espadas. Estaba en pie a la cabeza del grupo, encarándoles.

—Debéis descansar diez minutos —les dijo—. Entonces los desafíos comenzarán.

Bane, junto con la mayoría de los otros, se agachó en una posición meditativa, con las piernas cruzadas y dobladas bajo él. Dejando su sable de entrenamiento en el suelo junto a él, cerró sus ojos y se deslizó en un ligero trance, atrayendo al lado oscuro para que rejuveneciera sus músculos doloridos y refrescara su mente cansada.

Dejó que el poder fluyera a través de él, dejó que su mente fuera a la deriva. Como a menudo lo hacía, iba de vuelta a la primera vez que tocó el lado oscuro. No los rasgones torpes que había tenido antes en Apatros o durante sus días como soldado, sino el verdadero reconocimiento de la Fuerza.

Había sido su tercer día en la Academia. Había estado aplicando las técnicas de meditación que había aprendido el día antes cuando de repente lo sintió. Era como el reventar de una presa, un río furioso inundándole, lavando todos sus fracasos: su debilidad, su miedo, sus dudas sobre sí mismo. En ese instante entendió por qué estaba aquí. En ese momento su transformación de Des a Bane, desde un mero mortal a uno de los Sith había comenzado realmente.

Con poder, obtengo victoria.

Con victoria mis cadenas se rompen.

Bane lo sabía todo sobre las cadenas. Algunas eran obvias: un padre abusivo, descuidado; las jornadas agotadoras en las minas; las deudas a una corporación sin rostro, despiadada. Otras eran más sutiles: la República y sus promesas idealistas de una vida mejor que nunca se materializaba; los Jedi y su voto de librar a la galaxia de la injusticia. Incluso sus amigos de los Caminantes de la Penumbra habían sido un tipo de cadenas. Se había preocupado por ellos, había sido responsable de ellos. Aún así en el final, ¿de qué utilidad le habían sido cuando él más los necesitaba?

Ahora entendía que las uniones personales sólo podían retenerle. Los amigos eran un lastre. Tenía que confiar en sí mismo. Tenía que desarrollar su propio potencial. Su

propio poder. Al final, eso era a lo que realmente había llegado. Poder. Y, sobre todo lo demás, el lado oscuro prometía poder.

Había escuchado los sonidos de movimiento a su alrededor; el suave arrastrar de pies bajo las túnicas mientras los otros aprendices se alzaban de sus meditaciones y se abrían paso hacia el anillo de desafíos. Él agarró su sable de entrenamiento con una mano y saltó sobre sus pies para unirse a ellos.

Al final de cada sesión, la clase se reuniría en un amplio círculo irregular en la parte superior del templo. Cualquier estudiante podía caminar hacia dentro del círculo y lanzar un desafío a otro. Kas'im observaría los duelos de cerca, y una vez que se hubiera acabado analizaría la acción para la clase. Aquellos que ganaban serían elogiados por su actuación, y su estatus en la jerarquía informal de la Academia se elevaría. Aquellos que perdían serían castigados por sus fracasos, así como sufrirían un golpe a su prestigio.

Cuando Bane había empezado su entrenamiento por primera vez, muchos de los estudiantes le habían llamado con ansias. Sabían que era un neófito en la Fuerza y estaban ansiosos por abatir al gigante fuertemente musculado enfrente de sus compañeros de clase. Al principio había declinado los desafíos. Sabía que eran la forma más rápida de ganar prestigio en la Academia, pero no era lo suficientemente imbécil como para ser llevado a la batalla cuando estaba garantizado que perdería.

En los meses pasados, sin embargo, había trabajado duro para aprender su estilo y refinar su técnica. Había aprendido nuevas secuencias rápidamente, y cuando el propio Kas'im comentó su progreso, Bane se había sentido lo suficientemente confiado como para empezar a aceptar los desafíos. No salía victorioso cada vez, pero estaba ganando muchos más duelos de los que estaba perdiendo, lentamente ascendiendo su camino a la cima de la escalera. Hoy se sentía preparado para subir otro escalón.

Los aprendices estaban en tres grupos profundos, formando un anillo de cuerpos alrededor de un claro en el centro burdamente de unos diez metros de diámetro. Kas'im caminó hacia el centro. No habló, sino simplemente inclinó su cabeza, una señal de que era hora de que los desafíos comenzaran. Bane caminó al centro antes de que cualquier otro pudiera hacer un movimiento.

—Desafío a Fohargh —anunció él en un tono resonante.

—Acepto —llegó la respuesta de alguna parte en la multitud del lado opuesto. Los aprendices se apartaron para dejar que pasara al que habían desafiado. Kas'im dio una leve reverencia a cada combatiente y caminó al borde del claro para darles espacio.

Fohargh era un makurth. En muchas formas le recordaba a Bane a los trandoshanos con los que había luchado en sus días con los Caminantes de la Penumbra. Ambas especies eran saurianos bípedos —humanoides como lagartos cubiertos de escamas coriáceas verdes— pero los makurths tenían cuatro cuernos curvados creciendo de la parte superior de sus cabezas.

Antes, en el entrenamiento de Bane, había luchado con Fohargh, y había perdido de mala forma.

El makurth era nocturno por naturaleza. Como los mineros del turno de noche en Apatros, de algún modo, se había acostumbrado al horario antinatural para entrenar con el resto de aprendices en la Academia. Durante su primer duelo, Bane había subestimado a Fohargh, esperando que fuera lento y flojo durante las horas de la luz del día. No cometería ese error dos veces.

Mientras Kas'im y los aprendices observaban en silencio, los dos combatientes se rodeaban el uno al otro en el anillo, con los sables de entrenamiento fuera ante ellos en postura estándar de preparación. El aliento del makurth llegaba en gruñidos y rugidos de sus fosas nasales dilatadas mientras trataba de intimidar a su oponente humano. De cuando en cuando daba un corto bramido y agitaría su cabeza de lagarto con cuatro cuernos mientras mostraba sus dientes violentamente. La última vez que se había enfrentado al demonio de aprendiz de escamas verdes, resoplando, Bane había sido intimidado por la actuación de Fohargh. Ahora simplemente ignoró la postura.

Bane se lanzó con un simple golpe de revés, pero Fohargh respondió con un bloqueo rápido para reflejar el golpe a un lado. En lugar del crujido y el zumbido de las espadas de energía pura cruzándose, hubo un fuerte clang mientras las armas chocaban. Inmediatamente los combatientes giraron el uno del otro y terminaron con sus posiciones de preparación.

Bane se precipitó hacia delante, su espada ascendiendo en diagonal desde la derecha a la izquierda en un largo arco rápido. Fohargh consiguió redirigir el impacto con su propia arma, pero perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Bane trató de presionar su ventaja, con su sable láser arqueándose hacia arriba de izquierda a derecha. Su oponente giró fuera del camino de ser dañado, retrocediendo rápidamente para crear espacio. Bane cesó de la secuencia medio completa y se paró en una posición de preparación.

Antes en Apatros sus habilidades latentes en la Fuerza le habían permitido anticipar y reaccionar a los movimientos de su enemigo. Aquí, sin embargo, cada oponente disfrutaba de la misma ventaja. Como resultado, la victoria requería de una combinación de habilidades de la Fuerza y físicas.

Bane había trabajado en adquirir esa habilidad física en los pasados meses. Mientras su habilidad crecía, fue capaz de dedicar menos y menos energía mental a las acciones físicas de empujar, bloquear, y contraatacar. Eso le permitía mantener su mente centrada para poder utilizar la Fuerza para anticipar los movimientos de su oponente, mientras al mismo tiempo obscurecía y confundía los propios sentidos precognitivos de su enemigo.

La última vez que él y Fohargh habían luchado, Bane había sido aún un novicio. Sólo había aprendido un puñado de secuencias. Ahora conocía casi cien, y era capaz de hacer una transición suavemente desde el final de una secuencia hacia el inicio de otra, abriendo un margen más amplio de combinaciones de ataque y defensa. Y más opciones hacían más difícil que un enemigo utilizara la Fuerza para anticipar sus acciones.

Fohargh, pese a su aterradora apariencia, era más pequeño y más ligero que su oponente humano. Físicamente superado por la fuerza bruta de la Forma V de Bane, fue

forzado a confiar en el estilo defensivo de la Forma III para mantener los ataques poderosos de su oponente más grande a raya.

Girando su sable de entrenamiento en una rápida floritura, Bane saltó alto en el aire y llegó aplastando desde arriba. Fohargh bloqueó el ataque pero fue lanzado al suelo. Rodó sobre su espalda y apenas consiguió alzar su sable a tiempo para bloquear el siguiente ataque cortante de Bane. Un coro de metal contra metal sonaba mientras los golpes de Bane descendían como la lluvia. El makurth evitó que le diera un golpe directo con una ráfaga maestra defensiva, entonces barrió a Bane por sus pies con una zancadilla, dejándolos a ambos supinos.

Saltaron en pie simultáneamente, como imágenes espejadas, y sus sables se encontraron el uno con el otro con un golpe resonante antes de que se desunieran una vez más. Había algunos susurros y murmullos de la multitud reunida, pero Bane hizo lo que pudo para no escucharlos. Habían pensado que la batalla había acabado… como lo había hecho el propio Bane. Estaba decepcionado de no haber sido capaz de terminar con su oponente caído, pero sabía que la victoria estaba cerca. La supervivencia de Fohargh le había pasado factura: estaba respirando en jadeos irregulares ahora, con sus hombros caídos.

Bane se precipitó contra Fohargh de nuevo. Esta vez, sin embargo, el makurth no retrocedió. Caminó hacia delante con un empujón rápido, cambiando desde la Forma III a la más precisa y agresiva Forma II. Bane fue cogido con la guardia baja por la maniobra inesperada y fue un microsegundo lento al reconocer el cambio. Su intento de bloqueo alejó la punta de la espada de su pecho, sólo para que le cortara sobre su hombro derecho.

La multitud jadeó, Fohargh aulló en victoria, y Bane gritó de dolor mientras el sable se deslizaba hacia el suelo desde sus dedos de repente sin sentidos. Sin sentido, Bane utilizó su otra mano para empujar a su oponente por el pecho. Fohargh se tambaleó hacia atrás, y Bane rodó hasta estar a salvo.

Tambaleándose para ponerse en pie, Bane extendió su mano izquierda hacia el sable de entrenamiento tirado en el suelo a tres metros. Saltó hacia arriba y hacia su palma, y de nuevo asumió la posición de preparación, su brazo derecho colgando inútilmente a su lado. Algunos Sith aprendían a luchar con cualquiera de las dos manos, pero Bane aún no había alcanzado esa fase avanzada. El arma se sentía rara y torpe mientras la sostenía. Con la mano izquierda, no era rival para Fohargh. La lucha había acabado.

Su oponente lo percibió, también.

—La derrota es amarga, humano —gruñó en básico, su voz profunda y amenazante—. Te he superado; has perdido.

No le estaba pidiendo a Bane que se rindiera; la rendición nunca era una opción. Simplemente le estaba provocando, humillándolo públicamente delante de los otros estudiantes.

—Has entrenado semanas para desafiarme —continuó Fohargh, sacando sus burlas—. Has fracasado. La victoria es mía de nuevo.

—¡Entonces ven y acaba conmigo! —soltó Bane. No había mucho más que pudiera decir. Todo lo que había dicho su enemigo en su básico con un fuerte acento era cierto, y las palabras cortaban mucho más profundo de lo que el filo romo del sable de entrenamiento podía hacerlo posiblemente.

—Esto acaba cuando yo elija —contestó el makurth, rechazando a que le tentaran.

Los ojos de los otros aprendices quemaban sobre Bane; podía sentirlos bebiendo de su sufrimiento mientras le miraban. Ellos se resentían de él, se resentían de la atención extra que había estado recibiendo de los Maestros. Ahora se deleitaban de su fracaso.

—Eres débil —explicó Fohargh, doblando como si nada su propio sable en un patrón complejo e intrincado—. Eres predecible.

¡Basta! Quería gritar Bane. *¡Acaba con esto! ¡Acaba conmigo!* Pero pese a la emoción que se estaba formando en su interior, rechazó darle a su oponente la satisfacción de decir otra palabra. En su lugar dejó que su sable inútil cayera una vez más al suelo. En el fondo podía ver al Maestro de espadas observando con atención, curioso de ver cómo la confrontación alcanzaría su final inevitable.

—Los Maestros te miman. Te dan tiempo y atención extra. Más que a los otros. Más que a mí.

Bane apenas siquiera escuchaba ya las palabras. Su corazón estaba palpitando tan fuerte que podía escuchar la sangre fluyendo por sus venas. Literalmente estremeciéndose de rabia impotente, bajó su cabeza y cayó sobre una rodilla, exponiendo su nuca desnuda.

—Pese a eso, todavía eres mi inferior… *Bane* de los Sith.

Bane. Algo en la forma en que Fohargh lo dijo hizo que Bane mirara arriba. Era la misma forma en que su padre decía la palabra.

—Ese es mi nombre —susurró Bane, su voz baja y amenazadora—. Nadie lo usa contra mí.

Fohargh o no le escuchó o no le importaba. Dio un paso pausado hacia delante.

—*Bane*. Inútil. Una insignificante nada. Los Maestros desperdiciaron su tiempo contigo. El tiempo es mejor gastado con los otros estudiantes. Tienes un buen nombre, ¡porque realmente eres la ruina de esta Academia!

—¡No! —gritó Bane, lanzando su mano buena con la palma hacia delante mientras Fohargh saltaba hacia delante para acabar con él. La energía del lado oscuro salió de su palma abierta para coger a su oponente en medio del aire, lanzándolo hacia atrás hacia el borde de la multitud donde aterrizó a los pies de Kas'im.

El Maestro observaba con una expresión de intriga pero alerta. Bane lentamente cerró su puño y se alzó en pie. En el suelo ante él, Fohargh estaba retorciéndose de agonía, agarrándose la garganta y jadeando por respirar.

Al contrario que el makurth, Bane no tenía nada que decir a su oponente indefenso. Apretó más fuerte su puño, sintiendo la Fuerza corriendo a través de él como un viento divino mientras aplastaba la vida de su enemigo. Las caderas de Fohargh golpeaban con un ritmo staccato en el techo de piedra del templo mientras su cuerpo convulsionaba. Empezó a ahogarse, y una espuma rosa salía de entre sus labios.

—Suficiente, Bane —dijo Kas'im con una voz fría, tranquila. Aunque sólo estaba a unos centímetros de la agonía mortal de su estudiante, sus ojos estaban fijos en el que aún estaba en pie.

Un arrebato final de poder rugió en el núcleo del ser de Bane y explotó hacia el mundo. En respuesta, el cuerpo de Fohargh se volvió tieso y sus ojos se pusieron en blanco en su cabeza. Bane liberó su agarre de la Fuerza y a su enemigo caído, y el cuerpo del makurth se volvió flácido mientras los últimos vestigios de vida decaían.

—Ahora es suficiente —dijo Bane, dándole la espalda al cuerpo y caminando hacia las escaleras que llevaban de vuelta al interior del templo. El círculo de estudiantes rápidamente abrió paso para que él pasara. No necesitaba mirar atrás para saber que Kas'im le estaba observando con un gran interés.

Bane sentía la presencia de alguien siguiéndole bajo las escaleras del techo del templo mucho antes de que escuchara los pasos. No cambió su paso, pero se detuvo en el primer rellano y se giró para encarar a quien fuera que fuera. Medio había esperado ver a Lord Kas'im, pero en lugar del Maestro de espadas se encontró mirando los ojos de Sirak, otro aprendiz de la Academia. O mejor dicho, el mejor aprendiz de la Academia.

Sirak era un zabrak, uno de los tres aprendiendo aquí en Korriban. Los zabrak tendían a ser ambiciosos, motivados, y arrogantes —quizás eran esas características las que hacían a los sensibles a la Fuerza de la raza tan fuertes en los caminos del lado oscuro— y Sirak era la perfecta personificación de esas características. Era de lejos el más fuerte de los tres. Cuando Sirak iba, los otros dos normalmente le seguían, siguiendo su sombra como sirvientes obedientes. Eran un trío colorido: Llokay y Yeva de piel roja y Sirak de piel amarilla. Pero ahora mismo los otros dos estaban perceptiblemente ausentes.

Había rumores de que Sirak había empezado a estudiar los caminos del lado oscuro bajo Lord Qordis cerca de hacía veinte años, mucho antes de que la Academia de Korriban resucitara. Bane no sabía si los rumores eran ciertos, y no había creído sabio preguntarle acerca de ello. El zabrak iridoniano era tanto poderoso como peligroso. De lejos Bane había hecho lo posible por evitar atraer la atención del mejor estudiante de la Academia. Aparentemente, esa estrategia ya no era una opción.

El arrebato de adrenalina que había sentido conforme terminaba con la vida de Fohargh se estaba desvaneciendo, junto con la confianza y el sentido de invencibilidad que le había llevado a su salida dramática. Bane no estaba exactamente asustado mientras el zabrak se aproximaba a él, pero estaba alerta.

En la tenue luz de las antorchas del templo, la piel amarilla pálida de Sirak había tomado un tono enfermizo, ceroso. Sin quererlo, le traía recuerdos del primer año de Bane trabajando en las minas en Apatros. Un grupo de cinco —tres hombres y dos mujeres— se habían quedado atrapados en una cueva. Habían sobrevivido al túnel colapsando al escapar hacia una cámara reforzada de seguridad excavada en la roca, pero los vapores nocivos liberados en el colapso se habían colado en su refugio y les habían matado antes de que los equipos de rescate pudieran cavar para sacarles. La complexión

de sus cuerpos abotargados era exactamente del mismo color que la de Sirak: el color de una muerte lenta, agonizante.

Bane agitó su cabeza, alejando el recuerdo. Esa vida pertenecía a Des, y Des se había ido.

—¿Qué quieres? —preguntó, tratando de mantener su voz calmada.

—Ya sabes por qué estoy aquí —fue la respuesta helada—. Fohargh.

—¿Era amigo tuyo? —Bane estaba auténticamente confuso. A excepción de sus compañeros zabrak, Sirak rara vez se mezclaba con los otros estudiantes. De hecho, muchas de las acusaciones que Fohargh había apuntado a Bane, como el tratamiento preferente de los Maestros, podían ser aplicadas fácilmente a Sirak, también.

—El makurth no era ni amigo ni enemigo —fue la respuesta arrogante—. Estaba más allá de mi atención, como lo estabas tú. Hasta ahora.

La única respuesta de Bane fue una mirada calmada, sin parpadear. La luz de la antorcha parpadeante reflejándose en las pupilas del zabrak le hacían parecer como si las llamas hambrientas lamieran el interior de su cráneo.

—Eres un oponente interesante —susurró Sirak, dando un paso más cerca—. Formidable… al menos comparado con los otros llamados aprendices de aquí. Estoy observándote ahora. Estoy esperando.

Extendió un brazo lentamente y presionó su dedo contra el pecho de Bane. Bane tuvo que luchar contra el impulso de dar un paso atrás.

—Yo no hago desafíos —continuó el zabrak—. No tengo necesidad de probarme a mí mismo contra un oponente inferior. —Mostrando una sonrisa cruel, bajó su dedo y dio un paso atrás—. Sin embargo, cuando te engañes a ti mismo al creer que estás preparado, inevitablemente me desafiarás. Estaré esperándolo.

Con eso barrió pasando a Bane en el estrecho rellano, golpeándole ligeramente con su hombro como si no se percatara de él, entonces continuó bajando las escaleras hasta el nivel inferior.

El mensaje de ese ligero golpe no se perdió para Bane. Sabía que Sirak estaba tratando de intimidarle… y provocarle hacia una confrontación para la que Bane no estaba preparado. No iba a caer en la trampa. En su lugar se quedó inmóvil sobre el rellano, rechazando girarse y ver partir a Sirak. Sólo cuando escuchó los sonidos del resto de la clase descendiendo del techo se movió de nuevo, girando sobre sus caderas y continuó bajando las escaleras hacia los niveles inferiores y la privacidad de su propia habitación.

11

A la mañana siguiente Bane no estaba con los otros estudiantes en el techo del templo mientras entrenaban. Lord Qordis quería hablar con él. En privado.

Caminó por los pasillos virtualmente vacíos de la Academia hacia el encuentro, su apariencia externa calmada y confiada. Por dentro no lo estaba para nada.

Toda la noche, mientras estaba acostado rodeado del silencio y la oscuridad de su habitación, el duelo se repetía una y otra vez en su cabeza. Libre de la emoción de la batalla, sabía que había ido demasiado lejos. Había probado su dominación sobre Fohargh al agarrarle con la Fuerza; había logrado el dun moch. El makurth nunca se atrevería a desafiarle de nuevo. Aún así por algún motivo Bane no había sido capaz de detenerse ahí. No se había querido detener.

Al mismo tiempo no se sentía culpable por sus acciones. No tenía remordimientos. Aún así una vez se enfrió su sangre, parte de él no podía evitar sentir que había hecho algo mal. ¿De verdad merecía morir Fohargh?

Pero otra parte de él se rechazaba a aceptar la culpa. No sentía ningún amor por el Makurth. Ningún sentimiento en absoluto. Fohargh sólo había sido un obstáculo para el progreso de Bane. Un obstáculo que había sido eliminado.

Se había entregado al lado oscuro por completo en ese momento. Había sido más que sólo rabia o sed de sangre. Llegaba más profundo, al mismísimo núcleo de su ser. Había perdido toda razón y control… pero se había sentido *bien*.

Bane había pasado una noche larga y sin dormir tratando de reconciliar las dos emociones: triunfo y remordimiento. Pero cuando la convocación llegó esa mañana, su conflicto interior fue barrido por preocupaciones más inmediatas.

La muerte de Fohargh tendría repercusiones. El combate se suponía que era para probar a los aprendices, endurecer su coraje a través de la lucha y el dolor. No era para matar. Todos y cada uno de los discípulos en la Academia, desde Sirak hasta el último y más bajo de los estudiantes, tenía la habilidad de convertirse en un Maestro. Cada uno poseía un don extremadamente raro en el lado oscuro, un don que se suponía que era para ser usado contra los Jedi, no los unos contra los otros.

Al matar a Fohargh, Bane había reducido las filas de Maestros Sith en potencia. Había dado un golpe serio a los esfuerzos de guerra. Cada aprendiz en la Academia era valorado más que toda una división de soldados Sith. Había destruido una herramienta valiosa. Por eso, sospechaba Bane, sería castigado seriamente.

Mientras marchaba hacia el encuentro que podía decidir su destino, trató de apartar tanto el miedo como la culpa de su mente. Nada de lo que hiciera ahora podía traer de vuelta a Fohargh. El makurth se había ido, pero Bane estaba aún aquí. Y era un superviviente. Tenía que ser fuerte. Tenía que encontrar alguna forma de justificar sus acciones ante Lord Qordis.

Ya estaba reuniendo sus argumentos. Fohargh había sido débil. Bane no le había sólo matado: le había expuesto. Qordis y los otros Maestros incitaban a la rivalidad y la

disensión entre sus cargos. Entendían el valor del desafío y la competencia. Aquellos que demostraban ser prometedores —los individuos que se elevaban sobre los otros— eran recompensados. Recibían instrucción uno a uno con los Maestros para alcanzar todo su potencial. Aquellos que no podían mantener el ritmo eran dejados atrás. Ese era el camino del lado oscuro.

La muerte de Fohargh no era más que una extensión natural de la filosofía del lado oscuro. Su muerte era el fracaso definitivo, su propio fracaso. ¿Por qué se debería culpar a Bane por la debilidad de otro?

Su paso se aceleró y apretó sus dientes en frustración enfadado. No era de extrañar que sus emociones estuvieran tan en conflicto. Las enseñanzas de la Academia se contradecían a sí mismas. El lado oscuro no permitía la piedad, no permitía el perdón. Aún así se esperaba que los aprendices retrocedieran una vez que hubieran superado a sus oponentes en el anillo de duelos. Era antinatural.

Había alcanzado el umbral de la puerta de Qordis. Vaciló, brevemente oscilando entre el miedo a lo que sería su castigo y rabia ante la situación imposible en la que se le ponía a él y a todos los otros aprendices cada día.

La rabia, decidió finalmente, le sería de más utilidad.

Golpeó agudamente la puerta, entonces la abrió cuando llegó la orden de entrar desde dentro. Qordis estaba arrodillado en el centro de la cámara, en una meditación profunda. Bane había estado en su habitación antes, pero no podía evitar maravillarse ante la extravagancia. Las paredes estaban adornadas con tapetes caros y cortinajes. Braseros dorados e incensarios quemando el fuerte incienso estaban dispersos aleatoriamente para proveer de un tenue brillo en el aire neblinoso. En una esquina había una cama grande, lujosa. En otra había una tabla de obsidiana intrincadamente gravada, un pequeño cofre sobre ella.

La tapa del cofre estaba abierta, revelando la joyería del interior: collares y cadenas de metales preciosos, anillos de oro y platino incrustados con ostentosas gemas. Qordis se esforzaba mucho en rodearse de bienes materiales y en los enredos de la riqueza, y se esforzaba mucho más en asegurarse de que los otros se dieran cuenta de su opulencia. En cierto nivel, sospechaba Bane, el Lord Sith obtenía placer —y poder— del deseo codicioso y la avaricia que sus posesiones inspiraba en otros.

Las baratijas tenían poco interés para Bane, sin embargo. Estaba más impresionado por los manuscritos y tomos que se alineaban en las estanterías de la pared, cada uno, un magnífico volumen envuelto en piel estampada con un baño de oro. Muchos de los volúmenes tenían miles de años, y él sabía que contenían los secretos de los Sith antiguos.

Al fin Lord Qordis se puso en pie, alto y recto para poder mirar abajo a su estudiante con sus ojos grises, hundidos.

—Kas'im me dijo lo que ocurrió ayer por la mañana —dijo él—. Me dice que eres responsable por la muerte de Fohargh. —El tono grave de su voz no le daba pistas a Bane sobre su estado emocional.

—No soy responsable por su muerte —contestó Bane con calma. Estaba enfadado, pero no era estúpido. Escogió sus siguientes palabras con mucho cuidado; quería convencer a Lord Qordis, no enfadarlo—. Fohargh fue el que bajó su guardia. Se volvió vulnerable en el anillo. Habría mostrado debilidad no tomar ventaja de ello.

Su afirmación no era del todo cierta, pero se acercaba bastante a la realidad. Una de las primeras lecciones que Kas'im enseñaba a los estudiantes era cómo construir un escudo protector alrededor de sí mismos en combate para prevenir que un enemigo utilizara la Fuerza contra ellos. Un oponente con talento en la Fuerza podría lanzar lejos tu sable láser, golpearte para desequilibrarte, o incluso extinguir la hoja de tu sable láser sin un toque de mano o de arma. Un escudo de Fuerza era la protección más básica —y la más necesaria— que había.

Se había vuelto instintivo para todos los aprendices, casi una segunda naturaleza. Tan pronto como se desenvainaba la espada, el velo protector se alzaba. Protegerse contra los poderes de la Fuerza del enemigo y obscurecer tus propias intenciones requería tanta concentración y energía como aumentar tu habilidad física o anticipar los movimientos de tu enemigo. Era esa parte invisible del combate, la lucha invisible de voluntades, no la interacción obvia de cuerpos y espadas, la que más de las veces, decidía el destino de un duelo.

—Kas'im dice que Fohargh no bajó su guardia —contraatacó Qordis—. Dice que tú simplemente la desgarraste. Sus defensas no podían aguantar ante tu poder.

—Maestro, ¿está diciendo que debería retroceder si mi oponente es débil? —Era una pregunta cargada, por supuesto. Una que Qordis ni siquiera se molestó en responder.

—Una cosa es derrotar a un oponente en el anillo. Pero incluso una vez que había caído, continuaste atacándole. Estaba derrotado mucho antes de que le mataras. Lo que hiciste no fue diferente de golpear con la espada contra un enemigo caído e inconsciente… algo que no está permitido en el anillo de entrenamiento.

Las palabras golpearon demasiado cerca, sacando a la luz la culpa que Bane había tratado de enterrar incluso mientras caminaba hacia este encuentro. Qordis estaba en silencio, esperando la reacción de Bane. Bane tenía que hacer algún tipo de respuesta. Pero la única respuesta a la que podía llegar era una pregunta con la que había estado luchando en las horas del crepúsculo antes del amanecer.

—Kas'im sabía lo que estaba ocurriendo. Podía ver lo que estaba haciendo. ¿Por qué no me detuvo?

—¿Por qué no, ciertamente? —Respondió suavemente Qordis—. Lord Kas'im quería ver lo que ocurriría. Quería ver cómo actuarías en esa situación. Quería ver si serías piadoso… o si serías fuerte.

Y de repente Bane se dio cuenta de que no había sido llamado a la habitación del Maestro para ser castigado.

—Yo… yo no lo entiendo. Pensé que estaba prohibido asesinar a otro aprendiz.

Qordis asintió.

—No podemos tener a los estudiantes atacándose los unos a los otros en los pasillos; queremos que vuestro odio sea dirigido contra los Jedi, no los unos contra otros. —Las palabras hicieron eco de la discusión que había tenido Bane consigo mismo sólo unos minutos antes. Pero lo que llegó después era algo que no había anticipado.

—Pese a esto, la muerte de Fohargh puede que haya resultado ser una pérdida menos si te ayuda a alcanzar todo tu potencial. Se pueden hacer excepciones para aquellos que son fuertes en el lado oscuro.

—¿Como Sirak? —preguntó Bane, las palabras salieron de su boca antes de que siquiera se diera cuenta de lo que estaba diciendo.

Afortunadamente, la pregunta pareció entretener a Lord Qordis en lugar de ofenderle.

—Sirak entiende el poder del lado oscuro —dijo con una sonrisa—. La pasión alimenta al lado oscuro.

—La paz es una mentira, sólo hay pasión. —Murmuró Bane por costumbre—. Con pasión, obtengo fuerza.

—Exactamente. —Qordis parecía complacido, aunque era difícil decir si consigo mismo o con su estudiante—. Con fuerza, obtengo poder; con poder, obtengo victoria.

—Con victoria mis cadenas se rompen —recitó Bane obedientemente.

—Entiende esto, *realmente entiéndelo,* ¡y tu potencial será ilimitado!

Qordis hizo un gesto de despacharle con su mano, entonces se asentó de nuevo en su esterilla de meditación mientras Bane se giraba para irse. En la puerta de la habitación, sin embargo, el joven se detuvo y se giró.

—¿Qué es el Sith'ari? —soltó.

Qordis inclinó su cabeza a un lado.

—¿Dónde has escuchado esa palabra? —Su voz era grave.

—He… he escuchado que otros estudiantes la usan. Sobre Sirak. Dicen que podría ser el Sith'ari.

—Algunos de los textos antiguos hablan del Sith'ari —respondió Qordis lentamente, haciendo un gesto con una garra cargada de anillos hacia los libros dispersos por la habitación—. Dicen que los Sith un día serán liderados por un ser perfecto, uno que personificará al lado oscuro y a todo por lo que luchamos.

—¿Sirak es ese ser perfecto?

Qordis se encogió de hombros.

—Sirak es el estudiante más fuerte de la Academia. Por ahora. Quizás llegado el tiempo nos sobrepase a Kas'im y a mí y a todos los otros Lords Sith. Quizás no. —Él se detuvo—. Muchos de los Maestros no creen en la leyenda del Sith'ari —continuó él tras un momento—. Lord Kaan lo desacredita, por ejemplo. Va contra la filosofía que trasciende en la Hermandad de la Oscuridad.

—¿Qué hay de usted, Maestro? ¿Cree en la leyenda?

Bane esperó mientras Qordis consideraba su respuesta. Pareció una eternidad.

—Esas son preguntas peligrosas —dijo finalmente el Lord Oscuro—. Pero si el Sith'ari es más que una leyenda, simplemente no nacerá como el ejemplar de todas

nuestras enseñanzas. Él, o ella, deberá forjarse en el crisol de las dificultades y la batalla para lograr tal perfección. Algunos argumentarían que tal entrenamiento es el propósito de esta Academia. Pero yo contestaría insistiendo en que entrenamos a nuestros aprendices para que se unan a las filas de los Lords Sith para que puedan permanecer junto a Kaan y al resto de la Hermandad.

Dándose cuenta de que esa era una respuesta tan buena como cualquiera que fuera a tener, Bane asintió y se fue. Había sido absuelto por su crimen, perdonado debido a su poder y potencial. Debería haber estado exultante, triunfante. Pero por algún motivo todo en lo que podía pensar mientras se dirigía hacia el techo para unirse a los otros estudiantes era en los gorgoteos pegajosos de los jadeos mortales de Fohargh.

Esa noche, en la privacidad de su habitación, Bane luchó por darle un sentido a lo que había ocurrido. Buscó la sabiduría más profunda tras las palabras del Maestro. Qordis había dicho que sus emociones —su rabia— le habían hecho invocar la fuerza para derrotar a Fohargh. Él dijo pasión alimentada por el lado oscuro. Bane lo había sentido demasiadas veces para saber que era cierto.

Pero no podía quitarse la sensación de que había más que eso. No se consideraba a sí mismo una persona cruel. No creía que fuera implacable o sádico. ¿Aún así cómo explicar lo que le había hecho al indefenso makurth? Había sido asesinato, o ejecución… y Bane estaba teniendo problemas en aceptarlo.

Tenía un montón de sangre en sus manos: había matado a cientos, quizás incluso a miles, de soldados de la República. Pero eso había sido la guerra. Y el insignia que había matado en Apatros había sido en caso de defensa propia. Aquellos eran todos casos de *matar o morir,* y no tenía arrepentimiento por lo que había hecho. No como ayer.

No importaba cómo lo intentara, no podía encontrar una forma de justificar lo que había ocurrido en el anillo. Fohargh le había provocado, alimentando su rabia y su furia letal. Aún así, ni siquiera podía utilizar la escusa de que se había dejado llevar por el calor del momento. No si iba a ser honesto consigo mismo. Había sentido sus emociones rabiar a través de él mientras atraía al lado oscuro, pero el acto en sí mismo había sido frío y deliberado. Calculado, incluso.

Acostado en su cama, Bane no podía evitar preguntarse si la relación entre la pasión y el lado oscuro era más compleja de lo que Qordis la había hecho parecer. Cerró sus ojos, pensando en lo que había ocurrido. Dio respiraciones lentas, profundas, tratando de permanecer en calma e indiferente para poder analizar lo que había ido mal.

Había sido humillado y avergonzado, y había respondido con rabia. Su rabia le había dejado invocar al lado oscuro para lanzarse contra su enemigo. Podía recordar un sentimiento de euforia, o triunfo, cuando Fohargh fue tumbado por el aire. Pero había algo más también. Incluso en la victoria, su odio había seguido creciendo, alzándose como las llamas de un fuego que sólo podía ser sofocado con sangre.

La pasión alimentaba al lado oscuro, ¿pero, y si el lado oscuro también alimentaba a la pasión? La emoción traía poder, pero ese poder aumentaba la intensidad de esas emociones… las cuales a su vez llevaban a un incremento de poder. En las circunstancias

correctas, crearía un ciclo que terminaría sólo cuando una persona alcanzara los límites de su habilidad para comandar la Fuerza, o cuando el objetivo de su rabia y odio fuera destruido.

Pese al calor en su habitación, un helado escalofrío corrió por la espalda de Bane. ¿Cómo era posible contener o controlar un poder que se alimentaba de sí mismo? Cuanto más aprendía, como aprendiz, a esgrimir la Fuerza, más le controlaban sus emociones. Cuanto más fuerte se volvía una persona, menos racional sería. Era inevitable.

No, pensó Bane. Había pasado algo por alto. Tenía que ser así. Si eso fuera cierto, los Maestros estarían enseñando a los estudiantes técnicas para evitar esta situación. Estarían aprendiendo a distanciarse a sí mismos de sus propias emociones, incluso mientras las utilizaban para atraer al lado oscuro. Pero no había nada de eso en su entrenamiento, de modo que el análisis de Bane tenía que ser erróneo. ¡Tenía que serlo!

Algo así como tranquilizado, Bane dejó que sus pensamientos fueran a la deriva hacia la comodidad del sueño.

—Me pones enfermo —escupió su padre—. ¡Mira cuánto comes! ¡Eres peor que un kriffido cerdo zucca!

Des trató de ignorarle. Se hundió en su asiento en la mesa y se concentró en la comida en su plato, llevándose lentas cucharadas a la boca.

—¿Me escuchas, chico? —Soltó su padre—. ¿Crees que la comida enfrente de ti es gratis? ¡Yo voy a pagar por esa comida, ya lo sabes! ¡He trabajado cada día de esta semana y todavía debo más ahora que lo que lo hacía al principio del maldito mes!

Hurst estaba borracho, como normalmente. Sus ojos eran vidriosos, y todavía apestaba de las minas; ni siquiera se había molestado en ducharse antes de darle a la botella que tenía guardada bajo las sábanas de su litera.

—¿Quieres que empiece a trabajar turnos dobles para sustentarte, chico? —gritó él.

Sin mirar arriba de su plato Des murmuró,

—Yo trabajo tantas jornadas como tú.

—¿Qué? —dijo Hurst, con su voz cayendo a un susurro amenazador—. ¿Qué acabas de decir?

En lugar de morderse el labio, Des miró arriba de su plato y justo a los ojos rojos, nublados de su padre.

—He dicho que yo trabajo tantas jornadas como tú. Y sólo tengo dieciocho años.

Hurst apartó su silla de la mesa de un empujón y se alzó.

—Dieciocho, y todavía demasiado tonto para saber cuándo mantener tu boca cerrada. —Él agitó su cabeza de lado a lado en una decepción exagerada—. Una ruina[2] *sangrienta de mi existencia es lo que tú eres.*

---

[2] De nuevo, en el original se utiliza la palabra «bane» (ruina en inglés)

Lanzando su tenedor hacia abajo en su plato, Des empujó hacia atrás su propia silla de la mesa y se alzó con toda su altura. Él era más alto que su padre ahora, y su porte estaba empezando a llenarse con los músculos ganados en los túneles.

—¿Vas a golpearme ahora? —Le gruñó a su padre—. ¿Vas a enseñarme una lección?

La mandíbula de Hurst estaba bien abierta.

—¿Qué brix pasa contigo, chico?

—Estoy enfermo de esto —soltó Des—. Me culpas a mí de todos tus problemas, pero tú eres el que se está bebiendo todos nuestros créditos. ¡Quizás si te volvieras sobrio podríamos salir de este apestoso mundo!

—¡Tú cachorro de mudcrutch, bocazas! —rugió Hurst, volcando la mesa de forma que golpeó contra la pared. Saltó sobre el espacio ahora vacío entre ellos y agarró a Des por sus muñecas en un agarre tan irrompible como un par de esposas de duracero. El joven trató de liberarse, pero su padre le sobrepasaba en peso por unos veinti-algo kilos, casi la mitad de los cuales eran músculo.

Sabiendo que era inútil, Des dejó de luchar después de un par de segundos. Pero no iba a cubrirse y llorar. No esta vez.

—Si vas a golpearme esta noche —dijo él—, recuerda que podría ser la última vez, viejo. Será mejor que sea una buena.

Hurst lo hizo. Iluminó a su hijo con la furia salvaje de un hombre amargado, sin esperanzas. Le rompió la nariz; le puso morados ambos ojos. Le hizo saltar dos de sus dientes, le partió el labio, y le rompió las costillas. Pero durante todo eso Des nunca dijo ni una palabra, y no derramó ni una sola lágrima.

Esa noche, mientras Des estaba acostado en su cama demasiado magullado y tumefacto para dormir, un único pensamiento pasaba por su mente, apagando los fuertes ronquidos borrachos de Hurst inconsciente en la esquina.

Espero que mueras. Espero que mueras. Espero que mueras.

Nunca odió a su padre tanto como en ese momento. Visualizó una mano gigante apretando el corazón cruel de su padre.

Espero que mueras. Espero que mueras. Espero que mueras.

Las palabras rodaron y rodaron, un mantra sin fin, como si pudiera hacerlas realidad a través de la pura fuerza de voluntad.

Espero que mueras. Espero que mueras. Espero que…

Bane se levantó con un sobresalto, su corazón latiendo y su cuerpo bañado en sudor de terror mientras golpeaba las sábanas enredadas en sus piernas. Por un breve segundo pensó que estaba de vuelta en Apatros en la estrecha habitación llena con Hurst y el abrumador hedor de la bebida. Entonces se dio cuenta de dónde estaba, y la pesadilla empezó a desvanecerse. Una horrible revelación se deslizó para ocupar su lugar.

Hurst había muerto esa noche. Las autoridades lo habían atribuido a una muerte natural. Un ataque al corazón, llevado por una combinación de demasiado alcohol, una

vida trabajando en las minas, y el sobresfuerzo de golpear a su hijo casi hasta la muerte con sus manos desnudas. Nunca sospecharon la verdadera causa. Ni tampoco lo hizo Bane. No hasta ahora.

Temblando ligeramente, se dio la vuelta, exhausto pero sabiendo que el sueño no volvería esa noche.

Fohargh no era la primera persona a la que había asesinado con la Fuerza. Probablemente no sería la última. Bane era lo suficientemente listo para entenderlo.

Agitó su cabeza para alejar el recuerdo de la muerte de Hurst. El hombre no merecía lástima o misericordia. El débil siempre sería aplastado por el fuerte. Si Bane quería sobrevivir, tenía que volverse uno de los fuertes. Eso es por lo que estaba aquí en la Academia. Esa era su misión. Ese era el camino del lado oscuro.

Pero la revelación no hizo nada por apaciguar el sentimiento de náuseas en su estómago, y cuando cerró sus ojos todavía podía ver la cara de su padre.

12

—¡No! —Ladró Kas'im, con desdén golpeando el sable de entrenamiento de Bane hacia un lado con su propia arma—. ¡Mal! Eres demasiado lento en la primera transición. Estás dejando tu lateral izquierdo muy abierto para un rápido contraataque.

El Maestro de espadas le estaba enseñando una nueva secuencia, había estado enseñándosela durante más de una semana. Pero por algún motivo Bane no parecía agarrar las complejidades de los movimientos. Su espada se sentía torpe y rara en su mano.

Retrocedió y volvió a la posición de preparación. Kas'im le estudió brevemente, entonces cayó en una postura defensiva enfrente de él. Bane tomó aliento profundamente para centrar su mente antes de dejar que su cuerpo activara la secuencia una vez más.

Sus músculos se movieron instintivamente, explotando en acción. Hubo un siseo mientras el golpe hacia debajo de su espada excavaba el aire en el primer movimiento, un borrón de movimiento… pero de lejos demasiado lento. Kas'im respondió deslizándose a un lado y sacando su propia espada de doble hoja a su alrededor en un largo y rápido arco, que golpeó fuerte a Bane en las costillas.

El aliento salió de él y sintió el dolor abrasador de las púas pelko, seguido por el demasiado familiar adormecimiento dispersándose por el lateral izquierdo de su torso. Se tambaleó hacia atrás, indefenso, mientras Kas'im observaba en silencio. Bane luchó por permanecer derecho sin éxito, colapsando de forma extraña en el suelo. El Maestro de espadas agitó su cabeza con decepción.

Bane se arrastró hasta ponerse en pie, tratando de no dejar que se mostrara su frustración. Habían pasado cerca de tres semanas desde que hubiera derrotado a Fohargh en el anillo, y desde entonces había estado entrenando con Kas'im en sesiones individuales para mejorar su combate con sable láser. Pero por algún motivo no estaba logrando ningún progreso.

—Lo siento, Maestro. Iré a practicar los entrenamientos de nuevo —dijo entre los dientes apretados.

—¿Entrenamientos? —repitió el twi'lek, con su voz cruel y burlona—. ¿Qué bien hará eso?

—Yo… yo debo aprender mejor la secuencia. Para volverme más rápido.

Kas'im escupió en el suelo.

—Si de verdad lo crees, entonces eres un imbécil. —Bane no sabía cómo responder, de modo que permaneció en silencio.

El Maestro de espadas dio un paso adelanto y le dio una bofetada en su oreja. No era para herirle, sino para humillarle.

—Fohargh estaba mejor entrenado que tú —soltó él—. Conocía más secuencias, conocía más formas. Pero no pudieron salvarle. Las secuencias sólo son herramientas. Te ayudan a liberar tu mente para que puedas esgrimir la Fuerza. Ahí es donde encontrarás la

clave para la victoria. No en los músculos de tus brazos o en la rapidez de tu espada. ¡Debes llamar al lado oscuro para destruir a tus enemigos!

Apretando la mandíbula por el dolor abrasante que se esparcía ahora por todo el lateral izquierdo de su cuerpo, Bane sólo pudo asentir.

—Estás retrocediendo —continuó el Maestro—. No estás utilizando la Fuerza. Sin ella, tus movimientos son lentos y predecibles.

—Lo… lo intentaré más, Maestro.

—¿Intentar? —Kas'im se dio la vuelta con disgusto—. Has perdido tu voluntad de pelear. Esta lección se ha acabado.

Dándose cuenta de que había sido despachado, Bane lentamente se abrió paso hacia las escaleras que llevaban abajo del techo del templo. Conforme las alcanzó, Kas'im gritó una última parte de consejos.

—Vuelve cuando estés preparado para abrazar al lado oscuro en lugar de apartarte de él.

Bane no se giró para mirar atrás: el dolor y el adormecimiento de su lateral izquierdo lo hacían imposible. Pero mientras cojeaba bajando las escaleras, las palabras de Lord Kas'im hacían ecos en sus oídos con el sonido de la verdad.

No era la primera sesión de entrenamiento en la que había fracasado. Y sus fracasos no se limitaban a Kas'im y al sable láser. Bane había ganado tanto reputación como prestigio cuando derrotó a Fohargh; varios de los Maestros habían mostrado una repentina disposición a darle entrenamiento individual, uno a uno. Aún así pese a la atención extra, las habilidades de Bane no habían progresado en absoluto. Si acaso, en realidad había dado un par de pasos atrás.

Se abrió paso a través de los pasillos hacia su habitación, entonces se acostó con cuidado en su cama. No había nada que pudiera hacer mientras estuviera temporalmente incapacitado por el veneno de pelko excepto descansar y meditar.

Era obvio que algo iba mal, pero no podía decir exactamente qué. Ya no se sentía avispado. Ya no se sentía *vivo*. Cuando se volvió consciente por primera vez de la Fuerza fluyendo a través de él, sus sentidos se habían vuelto hiperalerta: el mundo parecía más vibrante y más real. Ahora todo estaba silenciado y distante. Caminaba a través de los pasillos de la Academia como si estuviera en algún tipo de trance.

No estaba durmiendo bien; seguía teniendo pesadillas. A veces soñaba con su padre y la noche en que murió. Otras veces soñaba con su lucha con Fohargh. A veces los sueños se unían el uno con el otro, mezclándose en una terrible visión: el makurth golpeándole en el apartamento en Apatros, su padre tumbado muerto en el anillo de duelos sobre el templo en Korriban. Y cada vez Bane se levantaría conteniendo un grito, temblando incluso aunque su cuerpo estaba bañado de sudor.

Pero era más que sólo la falta de sueño lo que le dejó en un estupor mareado. La pasión que le había dirigido se había ido. El fuego de rabia de su interior se había desvanecido, reemplazado por un frío vacío. Y sin su pasión, no era capaz de invocar el poder del lado oscuro. Se estaba convirtiendo más y más difícil comandar la Fuerza.

Los cambios eran sutiles, apenas visibles al principio. Pero con el tiempo los pequeños cambios se reforzaron. Ahora mover incluso pequeños objetos le dejaba exhausto. Era lento y torpe con el sable de entrenamiento. Ya no podía anticipar lo que sus oponentes harían; sólo podía reaccionar después del hecho.

No podía negarlo más: estaba retrocediendo. Aprendices a los que había sobrepasado hacía tiempo le habían cogido de nuevo. Podría decir que estaba cayendo por debajo de ellos sólo al observar a los otros estudiantes durante sus estudios… lo que significaba que ellos probablemente podrían decirlo también.

Volvió a pensar en lo que el Maestro twi'lek le había dicho. *Has perdido tu voluntad de pelear*.

Kas'im tenía razón. Bane la había sentido alejarse desde su primer sueño con su padre. Desafortunadamente, no tenía ni idea de cómo reclamar la rabia y el fuego competitivo que había abastecido su alzamiento meteórico a través de la jerarquía de aprendices Sith.

Vuelve cuando estés preparado para abrazar al lado oscuro en lugar de apartarte de él.

Algo le estaba reteniendo. Alguna parte de él retrocedía de lo que se había convertido. Meditaría durante horas cada día, concentrando su mente en buscar la furia arremolinada, pulsante del lado oscuro encerrada dentro de él. Aún así buscaba en vano. Un velo frío había caído sobre el núcleo de su ser, y tratando como podía, no podía destrozarlo para agarrar el poder que permanecía bajo él.

Y se estaba quedando sin tiempo. Hasta el momento nadie se había atrevido a desafiarle en el anillo de duelos, no desde la muerte de Fohargh. El horripilante fin del makurth todavía inspiraba suficiente miedo en los otros estudiantes para que se mantuvieran alejados de él. Pero Bane sabía que no mantendrían la distancia mucho más tiempo. Su confianza y habilidades estaban menguando, y sus fracasos se estaban haciendo más públicos. Pronto sería tan obvio para los otros estudiantes como lo era para él.

En esos primeros días tras la muerte de Fohargh, su único verdadero rival había sido Sirak. Ahora cada aprendiz en Korriban era una amenaza en potencia. La desesperación de la situación le revolvía las tripas. Le hacía querer gritar y arañar los muros de piedra de rabia impotente. Aún así, con toda su frustración, era incapaz de invocar la pasión que alimentaba al lado oscuro.

Pronto un desafiante daría un paso adelante en el anillo del duelo, ansioso por abatirle. Y no había nada que pudiera hacer por evitar que llegara ese momento.

* * *

Lord Kaan caminaba sin descanso en el puente del *Anochecer* mientras orbitaba el mundo industrial de Brentaal IV. La flota Sith ocupaba el sector Bormea, la región del espacio donde la Ruta de Intercambio Perlemiana y la Vía Hydiana se cruzaban. La Hermandad

de la Oscuridad ahora controlaba dos de las carreteras hiperespaciales más importantes que servían a los Mundos del Núcleo; la resistencia de la República a la flota Sith en constante avance estaba tambaleándose.

Y aún así, pese a su victoria más reciente, Kaan sentía que algo no iba bien. Si acaso, su conquista del sector Bormea había sido *demasiado* fácil. Los mundos de Corulag, Chandrila, y Brentaal habían caído en una rápida sucesión, sus defensas ofreciendo sólo una resistencia simbólica antes de retirarse ante la horda invasora.

De hecho había percibido sólo a un puñado de Jedi entre las fuerzas de la República oponiéndose a ellos. Esta no era la primera vez que los Jedi habían estado virtualmente ausentes de sus batallas clave: durante sus encuentros en Bespin, Sullust, y Taanab, Kaan había esperado ser enfrentado por una flota liderada por el Maestro Jedi Hoth, el único comandante de la República que parecía capaz de obtener la victoria contra los Sith. Pero el General Hoth —pese a la reputación que se había ganado en las primeras fases de la guerra— nunca estaba ahí.

Al principio Kaan sospechaba que era una trampa, algún plan elaborado preparado por el astuto Hoth para atrapar y destruir a su jurado enemigo. Pero si era una trampa, nunca había saltado. Los Sith estaban presionando desde todos los lados; estaban casi asentados en la entrada del propio Coruscant. Y los Jedi se habían desvanecido todos, aparentemente habiendo desertado la República en su hora de mayor necesidad.

Debía haber estado en éxtasis. Sin los Jedi, la guerra estaba por acabar. La República caería en cuestión de meses, y los Sith dominarían. ¿Pero dónde habían ido los Jedi? A Kaan no le gustaba. El extraño mensaje que Kopecz había mandado sólo un par de horas antes sólo se había añadido a su intranquilidad. El twi'lek iba a ir al *Anochecer* con noticias urgentes sobre Ruusan, noticias que no transmitiría por los canales habituales. Noticias tan importantes que sentía que tenía que entregarlas en persona.

—Un interceptor acaba de amarrar en la plataforma de aterrizaje del *Anochecer*, Lord Kaan —informó uno de los miembros de la tripulación del puente.

Pese a su ansiedad por escuchar las noticias de Kopecz, Lord Kaan resistió las ganas de bajar a la plataforma de aterrizaje para encontrarse con él. Sentía que algo había ido muy, muy mal, y era importante mantener una apariencia de seguridad calmada ante sus tropas. Aún así la paciencia no era una virtud que muchos Lords Sith poseyeran, y no podía evitar caminar mientras esperaba a que el twi'lek se abriera paso hasta el puente y entregara su ominoso informe.

Tras lo que parecieron horas pero no fueron más que un par de minutos, Kopecz finalmente llegó. Su expresión no hizo nada por aliviar la aprensión en aumento de Kaan mientras cruzaba el puente y le hacía una reverencia superficial.

—Debo hablar con usted en privado, Lord Kaan.

—Puedes hablar aquí —le aseguró Kaan—. Lo que digamos no saldrá de esta nave. —La tripulación del puente del *Anochecer* había sido escogida por el propio Kaan. Todos habían hecho un juramento a servir con absoluta lealtad; conocían las duras consecuencias que habría si rompían ese juramento.

Kopecz miró con sospecha alrededor del puente, pero la tripulación estaba toda centrada en sus estaciones. Ninguno de ellos parecía siquiera percatarse de él.

—Hemos perdido Ruusan —dijo él, susurrando pese a lo que Kaan le había asegurado—. La base puesta en la superficie, la flota en órbita… ¡todo barrido!

Por un momento Kaan no habló. Cuando lo hizo su voz había bajado hasta el mismo nivel que la de Kopecz.

—¿Cómo ocurrió esto? Tenemos espías a lo largo de toda la milicia de la República. Todas sus flotas han retrocedido al Núcleo. ¡Todas! No es posible que puedan haber reunido las fuerzas suficientes para retomar Ruusan. ¡No sin que lo supiéramos!

—No fue la República —contestó Kopecz—. Fueron los Jedi. Cientos de ellos. Miles. Maestros Jedi, Caballeros Jedi, Padawans Jedi: todo un ejército de Jedi.

Kopecz maldijo en voz alta. Nadie de la tripulación siquiera miró en su dirección, un testamento de su entrenamiento y su miedo a su comandante.

—Lord Hoth se dio cuenta de que la fuerza de la orden Jedi se había esparcido demasiado tratando de defender a la República —continuó Kopecz—. Los ha reunido a todos en una única hueste con una única meta: destruir a los usuarios del lado oscuro. No les importan ya nuestros soldados ni nuestras flotas. Todo lo que quieren es barrernos: a los aprendices, los acólitos, los Maestros Sith… y especialmente a los Lords Oscuros. El propio Lord Hoth les está liderando —añadió el twi’lek, aunque Kaan ya lo había supuesto por su cuenta—. Se llaman a sí mismos el Ejército de la Luz.

Kopecz se detuvo para dejar que las noticias penetraran. Kaan tomó aliento profundamente varias veces, recitando en silencio el Código Sith para llevar sus pensamientos arremolinados a centrarse de nuevo.

Y entonces se rió.

—Un Ejército de Luz para oponerse a la Hermandad de la Oscuridad.

Kopecz le miró con una expresión desconcertada.

—Hoth sabe que los Jedi no son capaces de derrotar nuestros vastos ejércitos —explicó Kaan—. Ya no. La República está condenada. Así que ahora se concentra exclusivamente en nosotros: los líderes de esos ejércitos. Corta la cabeza y el cuerpo morirá.

—Deberíamos mandar a nuestra flota a Ruusan —sugirió Kopecz—. A todos ellos. Aplastar a los Jedi en un barrido de la galaxia para siempre.

Kaan agitó su cabeza.

—Eso es exactamente lo que quiere Hoth que hagamos. Distraer a nuestros ejércitos de la República, atraerlos lejos de Coruscant. Abandonar todo el terreno que hemos ganado en un ataque tonto y sin sentido a los Jedi.

—¿Sin sentido?

—Dices que tiene un ejército de Jedi: miles de ellos. ¿Qué oportunidad tiene una flota de meros soldados contra tal enemigo? Las naves y las armas no son rivales para el poder de la Fuerza. Hoth lo sabe.

Finalmente Kopecz asintió entendiéndolo.

—Siempre has dicho que esta guerra no se decidiría por el poder militar.

—Precisamente. Al final, la República es sólo un extra. Sólo a través de la completa aniquilación de la orden Jedi podemos alcanzar la verdadera victoria. Y Hoth ha sido bastante amable de reunirlos a todos en un lugar por nosotros.

—Pero la Hermandad no es rival para la fuerza en masa de toda la orden Jedi —protestó Kopecz—. Hay demasiados de ellos y no los suficientes de nosotros.

—Nuestros números son más grandes de lo que piensas —dijo Kaan—. Tenemos academias dispersas por la galaxia. Podemos hinchar nuestros números con Merodeadores de Honoghr y Gentes. Podemos reunir a todos los asesinos entrenados en Umbara. Comandaremos a los estudiantes de Dathomir, Iridonia, y todo el resto de las academias para que se unan a las filas de la Hermandad de la Oscuridad. Reuniremos nuestro propio ejército de Sith… ¡uno capaz de destruir a Hoth y a su Ejército de la Luz!

—¿Y qué hay de la Academia de Korriban? —preguntó Kopecz.

—Se unirán a la Hermandad, pero sólo después de que hayan completado su entrenamiento con Qordis.

—Podemos utilizarlos contra los Jedi —presionó Kopecz—. Korriban es el hogar de los más fuertes de nuestros aprendices.

—Es precisamente por eso por lo que es demasiado peligroso traerlos a este conflicto —explicó Kaan—. Con la fuerza llega la ambición y la rivalidad. En el fragor de la batalla sus emociones dominarán sus mentes; se volverán los unos contra los otros. Dividirán nuestras filas con luchas internas mientras que los Jedi permanecerán unidos. —Se detuvo—. Le ha ocurrido a los Sith demasiadas veces en el pasado; no permitiré que ocurra de nuevo. Se quedarán con Qordis y completarán su entrenamiento. Les enseñará disciplina y lealtad a la Hermandad. Sólo entonces se unirán a nosotros en el campo de batalla.

—¿Eso es lo que tú crees —preguntó Kopecz—, o lo que Qordis te ha dicho?

—No dejes que tu desconfianza en Qordis te ciegue ante lo que tratamos de cumplir —reprendió Kaan—. Sus pupilos son el futuro de la Hermandad. El futuro de los Sith. No les expondré a esta guerra hasta que estén preparados. —Su tono claramente no admitía más discusión—. Los aprendices en Korriban se unirán a la Hermandad a su debido tiempo. Pero ese momento no es ahora.

—Bueno, será mejor que sea pronto —murmuró Kopecz, sólo aplacado parcialmente—. No creo que podamos derrotar a Hoth sin ellos.

Kaan extendió el brazo y agarró el hombro carnoso del twi'lek firmemente.

—Nunca temas, amigo mío —dijo con una sonrisa—. Los Jedi no serán rivales para nosotros. Los masacraremos en Ruusan y los barreremos de la faz de la galaxia. Los aprendices serán el futuro de la Hermandad, ¡pero el presente nos pertenece a nosotros!

Muy para alivio de Kaan, Kopecz le devolvió la sonrisa. El líder de la Hermandad habría estado menos complacido si hubiera sabido cuánto de la satisfacción del twi'lek venía de saber que Qordis se perdería la gloria de la próxima victoria.

* * *

Lord Kas'im entró en la cámara opulentamente decorada y asintió en dirección a su compañero Maestro.

—¿Querías verme?

—Noticias del frente —dijo Qordis, alzándose lentamente de su esterilla de meditación—. Los Jedi se han congregado bajo un único estandarte en Ruusan. El General Hoth les lidera. Lord Kaan ha reunido su propio ejército. Ahora mismo se dirigen hacia allí para enfrentarse a los Jedi.

—¿Vamos a unirnos a ellos? —preguntó Kas'im, su voz ansiosa, sus lekku retorciéndose ante el pensamiento de poner sus habilidades contra los mayores guerreros de la orden Jedi.

Qordis agitó su cabeza.

—Nosotros no. Ninguno de los Maestros. Y ninguno de los estudiantes, a no ser que creas que alguno de los aprendices esté preparado.

—No —respondió Kas'im tras un momento de consideración—. Sirak, quizás. Es lo suficientemente fuerte. Pero su orgullo es demasiado grande, y todavía tiene mucho que aprender.

—¿Qué hay de Bane? Mostró ser una gran promesa al despachar a Fohargh.

Kas'im se encogió de hombros.

—Eso fue hace un mes. Desde entonces casi no ha hecho ningún progreso. Algo le está reteniendo. Miedo, creo.

—¿Miedo? ¿De los otros estudiantes? ¿De Sirak?

—No. Nada de eso. Finalmente ha visto de lo que es verdaderamente capaz; ha visto todo el poder del lado oscuro. Creo que tiene miedo de enfrentarlo.

—Entonces ya no nos es de utilidad —dijo Qordis de forma plana—. Céntrate en los otros estudiantes. No malgastes tu tiempo en él.

El Maestro de espadas estuvo abatido momentáneamente. Estaba sorprendido de que Qordis fuera tan rápido en abandonar a un estudiante con tal innegable potencial.

—Creo que sólo necesita más tiempo —sugirió él—. La mayoría de nuestros aprendices han estado estudiando los caminos de los Sith durante muchos años. Desde que eran niños. Bane no empezó su entrenamiento con nosotros hasta que era un adulto.

—¡Estoy bien al tanto de las circunstancias que rodean su llegada a esta Academia! —soltó Qordis, y Kas'im de repente se dio cuenta de lo que estaba pasando realmente. Bane había sido llevado a Korriban por Lord Kopecz, y había un pequeño y precioso amor perdido entre Kopecz y el líder de la Academia. El fracaso de Bane definitivamente se convertiría en un pobre reflejo en el rival más amargo de Qordis.

—La próxima vez que Bane se acerque a ti, haz que se vaya —le dijo el Lord Oscuro, su tono sin dejar duda alguna de que sus palabras eran una orden y no una petición—. Asegúrate de que todos los Maestros entienden que ya no es merecedor de nuestras enseñanzas.

Kas'im asintió su entendimiento. Haría como se le había ordenado. No era justo para Bane, por supuesto. Pero nadie clamó nunca que los Sith fueran justos.

13

Bane sabía que tenía que hacer algo. Su situación se estaba volviendo desesperada. Todavía estaba yendo a trompicones, incapaz de llamar al poder que había utilizado para destruir a Fohargh. Pero ahora su debilidad se había hecho pública.

Ayer durante la sesión de entrenamiento de la tarde se había aproximado a Kas'im para organizar una hora para más práctica uno a uno, esperando liberarse del letargo que le había agarrado. Pero el Maestro de espadas le había rechazado, agitando su cabeza y girando su atención hacia uno de los otros estudiantes. El mensaje estuvo claro para todo el mundo: Bane era vulnerable.

Mientras los estudiantes se reunían en un círculo en la parte superior del templo tras los entrenamientos de la mañana, Bane sabía lo que tenía que hacerse. Su reputación le había protegido de los desafíos de otros estudiantes. Ahora esa reputación se había ido. Pero no podía sentarse impasible, esperando a que uno de los otros estudiantes le desafiara y le abatiera. Tenía que tomar la iniciativa; tenía que pasar al ataque. Hoy había sido el primero en caminar hacia el anillo.

Por supuesto, si desafiaba a uno de los estudiantes inferiores, todo el mundo lo vería como una confirmación de la debilidad que estaba tratando de ocultar. Sólo había una forma en la que pudiera redimirse a los ojos de la escuela y de los Maestros; sólo había un oponente al que podía llamar.

Varios de los aprendices todavía se estaban congregando, tratando de encontrar un lugar donde fueran capaces de observar claramente la acción de la mañana. Era costumbre esperar hasta que todo el mundo estuviera en su sitio antes de lanzar un desafío, pero Bane sabía que cuanto más esperara, más difícil sería su tarea. Caminó con osadía hacia el centro del círculo, atrayendo miradas curiosas de los otros estudiantes. Kas'im le miró con una mirada de desaprobación, pero trató de apartarlo de su mente.

—Tengo un desafío —proclamó—. Llamo a Sirak.

Hubo un zumbido nervioso entre los estudiantes, pero Bane apenas podía escucharlo sobre los latidos de su propio corazón. Sirak raramente luchaba en un combate real; Bane nunca lo había visto en acción. Pero había escuchado a otros estudiantes hablar de las proezas de Sirak en el anillo de duelos, contando historias salvajes de sus habilidades invencibles. Desde que el zabrak se aproximara a él en las escaleras, Bane había observado a su oponente durante las sesiones de entrenamiento preparándose para esta confrontación. Y por lo que había visto, la aparentemente exagerada cantidad de sus proezas eran todas demasiado precisas.

Al contrario que la mayoría de los estudiantes, Sirak prefería el sable de entrenamiento de doble hoja a uno más tradicional de una sola hoja. Aparte del propio Kas'im, Sirak era el único que Bane había visto nunca esgrimir el arma exótica con alguna señal de habilidad. Su técnica parecía casi perfecta para el ojo inexperto de Bane. Siempre parecía estar en completo control; siempre estaba al ataque. Incluso en los entrenamientos simples, su superioridad sobre sus oponentes era obvia. Donde la mayoría

de los estudiantes tardaban dos o tres semanas en aprender una nueva secuencia, Sirak era capaz de dominar una en cuestión de días. Y ahora Bane estaba a punto de enfrentarse a él en el anillo de duelos.

El zabrak caminó fuera de la multitud, moviéndose lentamente pero con gracia mientras respondía al desafío. Incluso caminando hacia el centro del anillo exudaba un aire de amenaza. Hizo una floritura con su arma como si nada mientras se aproximaba, las hojas gemelas de duracero gravando largos y lánguidos arcos, a través del aire.

Bane lo observó venir, sintiendo su corazón y respiración acelerarse mientras su cuerpo liberaba adrenalina a su sistema, instintivamente preparándose para la batalla que se avecinaba. En contraste con su cuerpo físico, sin embargo, Bane no sintió ningún cambio significante en su estado emocional. Había esperado sentir un arrebato de miedo y rabia mientras Sirak se aproximara, las emociones de las que se podría alimentar para rasgar el velo inerte y liberar al lado oscuro. Pero el estupor letárgico todavía le envolvía como una mortaja ligera, gris.

—Ojalá me hubieras desafiado antes —susurró Sirak, con su voz lo suficientemente alta para que sólo Bane la escuchara—. En la primera semana después de la muerte de Fohargh muchos pensaron que eras mi igual. Habría ganado un gran prestigio al derrotarte. Ese ya no es el caso.

Sirak había detenido su avance y estaba en pie a varios metros de distancia. Su sable de entrenamiento de doble hoja todavía bailaba lentamente por el aire. Se movía como si estuviera vivo, una criatura anticipando la caza, demasiado nerviosa para quedarse inmóvil.

—Habrá poca gloria al derrotarte ahora —repitió él—. Pero tendré un gran placer con tu sufrimiento.

Tras Sirak, Bane vio a Llokay y Yevra, los otros aprendices zabrak, abrirse paso a empujones al frente de la multitud para tener una mejor vista de su campeón. El hermano llevaba una sonrisa cruel; la hermana, una expresión de anticipación hambrienta. Bane hizo lo que pudo por apagar la ansiedad de sus caras rojas, dejando que se fusionaras con el escenario de fondo poco importante de los espectadores.

Toda su concentración estaba centrada en los movimientos fluidos del arma poco familiar en las manos de Sirak. Había tratado de memorizar las secuencias que Sirak practicaba durante los entrenamientos. Ahora estaba buscando pistas que le indicaran la mano de su oponente, eso revelaría que secuencia planeaba utilizar para empezar la batalla. Si Bane acertaba, podría contraatacar y posiblemente acabar la batalla en la primera oportunidad. Era su mejor opción para la victoria, pero sin ser capaz de atraer a la Fuerza, sus probabilidades de adivinar correctamente qué secuencia escogería su enemigo eran muy, muy flojas.

Sirak alzó el sable de hoja doble por encima de su cabeza, girándolo tan rápido que no era más que un borrón, entonces se lanzó hacia delante. Un extremo bajó en un golpe por encima de la cabeza salvaje que Bane fácilmente bloqueó. Pero el movimiento sólo era una finta, preparando un golpe cortante hacia el pecho con la hoja opuesta.

Reconociendo la maniobra en el último segundo, Bane sólo pudo lanzarse rodando hacia atrás, escapando de ser herido por poco.

Su enemigo estaba sobre él incluso antes de que se pusiera en pie, las hojas gemelas cortando hacia abajo en un ritmo alternado de ataques: izquierda-derecha-izquierda-derecha. Bane bloqueó, rodó, giró, y bloqueó de nuevo, devolviendo el vapuleo. Trató de hacer un barrido con la pierna, pero Sirak anticipó el movimiento y brincó ágilmente fuera, dándole a Bane sólo el tiempo suficiente para tambalearse sobre sus pies.

La siguiente ronda de ataques mantuvo a Bane en una complete retirada, pero fue capaz de evitar que Sirak le ganara una ventaja al darle terreno y revertir a las secuencias básicas defensivas. Todavía estaba desesperadamente tratando de ganar alguna ventaja observando los movimientos de su oponente. En un momento, Sirak parecía estar utilizando los golpes y empujones del Vaapad, la más agresiva y directa de las siete formas tradicionales. Pero en medio de una secuencia cambiaría de repente a los ataques de poder del Djem So, generando tal fuerza que incluso un golpe bloqueado hacía que Bane se tambaleara hacia atrás. Un rápido giro o rotación del arma y una de las hojas gemelas estaba de repente balanceándose de nuevo en un ángulo extraño, haciendo que Bane perdiera el equilibrio mientras la apartaba de un golpe.

Hubo un breve respiro en la acción mientras los dos combatientes se detenían para reevaluar sus estrategias, cada uno respirando con fuerza. Sirak hizo girar su arma en una secuencia rápida, compleja que llevó el sable bajo su brazo derecho, alrededor de detrás de su espalda, sobre su hombro izquierdo y alrededor del frente. Entonces sonrió y lo hizo a la inversa.

Bane observó la extravagante floritura con un sentimiento de desasosiego. Sirak había estado jugando con él en el primer par de rondas, alargando la lucha para que su victoria pareciera más impresionante. Ahora estaba mostrando su verdadera habilidad, utilizando secuencias que unían varias formas a la vez, cambiando rápidamente entre diferentes estilos en patrones complejos que Bane nunca había visto antes.

Era sólo una señal más de la superioridad del zabrak. Si Bane trataba de combinar diferentes estilos en una única secuencia, probablemente se sacaría un ojo o se abofetearía en la parte trasera de la cabeza. Estaba claro que estaba siendo superado; su única esperanza era que su enemigo se volviera descuidado y cometiera un error.

Sirak se movió de nuevo, su sable de entrenamiento moviéndose tan rápidamente que Bane podía escuchar el siseo mientras partía el aire. Bane saltó hacia delante para encontrar el desafío, tratando de llamar al poder del lado oscuro para anticipar y bloquear las hojas duales moviéndose demasiado rápido para verlas con sus ojos. Sintió la Fuerza fluyendo a través de él, pero parecía distante y vacía: el velo todavía estaba ahí. Fue capaz de mantener los filos paralizantes del sable de Sirak a raya, pero le requería concentrar toda su atención en controlar su propia espada… dejándole vulnerable al verdadero propósito del ataque desatado contra él.

El cráneo de Bane explotó mientras la frente de Sirak golpeaba su cara. El dolor convirtió su visión en un campo de estrellas plateadas. El cartílago de su nariz cedió con

un enfermizo crujido, un geiser de sangre saliendo a borbotones hacia delante. Ciego y mareado, fue capaz de bloquear el siguiente golpe sólo por el instinto guiado por el más leve susurro de la Fuerza. Pero Sirak giró mientras su sable se alejaba girando y le dio una patada circular que destrozó la rótula de Bane.

Gritando, Bane colapsó, su mano libre golpeando el suelo mientras protegía su caída. Sirak aplastó los dedos bajo su bota, moliéndolos contra la piedra firme del techo del templo. Una rodilla se alzó, fracturando su mejilla y el hueso de la mandíbula con un crujido atronador.

Con un último impulso, desesperado, Bane trató de lanzar a su oponente de espaldas con el lado oscuro. Sirak apartó a un lado el impacto, reflejándolo fácilmente con el escudo de Fuerza con el que se había envuelto al principio del duelo. Entonces se movió cerca para terminar el trabajo con sus espadas. El primer golpe dio con el impacto de un speeder de tierra golpeando a un irax, rompiendo la muñeca derecha de Bane. El sable de entrenamiento cayó de su agarre repentinamente sin sentido. El siguiente golpe le dio más alto en el mismo brazo, dislocando su codo.

Una simple patada a la cara mandó trocitos de diente destrozados disparados fuera de su boca y rayos de dolor disparándose a través de su mandíbula rota. Cayó hacia delante, apenas consciente, mientras Sirak caminaba hacia atrás y bajaba su sable, extendiendo el brazo con una mano libre para agarrar a Bane alrededor de la garganta con el agarre aplastante de la Fuerza. Él alzó su brazo, elevando al musculado Bane como si fuera un niño, entonces le lanzó por el anillo.

Bane sintió otro hueso romperse mientras chocaba contra el suelo, pero su cuerpo había pasado a un estado de shock y no había ya ningún dolor. Se quedó inmóvil en una pila desplomada, retorcida. La sangre de su nariz y su boca obstruía su garganta. Un ataque de tos retorció su cuerpo, y escuchó más que sentir el moler de sus costillas rotas.

Todo empezó a volverse tenue. Captó una mirada de un par de botas manchadas de sangre yendo hacia él, y entonces Bane se rindió a sí mismo a la piadosa oscuridad.

* * *

Kopecz agitó su cabeza mientras estudiaba el plan de batalla que Kaan había desplegado sobre una mesa improvisada en medio de su tienda. El holomapa del terreno de Ruusan mostraba las posiciones de las fuerzas Sith como triángulos rojos brillantes flotando sobre el mapa. Las posiciones de los Jedi estaban representadas por cuadrados verdes. Pese a sus avances de alta tecnología, el resto del mapa era una simple representación bidimensional de la topografía del área circundante. No hacía nada para expresar la siniestra devastación que había dejado a Ruusan como un baldío virtual, devastado por la guerra.

Tres grandes batallas de flota habían tenido lugar arriba del mundo en el pasado año, esparciendo escombros del bando perdedor por el escasamente poblado mundo cada vez. Cascos carbonizados y retorcidos que una vez habían sido naves, habían chocado contra

los bosques frondosos provocando incendios que habían reducido gran parte de la superficie del pequeño mundo a cenizas y suelo yermo.

Ruusan, pese a su tamaño escaso, se había convertido en un mundo de mayor importancia tanto para la República como para los Sith. Estratégicamente localizado en los límites del Borde Interior, también se alzaba como lo que la mayoría consideraba el borde entre la frontera peligrosa de la República y su Núcleo a salvo y seguro. Ruusan era un símbolo. Conquistarlo representaba el inevitable avance de los Sith y su conquista de la República; liberarlo sería emblemático de la habilidad de los Jedi para conducir a los invasores lejos y proteger a los ciudadanos de la República. El resultado era un interminable ciclo de batallas, sin ningún bando dispuesto a admitir la derrota.

La Primera Batalla de Ruusan había visto a la flota invasora Sith derrotar a las fuerzas de la República utilizando los elementos de la sorpresa y la fuerza de la meditación de batalla de Kaan. La segunda batalla vio a la República tratar de reclamar el control de Ruusan y fracasar, llevados a retroceder por los números y el poder de fuego superior del enemigo.

La tercera batalla en los cielos sobre Ruusan marcó la emergencia del Ejército de la Luz. En lugar de cruceros de la República y cazas, los Sith se encontraron a sí mismos enfrentándose a una flota hecha principalmente de cazas de uno y dos tripulantes pilotados exclusivamente por Jedi. Los soldados comunes que se habían unido al ejército de Kaan no eran rivales para la Fuerza, y Ruusan fue salvada… por un tiempo.

Los Sith habían respondido al Ejército de la Luz amasando todos los números de la Hermandad de la Oscuridad en un único ejército, y luego desatándolo sobre Ruusan. La guerra que había devastado el mundo desde arriba se movía abajo en la superficie, con consecuencias mucho más devastadoras. Comparado con las batallas de flotas espaciales, el combate de tierra era brutal, sangriento, y visceral.

Kopecz golpeó su puño contra la mesa.

—Es inútil, Kaan.

Los otros Lords Oscuros reunidos en la tienda murmuraron de acuerdo.

—Las posiciones de los Jedi están demasiado bien defendidas; tienen todas las ventajas —continuó Kopecz enfadado—. Terreno elevado, fortificaciones atrincheradas, números superiores. ¡No podemos ganar esta batalla!

—Mira de nuevo —contestó Kaan—. Los Jedi se han dispersado demasiado.

El gran twi'lek estudió el mapa con más detalle y se dio cuenta de que Kaan tenía razón. El perímetro Jedi se extendía demasiado fuera de su campamento base. Apenas llevaba un momento darse cuenta de por qué.

El choque entre los ejércitos de los Jedi y los Sith, liderado por Maestros Jedi y Lords Oscuros había agitado los cimientos del mundo. El poder de la Fuerza rabiaba desenfrenado por los campos de batalla como el trueno de una estrella explotando. Ciudades, villas, y los hogares individuales atrapados en la tormenta habían sido barridos, dejando sólo muerte y destrucción. Los civiles cogidos en el alzamiento de la guerra

habían sido forzados a huir, convirtiéndose en refugiados de una batalla épica entre los campeones de la luz y la oscuridad.

Al ver su sufrimiento, los Jedi habían buscado consolar, confortar, y proteger a los ciudadanos inocentes de Ruusan. Planearon sus estrategias en base a defender los asentamientos civiles y los terrenos ocupados, incluso a expensas de los recursos y la ventaja táctica. Los Sith, por supuesto, no hacían tales concesiones.

—La compasión de los Jedi es una debilidad —continuó Kaan—. Una que podemos explotar. Si concentramos todos nuestros números en un único punto, podemos romper sus líneas. Entonces la ventaja será nuestra.

Los generales y estrategas reunidos de la Hermandad de la Oscuridad asintieron de acuerdo. Varios alzaron sus voces en rugidos de triunfo y felicitaciones. Sólo Kopecz rechazó unirse a las celebraciones.

—El Ejército de la Luz todavía nos supera en número dos a uno —les recordó el fornido twi'lek—. Sus líneas puede que se extiendan demasiado en algunos lugares, pero no sabemos dónde son vulnerables. Ellos saben que nuestros exploradores están observando; ocultan sus números al igual que nosotros ocultamos los nuestros. Si atacamos una posición donde sus números son fuertes, ¡seremos masacrados!

El resto de los generales calmaron sus voces, ya sin ser barridos por el entusiasmo de su líder ahora que el brillante defecto de su plan había sido expuesto. De nuevo, hubo murmullos de desacuerdo y descontento. Kopecz ignoró la reacción de los otros Lords Oscuros. Pese a todo su poder, pese a toda su ambición, eran como muchos banthas, siguiendo a ciegas al resto de la manada. En teoría todos en la Hermandad de la Oscuridad eran iguales, pero en la práctica Kaan lideraba a los otros.

Kopecz entendía esto, y estaba dispuesto a seguirle. Los Sith necesitaban a un líder fuerte y carismático, un hombre de visión, para apaciguar las luchas internas que plagaban sus filas. Kaan era ese líder, y normalmente era un brillante táctico militar. Pero este plan era una locura. Suicida. Al contrario que el resto de la chusma, Kopecz no iba a seguir a su líder a una muerte segura.

—Me subestimas, Kopecz —le aseguró Kaan, su voz calmada y confiada, como si hubiera anticipado esta pregunta de hacía tiempo y tuviera la respuesta preparada. Quizás lo había hecho—. No les golpearemos hasta que no sepamos exactamente dónde son más vulnerables —explicó el Lord Oscuro—. Para cuando ataquemos, sabremos el número preciso y la composición de cada unidad y patrulla en su perímetro.

—¿Cómo? —Exigió Kopecz—. Incluso nuestros espías sombra umbaranos no pueden proveernos de ese tipo de detalle. No lo suficientemente rápido para utilizarlo para planear nuestro ataque. No tenemos forma de obtener la información que necesitamos.

Kaan se rió.

—Por supuesto que la tenemos. Uno de los Jedi nos la dará.

Las solapas que cubrían la entrada de la gran tienda que servía de sala de guerra de los Sith se partió como una entrada, y una joven mujer humana vestida con las túnicas de

la orden Jedi caminó a través de ella. Era de una altura media, pero eso era lo único de ella que podría llamarse medio. Tenía un pelo denso, negro azabache que caía sobre sus hombros. Su cara y figura eran el ejemplo perfecto de la forma femenina humana; su piel de tono cobrizo era apagada por unos ojos verdes ardiendo con un calor que eran tanto una advertencia como una invitación. Se movió con la gracia ágil de una bailarina twi'lek mientras caminaba por los Lords Oscuros reunidos, una sonrisa tímida en sus labios mientras pretendía no escuchar sus susurros de sorpresa.

Kopecz había visto a muchas mujeres llamativas en sus tiempos. Varias de las Lords Oscuras mujeres reunidas en la tienda eran tremendas, famosas por su increíble belleza y su poder devastador. Pero mientras la joven Jedi se acercaba, encontró que era incapaz de apartar sus ojos de ella. Había algo magnético en ella, algo que transcendía de la mera atracción física.

Ella llevó su cabeza bien en alto, sus características orgullosas lanzando un desafío en silencio mientras se aproximaba. Y Kopecz vio algo más: ambición desnuda, cruda y hambrienta.

A su lado Kaan susurró,

—Llamativa, ¿no?

Ella alcanzó el frente de la tienda y cayó suavemente sobre una rodilla, inclinando su cabeza ligeramente en deferencia a Lord Kaan.

—Bienvenida, Githany —dijo él, haciendo que se levantara—. Te hemos estado esperando.

—El placer es mío, Lord Kaan —ronroneó ella. Kopecz sintió que sus rodillas se volvían momentáneamente débiles ante su voz sensual, entonces cambió a una atención rígida. Era demasiado viejo y demasiado sabio para dejarse ser cegado por los encantos de esta mujer. Sólo le preocupaba lo que pudiera ofrecerles contra los Jedi.

—¿Tienes información para nosotros? —preguntó él abruptamente.

Ella inclinó su cabeza a un lado y le dio una mirada curiosa, tratando de encontrar el motivo para su fría recepción. Tras un momento de pausa ella contestó,

—Puedo decirles exactamente dónde golpear sus líneas, y cuándo. Lord Hoth puso a un Jedi llamado Kiel Charny al cargo de coordinar sus defensas. Tengo la información directamente de él.

—¿Por qué este Charny compartiría ese tipo de información contigo? —Preguntó Kopecz sospechoso.

Ella le dio una sonrisa taimada.

—Kiel y yo éramos… cercanos. Compartíamos muchas cosas. Él no tenía ni idea de que vendría a ustedes con la información.

Kopecz encogió sus ojos.

—Creí que los Jedi desaprobaban ese tipo de cosas.

Su sonrisa se convirtió en una burla.

—Los Jedi desaprueban un montón de cosas. Es por lo que he venido a ustedes.

Kaan caminó hacia delante antes de que pudiera hacer más preguntas, poniendo una mano con familiaridad en su cadera y alejándola de Kopecz.

—No tenemos tiempo para esto, Githany —dijo él—. Debes darnos tu informe y volver al campamento Jedi antes de que nadie se dé cuenta de que faltas.

Ella le dio una mirada deslumbrante a Kaan y asintió.

—Por supuesto. Tenemos que darnos prisa.

Él levemente la guió sobre el holomapa, y un montón de estrategas se acercaron, escudándola de la vista mientras les daba los detalles de la guardia Jedi. Un par de segundos más tarde Kaan emergió de la multitud y caminó atrás para permanecer junto a Kopecz.

—Ambición, traición… el lado oscuro es fuerte en ella —susurró el twi'lek—. Estoy sorprendido de que los Jedi la cogieran.

—Probablemente creerían que podrían volverla hacia la luz —respondió Kaan, hablando igual de bajo—. Pero Githany nació para el lado oscuro. Como yo. Como tú. Era inevitable que se uniera a los Sith algún día.

—El momento es afortunado —señaló Kopecz—. Quizás un poco demasiado afortunado. Podría ser una trampa. ¿Estás seguro que podemos confiar en ella? Creo que es peligrosa.

Kaan rechazó la advertencia con una risa suave.

—Al igual que tú, Lord Kopecz. Eso es lo que te hace tan útil para la Hermandad.

* * *

Bane estaba flotando, sin peso, rodeado de oscuridad y silencio. Parecía que iba a la deriva en el vacío negro de la propia muerte.

Entonces la consciencia empezó a volver. Su cuerpo, sacudido del dichoso desconocimiento, golpeó al fluido verde oscuro del tanque de bacta, creando un flujo de burbujas que se elevó en silencio hacia la superficie. Su corazón empezó a bombear; podía escuchar la sangre corriendo por sus venas.

Sus ojos se abrieron a tiempo para ver a un droide médico ir a ajustar algunas de las configuraciones de su tanque. En unos segundos su tasa cardíaca se frenó y el golpeteo involuntario de sus extremidades magulladas y rotas se tranquilizó. Pero aunque su cuerpo estaba calmado por el tranquilizante, la mente de Bane estaba ahora completamente alerta y consciente.

Los recuerdos del movimiento y el dolor parpadeaban por su mente. Las vistas, sonidos, y olores del combate. Recordaba a las botas manchadas de sangre aproximarse: su sangre. Kas'im debía haber entrado después de que perdiera el conocimiento y haber evitado que Sirak le matara. Debían haberle llevado allí para curarse.

Al principio estaba sorprendido de que se molestaran en ayudarle a recuperarse. Entonces se dio cuenta de que él, como todos los estudiantes en la Academia, era

demasiado valioso para que la Hermandad simplemente le desperdiciara. Así que sobreviviría… pero su vida esencialmente había acabado.

Desde que llegara a la Academia había trabajado hacia una meta clara. Todos sus estudios, todo su entrenamiento había sido para un único propósito: entender y comandar el poder del lado oscuro de la Fuerza. El lado oscuro le daría poder. Gloria. Fuerza. Libertad.

Ahora sería un paria en la Academia. Se le permitiría escuchar en las lecciones de grupo, practicar sus habilidades en las sesiones de entrenamiento de Kas'im, pero eso sería todo. Cualquier esperanza que hubiera tenido de tener un entrenamiento uno a uno con cualquiera de los Maestros había sido aplastada en su humillante derrota. Y sin una guía especialista, su potencial se marchitaría y moriría.

En teoría, todos en la Hermandad eran iguales, pero Bane era lo suficientemente listo para ver la verdad. En la práctica, los Sith necesitaban líderes, Maestros como Kaan, o Lord Qordis aquí en la Academia. Los fuertes siempre daban un paso al frente; los débiles no tenían elección salvo seguirles.

Ahora Bane estaba condenado a ser uno de los seguidores. Una vida de servidumbre y obediencia.

Con victoria mis cadenas se rompen. Pero Bane no había encontrado victoria, y entendía demasiado bien las cadenas de servidumbre que le atarían para siempre jamás. Estaba destruido.

Parte de él deseaba que Sirak simplemente hubiera terminado el trabajo.

14

Había un aire de celebración inusual en los pasillos de la Academia Sith. La Hermandad de la Oscuridad había logrado una victoria sonada sobre los Jedi en Ruusan, y el júbilo del festín que Qordis había lanzado para marcar la victoria colgaba en el aire. Durante las sesiones de entrenamiento, prácticas, y lecciones, se podía escuchar a los estudiantes susurrando nerviosamente mientras los detalles de la batalla eran compartidos. Los Jedi en Ruusan habían sido completamente barridos, decían algunos. Otros insistían en que el propio Lord Hoth había caído. Había rumores de que el Templo Jedi en Coruscant estaba indefenso, y que era solo cuestión de días antes de que fuera saqueado por los Lords Oscuros de los Sith.

Los Maestros sabían que mucho de lo que se estaba diciendo era exagerado o impreciso. Los Jedi en Ruusan habían sido devastados, pero una gran cantidad habían logrado escapar de la batalla. Lord Hoth no estaba muerto; lo más probable era que estuviera reuniendo a los Jedi para el inevitable contraataque. Y el Templo Jedi en Coruscant todavía estaba bien lejos del alcance de Kaan y la Hermandad de la Oscuridad. Bajo las órdenes de Qordis, sin embargo, los instructores permitían el entusiasmo de sus aprendices sin vigilancia por el bien de mejorar la moral.

El humor exultante en la Academia tenía poco efecto sobre Bane, sin embargo. Había llevado tres semanas de sesiones regulares en el tanque de bacta antes de que se recuperara por completo de la horrible derrota que Sirak le había dado. La mayoría del tiempo una pérdida en el anillo de duelos sólo requería un día o dos en los tanques antes de que el estudiante estuviera preparado para volver al entrenamiento. Por supuesto, la mayoría de los estudiantes no perdían tan de malas como lo había hecho Bane.

Hurst se liberaba con sus puños, y Bane había sufrido más de un par de severos golpes cuando crecía. Los castigos de su juventud le habían enseñado cómo tratar con el dolor físico, pero el trauma infligido por Sirak era mucho peor que cualquier cosa que hubiera resistido a manos de su padre.

Bane arrastró los pies lentamente bajando los pasillos de la Academia, aunque su paso comedido era una elección más que una necesidad. El descontento persistente que sentía era insignificante. Gracias a los tanques de bacta sus huesos rotos se habían unido y sus magulladuras se habían desvanecido por completo. El daño emocional, sin embargo, era más difícil de invertir.

Un par de aprendices riéndose se aproximaron, entretenidos con los logros supuestamente reales de la victoria de los Sith en Ruusan. Su conversación se detuvo mientras se acercaban a la figura solitaria. Bane agachó su cabeza para evitar encontrar sus miradas mientras pasaban. Una susurró algo ininteligible, pero el menosprecio en su tono era inconfundible.

Bane no reaccionó. Estaba tratando con el dolor emocional de la única manera que sabía hacerlo. La misma forma en la que lo había tratado cuando era un niño. Se retiraba

hacia dentro de sí mismo, trataba de hacerse invisible para evitar el desprecio y las burlas de los otros.

Su derrota —tan pública y tan completa— había destruido a su ya cuestionable reputación tanto con los estudiantes como con los Maestros. Incluso antes del duelo muchos habían percibido que su poder le había abandonado. Ahora sus sospechas se habían confirmado. Bane se había vuelto un marginado en la Academia, rehuido de los otros estudiantes e ignorado por los Maestros.

Incluso Sirak le ignoraba. Había derrotado a su rival hacia la sumisión; Bane ya no merecía que se percatara de él. La atención del zabrak, como la atención de casi todos los aprendices, se había vuelto hacia la joven mujer humana que había llegado a unirse a ellos poco después de la batalla en Ruusan.

Su nombre era Githany. Bane había oído que ella había sido una vez una Padawan Jedi pero había rechazado la luz a favor del lado oscuro… una historia suficientemente común en la Academia. Githany, sin embargo, era de todo menos común. Había jugado un rol integral en la victoria Sith en Ruusan, y había llegado a Korriban con la fanfarria de un héroe conquistador.

Bane no había estado lo suficientemente fuerte para atender el festín de la victoria donde Qordis había presentado a la recién llegada al resto de los estudiantes, pero la había visto varias veces en la Academia desde entonces. Era asombrosamente hermosa; era obvio que muchos de los estudiantes varones la deseaban. Era igual de obvio que varias de las estudiantes mujeres estaban celosas de ellas, aunque mantenían su resentimiento bien oculto por su propio bien.

Githany era tan arrogante y cruel como era atractiva físicamente, y la Fuerza era excepcionalmente fuerte en ella. En sólo un par de semanas ya había desarrollado una reputación por aplastar a aquellos que se metían en su camino. No era de sorprender que se hubiera vuelto rápidamente una favorita de Qordis y los otros Lords Oscuros.

Nada de eso realmente importaba a Bane, sin embargo. Él caminaba por los pasillos, con la cabeza baja, abriéndose paso hacia la biblioteca localizada en las profundidades de la Academia. Estudiar los archivos le había parecido la mejor forma de complementar las enseñanzas de los Maestros en las primeras fases de su desarrollo. Ahora la habitación fría, silenciosa lejos bajo las plantas principales del Templo le ofrecía su único lugar de refugio.

Poco sorprendentemente, la enorme habitación estaba vacía salvo por los grupos de estanterías apiladas de manuscritos aleatoriamente ordenados y entonces olvidados. Pocos estudiantes se molestaban en ir allí. ¿Por qué malgastar el tiempo contemplando la sabiduría de los antiguos cuando podías estudiar a los pies de un Lord Oscuro real? Incluso Bane iba allí sólo como último recurso; los Maestros no malgastarían su tiempo con él más.

Pero mientras estudiaba minuciosamente los textos antiguos, una parte de él que había creído muerta empezó a despertar de nuevo. El fuego interno —la rabia ardiente que siempre había sido su reserva secreta— se había ido. Aún así, aunque sólo

levemente, el lado oscuro le llamó, y Bane se dio cuenta que no estaba preparado para abandonarse. Y así se entregó al estudio.

No estaba permitido a los estudiantes retirar registros de la sala del archivo, así que Bane hacía todas sus lecturas allí. Ayer finalmente completó un largo y detallado tratado de un Lord Sith antiguo llamado Naga Sadow sobre los usos de la alquimia y los venenos. Incluso en eso, había encontrado pequeños granos de sabiduría profunda que había reclamado para sí mismo. Poco a poco su sabiduría estaba creciendo.

Caminaba lentamente arriba y debajo de las filas, mirando a los títulos y autores, esperando encontrar algo útil. Estaba tan inmerso en su búsqueda que no se dio cuenta de la figura oscura, encapuchada que entró en los archivos y estaba en silencio en la entrada, observándole.

Githany no dijo ni una palabra mientras el hombre alto, de hombros anchos erraba por los archivos. Él era físicamente imponente; incluso bajo sus túnicas amplias sus músculos eran obvios. Concentrándose como le habían enseñado los Maestros Jedi antes de que los traicionara, fue capaz de sentir el poder del lado oscuro en él; era destacablemente poderoso en la Fuerza. Aún así no actuaba como un hombre que fuera fuerte o poderoso. Incluso aquí, lejos de los ojos de cualquier otro, caminaba encorvado, con sus hombros caídos.

Eso era lo que Sirak podía hacer a un rival, se dio cuenta ella. Eso era lo que le podía hacer si ella iba en su contra y perdía. Githany tenía toda la intención de desafiar al agraciado mejor estudiante de la Academia… pero sólo una vez que estuviera segura de que podía derrotarle en el anillo de duelos.

Había buscado a Bane esperando aprender de sus errores. Al verle ahora, débil y roto, se dio cuenta de que sería capaz de obtener más de él que sólo información. Normalmente estaría recelosa de aliarse con otro estudiante, particularmente uno tan fuerte como Bane. Githany prefería trabajar sola; sabía demasiado bien cómo de devastadoras podían ser las consecuencias de una traición inesperada.

Pero el hombre que vio era vulnerable, expuesto. Estaba solo y desesperado; no estaba en posición de traicionar a nadie. Ella podía controlarle, utilizarle como fuera necesario y despacharlo cuando hubiera acabado.

Él cogió un libro de una de las estanterías y caminó lentamente sobre las mesas. Ella esperó a que se hubiera asentado y empezara su lectura. Tomó aliento profundamente y se echó atrás su capucha, dejando que sus largos tirabuzones cayeran por debajo de sus hombros. Entonces puso su sonrisa más seductora y se movió.

Bane cuidadosamente abrió las páginas de un volumen antiguo que había cogido de las estanterías de los archivos. Se titulaba *Los Rakata y el Mundo Desconocido*, y de acuerdo a la fecha era de hacía casi tres mil años estándar. Pero no era el título o el tema lo que le había llamado la atención. Era el autor: Darth Revan. La historia de Revan era bien conocida tanto para Sith como para Jedi. Lo que intrigaba a Bane era el uso del título de *Darth*.

Ninguno de los Sith modernos utilizaba el nombre *Darth*, prefiriendo la designación *Lord Oscuro*. Bane siempre había encontrado eso confuso, pero nunca había preguntado a los Maestros sobre ello. Quizás en este volumen de uno de los últimos grandes Sith en utilizar la designación podría averiguar por qué la tradición había caído en desuso.

Apenas había empezado a leer la primera página cuando escuchó a alguien aproximarse. Miró arriba para ver a la aprendiz más nueva de la Academia —Githany— caminando hacia él. Estaba sonriendo, haciendo que sus características ya destacables fueran aún más atractivas. En el pasado Bane sólo la había visto desde la distancia; de cerca ella literalmente quitaba el aliento. Mientras se deslizaba hacia el asiento junto a él, el más leve olor a perfume deleitó su nariz, haciendo que su corazón ya acelerado golpeara más rápido.

—Bane —susurró ella, hablando bajo incluso aunque no hubiera nadie más en los archivos para que se le molestara con su conversación—. Te he estado buscando.

Su afirmación le cogió por sorpresa.

—¿Buscándome? ¿Por qué?

Ella puso una mano en su antebrazo.

—Te necesito. Necesito tu ayuda contra Sirak.

Su cercanía, el breve contacto con su brazo, y su seductora fragancia hizo que le diera vueltas la cabeza. Le llevó varios momentos averiguar lo que quería decir, pero una vez que lo hizo su repentino interés en él se volvió obvio. Las noticias de su humillación a manos del zabrak habían alcanzado sus oídos. Había ido para verlo en persona, esperando poder aprender algo que le evitara caer víctima de un fracaso similar.

—No puedo ayudarte con Sirak —dijo él, girándose de ella y enterrando su cara en su libro.

La mano en su antebrazo suavemente apretó, y él miró arriba de nuevo. Se había inclinado más cerca, y él se encontró a sí mismo mirando justo a sus ojos esmeralda.

—Por favor, Bane. Sólo escucha lo que tengo que decir.

Él asintió, sin estar seguro de si sería siquiera capaz de hablar mientras ella estuviera presionando tan cerca contra él. Él cerró el libro y se giró ligeramente en su silla para encararla mejor. Githany dio un suspiro agradecido y se inclinó ligeramente hacia atrás. Él sintió un pequeño destello de decepción mientras su mano se deslizaba desde su brazo.

—Sé lo que te ha ocurrido en el anillo de duelos —empezó ella—. Sé que todos creen que Sirak te destruyó; que de algún modo la derrota te robó tu poder. Puedo ver que tú lo crees, también.

Su cara había tomado una expresión de tristeza. No pena, agradecidamente. Bane no quería eso de nadie, especialmente no de ella. Pero ella mostró una lástima genuina mientras hablaba.

Cuando él no contestó ella tomó aliento profundamente y continuó.

—Se equivocan, Bane. No puedes simplemente perder tu habilidad de comandar la Fuerza. Nadie de nosotros puede. La Fuerza es parte de nosotros; es parte de nuestro ser. He escuchado informes de lo que le hiciste a ese makurth. Eso me demostró de lo que

eres capaz. Reveló tu verdadero potencial; demostró que estabas bendecido con un don poderoso. —Ella se detuvo. Su mirada era intensa—. Puede que creas que has desperdiciado ese don, o que lo has perdido. Pero yo lo sé mejor. Puedo percibir el poder dentro de ti. Puedo sentirlo. Todavía está ahí.

Bane agitó su cabeza.

—El poder puede que esté ahí, pero mi habilidad para controlarlo se ha ido. No soy lo que solía ser.

—Eso no es posible —dijo ella, su voz suave—. ¿Cómo puedes creer eso?

Aunque conocía la respuesta, vaciló antes de contestar. Era una pregunta que se había hecho a sí mismo innumerables veces mientras flotaba en el fluido ingrávido del tanque de bacta. Tras su derrota había tenido multitud de oportunidades de esforzarse con su derrota, y finalmente había llegado a darse cuenta de qué había ido mal… aunque no de cómo arreglarlo.

No estaba seguro de querer compartir su revelación personal con una extraña virtual. ¿Pero a quién más se lo iba a decir? No a los otros estudiantes; ciertamente no a los Maestros. E incluso aunque apenas conocía a Githany, ella había llegado a él. Ella era la única que lo había hecho.

Exponer la debilidad personal era algo que sólo un imbécil o un idiota arriesgaría aquí en la Academia. Aún así la dura realidad era que Bane no tenía nada que perder.

—Toda mi vida he sido conducido por mi rabia —explicó él. Habló bajo, mirando abajo a la superficie de la mesa, incapaz de mirarla a los ojos—. Mi rabia me hacía fuerte. Era mi conexión a la Fuerza y al lado oscuro. Cuando Fohargh murió, cuando yo le maté, me di cuenta de que fui responsable de la muerte de mi padre. Le maté a través del poder del lado oscuro.

—¿Y te sentiste culpable? —preguntó ella, de nuevo poniendo una mano suavemente en su brazo.

—No. Quizás. No lo sé. —Su mano era cálida; él podía sentir el calor radiando a través de la tela de su manga hacia su piel de debajo—. Todo lo que sé es que esa revelación me cambió. La rabia que me dirigía se fue. Y todo lo que quedó atrás fue… bueno… nada.

—Dame tu mano. —Su voz era tranquila, y Bane vaciló sólo un instante antes de extender el brazo. Ella agarró su mano con ambas manos suyas—. Cierra tus ojos —le ordenó ella, incluso mientras ella cerraba los suyos.

En la oscuridad se volvió precisamente consciente de qué firmemente había apretado su mano: apretando la carne tan fuerte que podía sentir el latir de su corazón a través de las palmas de su mano. Era rápido y ansioso, y su propio corazón ya acelerado se aceleró en respuesta.

Sintió un cosquilleo en sus dedos, algo más allá del mero contacto físico. Ella estaba alcanzando la Fuerza.

—Ven conmigo, Bane —susurró ella.

De repente sintió como si se estuviera cayendo. No, no cayendo: hundiéndose. Bajando en picado en un gran abismo, el vacío negro dentro de su propio ser. La fría oscuridad paralizaba su cuerpo; perdió toda sensación en sus extremidades. Ya no podía sentir las manos de Githany envueltas alrededor de las suyas propias. Ni siquiera sabía si todavía estaba sentada junto a él. Estaba solo en el helado vacío.

—El lado oscuro es emoción, Bane. —Sus palabras llegaron a él desde un largo camino, leves pero inconfundibles—. Rabia, odio, amor, lujuria. Eso es lo que nos hace fuertes. La paz es una mentira. Sólo hay pasión. —Sus palabras eran más fuertes ahora, lo suficiente fuertes para ahogar el tamborileo de su corazón—. Tu pasión todavía está ahí, Bane. Búscala. Reclámala.

Como en respuesta a sus palabras, sus emociones empezaron a brotar de su interior. Sintió rabia. Furia. Odio puro, pulsante: odio a los otros estudiantes por excluirle, odio a los Maestros por abandonarle. Más que a todos odiaba a Sirak. Y con el odio llegaba el hambre de venganza.

Entonces sintió algo más. Una chispa; un destello de luz y calor en la fría oscuridad. Su mente se precipitó y agarró la llama, y por un breve instante sintió el glorioso poder de la Fuerza ardiendo a través de él una vez más. Entonces Githany dejó ir su mano y se fue, apagado como si meramente lo hubiera imaginado. Pero no lo había hecho. Era real. Realmente lo había sentido.

Abrió sus ojos cautelosamente, como un hombre despertándose de un sueño que temía olvidar. Por la expresión en la cara de Githany, él sabía que debía haber sentido algo, también.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó él, tratando sin éxito de evitar que la desesperación se notara en su voz.

—El Maestro Handa me enseñó cuando estaba estudiando con él en la orden Jedi —admitió ella—. Perdí el toque con la Fuerza una vez, al igual que tú lo has hecho. Yo todavía era una chica joven cuando ocurrió. Mi mente simplemente no podía albergar algo tan vasto e infinito. Creó un muro para protegerse a sí misma.

Bane asintió, permaneciendo fervientemente en silencio para que ella pudiera continuar.

—Tu rabia todavía está ahí. Como lo está la Fuerza. Ahora debes romper los muros que has construido a su alrededor. Tienes que volver al principio y aprender cómo conectar con la Fuerza una vez más.

—¿Cómo hago eso?

—¿Entrenando? —respondió Githany, como si fuera obvio—. ¿Cómo si no aprende uno a utilizar la Fuerza?

La leve esperanza que su revelación había prendido dentro de él murió.

—Los Maestros ya no me entrenarán más —murmuró él—. Qordis lo ha prohibido.

—Yo te entrenaré —dijo Githany tímidamente—. Puedo compartir contigo todo lo que he aprendido de los Jedi sobre la Fuerza. Y lo que sea que aprenda del lado oscuro de los Maestros puedo enseñártelo, también.

Bane vaciló. Githany no era ninguna Maestra, aún así había entrenado como una Jedi durante muchos años. Probablemente conocía mucho de la Fuerza que sería nuevo para él. Al final aprendería más con su ayuda que sin ella. Y aún así algo le molestaba de su oferta.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó él.

Ella le dio una sonrisa tímida.

—¿Todavía no confías en mí? Bien. No deberías. Sólo estoy en esto por mí misma. No puedo derrotar a Sirak yo sola. Es demasiado fuerte.

—Dicen que él es el Sith'ari —murmuró Bane.

—Yo no creo en las profecías —contraatacó ella—. Pero tiene poderosos aliados. Y los otros aprendices zabraks de aquí son completamente leales a él. Si alguna vez voy a desafiarle, necesito a alguien a mi lado. Alguien poderoso en la Fuerza. Alguien como tú.

Sus motivos tenían sentido, pero aún había algo que le molestaba.

—Lord Qordis y los otros Maestros no aprobarán esto —le advirtió—. Estás corriendo un riesgo horrible.

—Los riesgos son la única forma de clamar las recompensas —contestó ella—. Además, no me importa lo que piensen los Maestros. Al final aquellos que sobreviven son los que miran por ellos mismos.

Le llevó a Bane un segundo darse cuenta por qué sus palabras le sonaban tan familiares. Entonces recordó la última cosa que Groshik le había dicho antes de que abandonara Apatros. *Al final cada uno de nosotros está solo en esto. Los supervivientes son aquellos que saben cómo cuidar de sí mismos*.

—Tú me ayudas a recuperar la Fuerza, y yo te ayudaré contra Sirak —dijo él, extendiendo su brazo. Ella lo agarró en el suyo, entonces se levantó para irse. Bane mantuvo su agarre, forzándola a sentarse. Hubo un brillo peligroso en sus ojos, pero él no la dejó irse.

—¿Por qué dejaste a los Jedi? —preguntó él.

Su expresión se suavizó, y ella agitó su cabeza. Extendió su mano libre y la puso suavemente sobre su mejilla.

—No creo que esté del todo preparada para compartir eso contigo.

Él asintió. No necesitaba presionarla ahora, y sabía que no se había ganado el derecho aún.

La mano sobre su mejilla cayó, y él dejó ir su brazo. Ella le dio otra mirada evaluadora, entonces se alzó y se alejó caminando con pasos bruscos, decididos. Ella nunca miró atrás, pero Bane estaba contento con seguir sus caderas meciéndose hasta que estuvo fuera de la vista.

Githany sabía que él estaba observándola hacer su salida. Los hombres siempre la observaban; estaba acostumbrada.

Después de todo, sintió que el encuentro había ido bien. Por medio segundo al final —cuando él había rechazado dejar ir su brazo— se había preguntado si le habría subestimado. Su desafío la había cogido con la guardia baja; había esperado a alguien

débil y servil. Pero una vez que había mirado en sus ojos se había dado cuenta de que estaba aferrándose a ella de desesperación y miedo. Un único encuentro y él ya no podía soportar dejarla irse.

Incluso aunque ella había estado con los Sith sólo poco tiempo, los caminos del lado oscuro se le hicieron naturales. No sentía pena o lástima por él; su vulnerabilidad sólo le hacía más fácil de controlar. Y al contrario que los Jedi, la Hermandad de la Oscuridad recompensaba la ambición. Cada rival que hacía caer probaba su valía y elevaba su estatus entre los Sith.

Bane sería la herramienta perfecta para hacer caer a sus rivales, pensó ella. Él era increíblemente poderoso en la Fuerza. Incluso más poderoso de lo que se había dado cuenta al principio. Había estado sorprendida del poder que había sentido en su interior. Y ahora estaba completamente a su merced. Ella sólo tenía que asegurarse de que seguía siendo así.

Le guiaría lentamente, siempre manteniéndolo justo por detrás de sus propias habilidades. Era un juego peligroso, pero uno que sabía que podía jugar bien. El conocimiento era poder, y ella sola controlaba qué conocimiento obtendría él. Le enseñaría, le ataría, le retorcería a su voluntad, entonces lo utilizaría para aplastar a Sirak. Y entonces, si sentía que Bane se estaba volviendo demasiado poderoso, ella le destruiría, también.

La noche había caído sobre Korriban; las antorchas escupiendo ejercían espeluznantes sombras en los pasillos de la Academia. Bane se abrió paso a través de esos pasillos envuelto en una capa negra, poco más que una sombra él mismo.

Estaba prohibido que los aprendices dejaran sus habitaciones tras el toque de queda, uno de los pasos que Qordis había dado para reducir las muertes «inexplicables» que parecían ser demasiado comunes en las academias pobladas de estudiantes rivales del lado oscuro. Bane sabía que si le cogían, el castigo sería severo. Pero esta era la única hora en la que podía actuar sin miedo a ser visto por los otros estudiantes.

Caminó a través de la planta de dormitorios que albergaba a los estudiantes hasta que alcanzó las escaleras que llevaban a los niveles superiores y a los cuartos de los Maestros. Miró rápidamente de lado a lado, mirando a las sombras parpadeantes sobre los muros de piedra. Se detuvo, escuchando el sonido de cualquiera que pudiera pillarle en los pasillos. Había memorizado las rutas de los centinelas nocturnos que patrullaban los pasillos después de la oscuridad; sabía que pasaría casi una hora antes de que volvieran a esta planta del templo. Pero había muchos otros subordinados —personal de cocina, limpiadores, encargados— que servían a las necesidades de la Academia y podían estar vagando por allí.

Al escuchar sólo silencio, procedió a subir las escaleras. Se abrió paso rápidamente por el cuarto personal de Qordis, de algún modo aliviado de ver que incluso el Maestro Sith sentía la necesidad de cerrar con llave su puerta por la noche. Continuó pasando otra media docena de puertas, deteniéndose sólo cuando alcanzó la entrada de la habitación del Maestro de espadas.

Golpeó una vez con suavidad, con cuidado de no despertar a los otros. Antes de que pudiera golpear una segunda vez, la puerta se deslizó al abrirse para revelar al twi'lek. Por medio segundo, Bane pensó que debía haber estado al otro lado esperándole. Pero eso era imposible, por supuesto. Lo más probable era que los reflejos altamente afinados del Maestro de espadas hubieran reaccionado al primer golpe tan rápidamente que ya había cruzado la habitación y abierto la puerta para cuando iba a llegar el segundo golpe.

Estaba vestido con un par de pantalones, pero su torso estaba desnudo, mostrando su pecho cicatrizado y tatuado. Su expresión confusa confirmó la presunción de Bane de que el Maestro de espadas no sabía que iba a venir, y la velocidad con la que extendió el brazo para agarrar a Bane y lanzarle dentro de la habitación confirmó sus sospechas sobre sus extraordinarios reflejos.

Antes de que Bane siquiera se diera cuenta de lo que estaba pasando, la puerta estaba cerrada con llave tras él, sellando a los dos juntos en la pequeña habitación, oscura. Su huésped encendió un pequeño bastón de luz en un estante junto a la cama y se giró para mirar a su invitado sin invitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó él, manteniendo baja su voz.

Bane vaciló, inseguro de cuánto decirle. Había estado pensando en la oferta de Githany, y lo que le había dicho. Había decidido que ella tenía razón: tenía que mirar por sí mismo si iba a sobrevivir. Eso significaba que él tenía que ser el que abatiera a Sirak, no ella.

—Quiero que me entrene de nuevo: —susurró Bane—. Quiero que me enseñe todo lo que sabe sobre el arte del combate de sable láser.

Kas'im agitó su cabeza en respuesta, pero Bane pensó que percibía una breve duda antes de que lo hiciera.

—Qordis nunca lo permitirá. Ha dejado muy claro que ninguno de los Maestros va a desperdiciar más tiempo en ti.

—No creí que respondiera a Qordis —contraatacó Bane—. ¿No son todos los Maestros iguales en la Hermandad de la Oscuridad?

Era una apelación obvia al orgullo del Maestro de espadas, y el twi'lek fácilmente lo reconoció por lo que era. Sonrió, entretenido por el descaro de Bane.

—Es bastante cierto —admitió él—. Pero aquí en Korriban los otros Lords defieren en Qordis. Evita… complicaciones.

—Qordis no tiene por qué saberlo —señaló Bane, poniendo su corazón en el hecho de que Kas'im no lo hubiera rechazado abiertamente aún—. Entréneme en secreto. Podemos vernos por la noche en el techo del templo.

—¿Por qué haría eso? —preguntó el twi'lek, cruzando sus brazos musculados—. Pides las enseñanzas de un Lord Sith, ¿pero qué me ofreces a cambio?

—Conoce mi potencial —presionó Bane—. Qordis me ha hecho a un lado. Si tengo éxito ahora, no puede llevarse el mérito. Si me convierto en un guerrero experto para la Hermandad, Lord Kaan sabrá que usted fue el que me entrenó. Y si fracaso, nadie sospechará jamás que usted fue parte de esto. No tiene nada que perder.

—Nada salvo mi tiempo —contestó el otro, rascándose el mentón—. Has perdido tu voluntad de luchar. Lo demostraste contra Sirak. —Sus lekku estaban temblando muy ligeramente, y Bane lo tomó como una señal de que, pese a sus palabras, estaba considerando seriamente la oferta.

De nuevo, Bane dudó. ¿Cuánto se atrevía a revelar? Todavía tenía planeado dejar a Githany enseñarle sobre la Fuerza y los caminos del lado oscuro. Pero se había dado cuenta de que si ella era su única maestra, siempre estaría por debajo de ella en poder. Y si quería ser el que abatiera a Sirak, necesitaría a Kas'im para ayudarle… y necesitaba evitar que ella lo averiguara.

—Mi voluntad de luchar ha vuelto —dijo él finalmente, decidiendo no revelar la involucración de Githany en su resurrección repentina—. Estoy preparado para abrazar el poder del lado oscuro.

Kas'im asintió.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Bane sabía que esta era la prueba final. Kas'im era un Lord Oscuro de los Sith. Su talento y habilidades estaban reservadas para aquellos que un día se alzarían y se unirían a los Maestros en la Hermandad de la Oscuridad. Quería más que demostrar que Bane estaba realmente preparado para esto. Quería demostrar que Bane lo merecía.

—Quiero venganza —contestó Bane tras una cuidadosa consideración—. Quiero destruir a Sirak. Quiero aplastarlo como un insecto bajo el talón de mi bota.

El Maestro de espadas sonrió en una satisfacción sombría ante su respuesta.

—Empezaremos mañana.

15

Bane se abrió paso bajo el pasillo con pasos cuidadosos, comedidos. Pero aunque su paso era sombrío y sumiso, su humor era uno de triunfo eufórico. En las semanas desde su trascendental encuentro con Githany su situación se había dado la vuelta por completo.

Como prometió, ella le estaba enseñando. El primer par de sesiones habían ido lentamente mientras ella le había ayudado a trabajar sobre el miedo de su mente de su propio potencial. Poco a poco el velo negro se había ido desgarrando. Pieza a pieza estaba ayudándole a reclamar lo que había perdido, hasta que una vez más sintió el poder del lado oscuro fluir por sus venas.

Desde entonces, el entrenamiento había ido mucho más rápido. Su hambre de venganza dirigía sus estudios. Alimentaba su habilidad de utilizar la Fuerza. Le permitía entender las lecciones que los Maestros habían enseñado a Githany y ella entonces le había pasado a él. Pese a ser ignorado por los instructores, estaba de nuevo aprendiendo todo lo que se le enseñaba a los otros aprendices, y aprendiéndolo rápido.

Conforme otro estudiante pasaba Bane inclinó su cabeza, manteniendo la pretensión de servidumbre. Era importante que ninguno de los otros sospechara que nada había cambiado. Mantenía su entrenamiento con Githany oculto a todos, incluso a Kas'im… al igual que el entrenamiento con el Maestro de espadas se guardaba en secreto de ella.

Kas'im sabía que se estaba volviendo más formidable con la espada, pero no sabía que estaba teniendo resultados similares en otras áreas. Githany podía ver su progreso al desatar su verdadero potencial con la Fuerza, pero no estaba al tanto de que también estaba dominando las complejidades del combate con sable láser. Como resultado, ambos probablemente subestimarían la mira total de sus habilidades. A Bane le gustaba la sutil ventaja que eso le daba.

Sus días estaban ahora llenos de estudio y entrenamiento. En las horas más oscuras antes de la primera luz de la mañana se encontraría con Kas'im para practicar entrenamientos y técnicas. Se encontraría con Githany en los archivos a medio día, donde ella podía compartir la instrucción con él sin miedo a que le interrumpieran o le descubrieran. Y cuando no estaba entrenando con Kas'im o estudiando con Githany, leía los textos antiguos.

Otro aprendiz se aproximó y Bane se hizo a un lado, proyectando una imagen de debilidad y miedo para ocultar su destacable metamorfosis. Esperó hasta que los pasos del otro aprendiz se desvanecieran antes de dirigirse bajo las escaleras hacia los tomos de los niveles más inferiores del templo.

Qordis o uno de los otros Maestros habría sido capaz de perforar el frente falso que proyectaba y percibir su auténtico poder, si no estuvieran cegados por su propia arrogancia. Le habían rechazado como un fracaso; ahora estaba por debajo de su atención. Afortunadamente, este anonimato le venía bastante bien a Bane.

Apenas dormía del todo ya. Parecía que su cuerpo ya no necesitaba dormir; se alimentaba de su creciente comando del lado oscuro. Una hora o dos de meditación cada

día era suficiente para mantener su cuerpo con energías y su mente vigorizada. Consumía el conocimiento con el apetito de un rancor hambriento, devorando todo lo que recibía de sus mentores secretos y siempre hambriento por más. El Maestro de espadas estaba asombrado por su progreso, e incluso Githany —pese a sus años de estudio con los Jedi— estaba bajo presión para mantenerse por delante de él. Todo lo que aprendía de ellos se complementaba con la sabiduría de los antiguos. A su primera llegada había percibido el valor de los archivos, sólo para darles la espalda cuando había sido atraído por la rutina diaria y las lecciones intensas de la Academia. Ahora entendía que sus instintos iniciales habían sido correctos después de todo: el conocimiento contenido en los pergaminos amarillentos y los manuscritos envueltos en piel era atemporal. La Fuerza era eterna, y aunque los Maestros en la Academia ahora caminaban por un camino diferente de sus antepasados Sith, todos buscaban respuestas en el lado oscuro.

Sonrió ante la ironía de esta vida. Él era el rechazado, el estudiante que Qordis había querido dejar atrás. Aún así con Githany, Kas'im, y su propio estudio de los archivos, estaba recibiendo mucha más educación que cualquier otro aprendiz en Korriban.

La verdad sería revelada suficientemente pronto. Cuando llegara la hora, Sirak descubriría que había subestimado a Bane. Todos lo harían.

—¡Excelente! —dijo Kas'im mientras Bane bloqueaba la floritura del Lord Oscuro y contraatacaba con una propia. Realmente no le dio un golpe directo, pero forzó al Maestro de espadas a dar todo un paso hacia atrás bajo la furia de su asalto.

De repente el twi'lek saltó alto en el aire, rodando y girando para poder cortar hacia abajo a Bane mientras daba una voltereta por encima de él. Bane estaba preparado, cambiando de ofensiva a defensiva tan suavemente que parecía ser una única acción. Bloqueó ambas hojas del arma de Kas'im incluso mientras se agachaba fuera del camino y rodaba hasta estar a salvo.

Giró para encarar a su enemigo, sólo para ver que Kas'im había bajado su arma, significando el final de la sesión.

—Muy bien, Bane —dijo el twi'lek, dándole una leve reverencia—. Pensé que serías cogido con la guardia baja con ese movimiento, pero fuiste capaz de anticiparlo y defenderlo con una forma casi perfecta.

Bane disfrutó del elogio del Maestro, pero sentía saber que la lección había acabado. Estaba respirando con fuerza, sus músculos brillando de sudor y temblando con adrenalina, aún así se sentía como si pudiera haber continuado luchando durante horas. Los entrenamientos y prácticas se habían convertido en mucho más que mero esfuerzo físico para él. Cada movimiento, cada golpe e impulso, venía con una extensión de la Fuerza actuando a través de la carcasa corpórea de su cuerpo de carne y hueso.

Ansiaba enfrentarse a otro oponente en el anillo de duelos. Estaba hambriento por el desafío de probarse a sí mismo contra los otros aprendices. Pero no era el momento. No aún. Todavía no era lo suficientemente bueno para derrotar a Sirak, y hasta que pudiera abatir al zabrak tenía que mantener sus talentos rápidamente desarrollándose ocultos.

Kas'im le lanzó una toalla. Bane estaba contento de ver que el twi'lek estaba sudando también, aunque ni de cerca tan profusamente como él lo estaba.

—¿Tiene algo en lo que quiera que trabaje para mañana? —Preguntó Bane con ansias—. ¿Una nueva secuencia? ¿Una nueva forma? ¿Cualquier cosa?

—Te has movido mucho más allá de las secuencias y las formas —le dijo el Maestro—. En ese último pase rompiste tu ataque en medio de una secuencia y viniste a mí desde un ángulo completamente diferente e inesperado.

—¿Lo hice? —Bane estaba sorprendido—. Yo… yo en realidad no pretendía hacerlo.

—Eso es lo que lo hace un movimiento tan potencialmente devastador —explicó Kas'im—. Estás dejando que la Fuerza guíe tu espada ahora. Actúas sin pensamiento o razón. Estás siendo dirigido por la pasión: la furia, la rabia… incluso el odio. Tu sable se ha convertido en una extensión del lado oscuro.

Bane no pudo evitar sonreír, pero entonces su ceño se arrugó en consternación.

—Todavía no pude pasar a través de sus defensas —dijo él, tratando de recrear la batalla en su mente. No importaba lo que hubiera tratado de hacer, parecía que un lateral del arma de hojas gemelas del twi'lek siempre estaba ahí para bloquear su ataque. Una semilla de duda germinó en su mente mientras recordaba que Sirak utilizaba un estilo de arma similar—. ¿Le da el sable láser de doble hoja una ventaja? —preguntó él.

—Lo hace, pero no de la forma que crees —contestó Kas'im.

Bane estaba en silencio, esperando pacientemente una explicación mejor. Tras un par de segundos su Maestro le habló.

—Como ya sabes, la Fuerza es la verdadera clave para la victoria en cualquier confrontación. Sin embargo, la ecuación no es tan simple. Alguien bien entrenado en el combate de sable láser puede derrotar a un oponente que es más poderoso en la Fuerza. La Fuerza te permite anticipar los movimientos de tu oponente y contraatacarlos con los tuyos propios. Pero cuantas más opciones tiene disponibles tu enemigo, más difícil es predecir cual escogerá.

Bane pensaba que lo había entendido.

—¿Entonces el arma de doble hoja le da más opciones?

—No —contestó Kas'im—. Pero tú crees que lo hace, así que el efecto es el mismo.

Durante varios segundos Bane pensó en las extrañas palabras del Maestro de espadas, tratando de descifrarlas. Al final tuvo que admitir la derrota.

—Todavía no lo entiendo, Maestro.

—Conoces bien el sable láser de una hoja; lo utilizas tú mismo y has visto a la mayoría de los otros aprendices utilizarlo, también. Mi arma de doble hoja te parece extraña. Poco familiar. No entiendes del todo lo que puede y lo que no puede hacer. —De la falta de impaciencia o exasperación en el tono del twi'lek, Bane podía decir que era algo que no había esperado entender él mismo.

—En combate, tu mente trata de mantener el rumbo de cada hoja por separado, efectivamente doblando el número de posibilidades. Pero las dos hojas están conectadas: conociendo la posición de una, automáticamente estás al tanto de la posición de la otra.

En la práctica real, el sable láser de doble hoja es más limitado que el sable láser tradicional. Puede hacer más daño, pero es menos preciso. Requiere movimientos más largos, de barrido, que no tienen una buena transición hacia una rápida puñalada o impulso. Porque el arma es difícil de dominar, sin embargo, pocos entre los Jedi —o incluso los Sith— la entienden. No saben cómo atacar o defender con eficiencia contra ella. Eso le da a aquellos de nosotros que la usan una ventaja sobre la mayoría de nuestros oponentes.

—¡Como el látigo de Githany! —exclamó Bane. Githany rehuía de las armas tradicionales en favor del muy raro látigo de energía: sólo una de las muchas características que la hacían destacar de entre los otros aprendices. Operaba bajo los mismos principios básicos que un sable láser, pero en lugar de un rayo regular, la energía de los cristales era proyectada en un lazo flexible que se retorcía, giraba, y golpeaba en respuesta tanto a los movimientos físicos de Githany como a su uso de la Fuerza.

—Exactamente. El látigo de energía es mucho menos eficiente que cualquier espada de sable láser. Sin embargo, nadie nunca practica contra el látigo. Githany sabe que la confusión de sus enemigos al ser confrontados con el látigo le da una ventaja.

—Al contarme este secreto, ha abandonado su ventaja —señaló Bane, sonriendo mientras señalaba al sable doble de Kas'im.

—Sólo en un grado muy pequeño —dijo el twi'lek—. Ahora entiendes por qué un arma exótica o un estilo poco familiar será más difícil de defender, pero hasta que te conviertas en un experto en un estilo en particular, en el fragor del combate tu mente todavía luchará por agarrar sus limitaciones.

Bane siguió presionando, ansioso por convertir su nueva revelación en algo práctico que pudiera utilizar.

—¿Entonces al estudiar diferentes estilos, podría negar esa ventaja?

—En teoría. Pero el tiempo gastado en estudiar otros estilos es tiempo perdido para dominar tu propia forma. Tu mejor progreso vendrá de centrarte más en ti mismo y menos en tu oponente.

—¿Entonces por qué siquiera se molesta en decirme esto? —espetó Bane, frustrado.

—El conocimiento es poder, Bane. Mi propósito es darte ese conocimiento. Es cosa tuya averiguar cómo es mejor utilizarlo.

Con esas palabras el Maestro de espadas le dejó, dirigiéndose hacia abajo por las escaleras del templo para robar un par de horas de sueño antes de que el sol de la mañana se alzara. Bane se quedó atrás, luchando con la lección hasta que fuera la hora de encontrarse con Githany en los archivos.

El olor de ozono ardiendo flotaba a través de los archivos, llenando las fosas nasales de Githany mientras veía a Bane practicar su último ejercicio. La habitación crujía y siseaba mientras él canalizaba la energía de la Fuerza y la arrojaba por la habitación en gigantescos rayos arqueándose de relámpagos azul-violeta.

Githany permanecía con Bane en el centro de una vorágine. Un viento feroz se arremolinaba a su alrededor, golpeando su pelo y los pliegues de su túnica. Golpeaba y

agitaba los estantes de libros, tirando los manuscritos al suelo y rayando sus páginas. El propio aire estaba cargado de electricidad, haciendo que su piel picara.

En medio de todo eso, Bane se reía, entonces alzó sus brazos en triunfo y lanzó otro rayo para que rebotara en la pared más alejada. Cada vez que el relámpago brillaba, la intensidad del destello quemaba las retinas de Githany, haciendo que se protegiera los ojos. Ella se dio cuenta de que Bane no apartaba la mirada: sus ojos estaban bien abiertos y salvajes con el arrebato de poder.

El trueno era casi diáfano, y la tormenta todavía estaba formándose. Si Bane no tenía cuidado, los ecos alcanzarían los niveles por encima de los archivos, revelando su terreno de entrenamiento secreto al resto de la Academia.

Moviéndose cuidadosamente, Githany extendió el brazo y tocó el brazo de él. Él golpeó su cabeza girándola para encararla, y la locura en sus ojos la hicieron retroceder. En su lugar ella sonrió.

—¡Muy bien, Bane! —Gritó, tratando de hacer que su voz se escuchara sobre todo el estruendo—. ¡Es suficiente por hoy!

Ella contuvo el aliento en anticipación hasta que él asintió y bajó sus brazos. Instantáneamente sintió el poder de la tormenta abatirse. En un par de segundos se había ido; sólo el desastre que había provocado permanecía.

—Yo… yo nunca sentí algo así antes —jadeó Bane, su cara todavía mostrando su euforia.

Githany asintió.

—Es una sensación destacable —estuvo de acuerdo ella—. Pero debes tener cuidado de no perderte en ella. —Ella estaba repitiendo las palabras del Maestro Qordis, que le había enseñado a invocar los rayos de Fuerza sólo un par de días antes. Sin embargo, ella nunca había conjurado nada siquiera parecido a la majestuosidad de lo que Bane acababa de desatar.

—Debes mantener el control, o podrías encontrarte a ti mismo siendo barrido por la tormenta junto a tus enemigos —le dijo ella, tratando de mimetizar el tono calmado, ligeramente condescendiente que los Maestros utilizaban con sus aprendices. Ella no podía dejarle saber que ya le había sobrepasado en este nuevo talento. No podía dejarle saber que ella había sentido el frío agarre del miedo agarrándose a ella durante su actuación.

Él miró alrededor a los estantes tumbados, llevando los libros y pergaminos desparramados por la habitación.

—Será mejor que limpiemos esto antes de que alguien lo vea y se pregunte qué ha ocurrido aquí.

Ella asintió de nuevo, y los dos se pusieron a restaurar los archivos a su estado anterior. Mientras trabajaban, Githany no podía evitar preguntarse si había cometido un error al aliarse con Bane.

Sólo los mejores aprendices habían estado presentes cuando Qordis les había enseñado a utilizar el lado oscuro para corromper la Fuerza en una tormenta mortal.

Ninguno de ellos —si siquiera Sirak— había sido capaz de crear mucho más que un par de rayos de energía ese primer día. Aún así, sólo una hora después de que Githany le enseñara la técnica, Bane había invocado suficiente energía para destrozar una habitación entera.

Esta no era la primera vez que Bane había tomado una lección que ella le había enseñado y había excedido sus logros en el primer intento. Era mucho más poderoso en la Fuerza de lo que ella se había dado cuenta, y parecía volverse más cada día. Se preocupaba de que pudiera perder el control sobre él.

Ella tenía cuidado, por supuesto. No era lo suficientemente imbécil para decirle todo lo que aprendía de los Maestros Sith. Aún así eso no parecía estar dándole ya una ventaja sobre su pupilo. A veces se preguntaba si todo su estudio de los textos antiguos estaba realmente dándole una ventaja sobre *ella*. Aprender a los pies de un verdadero Maestro debería ser más beneficioso que leer los trabajos teóricos escritos miles de años antes… a no ser que los Sith de hoy en día fueran de alguna forma imperfectos.

Desafortunadamente, ella no sabía cómo podía probar su teoría. Si de repente empezaba a pasar horas cada día en los archivos, Bane se preguntaría en qué estaba ella. Decidiría que sus enseñanzas no eran tan valiosas como lo que podía aprender por su cuenta. Decidiría que era prescindible. Y si llegaba el momento de una confrontación, ella ya no estaba segura de poder derrotarle.

Pero Githany se enorgullecía de su adaptabilidad. Su plan inicial de mantenerle como un aprendiz servil ya no era viable. Todavía quería a Bane a su lado, aún así: él podía demostrar ser un poderoso aliado… empezando por él matando a Sirak.

Ellos trabajaron en silencio durante la siguiente hora, reuniendo los libros y enderezando los estantes. Para cuando la habitación se hubo restaurado a alguna semejanza de orden, la espalda de Githany le dolía del constante doblarse, alzarse, y estirarse. Ella colapsó en una de las sillas, dándole a Bane una sonrisa cansada.

—Estoy exhausta —dijo ella con un suspiro exagerado.

Él se abrió paso y caminó tras ella, poniendo sus grandes manos en sus hombros, justo en la base de su largo cuello. Él empezó a masajear los músculos, su caricia sorprendentemente suave para un hombre tan grande.

—Mmm… eso se siente genial —admitió ella—. ¿Dónde aprendiste a hacer esto?

—Trabajar en las minas de cortosis te enseña un montón sobre dolores y sufrimientos —contestó él, llevando sus pulgares profundamente en sus omoplatos. Ella jadeó y curvó su espalda, entonces lentamente se dejó caer mientras sus músculos se fundían bajo su toque.

Él raramente hablaba de su vida pasada, aunque con el tiempo que habían pasado juntos ella había reunido la mayoría. En contraste, ella siempre había estado más en guardia con lo que le revelaba de sí misma.

—Me preguntaste una vez por qué dejé a los Jedi —murmuró ella, sintiéndose yendo a la deriva con la presión rítmica de sus dedos en su cuello—. Nunca te lo dije, ¿no?

—Todos tenemos cosas de nuestro pasado que preferiríamos no repasar —contestó él sin detenerse—. Sabía que me lo dirías cuando estuvieras preparada. —Ella cerró sus ojos y dejó que su cabeza cayera hacia atrás mientras él continuaba amasando sus hombros.

—Mi Maestro era un cathar —dijo ella suavemente—. El Maestro Handa. Estudié con él desde casi hasta donde puedo recordar; mis padres me dieron a la orden cuando sólo era un bebé.

—He oído que los Jedi se preocupan poco por los vínculos que unen a las familias.

—Ellos sólo se preocupan de la Fuerza —admitió ella tras un momento de consideración—. Los apegos del mundo: amigos, familia, amantes… nublan la mente con emoción y pasión.

Bane se rió entre dientes, un sonido profundo, bajo, que sintió vibrar a través de las puntas de sus dedos.

—La pasión lleva al lado oscuro. O eso he oído.

—No era una broma para los Jedi. Especialmente no para el Maestro Handa. Los cathar son conocidos como especies de sangre caliente. Él siempre nos estaba advirtiendo a mí y a Kiel sobre los peligros de ceder a nuestras emociones.

—¿Kiel?

—Kiel Charny. Otro de los Padawans de Handa. A menudo entrenábamos juntos; él era sólo un año mayor que yo.

—¿Otro cathar? —preguntó Bane.

—No, Kiel era humano. Con los años nos volvimos cercanos. Muy cercanos.

El leve incremento en la presión de su toque le decía que Bane había entendido el significado completo de sus palabras. Ella pretendió no darse cuenta.

—Kiel y yo éramos amantes —continuó ella—. Los Jedi tienen prohibido formar tales apegos. Los Maestros temían que nublaría nuestras mentes con emociones peligrosas.

—¿Realmente te atraía él, o simplemente la idea de desobedecer a tu Maestro?

Ella pensó en ello un largo tiempo.

—Un poco de ambos, quizás —dijo ella finalmente—. Él era lo suficientemente atractivo. Poderoso en la Fuerza. Había una atracción innegable.

Bane sólo gruñó en respuesta. Sus manos habían dejado de masajear, y ahora estaban descansando sobre su cuello.

—Una vez que nos convertimos en amantes no llevó mucho tiempo para que el Maestro Handa lo averiguara. Pese a toda su palabrería sobre controlar las emociones, yo podía decir que estaba furioso. Nos ordenó hacer a un lado nuestros sentimientos y nos prohibió continuar nuestra relación.

Bane resopló con desdén.

—¿De verdad creía que sería tan simple?

—Los Jedi ven la emoción como parte de nuestra naturaleza bestial. Creen que debemos transcender a nuestros instintos básicos. Pero yo sé que la pasión es lo que nos

hace fuertes. Los Jedi sólo la temen porque hace a sus Padawans impredecibles y difíciles de controlar.

—La reacción del Maestro Handa me hizo darme cuenta de la realidad. Todo en lo que los Jedi creían sobre la Fuerza era una perversión de la realidad, una mentira. Finalmente entendí que nunca alcanzaría todo mi potencial bajo el Maestro Handa. Ese fue el momento en que le di la espalda a la orden y empecé a planear mi deserción con los Sith.

—¿Qué hay de Kiel Charny? —Él estaba frotando sus hombros otra vez más, pero sus manos eran un poco más bruscas ahora.

—Le pedí que viniera conmigo —confesó ella—. Le dije que teníamos una elección que hacer: los Jedi, o nosotros. Él escogió a los Jedi.

La tensión en las manos de Bane se aligeró levemente.

—¿Está muerto?

Ella se rió.

—¿Le maté, quieres decir? No, él todavía estaba vivo la última vez que escuché de él. Debe haber muerto al luchar contra los Sith en Ruusan desde entonces, pero no sentí el ansia de matarle yo misma.

—Entonces supongo que tus sentimientos por él no eran tan fuertes como pensabas.

Githany se tensó. Podía haber sido una broma, pero sabía que había verdad en las palabras de Bane. Kiel había sido conveniente. Aunque había una atracción física, se había convertido en más que un amigo principalmente por su situación: estudiar día y noche con él bajo el Maestro Handa; la presión de vivir con los ideales irreales de una Jedi; el estrés de ser atrapada en la aparentemente interminable guerra en Ruusan.

Bane envolvió su cuello con sus manos, tu toque firme pero no fuerte. Él se inclinó hacia abajo y susurró en su oído, haciendo que se estremeciera ante el calor y la cercanía de su aliento.

—Cuando finalmente me traiciones, espero que te importe lo suficiente como para que intentes matarme por ti misma.

Ella saltó de la silla, golpeando para apartar sus manos y girando para encararle. Por medio segundo ella vio una expresión de autosatisfacción en su cara. Entonces se fue, reemplazada por una mirada de preocupación arrepentida.

—Lo siento, Githany. Sólo era una broma. No pretendía molestarte.

—Abrí una parte dolorosa de mi pasado, Bane —dijo ella cautelosamente—. No es algo que quiera sacar a relucir.

—Tienes razón —dijo él—. Me… me iré.

Ella le estudió mientras se giraba y se abría paso fuera de los archivos. Parecía genuinamente arrepentido por lo que había dicho, como si se arrepintiera de haberla herido. La situación perfecta para darle la ventaja emocional que había estado buscando… si tan sólo no hubiera visto ese destello de algo más.

Una vez que se hubo ido ella agitó su cabeza, tratando de darle sentido a la situación. Bane parecía como un bruto grande, corpulento, pero había sabiduría y astucia bajo su ceño pesado y su cráneo calvo.

Ella volvió a pensar en los últimos veinte minutos, tratando de determinar cuándo había perdido el control de la situación. Había habido chispas entre ellos, justo como había pretendido. Bane no había hecho nada para ocultar su deseo por ella; ella había percibido el calor mientras le acariciaba el cuelo. Aún así, algo había ido mal con su seducción cuidadosamente planeada.

¿Era posible que ella realmente sintiera algo por él?

Githany inconscientemente se mordió su labio inferior. Bane era poderoso, inteligente, y valiente. Le necesitaba si iba a eliminar a Sirak. Pero él tenía un truco para sorprenderla. Seguía desafiando y retando sus expectativas.

Tenía que admitir que le encontraba intrigante en cuanto a eso. O quizás por eso. Bane era todo lo que Kiel no había sido: ambicioso, impulsivo, impredecible. Pese a sus mejores intenciones, alguna parte de ella se sentía atraída por él. Y eso, más que cualquier otra cosa, le hacía un aliado muy peligroso.

16

Alto arriba del templo de Korriban, bajo la luz de la luna rojo sangre, dos figuras permanecían paradas en una silueta: una humana, una twi'lek. Un viento frío barría por el tejado, pero aún así ambos combatientes se habían quitado sus túnicas para luchar a pecho descubierto, y ninguno temblaba del frío. Podrían haber sido estatuas, tranquilas y duras como la piedra, si no fuera por el calor ardiente en sus ojos.

Sin advertencia las figuras se abalanzaron, moviéndose tan velozmente que podría haber sido imposible para un observador decir cuál actuaba y cuál reaccionaba. Se encontraron con un estruendoso golpe de sus salvajes espadas.

Incluso mientras desesperadamente luchaban para mantener el terreno, Bane estaba estudiando a Kas'im con cuidado. Él estaba precisamente alerta de cada finta y golpe, analizando y memorizando cada bloqueo, esquivada, y contragolpe. El Maestro de espadas había dicho que invertiría mejor su tiempo centrándose en mejorar su propia técnica, pero Bane estaba determinado a negar la ventaja de Sirak absorbiendo todo lo que pudiera del estilo de lucha de doble hoja del twi'lek.

El intercambio duró durante un minuto, sin que cesara o se apaciguara la acción, hasta que Bane rodó para reagruparse. Había percibido sus ataques deslizándose en un patrón inconsciente, y predeciblemente estaba muerto contra un oponente tan habilidoso como Kas'im. Había caído en esa trampa una vez la semana anterior. No iba a cometer el error dos veces.

Los dos combatientes se enfrentaron de nuevo, inmóviles salvo por sus ojos, que parpadeaban y se lanzaban en busca de alguna señal que pudieran utilizar para ganar alguna ligera ventaja.

Durante el mes pasado sus sesiones de entrenamiento se habían vuelto menos frecuentes pero mucho más intensas. Parte de Bane creía que Kas'im realmente encontraba valiosas las luchas contra él: el maestro de Espadas se había aburrido de cruzar espadas con aprendices y estudiantes tan por debajo de su propio nivel.

Por supuesto, Bane todavía tenía que darle un golpe contundente a su Maestro. Pero cada vez que luchaban se sentía como si se estuviera acercando más y más a una victoria. La forma de Kas'im y su técnica eran perfectas, pero Bane estaba al tanto de que el más ligero fallo era toda la apertura que necesitaba.

Ambos luchadores estaban respirando con fuerza: la sesión se había alargado mucho más que cualquiera anterior. Sus batallas normalmente terminaban cuando el twi'lek le daba un buen golpe, deshabilitando una de las extremidades de su estudiante con el ardiente veneno pelko. Esa noche, sin embargo, Kas'im aún tenía que dar ese golpe.

Kas'im cargó hacia delante, y el ruido y choque de sus armas sonó por todo el techo en un agudo ritmo staccato. Estaban mano a mano, golpeándose el uno al otro, sin ceder terreno o cuartel. Finalmente Bane fue forzado a desunirse, rompiendo la melé antes de que la habilidad superior del Maestro de espadas rompiera sus defensas.

Esta vez fue Bane quien inició la carga. De nuevo sus sables de entrenamiento cayeron abajo, y una vez más rompieron apartándose con ambos combatientes ilesos. Esta vez, sin embargo, el resultado de la batalla ya no estaba en duda.

Bane hundió su cabeza y bajó su espada en una admisión de la derrota. El último pase que hizo retuvo a Kas'im, pero con cada balanceo de su sable se había vuelto un microsegundo más lento. La fatiga se estaba asentando en él. Incluso la Fuerza no podía mantener a sus músculos en forma por siempre, y el duelo aparentemente sin fin finalmente se había cobrado un alto precio. El Maestro de espadas, por otra parte, casi no había perdido nada de su velocidad y agudeza.

Bane dudaba que pudiera lograr el siguiente pase, e incluso si lo hacía, el de después de ese le daría una derrota certera. Era inevitable, así que no tenía sentido presionar hasta el punto de que realmente sufriera el dolor de ser golpeado.

Kas'im pareció momentáneamente sorprendido ante la concesión, entonces asintió en aceptación de la victoria.

—Fuiste listo al reconocer que la batalla había acabado, pero esperaba que lucharas hasta el final. Hay poco honor en rendirse.

—El honor es un premio de consolación —respondió Bane, recitando un pasaje de uno de los volúmenes que había leído recientemente en los archivos—. La gloria no les es de utilidad a los muertos.

Tras ponderar sus palabras durante un momento, el Maestro de espadas asintió.

—Bien dicho, mi joven aprendiz.

Bane no estaba sorprendido de que Kas'im no reconociera la frase. Las palabras habían sido escritas por Darth Revan cerca de hacía tres milenios. Los Maestros eran tan negligentes como los estudiantes cuando se trataba de estudiar las escrituras antiguas. Parecía que la Academia le había dado la espalda a los campeones pasados del lado oscuro.

Cierto, Revan finalmente volvió con los Jedi y la luz tras haber sido traicionado por Darth Malak. Aún así, Revan y Malak habían estado a un pelo de barrer la República. Era estúpido descartar todo lo que habían logrado, e incluso más estúpido ignorar las lecciones que podía aprenderse de ellos. Aún así, Qordis y los otros Maestros tercamente rechazaban desperdiciar cualquier tiempo estudiando la historia de la orden Sith. Afortunadamente para Bane, era un rasgo que pasaban a sus estudiantes.

Eso le había dado una innegable ventaja sobre los otros aprendices. Si acaso, le había mostrado el verdadero potencial del lado oscuro. Los archivos estaban llenos de informes de increíbles hazañas de poder: ciudades hechas un desperdicio, mundos abatidos, sistemas estelares enteros siendo tragados cuando un Lord Oscuro hacía que el sol se convirtiera en nova. Alguno de esos relatos eran probablemente exageraciones, mitos que se habían creado cada vez que se contaban antes de que fueran puestos en pergaminos. Aún así, tenían sus raíces en la verdad, y esa verdad inspiraba a Bane a presionarse aún más y más rápido de lo que de otra forma se habría atrevido.

Pensar en Revan y los Lords Sith del pasado le llevó a la mente otra pregunta que le había estado perturbando durante algún tiempo.

—Maestro, ¿por qué los Sith ya no usan el título de *Darth*?

—Fue la decisión de Lord Kaan —le dijo el twi'lek mientras se secaba con una toalla—. La tradición del *Darth* es una reliquia del pasado. Representa lo que los Sith fueron una vez, no lo que somos ahora.

Bane agitó su cabeza, insatisfecho con la respuesta.

—Tiene que haber más que eso —dijo él, encorvándose para recuperar la túnica que se había quitado al inicio de su duelo—. Lord Kaan no se libraría de las tradiciones antiguas sin una justificación.

—Veo que no estarás satisfecho con la respuesta fácil —dijo Kas'im con un suspiro, tirando de su propia túnica—. Muy bien. Para entender por qué el título ya no se utiliza, debes entender lo que realmente representa. El título de *Darth* era más que sólo un símbolo de poder; era una reclamación de supremacía. Se utilizaba por aquellos Lords Oscuros que buscaban forzar su voluntad sobre los otros Maestros. Era un desafío… una advertencia a inclinarse o ser destruidos.

Bane ya lo sabía por sus estudios, pero no pensaba que fuera sabio interrumpir. En su lugar cruzó sus piernas y se agachó en una posición sentada, mirando arriba a su Maestro y simplemente escuchando.

—Por supuesto, pocos de los Lords Oscuros se someterían jamás a la voluntad de otro por mucho —continuó Kas'im—. Cuando uno de nuestra orden tomaba el título de *Darth*, el engaño y la traición siempre estaban cerca a mano para arrebatárselo. No podía haber paz para un Maestro que se atreviera a utilizar el nombre de *Darth*.

—La paz es una mentira —contestó Bane—. Sólo hay pasión.

Kas'im alzó una ceja en exasperación.

—*Paz* fue una mala elección de palabras. Lo que quise decir era *estabilidad*. Aquellos Maestros que escogían el título de *Darth* pasaban tanto tiempo protegiéndose de sus supuestos aliados como lo hacían luchando contra los Jedi. Kaan quería poner fin a ese desperdicio.

Desde donde estaba sentado, a Bane le parecía como si el Maestro de espadas estuviera tratando de convencerse a sí mismo tanto como a su estudiante.

—Kaan quiere que centremos todos nuestros recursos en nuestro verdadero enemigo en lugar de los unos contra los otros —afirmó Kas'im—. Es por eso que todos somos iguales en la Hermandad de la Oscuridad.

—La igualdad es un mito para proteger a los débiles —argumentó Bane—. Algunos de nosotros son poderosos en la Fuerza, otros no lo son. Sólo un imbécil cree en otra cosa.

—Hay otros motivos por los que el título de *Darth* fue abandonado —insistió Kas'im con sólo una sombra de frustración—. Atraía la atención de los Jedi, por ejemplo. Revelaba a nuestros líderes al enemigo; les daba objetivos fáciles que eliminar.

Bane todavía no estaba convencido. Los Jedi sabían quiénes eran los verdaderos líderes de los Sith; ya se llamaran a sí mismos *Darth* o *Lord* o *Maestro* no hacía ninguna diferencia. Pero podía decir que el twi'lek estaba incómodo con la discusión, y sabía que era mejor dejar el tema.

—Perdóneme, Lord Kas'im —dijo él, inclinando su cabeza—. No pretendía ofender. Sólo buscaba su sabiduría para que me explicara aquello que yo no podía entender por mí mismo.

Kas'im miró abajo hacia él con la misma expresión que había utilizado cuando Bane había terminado abruptamente su duelo un par de minutos antes. Finalmente, preguntó,

—¿Entonces ahora ves la sabiduría tras la decisión de Lord Kaan de acabar con la tradición?

—Por supuesto —mintió Bane—. Está actuando por el bien de todos nosotros. —Mientras se alzó sobre sus pies pensó, *Kaan está actuando como uno de los Jedi. Preocupándose por el bien mayor. Buscando traer armonía y cooperación a nuestra orden. ¡El lado oscuro se marchita y muere bajo esas condiciones!*

Kas'im miró a Bane como si quisiera decir más. Al final, sin embargo, lo dejó ir.

—Es suficiente por hoy —dijo él. En la distancia el cielo se había vuelto del leve gris de la primera luz; el amanecer sería a tan solo una hora—. Los otros estudiantes llegarán pronto para su entrenamiento.

Bane se inclinó una vez más antes de irse. Mientras se abría paso bajando los escalones del templo se dio cuenta de que Kas'im, pese a toda su habilidad con el sable láser, no podía enseñarle lo que realmente necesitaba saber. El twi'lek le había dado la espalda al pasado; había abandonado las raíces individualistas de los Sith a favor de la Hermandad de Kaan.

Los misterios del verdadero potencial del lado oscuro estaban más allá de su alcance, y probablemente más allá del alcance de cualquier Maestro en la Academia.

Githany podía percibir que algo perturbaba a Bane. Apenas estaba prestando atención mientras ella compartía lo que había aprendido de los Maestros Sith en sus lecciones más recientes.

Ella no sabía qué estaba molestándole. En realidad, no le importaba. A no ser que interfiriera con sus propios planes.

—Tienes algo en mente, Bane —susurró ella.

Perdido en sus pensamientos, se tomó un momento para reaccionar.

—Lo… lo siento, Githany.

—¿Qué ocurre? —Presionó ella, tratando de sonar genuinamente preocupada— ¿En qué estás pensando?

Él no respondió al principio; parecía estar sopesando sus palabras con cuidado antes de hablar.

—¿Crees en el poder del lado oscuro? —preguntó él.

—Por supuesto.

—¿Y es lo que imaginabas? ¿La Academia cumple con tus expectativas?

—Pocas cosas lo hacen —contestó ella con una sombra de una sonrisa—. Pero he aprendido mucho de Qordis y los otros desde que llegué aquí. Cosas que los Jedi nunca me habrían podido enseñar.

Bane dio un resoplido burlón.

—La mayoría de lo que yo he aprendido ha venido de esos libros. —Él movió una mano hacia las estanterías.

Ella no estaba segura de que decir después, así que no dijo nada.

—Una vez me dijiste que los Maestros no lo sabían todo —continuó Bane—. Querías decir los Maestros Jedi en ese momento, pero empiezo a creer que se aplica a los Sith, también.

—Se equivocaron al darte la espalda —dijo ella, viendo la oportunidad que había estado esperando de hacía mucho—. Pero tienes que poner tu culpa donde pertenece. Ambos sabemos quién es el responsable de hacerte esto.

—Sirak —dijo él, escupiendo el nombre como si fuera veneno.

—Debe pagar por lo que te hizo, Bane. Hemos esperado lo suficiente. Es la hora.

—¿La hora de qué?

Githany permitió una sombra de temblor en su voz.

—Mañana por la mañana voy a desafiarle en el anillo de duelos.

—¿*Qué*? —Bane agitó su cabeza—. ¡No seas estúpida, Githany! ¡Te destruirá!

Perfecto, pensó ella.

—No tengo elección, Bane —dijo ella con gravedad—. Ya te he dicho que no creo en la leyenda del Sith'ari. Sirak puede que sea el mejor estudiante de la escuela, pero no es invencible.

—Puede que no sea el Sith'ari, pero aún así es demasiado fuerte para ti. No puedes enfrentarle en el anillo de duelos, Githany. Le he estudiado; sé lo bueno que es. No puedes derrotarle.

Ella dejó que sus palabras colgaran en el aire un largo tiempo antes de dejar caer su cabeza en derrota.

—¿Qué otra elección hay? Tenemos que destruirle, y la única forma es enfrentarle en el anillo de duelos.

Bane no contestó de inmediato; ella sabía que estaba meditando otra solución. Ambos sabían que sólo había un único curso de acción, una respuesta a la que él llegaría inevitablemente. Tendrían que matar a Sirak fuera del anillo. Asesinarle. Era una violación obvia de las normas de la Academia, y las consecuencias serían severas si les cogían.

Es por lo que tenía que ser Bane el que llegara a la idea. Una vez que estuviera ahí fuera, Githany tenía la confianza de que podría manejarlo para saldar la deuda real por sí mismo. Era el plan perfecto: librarse de Sirak y hacer que Bane asumiera todo el riesgo.

Más tarde podría «accidentalmente» avisar a los Maestros sobre la involucración de Bane… si necesitaba hacerlo. No estaba tan segura sobre esa parte del plan, aún así. Ella no estaba convencida de querer traicionar a Bane. Pero no le importaba manipularle.

Él sacó un largo aliento, recomponiéndose para hablar. Ella se preparó para darle una muy convincente —y muy forzada— exclamación de sorpresa.

—Tú no puedes enfrentar a Sirak en el anillo, pero yo sí puedo —dijo él.

—¿Qué? —la sorpresa de Githany era completamente genuina—. ¡Casi te derrota hasta la muerte la última vez! ¡Te matará con seguridad esta vez!

—Esta vez pretendo ganar.

La forma en la que habló hizo que Githany se diera cuenta de que estaba pasando algo por alto.

—¿Qué está ocurriendo, Bane? —exigió ella.

Él vaciló un momento antes de admitirlo.

—He estado entrenando con Lord Kas'im en secreto.

Eso tenía sentido, vio ella. De hecho, lo habría imaginado por su cuenta. *Quizás lo habrías hecho, si no hubieras dejado a Bane llegar a ti*, se reprendió a sí misma. *Sabías que estabas empezando a tener sentimientos por él; le dejaste nublar tu juicio.*

En voz alta ella dijo,

—No me gusta que me tomen por imbécil, Bane.

—Ni a mí —dijo él—. No soy estúpido, Githany. Sé lo que querías de mí. Sé qué esperabas que dijera. Tendré mi venganza con Sirak. Pero tomaré mi propio camino.

Sin siquiera darse cuenta había empezado a morderse el labio inferior.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. Justo como dijiste que harías.

—Pero sabes que no lo decía en serio.

—Y tú sabes que yo sí.

Espontáneamente, el dedo de Githany empezó a enrollarse en un bucle de su pelo. Ella bajó su brazo ágilmente en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Bane extendió una mano y dejó que descansara suavemente sobre su hombro.

—No tienes por qué preocuparte —le aseguró él—. Nadie sabrá que estuviste involucrada.

—No es eso lo que me preocupa —susurró ella.

Él inclinó su cabeza a un lado, estudiándola de cerca para ver si estaba siendo honesta con él. Muy para su propia sorpresa, realmente lo estaba siendo.

Bane debía haber percibido su sinceridad, porque se inclinó de cerca y la besó suavemente en los labios. Él retrocedió lentamente, dejando que su mano se deslizara desde su hombro. Sin decir otra palabra, él se alzó en pie y se abrió paso hacia la puerta que salía de los archivos.

Ella le vio irse en silencio, entonces en el último segundo gritó,

—Buena suerte, Bane. Ten cuidado.

Él se detuvo como si le hubieran dado con un rayo de bláster en la garganta, con su cuerpo rígido.

—Lo haré —contestó él sin mirar atrás. Y entonces se había ido.

Momentos después Githany sintió arder su cara. Distraídamente se limpió una lágrima cayéndole por la mejilla, entonces llevó su mano hacia arriba lentamente, mirando incrédula a la humedad dispersa en su palma.

Disgustada con su propia debilidad, se limpió la lágrima en los pliegues de su capa. Ella se alzó de la silla y lanzó atrás sus hombros, preparando su espalda y manteniendo su cabeza alta y con orgullo.

¿Y qué si las cosas no habían ido del todo de acuerdo al plan? Si Bane mataba a Sirak en el anillo, su rival todavía estaría muerto. Y si Bane fracasaba, ella siempre podría encontrar a alguien más para asesinar al zabrak. Todo funcionaría igual al final.

Pero mientras marchaba sin demora de la habitación, parte de ella sabía que no era cierto. No importaba como resultara, las cosas estaban yendo muy distintas a cualquier cosa que hubiera imaginado.

* * *

El cielo de la mañana era oscuro con nubes tormentosas. Lejos en la distancia los truenos podían escucharse retumbar sobre las llanuras vacías que separaban el templo del Valle de los Lords Oscuros.

Bane no había dormido esa noche. Tras su confrontación con Githany, había vuelto a su habitación a meditar. Incluso eso había resultado ser difícil; su mente estaba removida con demasiados pensamientos para centrarse apropiadamente.

Los recuerdos de la espantosa derrota que había sufrido seguían presionando, arrastrando la duda y el miedo al fracaso tras ellos. Hasta ahí había conseguido resistir los susurros que amenazaban su resolución, y se mantendría firme con su plan original.

Los aprendices se estaban reuniendo, algunos lanzando miradas amargas a las nubes sobre sus cabezas. El techo del templo estaba completamente expuesto a los elementos, pero no importaba lo mojados, fríos, y miserables que se pusieran los estudiantes, sabían que los entrenamientos y los desafíos no se cancelarían. Un poco de lluvia no era nada para un Sith, era aficionado a decir Kas'im.

Bane encontró su lugar en medio de la muchedumbre en preparación para los entrenamientos en grupo. Los aprendices a su alrededor ignoraron su presencia estudiadamente. Había sido así desde su derrota ante Sirak: había sido evitado; se había convertido en un anatema para los otros estudiantes. Aunque entrenaba con ellos en todas las sesiones de grupo, era como si él realmente no existiera. Era una sombra silenciosa acechando en los límites, excluido en espíritu si no en presencia física real.

Escaneó la multitud en busca de Githany, pero cuando captó su mirada, ella rápidamente la apartó. Aún así, encontró su presencia reafirmante. Creía que ella quería que tuviera éxito, o al menos parte de ella lo hacía. Creía que algo de lo que sentían el uno por el otro era más que sólo parte del juego al que ambos habían estado jugando.

Mientras los entrenamientos comenzaban, logró no mirar por encima a Sirak. Había estudiado al zabrak en un detalle intenso durante los pasados meses; cualquier cosa de la

que se diera cuenta ahora sólo haría que se lo pensara dos veces. En su lugar se centró en su propia técnica.

En el pasado había cometido errores y fallos a propósito en sus rutinas durante los entrenamientos para mantener su talento en aumento oculto de cualquier estudiante que por casualidad mirara en su dirección. Ahora, sin embargo, el tiempo para el secretismo había pasado. Tras los desafíos hoy todo el mundo sabría de lo que él era capaz, o estaría muerto y sería olvidado para siempre.

La lluvia empezó a caer. Lentamente al principio; gotas gordas, pesadas lo suficientemente espaciadas para que pudiera distinguir el sonido de cada una aterrizando. Pero entonces las nubes se abrieron y la lluvia cayó con un ritmo regular, amartillando. Bane apenas se dio cuenta. Había escapado hacia su interior, excavando en las profundidades para enfrentar su miedo. Mientras su cuerpo pasaba a través de los movimientos de las posiciones básicas de ataque y defensa junto con el resto de la clase, lentamente transformó su miedo en rabia.

Era imposible para Bane decir cuánto duró la sesión de entrenamiento: parecía continuar por siempre, pero el hecho real era que Kas'im probablemente la hiciera breve en vista al aguacero regular que empapaba sus cargas. Para cuando terminó y los aprendices se reunieron en el círculo familiar alrededor del anillo de duelos, el joven había convertido su rabia que echaba humo en un odio al rojo vivo.

Como había hecho la última vez que desafió a Sirak, entró en el anillo antes de que nadie más tuviera oportunidad de actuar, abriéndose paso a empujones a través de la multitud desde su posición en el borde más externo. Hubo un murmullo de sorpresa cuando los otros reconocieron quién había dado un paso adelante.

Podía sentir el lado oscuro removiéndose en su interior, una tormenta mucho más fiera que la que estaba cayendo desde el cielo. Era hora de que su odio le liberara.

—¡Sirak! —gritó él, con su voz llevada por el viento levantándose—. ¡Te desafío!

17

El desafío de Bane colgaba en el aire, como si las láminas de lluvia incesantes hubieran atrapado de algún modo sus palabras. A través de la oscuridad de la tormenta vio a la multitud apartarse y a Sirak caminar lentamente hacia delante.

El zabrak se movió con una confianza silenciosa. Bane había esperado que el inesperado desafío intranquilizara a su enemigo. Si podía poner nervioso a Sirak, cogerle con la guardia baja o confundirle, podría tener una ventaja antes de que la lucha siquiera empezara. Pero si su oponente sentía algo en absoluto, lo mantenía cuidadosamente enmascarado bajo una capa fría, calmada.

Sirak extendió su largo sable de doble hoja a Yevra, una de los hermanos zabrak que siempre parecían seguir su rastro, entonces se quitó su capa pesada, empapada por la lluvia. Bajo sus túnicas llevaba un simple par de calzones y un chaleco sin mangas. Sin una palabra lanzó su echada a perder capa y Llokay, el otro zabrak, salió corriendo desde la multitud y la cogió. Entonces Yevra se deslizó dentro para devolver el arma a su mano abierta y esperando.

Bane se quitó su propia capa y la dejó caer al suelo, tratando de ignorar el frío punzante de la lluvia sobre su torso desnudo. No había esperado realmente que Sirak se pusiera nervioso por su desafío, pero al final esperaba que el zabrak se volviera demasiado confiado. Había sin embargo, una eficiencia implacable en la preparación de Sirak —una economía y precisión de movimientos— que le decía a Bane que se estaba tomando este duelo muy en serio.

Sirak era arrogante, pero no era estúpido. Era lo suficientemente listo para entender que Bane no le habría desafiado de nuevo a no ser que pensara que tenía algún plan de victoria. Hasta que entendiera cuál era el plan, no iba a dar a su oponente por garantizado.

Bane sabía que probablemente podía derrotar a Sirak ahora. Como Githany, no creía en la leyenda de un elegido que se alzaría de entre las filas de los Sith: estaba convencido de que Sirak no era, de hecho, el Sith'ari. No quería simplemente derrotarle, sin embargo. Quería destruirle, al igual que Sirak le había destruido en su último encuentro.

Pero Sirak era demasiado bueno; nunca se dejaba expuesto de la forma en que lo había hecho Bane. No al principio. No, a no ser que Bane de algún modo le tentara.

Sobre el anillo, Sirak asumió la posición de preparación. Su piel húmeda por la lluvia parecía brillar en la oscuridad: un demonio amarillo emergiendo de las sombras de una pesadilla hacia la dura luz de la realidad.

Bane saltó hacia delante, abriendo la melé con una serie de ataques complejos, agresivos. Se movió rápidamente… pero no demasiado rápido. Hubo jadeos de asombro desde la multitud ante su obvia e inesperada habilidad, aunque Sirak apartó su asalto con la suficiente facilidad.

En respuesta al inevitable contraataque, Bane se dejó tambalear hacia atrás en una retirada tambaleante. Por un breve instante vio a su oponente extenderse, dejando su brazo derecho vulnerable a un golpe que habría terminado con el enfrentamiento justo

ahí. Luchando contra sus propios instintos finamente pulidos, Bane retrocedió. Había trabajado demasiado tiempo y demasiado duro para clamar una victoria con un simple golpe al brazo.

La batalla continuó con el familiar ritmo del combate, el flujo y reflujo del ataque y la defensa. Bane se había asegurado de que sus ataques fueran efectivos aunque crudos, tratando de convencer a su enemigo de que era un peligroso pero definitivamente inferior oponente. Cada vez que se protegía de una de las cargas de Sirak, adornaba sus maniobras defensivas, transformando los bloqueos rápidos en largos y torpes barridos, que parecían mantener el sable de doble hoja a raya tanto como por suerte ciega como por intención.

Con el arrebato y el incremento de cada intercambio, Bane suavemente pinchaba con la Fuerza, probando y buscando una debilidad que pudiera explotar. Le llevó sólo un par de minutos hasta que la reconoció. Pese a su entrenamiento, el zabrak no tenía experiencia real en batallas largas, extensas, ninguno de sus oponentes había durado lo suficiente para presionarle de verdad. Imperceptiblemente, los golpes de su enemigo se volvieron menos tajantes, los contraataques menos precisos, y las transiciones menos elegantes mientras que Sirak gradualmente se desgastaba. La niebla del cansancio estaba nublando lentamente su mente, y Bane sabía que sólo era cuestión de tiempo hasta que cometiera un crucial —y fatal— error de cálculos.

Aunque estaba luchando con el zabrak, la batalla real de Bane era consigo mismo. Tiempo, y de nuevo tendría que retroceder para evitar lanzarse a una apertura presentada por los asaltos desesperados en aumento de su enemigo. Entendió que la victoria aplastante que buscaba sólo vendría a través de la paciencia, una virtud normalmente no alentada en los seguidores del lado oscuro.

Al final su paciencia fue recompensada. Sirak se volvió más y más frustrado mientras continuamente trataba sin éxito de hacer caer a su oponente inepto, tambaleándose. Mientras el prolongado cansancio físico empezó a pasar factura, sus golpes se volvieron salvajes y temerarios, hasta que abandonó toda pretensión de defensa en un esfuerzo por terminar el duelo que percibía que se estaba deslizando de él.

Cuando la desesperación del zabrak se volvió en una desesperanza, cada impulso en Bane gritaba con el deseo de tomar la iniciativa y terminar la batalla. En su lugar dejó que la cercanía tentadora de la derrota de Sirak alimentara su apetito de venganza. El hambre crecía con cada segundo que pasaba hasta que se convirtió en un dolor físico destrozando su interior: el lado oscuro le llenó y lo sentía al borde de desgarrarle, separando su piel y saliendo a borbotones como una fuente de sangre oscura.

Esperó hasta el último segundo posible antes de liberar la energía embotellada en su interior en un tremendo arrebato de poder. Lo canalizó a través de sus músculos y extremidades, moviéndose tan rápido que parecía como si el tiempo se hubiera detenido para el resto del mundo. En un parpadear golpeó el sable de la mano de Sirak, cortó hacia abajo para romper su antebrazo, entonces giró y llevó su sable láser aplastando contra la

pierna baja de su oponente. Se hizo astillas bajo el impacto y Sirak gritó mientras un trozo de hueso blanco se deslizaba a través del músculo, tendones, y finalmente piel.

Por un instante ninguno de los espectadores estuvo siquiera al tanto de lo que había ocurrido; llevó un momento a sus mentes captar y registrar el borrón de acción que había ocurrido mucho más rápido de lo que sus ojos podían ver.

Sirak estaba tumbado desplomado en el suelo, retorciéndose en agonía y agarrando con su mano buena el trozo de hueso que sobresalía de su espinilla. Bane vaciló medio segundo antes de moverse para acabar con él, saboreando el momento… y dándole a Kas'im la oportunidad de intervenir.

—¡Suficiente! —gritó el Maestro de espadas, y el aprendiz obedeció, congelando su sable incluso en el acto de golpear hacia abajo a su enemigo indefenso—. Se ha acabado, Bane.

Lentamente, Bane bajó su sable y se alejó caminando. La furia y concentración que le habían convertido en un conducto del poder imparable del lado oscuro se había ido, reemplazado por una hiperconsciente alerta de sus alrededores físicos. Estaba en pie encima del techo del templo en mitad de una tormenta rabiando, empapado de la lluvia fría, su cuerpo medio congelado.

Empezó a temblar mientras recogía del suelo su capa que había desechado. La cogió pero, al encontrarla completamente empapada, no se molestó en ponérsela.

Kas'im caminó desde la multitud, suavemente poniéndose entre Bane y el indefenso zabrak.

—Habéis atestiguado una asombrosa victoria hoy —le dijo a la muchedumbre reunida, gritando para que se le escuchara por encima de la lluvia golpeando—. El triunfo de Bane fue tanto resultado de su brillante estrategia como de su habilidad superior.

Bane apenas estaba escuchando las palabras. Meramente permaneció en el centro del anillo, en silencio salvo por el rechinar de sus dientes.

—Fue paciente y cuidadoso. No quería sólo derrotar a su oponente… ¡quería destruirlo! Logró el dun moth… no porque era mejor que Sirak, sino porque era más listo.

El Maestro de espadas extendió una mano y la puso sobre el hombro desnudo de Bane.

—Dejemos que esta sea una lección para todos vosotros —concluyó él—. El secreto puede ser vuestra mayor arma. Mantened vuestra verdadera fuerza oculta hasta que estéis preparados para desatar el golpe final.

Él dejó ir el hombro de Bane y susurró.

—Deberías ir dentro antes de que cojas frío. —Entonces se volvió para dirigirse a los sorprendidos hermanos zabrak en pie al borde de los estudiantes en círculo—. Llevaos abajo a Sirak, al centro médico.

Mientras se movían hacia delante para llevarse a su campeón gimiendo y apenas consciente, Bane se giró hacia las escaleras. Kas'im tenía razón: tenía que salir de la lluvia.

Sintiéndose extrañamente irreal, caminó con rigidez hacia las escaleras que llevaban al calor y refugio de las habitaciones de abajo. La multitud partió rápidamente para dejarle pasar. La mayoría de los otros aprendices estaban mirándole con expresiones de miedo y maravilla abiertamente, aún así él apenas se dio cuenta. Descendió las escaleras hacia la planta principal del templo, caminando en un estupor que sólo fue roto cuando escuchó a Githany gritar su nombre.

—¡Bane! —gritó ella, y él se giró para verla apresurarse bajo las escaleras tras él. Su pelo empapado estaba aplastado anárquicamente por su cara y frente. Sus ropas empapadas pegadas firmemente a su cuerpo, acentuando cada curva de sus formas bien proporcionadas. Ella estaba respirando con fuerza, aunque si era por excitación o por el cansancio de cogerle no lo podía decir.

Esperó en la base de las escaleras mientras ella se aproximaba. Corrió bajando las escaleras hacia él, y por un momento pensó que ella continuaría hacia sus brazos. En el último segundo se detuvo, sin embargo, y se paró a meros centímetros de él.

Githany se tomó un segundo para recuperar el aliento antes de hablar. Cuando lo hizo sus palabras fueron duras, aunque su voz era baja.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? ¿Por qué no lo mataste?

Parte de él había esperado esa reacción, aunque otra parte de él estaba esperando que fuera a felicitarle por su victoria. No podía evitar sentirse decepcionado.

—Él me mandó al tanque de bacta en nuestro primer duelo. Ahora le he hecho lo mismo —contestó él—. Eso es venganza.

—¡Eso es una estupidez! —gritó ella—. ¿Crees que Sirak simplemente se va a olvidar de esto? Vendrá detrás de ti de nuevo, Bane. Al igual que tú fuiste tras él. Así es como funciona esto. Perdiste tu oportunidad de poner un fin permanente a esta contienda, y quiero saber por qué.

—Mi espada estaba alzada para el golpe mortal —le recordó Bane—. Lord Kas'im caminó dentro antes de que pudiera acabar con Sirak. Los Maestros no quieren que uno de sus mejores estudiantes acabe muerto.

—No —dijo ella, agitando su cabeza—. Tu espada estaba alzada, pero Kas'im no te detuvo. Vacilaste. Algo te retuvo.

Bane sabía que tenía razón. Había vacilado. Simplemente no sabía por qué. Trató de explicarlo… a Githany y a sí mismo.

—Ya he matado a un enemigo en el anillo. Qordis me reprendió por la muerte de Fohargh. Me advirtió que no dejara que ocurriera de nuevo. Supongo… supongo que me preocupé de lo que los Maestros me harían si mataba a otro aprendiz.

Los ojos de Githany se encogieron de rabia.

—Creí que finalmente habíamos dejado de mentirnos el uno al otro, Bane.

No era una mentira. No exactamente. Pero no era del todo preciso, tampoco. Se tambaleó incómodo, sintiéndose culpable bajo su mirada furiosa.

—No podías hacerlo —dijo ella, extendiendo un brazo y lanzando su dedo hacia él fuertemente contra el pecho—. Sentiste el lado oscuro tragándote, y lo echaste atrás.

Ahora era el turno de Bane de enfadarse.

—Te equivocas —soltó él, alejando su mano acusadora—. Me retiré del lado oscuro tras matar a Fohargh. Sé cómo se siente. Esto es diferente.

Sus palabras llevaban el justo peso de la verdad. La última vez se había sentido vacío por dentro, como si le hubieran quitado algo. Esta vez todavía podía sentir la Fuerza fluyendo a través de él en una gloria salvaje, llenándole con su calor y poder. Esta vez el lado oscuro permanecía en su comando.

Githany no estaba convencida.

—Todavía no estás dispuesto a entregarte por completo al lado oscuro —dijo ella—. Sirak mostró debilidad, y tú le mostraste misericordia. Ese no es el camino de los Sith.

—¿Qué sabes tú del camino de los Sith? —gritó él—. ¡Soy yo el que ha leído los textos antiguos, no tú! Tú estás atascada aprendiendo de Maestros que han olvidado su pasado.

—¿Dónde en los textos antiguos dice que hay que mostrar compasión a un enemigo caído? —preguntó ella, su voz con desdén.

Herido por las palabras, Bane la empujó fuertemente hacia atrás y se giró. Ella dio un paso rápido para equilibrarse, pero mantuvo su distancia.

—Sólo estás enfadada porque tu plan se ha desmoronado —musitó él, de repente sin estar dispuesto a encararla. Quería decir más, pero sabía que el resto de los estudiantes estaría abajo pronto. No quería que nadie les viera hablando juntos, así que simplemente se alejó caminando y la dejó sola.

Githany le siguió con unos ojos fríos, calculadores. Había estado impresionada al verle jugar con Sirak en el anillo; había parecido invencible. Pero cuando había fracasado en matar al indefenso zabrak, fue rápida en reconocer e identificar lo que había ocurrido. Era un defecto en la personalidad de Bane, una debilidad que se negaba a reconocer. Aún así estaba ahí sin embargo.

Una vez que la pasión del momento se desvaneció —una vez que ya no estaba siendo dirigido por el lado oscuro— su sed de sangre ardiendo se había enfriado. No había sido siquiera capaz de matar a su más odiado enemigo sin provocación. Lo que significaba que probablemente no sería capaz de matar a Githany si se daba la ocasión.

Saber esto cambiaba la naturaleza de su relación de nuevo. Recientemente ella había empezado a temer a Bane, temer que si él se volvía en su contra, no sería lo suficientemente fuerte para aguantar contra él. Ahora ella sabía que eso nunca ocurriría. Él simplemente no era capaz de matar a un aliado sin justificación.

Afortunadamente, ella no tenía las mismas limitaciones.

Bane todavía estaba pensando en lo que Githany había dicho después esa noche mientras estaba tumbado en la cama, incapaz de dormir. ¿Por qué no había sido capaz de matar a Sirak? ¿Tenía ella razón? ¿Había retrocedido ante algún equivocado sentido de compasión? Quería creer que había abrazado al lado oscuro, pero si lo hubiera hecho, habría cortado a Sirak sin pensárselo dos veces, sin importar las consecuencias.

Sin embargo, era más que eso lo que le estaba molestando. Estaba frustrado por cómo había dejado las cosas con Githany. Estaba innegablemente atraído hacia ella; ella era hipnótica y persuasiva. Cada vez que ella se frotaba contra él sentía escalofríos por la espalda. Incluso cuando estaban apartados a menudo pensaba en ella, los recuerdos flotando como la esencia de su intoxicante perfume. Por las noches su largo pelo negro y sus ojos peligrosos encantaban sus sueños.

Y él honestamente creía que ella sentía algo por él, también… aunque dudaba que jamás lo admitiera. Aún con lo cercanos que se habían vuelto durante sus lecciones secretas juntos, nunca habían consumado su deseo. Simplemente parecía mal mientras Sirak todavía fuera el mejor aprendiz de la academia. Derrotarle había sido la meta subyacente para cada uno de ellos; ninguno había querido cualquier distracción de esa meta. Era un enemigo común que les unía en una única causa, pero de muchas formas, también había sido un muro separándoles.

Abatir a Sirak debería haber convertido ese muro en escombros. Pero Bane había visto la decepción en la cara de Githany después de la batalla. Había prometido matar a su enemigo, y ella había creído en él. Aún así, al final sus acciones habían demostrado que no estaba a la altura de sus expectaciones, y el muro entre ellos se había vuelto mucho, mucho más fuerte.

Alguien golpeó suavemente la puerta de su cámara. Era bien tras el toque de queda; ninguno de los aprendices tenía ningún motivo para estar en los pasillos. Sólo podía pensar en una persona que pudiera estar vagando por los pasillos a esa hora.

Saltando de su cama cruzó el suelo en un rápido paso y tiró para abrir la puerta. Rápidamente enmascaró su decepción al ver a Lord Kas'im en pie más allá del umbral.

El Maestro de espadas caminó a través de la puerta abierta sin esperar una invitación; le dio a Bane un gesto de cabeza que le dijo que la cerrara una vez que estaba dentro. Bane hizo lo que debía, preguntándose por el motivo de la visita no anunciada en mitad de la noche.

—Tengo algo para ti —dijo el twi'lek, apartando los pliegues de su capa y alcanzando su sable láser de su cinturón. No, se dio cuenta Bane. No *su* sable láser. La empuñadura del arma de Kas'im era notablemente más larga que la mayoría, permitiendo que albergara dos cristales, uno para darle poder a cada hoja. Esta empuñadura era más pequeña, y estaba diseñada con una extraña curva, dándole una apariencia de gancho.

El Maestro de espadas encendió el sable láser: su hoja única ardió de un rojo oscuro.

—Esta era el arma de mi Maestro —le dijo a Bane—. Cuando era un niño observé durante horas mientras mi Maestro hacía sus entrenamientos. Mis recuerdos más tempranos son de luces rubí danzando moviéndose a través de las secuencias de batalla.

—¿No recuerda a sus padres? —preguntó Bane, sorprendido.

Kas'im agitó su cabeza.

—Mis padres fueron vendidos en los mercados de esclavos de Nal Hutta. Ahí es donde el Maestro Na'daz me encontró. Se dio cuenta de mi familia en los bloques de subastas; quizás estaba atraído hacia ellos porque éramos twi'leks. Incluso aunque era

apenas lo suficiente mayor como para ponerme en pie, el Maestro Na'daz pudo percibir la Fuerza en mí. Me compró y me llevó de vuelta a Ryloth, para criarme como su aprendiz entre nuestra propia gente.

—¿Qué le ocurrió a sus padres?

—No lo sé —contestó Kas'im con un encogimiento de hombros indiferente—. No tenían ninguna conexión especial con la Fuerza, así que mi Maestro no vio ningún motivo para comprarlos. Eran débiles, y por lo tanto fueron dejados atrás.

Habló sin darle importancia, como si el saber que sus padres habían vivido y probablemente muerto como esclavos al servicio de los Hutts no tuviera efecto sobre él en absoluto. En cierto modo su apatía era comprensible. Nunca había conocido a sus padres, así que no tenía lazos emocionales hacia ellos, buenos o malos. Bane brevemente se preguntó cómo habría sido su propia vida de diferente si hubiera sido criado por alguien más. Si Hurst hubiera sido asesinado en las minas de cortosis cuando sólo era un niño, ¿habría acabado aún así aquí, en la Academia de Korriban?

—Mi Maestro fue un gran Lord Sith —continuó Kas'im—. Era particularmente adepto de las artes del combate de sable láser… una habilidad que me pasó a mí. Me enseñó cómo usar el sable láser de doble hoja, aunque como puedes ver él prefería un diseño más tradicional para sí mismo. Excepto por la empuñadura, por supuesto.

La hoja parpadeó fuera de la existencia mientras apagaba el arma y la lanzaba a Bane, que la cogió con facilidad, envolviendo su mano alrededor de la empuñadura en forma de garfio.

—Se siente extraña —murmuró él.

—Requiere una variación menor en tu agarre —explicó Kas'im—. Agárrala más con la palma, más lejos de las puntas de los dedos.

Bane hizo como le ordenó, dejando que su cuerpo se acostumbrara al extraño peso y equilibrio. Ya su mente estaba empezando a correr a través de las implicaciones del nuevo agarre. Daría al portador más poder en sus golpes de revés, y cambiaría el ángulo de los ataques por la mera fracción de un grado. Justo lo suficiente para confundir y desorientar a un oponente desprevenido.

—Algunos movimientos son más difíciles con este arma en particular —advirtió Kas'im—. Pero muchos otros son mucho más efectivos. Al final creo que encontrarás que este sable láser se ajustará a tu estilo personal bastante bien.

—¿Me está dando esto a mí? —preguntó Bane incrédulo.

—Hoy has demostrado ser merecedor de él. —Hubo sólo una sombra de orgullo en la voz del Maestro de espadas.

Bane la encendió, escuchando al dulce zumbido del pack de energía y el susurro chispeante de la hoja de energía. Hizo un par de florituras simples, entonces abruptamente lo apagó.

—¿Qordis lo aprueba?

—La decisión es mía, no suya —afirmó Kas'im. Casi sonó ofendido—. No he guardado esta espada durante diez años sólo para que Qordis decida a quién dársela.

Bane respondió con una reverencia respetuosa, completamente al tanto del gran honor que Kas'im acababa de otorgarle. Para llenar el incómodo silencio que siguió preguntó,

—¿Su Maestro le dio esto cuando murió?

—Lo cogí cuando lo maté.

Bane estaba tan sorprendido que no podía cubrir su reacción. El Maestro de espadas la vio y sonrió ligeramente.

—Aprendí todo lo que pude del Maestro Na'daz. Tan fuerte como era en el lado oscuro, yo era más fuerte. Tan habilidoso como era con el sable láser, yo me volví mejor.

—¿Pero por qué matarle? —preguntó Bane.

—Una prueba. Para ver si yo era tan fuerte como creía. Fue antes de que Lord Kaan se alzara con el poder; estábamos todavía atrapados en los caminos antiguos. Sith versus Sith, Maestro versus aprendiz. Estúpidamente poniéndonos los unos contra los otros para probar nuestra dominación. Afortunadamente, la Hermandad de la Oscuridad puso un fin a todo eso.

—No del todo —murmuró Bane, pensando en Fohargh y Sirak—. Los débiles todavía caen ante los fuertes. Es inevitable.

Kas'im inclinó su cabeza hacia un lado, tratando de medir el significado tras sus palabras.

—No dejes que este honor te ciegue —le advirtió él—. No estás preparado para desafiarme, joven aprendiz. Te he enseñado todo lo que sabes, pero no te he enseñado todo lo que sé.

Bane no pudo evitar sonreír. La idea de enfrentar a Kas'im en una lucha real era absurda. Sabía que no era rival para el Maestro de espadas. Aún no.

—Tendré eso en mente, Maestro.

Satisfecho, Kas'im se giró para irse. Justo antes de que Bane cerrara la puerta tras él añadió,

—Lord Qordis quiere verte a primera hora de la mañana. Ve a sus cámaras antes de los entrenamientos de la mañana.

Incluso la sobria perspectiva de encontrarse con el sombrío director de la Academia no podía apagar el espíritu eufórico de Bane. Tan pronto como estuvo solo en su habitación volvió a encender el sable láser y empezó a practicar sus secuencias. Fueron muchas horas antes de que finalmente alejara el arma y trepara agotado hacia la cama, todos los pensamientos sobre Githany ya desvanecidos de su mente.

La primera hora de la mañana encontró a Bane en la puerta que llevaba al cuarto privado de Lord Qordis. Habían pasado muchos meses desde que había estado ahí por última vez. En ese momento había sido reprendido por matar a Fohargh. Esta vez había herido seriamente a uno de los mejores estudiantes de la Academia, uno de los favoritos personales de Qordis. Se preguntaba qué había preparado para él.

Invocando su coraje, golpeó una vez.

—Entra —llegó la voz desde dentro.

Tratando de ignorar un sentimiento de inquietud, Bane hizo lo que le dijeron. Lord Qordis estaba en el centro de la habitación arrodillado en su alfombra de meditación. Era casi como si no se hubiera movido: su posición era exactamente la misma que tenía en su último encuentro.

—Maestro —dijo Bane, haciendo una baja reverencia.

Qordis no se molestó en levantarse.

—Veo que tienes un sable láser en tu cinturón.

—Lord Kas'im me lo dio. Sintió que me lo había ganado con mi última victoria en el anillo. —Bane de repente se sintió muy a la defensiva, como si estuviera bajo ataque.

—No deseo contradecir al Maestro de espadas —contestó Qordis, aunque su tono sugería lo contrario—. Sin embargo, aunque ahora lleves un sable láser, no olvides que todavía eres un aprendiz. Todavía debes tu obediencia y lealtad a los Maestros aquí en la Academia.

—Por supuesto, Lord Qordis.

—La forma en la que derrotaste a Sirak ha dejado bastante impresionados a los otros estudiantes —continuó Qordis—. Ahora buscan emularte. Debes ser un ejemplo para ellos.

—Haré lo que pueda, Maestro.

—Eso significa que tus sesiones privadas con Githany deben acabar.

Un escalofrío recorrió a Bane.

—¿Lo sabía?

—Soy un Lord Sith, y Maestro de esta Academia. No soy imbécil, y no soy ciego a lo que ocurre dentro de los muros del templo. He tolerado tal comportamiento cuando eras un rechazado porque no dañaba a los otros aprendices. Ahora, sin embargo, muchos de los estudiantes te estarán vigilando de cerca. No quiero que sigan tu camino y traten de entrenarse los unos a los otros en un intento descarriado de duplicar tu éxito.

—¿Qué le ocurrirá a Githany? ¿Será castigada?

—Hablaré con ella al igual que estoy hablando contigo. Debo ser claro con el resto de aprendices en que vosotros dos no estáis entrenando juntos en privado. Eso significa que ya no puedes verla. Debes evitar todo el contacto excepto en las lecciones de grupo. Si ambos me obedecéis en esto, no habrá más consecuencias.

Bane entendía las preocupaciones de Lord Qordis, pero sintió que la solución iba demasiado lejos. No había necesidad de apartarle de Githany tan completamente. Se preguntaba si los Maestros sabían de su atracción hacia ella. ¿Temían que fuera una distracción?

No, se dio cuenta, no era eso. Esto sólo era sobre el control. Bane había desafiado a Lord Qordis; había tenido éxito pese a ser apartado del resto de la Academia. Ahora Qordis quería clamar la propiedad de los logros de Bane.

—Eso no es todo —continuó Qordis, interrumpiendo los pensamientos de Bane—. También debes poner un fin a tu estudio de los archivos.

—¿Por qué? —explotó Bane, sorprendido y enfadado—. Los manuscritos contienen la sabiduría de los Sith antiguos. He aprendido mucho sobre los caminos del lado oscuro de ellos.

—Los archivos son reliquias del pasado —contraatacó Qordis agudamente—. Son de un tiempo que hace mucho que se ha desvanecido. La orden ha cambiado. Hemos evolucionado más allá de lo que has aprendido en esos pergaminos mohosos y tomos. Entenderías esto si hubieras estado estudiando con los Maestros en lugar de correr por tu propio camino.

Tú eres el que me forzó a ir por ese camino, pensó Bane.

—Los Sith pueden haber cambiado, pero aún podemos ampliar con el conocimiento de aquellos que vinieron antes que nosotros. Seguro que usted entiende eso, Maestro. ¿Por qué sino ha reconstruido la Academia en Korriban?

Hubo un destello de rabia en los ojos del Lord Oscuro. Obviamente no le gustaba ser desafiado por uno de sus estudiantes. Cuando habló, su voz era fría y amenazante.

—El lado oscuro es fuerte en este mundo. Es el único motivo por el que escogimos venir aquí.

Bane sabía que debería dejar el asunto, pero no estaba preparado para retroceder. Esto era demasiado importante.

—¿Pero qué hay del Valle de los Lords Oscuros? ¿Qué hay de las tumbas de los Maestros oscuros enterradas en Korriban, y los secretos ocultos en ellas?

—¿Es eso lo que buscas? —Se burló Qordis—. ¿Los secretos de los muertos? Los Jedi saquearon las tumbas cuando Korriban cayó ante ellos hace tres mil años. No queda nada de valor.

—Los Jedi son sirvientes de la luz —protestó Bane—. El lado oscuro tiene secretos que ellos nunca entenderían. Puede haber algo que hayan pasado por alto.

Qordis se rió, un duro y desdeñoso ladrido.

—¿De verdad eres tan ingenuo?

—Se dice que los espíritus de poderosos Maestros Sith merodean por sus tumbas —insistió Bane, tercamente rechazando acobardarse—. Aparecen sólo ante aquellos que son dignos. No se habrían revelado ante los Jedi.

—¿De verdad crees que los fantasmas y espíritus todavía merodean en sus tumbas, esperando pasar los grandes misterios del lado oscuro a aquellos que los busquen?

Los pensamientos de Bane volvieron a sus estudios. Había demasiados informes documentados en los archivos para ser meras leyendas. Tenía que haber alguna verdad en ello.

—Sí —contestó él, aunque sabía que enfurecería a Qordis aún más—. Creo que puedo aprender más de los fantasmas en el Valle de los Lords Oscuros que de los Maestros con vida aquí en la Academia.

Qordis saltó sobre sus pies y abofeteó a Bane fuertemente en la cara, sus uñas como garras llenas de sangre. Bane mantuvo el terreno; ni siquiera se encogió.

—¡Eres un estúpido insolente! —Gritó su Maestro—. Veneras a aquellos que se han ido y han muerto. Crees que guardan algún gran poder, ¡pero no son más que polvo y huesos!

—Se equivoca —dijo Bane. Podía sentir la sangre brotando de los arañazos en su cara, pero no sacó el brazo para limpiársela. Simplemente se mantuvo quieto como una piedra enfrente de su enfurecido Maestro.

Incluso aunque Bane no se movió, Qordis dio medio paso hacia atrás. Cuando habló, su voz estaba más recompuesta, aunque aún escupía con rabia.

—Fuera —dijo él, extendiendo un dedo largo, huesudo hacia la puerta—. Si valoras tanto la sabiduría de los muertos, entonces vete. Deja el templo. Ve al Valle de los Lords Oscuros. Encuentra tus respuestas en sus tumbas.

Bane vaciló. Sabía que era una prueba. Si se disculpaba ahora —si se humillaba y rogaba el perdón de su Maestro— Qordis probablemente le dejaría quedarse. Pero sabía que Qordis se equivocaba. Los Sith antiguos estaban muertos, pero su legado permanecía. Esta era una oportunidad para clamarlo para sí mismo.

Le dio la espalda a Lord Qordis y marchó fuera de la habitación sin decir ni una palabra. No tenía sentido continuar la discusión. La única forma en que podía ganar era encontrando pruebas. Y no iba a encontrarlas quedándose allí.

18

Bane se había perdido la sesión de prácticas de la mañana. No era difícil para Kas'im imaginar quién era responsable de su ausencia.

No se molestó en golpear la puerta de Lord Qordis; simplemente utilizó la Fuerza para destrozar la cerradura, entonces la pateó para abrirla. Desafortunadamente el elemento de la sorpresa que había estado esperando se había perdido.

Qordis estaba de espaldas a la puerta, examinando uno de los magníficos tapices que colgaban tras su cama descomunal. No se giró cuando el Maestro de espadas irrumpió dentro; no reaccionó en absoluto. Lo que significaba que había esperado la intrusión.

Kas'im hizo un gesto violento con su mano, y la puerta golpeó cerrándose. Lo que iba a decir no era para los oídos de los estudiantes.

—¿Qué demonios has hecho, Qordis?

—Supongo que te refieres al aprendiz Bane —llegó la respuesta demasiado desinteresada.

—¡Por supuesto que me refiero kriffidamente a Bane! No más juegos, Qordis. ¿Qué le hiciste?

—¿A él? Nada. No de la forma que piensas. Meramente traté de razonar con él. Traté de hacerle entender la necesidad de trabajar dentro de la estructura de esta institución.

—Le manipulaste —dijo Kas'im con un suspiro de resignación. Sabía que Qordis no sentía cariño por Bane. No con Lord Kopecz, su hace tiempo rival, siendo el que lo había traído aquí. El Maestro de espadas se dio cuenta de que tenía que haber advertido al joven aprendiz que estuviera en guardia.

—Retorciste su mente de algún modo —continuó él, tratando de sacar una reacción—. Le forzaste a ir por un camino que querías que tomara. Un camino de ruina.

No hubo respuesta inmediata. Cansado de mirar la espalda de Qordis, caminó hacia delante para agarrar al hombre más alto por el hombro, haciéndole girar para encararle.

—¿Por qué, Qordis?

En el primer breve segundo en que el director de la Academia estaba girando, Kas'im captó una mirada de inseguridad y confusión en los rasgos demacrados, desgastados. Entonces esos rasgos se convirtieron en una máscara de rabia, con los ojos oscuros ardiendo en las cuencas hundidas. Qordis abofeteó la mano de Kas'im.

—¡Bane se lo ha buscado! ¡Fue un obstinado! ¡Obsesionado con el pasado! ¡No nos es de utilidad hasta que acepte las enseñanzas de esta Academia!

Kas'im se quedó de piedra: no por el arrebato repentino, sino por la inesperada mirada de inseguridad que le había precedido. De repente se preguntaba si el encuentro no había ido exactamente como había planeado. Quizás Qordis había tratado de manipular a Bane sin éxito. No sería la primera vez que subestimaban a su inusual aprendiz.

Ahora Kas'im se sentía más curioso que enfadado.

—Dime qué ocurrió, Qordis. ¿Dónde está Bane ahora?

Qordis suspiró, casi arrepentido.

—Se ha ido a los baldíos. Se dirige al Valle de los Lords Oscuros.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—Te lo dije: está obsesionado con el pasado. Cree que hay secretos ahí fuera que le serán revelados. Secretos del lado oscuro.

—¿Le advertiste de los peligros? ¿Los enjambres de pelko? ¿Los tuk'ata?

—No me dio ninguna ocasión. No habría escuchado de todos modos.

Hasta ahí, al menos, Kas'im lo creía. Aún así no estaba seguro de si confiaba en el resto de la historia de Qordis. El Maestro de la Academia era sutil, astuto. Sería típico de él engañara a alguien para que se aventurara a través del mortal Valle de los Lords Oscuros. Si quería eliminar a Bane sin que se le culpara, esta sería una de las formas de hacerlo, excepto por una pequeña cosa.

—Va a sobrevivir —afirmó Kas'im—. Es más fuerte de lo que sabes.

—Si sobrevive —contestó Qordis, volviéndose hacia el tapiz—, aprenderá la verdad. No hay secretos en el valle. Ya no. Todo lo de valor ha sido tomado: sacado primero por Sith que buscaban preservar nuestra orden, y más tarde por Jedi que buscaban barrerla. No ha quedado nada en las tumbas salvo cámaras vacías y montones de polvo. Una vez que vea esto por sí mismo, abandonará su estúpida idealización de los Sith antiguos. Sólo entonces estará preparado para unirse a la Hermandad de la Oscuridad.

La conversación se había acabado; eso estaba claro. Las palabras de Qordis tenían sentido, si todo esto era parte de una lección mayor para hacer que Bane finalmente abandonara los caminos antiguos y aceptara la nueva orden Sith y la Hermandad de Kaan.

Aún así mientras se giraba y salía de la habitación, Kas'im no podía librarse del sentimiento de que Qordis estaba racionalizando los eventos después de los hechos. Qordis quería que los otros creyeran que había estado con el control todo el tiempo, pero el aspecto encantado que había visto el Maestro de espadas daba evidencia de la verdad real: Qordis se había asustado por algo que Bane había hecho o dicho.

Ese pensamiento llevó una sonrisa a los labios del twi'lek. Tenía toda la confianza en que Bane sobreviviría a su viaje hacia el Valle de los Lords Oscuros. Y estaba muy interesado en ver qué ocurriría cuando el joven hombre volviera.

* * *

Sirak se estaba moviendo con cuidado. Había pasado las últimas treinta y seis horas en un tanque de bacta, y aunque sus heridas habían sido completamente curadas, su cuerpo todavía reaccionaba instintivamente a los recuerdos de las heridas infligidas por el sable de Bane. Lentamente reunió sus efectos personales, ansioso por volver a los alrededores familiares de su propia habitación y dejar la soledad del centro médico atrás.

Uno de los droides médicos flotó dentro, llevándole un par de pantalones, una camiseta, y una túnica oscura de aprendiz. Las ropas olían a desinfectante, era una

práctica común esterilizarlo todo antes de llevarlo al centro médico. La ropa le iba bien, pero sabía tan pronto como se la puso que nunca se la había puesto nadie antes.

No había visto a un solo ser aparte de los droides médicos desde que le llevaran inconsciente desde el anillo de duelos. Nadie había ido a comprobar cómo estaba mientras había estado flotando en el fluido sanador: ni Qordis, ni Kas'im, ni siquiera Llokay o Yevra. No les culpaba.

Los Sith despreciaban la debilidad y el fracaso. Cuando los aprendices perdían en el anillo de duelos, se les dejaba solos con la vergüenza de su derrota hasta que se volvieran lo suficientemente fuertes para volver a sus estudios. Le había ocurrido a todo el mundo antes o después… excepto porque nunca le había ocurrido a Sirak.

Había sido invencible, intocable, el mejor aprendiz en cada disciplina. Había escuchado los rumores y los susurros. Le llamaban el Sith'ari, el ser perfecto. Sólo que ellos ya no le llamarían el Sith'ari ahora. No después de lo que Bane le había hecho.

Volvió a la puerta y encontró a Githany ahí, observándole.

—¿Qué quieres? —preguntó él cautelosamente.

Él sabía quién era ella, aunque nunca había hablado realmente con ella. En el día de su llegada, él la había identificado como una amenaza potencial. La había observado, y él la había visto observándole, cada uno midiendo y evaluando al otro, tratando de determinar quién tenía la mano ganadora. Sirak estaba al tanto de todos los potenciales desafiantes, o eso había pensado, hasta que el único estudiante que menos había temido le había hecho caer.

—Vine para hablar contigo —contestó ella—. Sobre Bane.

Él se retorció involuntariamente ante el nombre, entonces se maldijo a sí mismo por su reacción. Si Githany se había dado cuenta, no dio indicios de ello.

—¿Qué pasa con él? —preguntó él bruscamente.

—Tengo curiosidad por cuáles serán tus planes ahora. ¿Cómo vas a manejar esta situación?

Era una lucha invocar su antigua arrogancia, aún así consiguió una burla satisfactoria.

—Mis planes son míos.

—¿Vas a buscar venganza? —presionó ella.

—A su tiempo, quizás —admitió él finalmente.

—Puedo ayudarte.

Ella dio un paso más hacia la habitación. Incluso en ese único paso Sirak podía ver que ella se movía con la gracia sensual de una bailarina del velo zeltron. Él encogió sus ojos con sospecha.

—¿Por qué?

—Ayudé a Bane a derrotarte —dijo ella—. Reconocí su potencial desde el momento que lo vi por primera vez. Cuando Qordis y los otros Maestros le dieron la espalda, en secreto le enseñé sus lecciones en la Fuerza. Sabía que el lado oscuro era fuerte en él. Más fuerte que en mí. Más fuerte que en ti. Quizás incluso más fuerte que en los propios Maestros.

Sirak no podía ver el sentido de su historia.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. Tuviste lo que querías de Bane. ¿Por qué ayudarme ahora?

Ella agitó su cabeza con tristeza.

—Me equivoqué con Bane. Pensé que si le ayudaba a volverse más fuerte, abrazaría al lado oscuro. Entonces podría aprender de él y ganar poder para mí misma. Pero es incapaz de abrazar al lado oscuro. Todos los demás creen que su triunfo sobre ti fue una gran victoria. Sólo yo lo reconocí como un fracaso.

Ella estaba jugando con él. Burlándose de él. Y a él no le gustaba.

—¡Nadie me ha derrotado jamás en el anillo de duelos antes que Bane! —soltó él—. ¿Cómo puedes llamarle un fracaso?

—Todavía estás vivo —dijo ella simplemente—. Cuando llegó el momento de golpearte y acabar con tu vida, vaciló. No podía llevarse a hacerlo. Era débil.

Intrigado, Sirak no respondió de inmediato. En su lugar esperó que ella lo elaborara.

—Preparó y planeó durante meses para tomar su venganza de ti —continuó ella—. Su odio le dio la fuerza para sobrepasarte… y en el último instante mostró misericordia y te dejó vivir.

—Yo *le* dejé vivir al final de nuestro primer duelo —le recordó Sirak.

—Eso no fue del todo un acto de misericordia, fue un acto de desdén. Pensaste que lo habías destruido por completo. Si hubieras sabido que se alzaría para desafiarte de nuevo algún día, habrías tomado su vida sin importar las reglas de la Academia.

Le subestimaste. Un error que sé que no cometerás de nuevo. Pero Bane no te subestima. Sabe que eres lo suficientemente poderoso para representar una verdadera amenaza. Aún así te dejó con vida, sabiendo que un día buscarías venganza contra él. Es o un débil o un imbécil —concluyó ella—, y no quiero parte de ninguno de ellos.

Había algo de verdad en lo que había dicho, pero Sirak todavía no estaba convencido.

—Cambias de aliados demasiado rápidamente, Githany. Incluso para un Sith. —Ella estuvo en silencio un largo rato, tratando de averiguar cómo responderle. Entonces de repente ella miró abajo al suelo, y cuando miró arriba sus ojos estaban llenos de vergüenza y humillación.

—Fue Bane quien acabó con esta alianza, no yo —admitió ella, casi atragantándose con las palabras—. Él me abandonó —continuó ella, sin hacer ningún intento de ocultar su amargor—. Dejó la Academia. Nunca me dijo por qué. Nunca dijo siquiera adiós.

De repente todo tenía sentido. Sirak entendía su deseo repentino de unirse a él en compañerismo contra su antiguo aliado. Githany estaba acostumbrada a estar en el control. Estaba acostumbrada a estar al mando. Estaba acostumbrada a ser la que acababa con las cosas. Y no le gustaba estar en el otro lado.

Era como la antigua expresión corelliana: *Teme la ira de una mujer despreciada*.

—¿Dónde ha ido? —preguntó él.

—Los estudiantes dicen que Qordis le mandó fuera al Valle de los Lords Oscuros.

Sirak casi suelta, *¡Entonces ya está muerto!* Pero en el último segundo recordó su reprimenda de no subestimar de nuevo a Bane. En su lugar dijo,

—Esperas que vuelva.

—Estoy segura de ello.

—Entonces estaremos preparados —prometió Sirak—. Cuando vuelva, le destruiremos.

* * *

Mientras Bane marchaba por la arena ardiendo de los baldíos de Korriban, se dio cuenta del sol hundiéndose rápidamente bajo el horizonte. Había estado caminando durante horas bajo su calor. La pequeña ciudad de Dreshdae y el templo que se alzaba sobre ella estaba bien atrás. Habían sido reducidos a meras motas en el horizonte; si iba a mirar atrás, habría sido capaz sólo de intuirlas en la luz desvaneciéndose.

No miró atrás. Marchó tenazmente hacia delante. El calor abrasante no le había frenado; ni tampoco lo harían las temperaturas que iban a caer cerca de la congelación con la puesta del sol. Las incomodidades físicas —el frío, el calor, la sed, el hambre, la fatiga— no tenían un efecto significante sobre él, sustentado como estaba por el poder de la Fuerza.

Aún así, estaba perturbado. Recordaba la primera vez que había puesto un pie en Korriban. Había percibido el poder del mundo: Korriban estaba vivo con el lado oscuro. Aún así, el sentimiento había sido vago y distante. Durante su tiempo en la Academia se había acostumbrado tanto al zumbido casi subconsciente que apenas lo percibía ya.

Cuando había dejado el templo y el aeropuerto espacial atrás, había esperado que ese sentimiento se volviera más fuerte. Con cada paso llevándole más cerca del Valle de los Lords Oscuros pensaba que sentiría el lado oscuro creciendo en intensidad.

En su lugar no sintió nada. Ningún cambio perceptible en absoluto. Estaba sólo a un par de kilómetros de distancia de la entrada del valle; podía ver los perfiles ensombrecidos de las tumbas más cercanas excavadas en las paredes de piedra. Y aún así el lado oscuro no era más fuerte que un eco vacío, no más que un recuerdo remanente de mundos distantes hablados en el pasado distante.

Haciendo sus dudas y reservas a un lado, redobló su paso. Quería alcanzar el valle antes de la completa oscuridad. Había agarrado un puñado de bastones de luz antes de dejar la Academia; podría usarlos para encontrar su camino si era necesario. Desafortunadamente, su luz actuaría como una baliza en la oscuridad, señalando su localización a cualquiera, o a *cualquier cosa*. Con su nuevo sable láser a su lado estaba confiado en que podría sobrevivir a casi cualquier encuentro, pero había cosas que merodeaban cerca de las tumbas cuya atención era mejor que no atrajera.

Los últimos pocos rayos de luz todavía colgaban en el aire cuando finalmente alcanzó su destino. El Valle de los Lords Oscuros estaba extendiéndose ante él, oculto bajo la cobertura del brillo del crepúsculo. Brevemente consideró detenerse durante la noche y

acampar hasta el amanecer, entonces rechazó la idea. El día o la noche no harían ninguna diferencia una vez que estuviera dentro de las tumbas: tendría que utilizar los bastones de luz sin importar la hora que fuera. Y ahora que finalmente estaba ahí estaba demasiado ansioso por ver qué encontraría como para retrasarlo más.

Escogió el templo más cercano, el único que realmente podía entrever en la tenue luz. Como todas las tumbas, ésta había sido excavada desde las elevadas crestas de piedra que se encajaban en el valle a cada lado. El gran arco de la entrada había sido construido en la cara de la cresta. Pero las cámaras que albergaban los restos del Lord Oscuro enterrado dentro se abrían paso profundamente dentro de la roca.

Mientras se acercaba, pudo averiguar los intrincados diseños grabados en el arco. Algo estaba escrito sobre la parte superior en letras que no reconocía. Adivinó que la artesanía debía haber sido inspiradora una vez, pero eones de viento del desierto habían desgastado la mayoría de los detalles.

Se detuvo en el umbral, tomando el aire del misterio olvidado que rodeaba la entrada de la tumba. Todavía no percibía ningún cambio en la Fuerza, sin embargo. Caminando hacia la entrada, estuvo sorprendido de ver que la gran losa de una puerta había sido separada para abrirla. Pasó sus dedos por los bordes de la fisura. Suave. Desgastada. Quien fuera que hubiera roto la puerta lo había hecho hace mucho.

Bane se puso firme y marchó con osadía a través del portal destrozado. Se abrió paso bajo el largo túnel de la entrada, moviéndose lentamente a través de la penumbra. Media docena de metros hacia adentro, la oscuridad se volvió absoluta, así que sacó un bastón de luz y lo activó.

Una espeluznante luz azul llenaba el túnel, mandando un pequeño enjambre de mortales bichos pelko apresurándose para refugiarse más allá del tenue círculo de iluminación. Habían estado acechándole, acercándose desde todas partes. Todavía los percibía allí, merodeando en las sombras de su alrededor, pero no tenía miedo. Después de todo, no era la luz lo que les mantenía a raya.

Los bichos pelko, como muchas de las criaturas indígenas de Korriban, estaban en sintonía con la Fuerza. Habrían percibido la llegada de Bane incluso antes de que entrara en la tumba; su poder inevitablemente les atraería. Aún así también les mantenía a ellos y a sus púas paralizantes a una distancia segura. Instintivamente, los bichos pelko podían percibir la pura amplitud de su poder; estaban al tanto de él. No se acercarían lo suficiente como para atacarle, convirtiéndoles en poco más que una molestia. Depredadores más grandes, como los tu'kata, podrían ser una real amenaza. Pero trataría con ellos si se diera el caso.

Ahora mismo estaba más preocupado por los peligros potenciales que los constructores de la tumba debían haber dejado atrás. Los mausoleos Sith eran conocidos por sus trampas endemoniadamente letales. Bane se extendió con la Fuerza, cuidadosamente sondeando los muros, suelo, y techo enfrente de él, buscando cualquier cosa fuera de lo normal. Estaba aliviado —y ligeramente decepcionado— de no descubrir

nada. Parte de él había esperado que tropezara con una cámara no descubierta, algo que los Jedi hubieran pasado por alto.

Continuó bajando el túnel, caminando tras varias cámaras donde las riquezas y tesoros habrían sido enterrados con el fallecido Lord Oscuro junto con sus todavía vivos sirvientes menores. Las habitaciones no guardaban ningún interés para él; no era un ladrón de tumbas. En su lugar continuó yendo más y más profundo hasta que alcanzó la propia cámara de sepultura.

Los bichos pelko igualaron su progreso, interminablemente rodeando justo más allá de la iluminación azul ejercida por su bastón de luz. Podía escuchar el cliqueo de tono agudo —*skreek skreek skreek*— del enjambre frustrado: sin poder para asaltar a su presa, aún así irresistiblemente arrastrados por su paso.

La cámara de sepultura era fácilmente identificable por el enorme sarcófago de piedra en el centro de la habitación, descansando sobre un pequeño pedestal de piedra. Era poco más que una sombra en forma de bloque en los límites de la luz de su bastón de luz, pero le llenaba con una sensación tanto de miedo como de respeto.

Todavía utilizando la Fuerza para escanear en busca de trampas, cuidadosamente se aproximó a la tumba, su trepidación creciendo mientras la luz azul la bañaba para revelar más y más detalles. La piedra estaba grabada con símbolos similares a aquellos de la entrada de la cripta, pero estos no habían sufrido indecibles siglos de erosión. Sobresalían duramente, brutales y agudos. No podía leer el lenguaje poco familiar o la identidad del Lord Oscuro en el blasón, aún así sabía que este era el lugar de descanso de un antiguo y poderoso ser.

Alcanzó la plataforma; se alzaba poco más alta que su rodilla. Puso un pie sobre ella, entonces extendió un brazo para agarrar un borde protuberante de uno de los símbolos grabados a un lado del propio sarcófago. Medio había esperado recibir un agudo impacto o aturdimiento, pero todo lo que sintió fue la fría piedra bajo su palma.

Utilizando su agarradera para mantener su equilibrio, se empujó hacia arriba de forma que estaba en pie con ambos pies sobre la plataforma, mirando abajo a la parte superior de la tumba. Para su horror, ahora podía ver que la losa de piedra que sellaba el sarcófago había sido virtualmente destruida. Lo que fuera que hubiera habido dentro se había ido, reemplazado por escombros, polvo, y un par de trozos de huesos rotos que debían haber sido una vez los dedos o pulgares de los restos del esqueleto del Lord Oscuro.

Bajó de la plataforma, frustrado pero todavía no dispuesto a abandonar. Lentamente, se giró en un gran círculo, como si esperara encontrar los restos robados descansando en una esquina de la cámara de sepultura. No había nada: la tumba había sido robada y profanada.

Bane no había estado seguro de lo que esperaba encontrar, pero no era esto. Los espíritus de los Lords Oscuros eran seres de pura energía del lado oscuro; eran tan eternos como la propia Fuerza. El espíritu merodearía durante siglos, milenios, al menos, hasta que un sucesor merecedor llegara. O eso le habían llevado a creer los textos en el archivo.

Aún así, la dura evidencia ante él era innegable. Los manuscritos antiguos le habían fallado. Lo había apostado todo en la verdad de sus palabras —incluso desafiando al propio Qordis— y había perdido.

En desesperación lanzó atrás su cabeza y extendió sus brazos a la piedra irregular del techo de arriba.

—¡Estoy aquí, Maestro! —gritó él—. ¡He venido a aprender sus secretos! —Él se detuvo, escuchando en busca de una respuesta. Al no escuchar nada, gritó—: ¡Muéstrese! ¡Por todo el poder del lado oscuro, muéstrese!

Sus palabras reverberaron por las paredes, sonando vacías y huecas. Él cayó de rodillas, sus brazos cayendo a sus lados y su cabeza golpeando hacia delante. Conforme el eco moría, el único sonido era el estridente cliqueo de los bichos pelko.

* * *

Kopecz escupió en el suelo mientras vigilaba el campamento. Estaba rodeado por un ejército, pero era un ejército de inferiores. Donde fuera que mirara veía a los esbirros de los Sith: furias de batalla, asesinos, y aprendices. Pero había pocos preciados Maestros Sith. La aparentemente interminable guerra contra los Jedi en los campos de batalla de Ruusan estaba cobrándose un alto precio en la Hermandad de la Oscuridad de Kaan. Sin refuerzos estarían forzados a retirarse, o a ser barridos por el General Hoth y a su odiado Ejército de la Luz.

El fornido twi'lek se alzó sobre sus pies, espoleado a la acción por el descubrimiento de que algo tenía que hacerse. Se abrió paso a través de dispersos grupos de soldados, dándose cuenta de cuántos estaban heridos, exhaustos, o simplemente derrotados. Para cuando alcanzó la entrada a la tienda de Lord Kaan, el desprecio que sentía por sus llamados Hermanos había alcanzado el punto de ebullición.

Cuando Kopecz entró, Lord Kaan le dio una mirada y despachó a los otros consejeros con un agudo gesto de su mano. Ellos salieron en fila, ninguno de ellos atreviéndose a acercarse demasiado.

—¿Qué ocurre, mi viejo amigo? —preguntó Kaan. Su voz era tan encantadora como siempre, pero sus ojos estaban bien abiertos y salvajes, como una bestia cazada.

—¿Has visto lo que pasa con nuestro ejército ahí fuera? —gruñó Kopecz, lanzando un pulgar sobre su hombro mientras caminaba lentamente hacia delante—. Si esto es todo lo que tenemos para aguantar contra Lord Hoth, bien deberíamos quemar nuestras túnicas negras y empezar a practicar el Código Jedi.

—Tenemos refuerzos en camino —le aseguró Lord Kaan—. Dos divisiones completas más de soldados de a pie, otro núcleo de francotiradores. Medio pelotón de navíos repulsores armados con armamento pesado. Hay muchos que se sienten atraídos por la gloria de nuestra causa. Más y más cada día. La Hermandad de la Oscuridad no puede fracasar.

Kopecz tenía poco consuelo de sus promesas. Lord Kaan siempre había sido la fuerza de la Hermandad de la Oscuridad, un hombre que dirigía a los Lords Oscuros a una única causa a través de la grandeza de su personalidad y visión. Ahora, sin embargo, parecía como un hombre al límite. El esfuerzo de luchar constantemente contra los Jedi le había dejado hecho polvo.

Kopecz agitó su cabeza con disgusto.

—Yo no soy uno de tus psicópatas consejeros —dijo él, con su voz alzándose—. Yo no me postraré y me rasparé ante ti, Lord Kaan. ¡No amontonaré alabanzas en tu estúpida cabeza cuando veo con mis propios ojos que nos estás llevando a nuestra destrucción!

—¡Mantén baja la voz! —Soltó Kaan—. ¡Destruirás la moral de nuestras tropas!

—No les queda moral por destruir —espetó Kopecz, aunque sí que bajó su volumen—. No podemos derrotar a los Jedi con soldados normales. Hay demasiados de ellos y no los suficientes de nosotros.

—Por *nosotros* te refieres a aquellos merecedores de unirse a las filas de los Lords Oscuros —contestó Kaan. Él suspiró y miró abajo al holomapa desplegado en la mesa ante él.

—Sabes que lo que tienes que hacer —le dijo Kopecz, su voz perdiendo algo de la rabia. Había escogido seguir a Kaan; no le abandonaría ahora. Pero no iba a quedarse sentado ante la cara de una derrota segura—. Nos enfrentamos a un ejército de Caballeros Jedi y Maestros. No podemos aguantar contra ellos sin nuestros propios Maestros de la Academia. Los estudiantes, también. Todos ellos.

—Ellos son meros aprendices —protestó Kaan.

—Son los más fuertes de nuestra orden —le recordó Kopecz—. Ambos sabemos que incluso los más bajos estudiantes de Korriban son más fuertes que la mitad de los llamados Lords Oscuros de aquí en Ruusan.

—El trabajo de Qordis aún no está completo. Los estudiantes de allí todavía tienen demasiado que aprender —insistió Kaan, aunque sin mucha fuerza—. Demasiado potencial encerrado. La Academia representa el futuro de los Sith.

—¡Si no podemos derrotar a los Jedi aquí en Ruusan, entonces no tendremos futuro! —insistió Kopecz.

Lord Kaan agarró su cabeza con sus manos, como si un gran dolor amenazara con partir en dos su cabeza. Empezó a temblar en el agarre de alguna terrible parálisis. Kopecz involuntariamente dio un paso atrás.

Sólo le llevó un par de segundos a Kaan recuperar su compostura y bajar sus manos. La mirada encantada en sus ojos se había ido, reemplazada por la calmada seguridad en sí mismo que había atraído a tantos a la Hermandad en primer lugar.

—Tienes razón, viejo amigo —dijo él. Las palabras fueron suaves y fáciles; hablaba como si un gran peso se le hubiera quitado de encima. Radiaba confianza y fuerza. Parecía brillar con un aura violeta, como si fuera la propia personificación del lado oscuro. Y de repente, inexplicablemente, Kopecz estaba seguro.

—Mandaré la palabra a Qordis —continuó Kaan, la Fuerza emanando de él en palpables oleadas—. Tienes razón. Es hora de que aquellos de la Academia en Korriban se unan realmente a las filas de los Sith.

19

Bane nunca había tenido tanta hambre en su vida. Retorcía su estómago en nudos, haciendo que se encorvara mientras caminaba fatigado lentamente por los baldíos de Korriban hacia Dreshdae. Durante trece días había buscado en las tumbas del Valle de los Lords Oscuros, sustentándose sólo con la Fuerza y las tabletas de hidratación que había comprado para el viaje por el desierto. Nunca dormía, pero descansaba su mente de cuando en cuando a través de la meditación. Aún pese a todo su poder, incluso la Fuerza no podía crear algo de la nada. Podía proteger de la inanición por un tiempo, pero no por siempre.

Dos veces se le habían echado encima manadas de tuk'ata, los sabuesos guardianes que merodeaban las criptas de sus antiguos Maestros. La primera vez los había alejado con la Fuerza, agarrando el cuerpo del macho alfa y lanzándolo hacia el resto de la manada, hiriendo a varias de las bestias. Ellos se alejaron con gemidos agudos que habían mandado escalofríos por su espalda. El segundo ataque había sido mucho más sangriento. Mientras exploraba una de las tumbas más recientes se había encontrado a sí mismo rodeado por una docena de tuk'ata: una manada de dos veces el tamaño de la primera. Había descargado su sable láser sobre ellos, cortando a través de la carne y los huesos. Cuando la manada finalmente rompió y huyó, sólo cuatro de los doce tuk'ata todavía vivían.

Después de eso los tuk'ata le dejaban solo, lo cual era algo bueno, porque ya no estaba seguro de ser capaz de contenerlos si atacaban de nuevo. Para alimentar sus músculos para la búsqueda en marcha a través de tumba tras tumba, había sobrecargado las reservas de su cuerpo, literalmente devorándose a sí mismo desde el interior. Ahora estaba pagando el precio.

Podría haber aliviado su sufrimiento deslizándose en un trance meditativo, disminuyendo los latidos de su corazón y funciones vitales para preservar su energía. Aún así, al final eso no lograría nada. Nadie iría a encontrarle, y finalmente incluso un estado de hibernación terminaría en una lenta, aunque relativamente indolora, muerte.

La muerte no era una opción que estuviera preparado para considerar. No aún. Pese a su búsqueda fútil, pese a la aplastante decepción, no estaba preparado para eso. No si significaba que la verdad que había descubierto moriría con él. Así que resistió el dolor, y dominó a su carne rápidamente fallándole para llevarle de vuelta. De vuelta a la Academia.

Le había llevado sólo un día de camino hasta el valle al principio de su misión. Él estaba ahora en el tercer día de su viaje de vuelta. Había estado fresco y fuerte cuando salió por primera vez; ahora estaba famélico y débil. Pero había más en su paso lento que la mera deficiencia física.

Antes había estado alentado por las expectativas. Ahora estaba decaído por la herida del fracaso. Qordis había tenido razón: los antiguos Lords Oscuros de Korriban se habían ido. Cerca de tres mil años habían pasado entre el tiempo en el que los Sith habían sido

dirigidos desde Korriban por Revan, y el día en que la Hermandad de la Oscuridad de Kaan oficialmente reclamó este mundo para la orden. En ese tiempo el legado de los Sith originales había sido completamente barrido.

Había ido al desierto buscando iluminación, pero encontró sólo desilusión. Korriban ya no era la cuna de la oscuridad; era un cascarón, un cuerpo marchito y disecado que había sido limpiado por carroñeros. Qordis había tenido razón… aún así Bane entendía ahora que él también estaba muy, muy equivocado.

Bane no había encontrado lo que estaba buscando en las tumbas. Pero en la larga caminata de vuelta por el desierto su mente se había vuelto finalmente clara. El hambre, la sed, el cansancio: el sufrimiento físico limpiaba sus pensamientos. Le libraba de todas sus ilusiones y exponía las mentiras de Qordis y la Academia. Los espíritus de los Sith se habían ido de Korriban para siempre. Pero había sido la Hermandad de la Oscuridad de Lord Kaan —no los Jedi— la culpable.

Habían retorcido y pervertido la antigua orden de los Sith. Las enseñanzas de la academia golpeaban en la cara de todo lo que Bane había aprendido en los archivos sobre los caminos del lado oscuro. Kaan había puesto a un lado el verdadero poder del individuo y lo había reemplazado por la falsa gloria del sacrificio en nombre de una causa justa. Buscaba destruir a los Jedi a través del poder de las armas, en lugar de la astucia. Lo peor de todo, proclamaba que todos eran iguales en la Hermandad de los Sith. Pero Bane sabía que la igualdad era un mito. Los fuertes estaban hechos para gobernar; los débiles, para servir.

La Hermandad de la Oscuridad se erguía ante todo lo que estaba mal con los Sith modernos. Se habían desviado del verdadero camino. Su fracaso era el motivo por el que los espíritus de los Lords Oscuros se habían desvanecido. Nadie en Korriban —ni Maestros, ni aprendices— había sido merecedor de su sabiduría; ninguno era merecedor de su poder. Simplemente se habían desvanecido, dispersos como un puñado de polvo sobre la arena del desierto. Bane podía ver la verdad tan claramente ahora. Aún así Qordis y los otros estaban ciegos para siempre. Seguían a Kaan como si les hubiera reunido con un hechizo secreto.

Una leve ráfaga de viento llevó el sonido de voces distantes a sus oídos. Mirando arriba, estuvo sorprendido de ver el templo de la Academia alzándose por delante de él, a menos de un kilómetro de distancia. Atrapado en sus divagaciones filosóficas, no se había dado cuenta de lo lejos que había llegado. Estaba lo suficientemente cerca como para ver pequeñas figuras moviéndose en la base del edificio: sirvientes, o posiblemente un puñado de estudiantes de la Academia fuera merodeando los terrenos circundantes. Uno de ellos se dio cuenta de él aproximándose y se coló de vuelta al interior, probablemente para llevar las noticias de su regreso a Qordis y a los otros Maestros.

Bane no estaba seguro de qué tipo de recepción le darían. En realidad no le importaba, mientras le llevaran comida. Aparte de eso no le eran ya de utilidad. Los despreciaba a todos: Maestros y aprendices por igual. No eran mejor que los Jedi que

habían saqueado Korriban tres milenios antes. La Academia era una abominación, un testamento a lo lejos que habían caído los Sith de los verdaderos ideales del lado oscuro.

Sólo Bane entendía esto. Sólo él veía la verdad. Y sólo él podía liderar a los Sith de vuelta al camino del lado oscuro.

No sería lo suficientemente imbécil como para decir eso, por supuesto. La Hermandad nunca le seguiría; ni tampoco lo harían Qordis y los otros en la Academia. Débiles e ignorantes como eran, todavía podían superarle con sus números. Si iba a restaurar a los Sith a su verdadera gloria, necesitaría un aliado.

No uno de los Maestros: todos eran demasiado cercanos a Kaan. Y los aprendices no eran nada salvo sirvientes rastreros, ciegamente siguiendo a sus Maestros. No tenían un entendimiento real del lado oscuro. No percibían que les estaban llevando por un camino falso. Ni uno solo de ellos era digno.

No, se corrigió a sí mismo Bane. Había una. Githany.

Ella no estaba intimidada por los Maestros. Les había desafiado para entrenar a Bane. El hecho de que lo hubiera hecho por sus propios motivos egoístas sólo le ofrecía más pruebas de que ella entendía la verdadera naturaleza del lado oscuro.

Deseó ahora haber hablado con ella antes de dejar la Academia. Podría al menos haber tratado de explicarle por qué tenía que irse. Había estado decepcionada con él por haber dejado sobrevivir a Sirak. Con todo el derecho. Pero al final él era el que se había apartado de ella. Él fue el que la dejó atrás mientras se fue en busca de los secretos ocultos de Korriban. ¿Qué podría pensar de él ahora?

Mientras alcanzaba los límites de los terrenos del templo los aromas de la comida de medio día preparándose en las cocinas flotaron hacia él, llevándose todos los otros pensamientos de su mente. Con la boca haciéndose agua y el estómago rugiendo, cojeó hacia arriba las escaleras, hacia la cercana perspectiva de la comida.

* * *

Las noticias de que Bane había vuelto no le sentaron bien a Qordis. La hora no podía haber sido peor. Lord Kaan había mandado un mensaje urgente: todos los de la Academia iban a ir a Ruusan a unirse a la batalla contra los Jedi. Los aprendices iban todos a presentarse con sables láser y se les daría asientos en la Hermandad de la Oscuridad, elevándoles a las filas de los Lords Oscuros de los Sith.

No podría mostrarse con uno de sus estudiantes más poderosos siendo tan desafiante como Bane lo había sido en su último encuentro. Sería aún peor si Bane rechazara la oferta y fuera por su cuenta, desobedeciendo la orden de ir a Ruusan. Lord Kaan había conseguido mantener unida a la Hermandad, pero era una alianza que siempre estaba al borde de desintegrarse. En vistas a su repetido fracaso en llevar a los Jedi fuera de Ruusan, el rechazo de un prominente Sith a ponerse en línea podría ser todo lo que llevara para que todo se desmoronara.

Una deserción podía llevar a otras, y las cosas volverían a un estado de caos: Sith luchando contra Sith mientras los varios Lords Oscuros buscaban dominar y destruir a sus rivales. Los Jedi sobrevivirían y reconstruirían su orden, todo mientras se reirían de la estupidez de sus enemigos mortales.

¡Si tan solo Bane hubiera perecido en los baldíos de Korriban! Desafortunadamente había vuelto, y Qordis no podía hacer nada por eliminarle ahora. No después de la directiva de Kaan. Necesitaban cada sable láser y cada Sith, especialmente a uno tan fuerte como Bane. Por el bien de la Hermandad —por el bien de la gloriosa visión de Lord Kaan— Qordis tendría que encontrar otra forma de compensación.

* * *

Las noticias de que Bane había vuelto se dispersaron rápidamente a través de la Academia. Sirak no estaba sorprendido. Si acaso, estaba aliviado. Cuando el Maestro Qordis había informado a los estudiantes de que pronto se embarcarían hacia Ruusan, había temido que se fueran antes de que Bane volviera, negándole su venganza.

En su lugar la fortuna le había sonreído. Tendría que actuar rápidamente, aún así. Una vez que dejaran Korriban sería demasiado tarde. Lord Kaan haría que todos los aprendices juraran votos de lealtad y fidelidad a cada uno cuando se unieran a la Hermandad. Matar a su enemigo tras eso sería un acto de traición castigable con la muerte. Quería venganza, pero no al coste de su propia vida.

Sabía que Yevra y Llokay le ayudarían, pero necesitaba más que a ellos para destruir a un enemigo tan fuerte como Bane. Necesitaba a Githany.

Golpeando en la puerta de su habitación, esperó a que ella gritara «Entra» antes de pasar.

Ella estaba tumbada en su cama, con aspecto despreocupado y relajado. En contraste, Sirak se sentía tenso como un cable estirándose más allá de su límite.

—Ha vuelto —fue todo lo que dijo.

—¿Cuándo? —Ella no tenía que preguntar de quién estaba hablando.

—Se tambaleó hacia dentro hace una hora. Quizás menos. Fue directamente a las cocinas.

—¿Las cocinas? —Ella parecía sorprendida. U ofendida. No había duda de que ella esperaba que fuera hacia ella primero.

—Está vulnerable —señaló Sirak, su mano agarrando la empuñadura de su recién adquirido sable láser—. Medio hambriento. Exhausto. Deberíamos ir tras él ahora.

—No seas estúpido —soltó ella—. ¿Qué harían los Maestros con nosotros si le cortáramos en las cocinas?

Ella tenía razón.

—¿Tienes un plan?

Ella asintió.

—Esta noche. Espera en los archivos. Te lo llevaré allí.

—Llevaré a Yevra y Llokay.

Una amarga mueca de asco se le puso en la cara.

—Supongo que les necesitaremos —concedió ella, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su disgusto.

La boca de Sirak se retorció en una cruel sonrisa.

—Sólo pido una cosa más. Déjame ser el que dé el golpe mortal.

* * *

Bane colapsó en su cama, su barriga llena hasta reventar. Se había atiborrado en la cocina, desgarrando la comida con los modales de un soldado gamorreano en las barracas. Se había atiborrado con todo lo que había a la vista hasta que su hambre famélica estuvo saciada. Sólo fue entonces cuando recordó que no había dormido realmente en casi dos semanas.

El hambre había dado paso al cansancio, y había vagado desde la cocina hasta su habitación en un mareo. En segundos se había dejado caer en un profundo sueño sin sueños.

Se despertó varias horas después ante un golpear en su puerta. Todavía grogui, se forzó a ponerse en pie, encendió un bastón de luz, y abrió la puerta.

Qordis estaba de pie en el pasillo. Se precipitó hacia dentro sin esperar una invitación, cerrando la puerta tras él. Bane estaba demasiado ocupado tratando de librarse de los últimos vestigios de sueño como para protestar.

—Bienvenido de vuelta, Bane —dijo el Maestro—. Confío en que tu viaje fue… educativo.

Confuso por el tono cordial de Qordis, Bane sólo asintió.

—Espero que entiendas ahora por qué te dejé ir —dijo Qordis.

Porque fuiste demasiado cobarde como para tratar de detenerme, pensó Bane, pero no dijo nada en voz alta.

—Ésta era la fase final de tu entrenamiento —continuó el Maestro—. Tenías que entender por qué hemos abandonado los caminos antiguos. Esta es una nueva era, y tú sólo podías entenderlo una vez que reconocieras que la era antigua se había ido de verdad.

Bane mantuvo su estoico silencio, sin estar de acuerdo con Qordis pero sin estar dispuesto a discutirle su punto.

—Ahora que has aprendido tu última lección, la Academia no tiene nada más que enseñarte. —En ese punto, al menos, estaban completamente de acuerdo—. Ya no eres un aprendiz, Bane. Ahora encajas para unirte a las filas de los Maestros. Ahora eres un Lord Oscuro de los Sith.

Él se detuvo, como si esperara algún tipo de reacción. Bane se levantó tranquilo como las estatuas de piedra que habían estado protegiendo las tumbas de los Sith antiguos en algunas de las criptas más antiguas.

Qordis aclaró su garganta, rompiendo el silencio incómodo.

—Sé que Lord Kas'im ya te ha dado un sable láser. Yo, también, tengo un regalo para ti. —Él extendió su mano, un cristal de sable láser en su mano.

Cuando Bane vaciló, Qordis habló de nuevo.

—Cógelo, Lord Bane. —Puso un énfasis especial en el nuevo título. Sonaba amargo en los oídos de Bane: un honor vacío concedido por un imbécil que se creía un Maestro. Pero no dijo nada mientras el otro continuó hablando.

—Este cristal sintético es más fuerte que el que da su poder a tu sable láser ahora —le aseguró Qordis—. Y es mucho, mucho más fuerte que los cristales naturales que los Jedi utilizan en sus propias armas.

Moviéndose lentamente, Bane extendió el brazo y lo cogió en su mano. Era frío al tacto al principio, pero mientras agarraba la piedra de seis lados rápidamente se volvió cálida.

—La hora de tu regreso de los baldíos no podía haber sido mejor —continuó Qordis—. Estamos haciendo preparativos para dejar Korriban. Lord Kaan nos necesita en Ruusan. Todos los Sith deben estar unidos en la Hermandad de la Oscuridad y vamos a derrotar a los Jedi.

—La Hermandad caerá —afirmó Bane, valientemente declarando lo que sabía cierto sólo porque sabía que el otro no lo creería—. Kaan no entiende el lado oscuro. Os está llevando por el camino de la ruina.

Qordis cogió aliento de forma aguda, entonces lo escupió en un siseo enfadado.

—Algunos podrían considerar esa charla una traición, Lord Bane. Harías bien en mantener esas ideas para ti en el futuro. —Él dio la vuelta y caminó enfadado hacia la puerta, girándola para abrirla. Su reacción fue exactamente como Bane había esperado.

El alto Maestro giró para encarar a Bane una vez más.

—Puede que seas un Lord Oscuro ahora, Bane. Pero todavía hay mucho del lado oscuro que no entiendes. Únete a la Hermandad y podemos enseñarte lo que sabemos. Recházanos, y nunca encontrarás lo que buscas.

El Maestro caminó hacia fuera; Bane observó en silencio mientras la puerta se cerraba tras él. Qordis se equivocaba con la Hermandad, pero tenía razón en una cosa: todavía había mucho sobre el lado oscuro que Bane necesitaba entender.

Y sólo había un lugar en la galaxia donde podía ir a aprenderlo.

20

Bane trepó de vuelta a la cama después de que Qordis se fuera. Había pensado en ir a ver a Githany, pero todavía estaba exhausto. *Mañana*, pensaba mientras iba a la deriva hacia el sueño.

Varias horas después fue perturbado de nuevo por un golpear en su puerta. Esta vez se sentía más fresco cuando se despertó. Se sentó rápidamente y encendió un bastón de luz, haciendo en la habitación una suave luz. No había ventanas en su cámara, pero suponía que debía ser cerca de medianoche: bien pasado el toque de queda.

Se alzó sobre sus pies y fue a saludar a su segundo visitante no invitado. Esta vez no estuvo decepcionado cuando abrió la puerta.

—¿Puedo entrar? —susurró Githany.

Bane se hizo a un lado, captando el aroma de su perfume mientras ella pasaba junto a él. Mientras cerraba silenciosamente la puerta tras ella, caminó hacia la cama y se sentó en el borde. Dio unos golpecitos en el espacio junto a ella, y Bane diligentemente se sentó, girándose ligeramente para poder mirarle a los ojos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó él.

—¿Por qué te fuiste? —respondió ella.

—Es… es difícil de explicar. Tenías razón sobre lo que ocurrió con Sirak. Debí haber acabado con él, pero no lo hice. Fui un imbécil y débil. No quería admitírtelo.

—¿Dejaste la Academia para no tener que enfrentarte a mí? —Las palabras sonaban compasivas, como si estuviera buscando entenderle. Pero Bane podía percibir el desprecio tras ellas.

—No —explicó él—. No me fui por ti. Me fui porque tú fuiste la única que reconoció mi fracaso. Todos los demás me felicitaron por mi gran victoria: Kas'im, Qordis… todos. Estaban ciegos a la auténtica naturaleza del lado oscuro. Tan ciegos como yo había estado hasta que tú me abriste los ojos.

—Me fui porque la Academia no tiene nada más que ofrecerme. Fui al Valle de los Lords Oscuros esperando encontrar las respuestas que no podía encontrar aquí.

—¿Y nunca pensaste en venir a decirme esto? —Su voz había cambiado; el velo de falsa compasión se había ido. Ahora ella sólo sonaba enfadada. Enfadada y herida. Bane estaba aliviado de que ella se sintiera aún lo suficientemente fuerte como para revelarle algo de emoción genuina.

—Debí haber ido a ti —admitió él—. Actué precipitadamente. Dejé que mi rabia hacia Qordis me dirigiera bien lejos.

Ella asintió: la pasión y las acciones imprudentes era algo con lo que sabía que Githany podía sentirse identificada.

—He contestado a tu pregunta —dijo él—. Ahora contesta la mía. ¿Por qué estás aquí?

Ella vaciló, sus dientes mordiendo suavemente su labio inferior. Bane reconoció el gesto inconsciente; significaba que estaba perdida en sus pensamientos, tratando de averiguar algo.

—No aquí —dijo ella al fin, alzándose con rigidez de la cama—. Tengo algo que enseñarte. En los archivos.

Sin mirar atrás para ver si la estaba siguiendo, ella se abrió paso desde su habitación y hacia el tenue pasillo de más allá, moviéndose rápidamente. Bane trepó sobre sus pies y trotó tras ella, rompiendo a un trote para seguirle el ritmo.

Ella miraba justo hacia delante, sus botas dando golpes definidos mientras golpeaban el suelo de piedra con cada paso brusco. El sonido agudo hacía eco en los pasillos vacíos, pero a Githany no parecía importarle. Bane podía decir que algo la estaba molestando, pero no tenía ni idea de qué podría ser.

Encontraron la puerta de los archivos abierta. Githany no parecía sorprendida; ella pasó justo a través sin detenerse. Bane se detuvo sólo un instante antes de seguirla.

Al otro extremo de la habitación, más allá de los grupos de estanterías, ella se detuvo y se giró para encararle. Había una expresión que no podía del todo descifrar en sus rasgos arrogantes pero hermosos.

Él cruzó hasta el medio de la habitación, entonces se detuvo en corto cuando ella alzó su mano, con la palma extendida.

—Githany —dijo él, perplejo—, ¿qué está…?

Sus palabras fueron cortadas por el bum hueco de la puerta del archivo dando un portazo tras él. Él se giró para ver a Sirak, flanqueado por Yevra y Llokay. Los labios amarillo pálido del zabrak estaban retraídos en una sonrisa cruel tan amplia que le daban la apariencia de una calavera sonriendo. Bane no pudo evitar darse cuenta de las empuñaduras de sable láser que colgaban de los cinturones de los tres.

Cuando Githany habló desde detrás de él tuvo que resistir el impulso de girarse y encararla. No habría sido sabio exponer su espalda al trío de zabrak.

—¿Por qué me seguiste, Bane? —preguntó ella, su voz una mezcla de rabia, disgusto, y arrepentimiento—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? ¿No te diste cuenta de que estabas caminando hacia una trampa?

Githany le había traicionado. La conversación en su habitación había sido una prueba, una que había fallado. Él la conocía lo suficientemente bien como para esperar algo así. Debería haber tenido cuidado de una trampa. En su lugar había sido un imbécil ciego y obediente.

Él sabía que se lo había buscado. Ahora tenía que discernir una salida.

—¿Esto es lo que quieres, Githany? —preguntó él, tratando de ganar tiempo.

—Ella quiere lo que todos los Sith quieren —contestó Sirak por ella—. Poder. Victoria. Ella sabe juntarse con los Fuertes.

—Yo soy más fuerte de lo que él es —dijo Bane a Githany—. Lo demostré en el anillo de duelos.

—Hay más fuerza aparte de las proezas físicas —contestó Sirak, encendiendo su sable láser. Era de la variedad de doble hoja. Los ojos de Bane estaban centrados directamente en las hojas rojas brillantes, pero escuchó el siseo mientras los otros dos zabrak le seguían. Githany, sin embargo, no había encendido aún su látigo.

—La fuerza significa más que sólo la habilidad para usar la Fuerza —continuó Sirak, empezando a avanzar—. Significa inteligencia. Astucia. Crueldad.

—Sabes qué fácilmente te derroté en el anillo —dijo Bane, finalmente hablando directamente a Sirak, aunque sus palabras todavía eran para Githany—. ¿Estás tan seguro de que puedes derrotarme ahora?

—Cuatro contra uno, Bane. Y te dejaste tu sable láser en tus cámaras. Me gustan estas probabilidades.

Bane se rió y le dio la espalda a Sirak. El zabrak estaba lo suficientemente cerca como para lanzarse y matarle de un golpe, pero Bane estaba apostando a que se contendría, con cuidado de ser atraído a una trampa. Era una apuesta peligrosa, pero quería estar mirando directamente a los ojos de Githany cuando dijera lo que podían ser sus últimas palabras.

—Este imbécil realmente cree que me trajiste aquí por su bien —le dijo a ella. Tras él podía percibir la confusión y la inseguridad de Sirak. Ningún ataque llegó aún.

Githany encontró su mirada con una mirada fría, inquebrantable y no respondió. Pero sus dientes se hundieron en su labio inferior.

—Ambos sabemos por qué me has traído aquí, Githany —dijo él, hablando rápidamente. Sirak no esperaría mucho—. No quieres quedarte junto a Sirak. Has estado planeando formas de hacerme matarlo desde que llegaste por primera vez.

—¡Suficiente! —gritó Sirak. Bane se lanzó hacia delante, rodando fuera del camino en el último segundo en que el sable láser de doble hoja cortó una profunda hendidura en el punto donde había estado en pie. Mientras rodaba para ponerse en pie, vio a Githany moverse; cuando ella le lanzó su sable láser, él ya estaba extendiendo su mano y utilizando la Fuerza para guiar la empuñadura hacia su agarre.

El arma brilló encendiéndose y él se giró justo a tiempo para bloquear la carga de Sirak. Yevra y Llokay estaban a un par de metros atrás, corriendo hacia delante para unirse a la refriega.

Bane contraatacó, cortando en bajo hacia las piernas de Sirak. El zabrak bloqueó el golpe, y sus espadas colisionaron con un zumbido ardiente. Al borde de su consciencia, Bane escuchó el sonido del látigo de Githany encenderse.

Una rápida ráfaga hizo que Sirak retrocediera. Bane hizo una finta como si fuera a presionar hacia delante, entonces dio un paso atrás, abriendo un metro de espacio entre ellos. Le dio sólo el tiempo suficiente para sacar su brazo en dirección a la inadvertida Yevra. Agarrándola con la Fuerza, la lanzó contra una de las estanterías cercanas con la suficiente fuerza para astillar la madera.

Ella cayó al suelo, mareada. Antes de que tuviera ocasión de levantarse, Githany cortó con su látigo y acabó con la vida de la mujer zabrak.

Bane apenas tuvo tiempo de registrar su muerte antes de que Llokay estuviera sobre él. El zabrak de piel roja estaba superado, pero su codicia y rabia le energizaban, y él dirigió a su oponente mucho más grande hacia atrás con una brutal serie de desesperados cortes y golpes.

Tambaleándose hacia atrás, Bane estaba casi demasiado distraído para ver a Sirak desatar un rayo de relámpagos chispeantes azules hacia él. En el último segundo giró y captó el rayo potencialmente letal con la hoja de su sable láser, absorbiendo su energía. El movimiento había sido una de instinto y último recurso, y le había dejado vulnerable a un único empujón rápido de Llokay. Pero el látigo de Githany estaba golpeando y restallando en los ojos y cara de Llokay, y su espada estaba ocupada frenéticamente protegiéndose de los golpes.

Bane volvió su atención de vuelta a Sirak, que vaciló. En ese momento hubo un grito de Llokay: debía haber juzgado mal el camino errático del látigo de energía de Githany y perdido un ojo. Un segundo grito debía haber seguido, pero ella cortó abriendo su garganta, la punta ardiente de su arma seccionando sus cuerdas vocales de forma que murió en un silencio agonizante.

Superado en número, Sirak extinguió su sable láser, lo dejó caer al suelo, y cayó de rodillas.

—Por favor, Bane —rogó él, su voz chasqueando—. Abandono. Eres un verdadero Lord Sith. Ahora lo sé.

Githany susurró,

—Acábalo ahora, Bane.

Bane avanzó hasta que se alzó sobre su enemigo rastrero. De repente no era sólo Sirak al que vio ante él. Era todo el mundo al que había abatido. Cada vida que había tomado. Fohargh, el makurth. Los innombrables soldados de la República que había matado en Apatros. Su padre.

Era responsable de sus muertes. Incluso ahora, le pesaban. La culpa sobre la muerte de Fohargh le había dejado insensible al lado oscuro durante meses. Le había encadenado como el hierro. No quería sufrir eso de nuevo.

—Escúchame —rogó Sirak—. Te serviré. Haré todo lo que me ordenes. Puedes utilizarme. Puedo ayudarte. ¡Por favor, Bane… ten piedad!

Bane se tranquilizó.

—Aquellos que piden piedad —respondió fríamente—, son demasiado débiles para merecerla.

Su espada decapitó a su indefenso enemigo. El torso permaneció hacia arriba durante todo un segundo, los bordes chamuscados del muñón cauterizado donde la cabeza había estado unida una vez, todavía humeaban. Entonces cayó hacia delante.

Mirando hacia abajo, Bane sintió sólo una cosa: libertad. La culpa, la vergüenza, el peso de la responsabilidad se había desvanecido todo en un único acto, decisivo. Se había abierto al lado oscuro por completo. Se disparaba a través de él, llenándole con confianza y poder.

Con poder, obtengo victoria. Con victoria mis cadenas se rompen.

Él se giró para ver a Githany sonreír, sus ojos llenos de deseo.

—Yo de todas las personas debía haber sabido que era mejor no subestimarte —dijo ella—. ¡Me viste coger tu sable láser! Es por eso por lo que me seguiste.

—No —contestó Bane, todavía embriagado por el arrebato de matar a su enemigo—. No vi nada. Sólo estaba suponiendo.

Por un breve momento su expresión se oscureció; entonces explotó con una risa.

—Nunca dejas de asombrarme, Lord Bane.

—No me llames eso —dijo él.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Qordis le ha dado a todos los estudiantes el rango de Lord Oscuro de los Sith.

Al verle dolido, ella caminó hacia delante y envolvió sus brazos alrededor de su cuello, mirando arriba a su cara.

—Bane —respiró ella—, ¡vamos a luchar contra los Jedi! ¡Vamos a unirnos a la Hermandad de la Oscuridad de Lord Kaan!

Él extendió el brazo hacia arriba y agarró sus delicadas manos con las suyas enormes, entonces suavemente desenvolvió sus brazos de alrededor de su cuello. Confusa, ella no ofreció resistencia mientras llevaba sus manos hacia su pecho, con las suyas atrapadas entre ellas.

¿Cómo podía hacerla entender? Él era del lado oscuro ahora; la ejecución de Sirak había sido el último paso. Había cruzado el umbral; no iba a retroceder. Nunca vacilaría de nuevo. Nunca dudaría de nuevo. La transformación que había empezado cuando fue por primera vez a la Academia estaba completa: era un Sith.

Ahora, más que nunca, entendía los fracasos de la Hermandad.

—Kaan es un imbécil, Githany —dijo él, mirando intensamente a sus ojos para leer su expresión.

Ella retrocedió ligeramente y trató de alejar sus manos. Él las sostuvo firmemente.

—Ni siquiera has conocido nunca a Lord Kaan —dijo ella a la defensiva—. Yo sí. Es un gran hombre, Bane. Un hombre de visión.

—Está ciego como una babosa de cueva orkelliana —insistió Bane—. ¡La Hermandad de la Oscuridad, esta Academia, todo en lo que los Sith se han convertido es un monumento a su ignorancia! —Él agarró sus manos con más firmeza aún—. Ven conmigo. No queda nada para nosotros en Korriban, y sólo muerte en Ruusan. Pero conozco de un sitio donde podemos ir. Un lugar donde el lado oscuro es aún fuerte.

Ella liberó sus manos retorciéndolas y las alejó de él.

—Lord Kaan ha unido a los Sith en una única y gloriosa causa. Podemos unirnos a ellos en Ruusan.

—¡Entonces ve! —Escupió Bane—. Únete a los otros en Ruusan. Únete a ellos en su derrota.

Él se giró y se fue hecho una furia atormentado mientras ella gritaba

—Espera, Bane. ¡Espera!

Si ella hubiera hecho algún movimiento por seguirle, él lo habría hecho.

Bane pateó la puerta de la cámara de Qordis para abrirla; golpeó contra la pared con un crujido que reverberó en todo el pasillo. El Maestro de la Academia había estado despierto y ya estaba vestido, meditando en la alfombra en el centro de su habitación. Ahora saltó en pie, con la rabia oscureciendo su cara.

—¿Qué significa esto?

—¿Mandaste a Sirak a matarme? —soltó Bane. El tiempo de las sutilezas había pasado.

—¿Qué? Yo… ¿le ha pasado algo a Sirak?

—Le maté. A Yevra y Llokay, también. Sus cuerpos están en los archivos.

El shock y el horror de su reacción dejaron claro que Qordis no había sabido nada del ataque.

—¿Has hecho eso en la víspera de nuestra partida hacia Ruusan? —preguntó él, con su voz alzándose de modo estridente.

Un par de otros Maestros se habían reunido en el pasillo de fuera, atraídos por la ruidosa llegada de Bane. Un puñado de los estudiantes, también. A Bane no le importaba.

—Vosotros podéis ir a Ruusan —soltó Bane—. Yo no tendré nada que ver con la Hermandad de la Oscuridad.

—Eres un estudiante de esta Academia —le recordó Qordis—. ¡Harás lo que se te dice!

—Soy un Lord Oscuro de los Sith —contraatacó Bane—. No sirvo a nadie salvo a mí mismo.

Mirando por encima del hombro a la multitud reuniéndose de curiosos observadores, Qordis bajó su voz a un susurro amenazante.

—Nos vamos a Ruusan mañana, Lord Bane. Tú vendrás con nosotros. Esto no es un asunto a discutir.

—Me voy esta noche —contestó Bane, bajando su voz para igualar y burlar el tono de la propia voz de Qordis—. ¡Y ninguno de vosotros aquí es suficientemente fuerte para detenerme!

Él le dio su espalda al director de la Academia y caminó lentamente desde la habitación. Por un breve segundo percibió al rechazado Maestro reuniendo la Fuerza, y Bane se preparó para una confrontación. Pero un segundo más tarde sintió el poder desvaneciéndose.

En el umbral se detuvo. Cuando habló, se estaba dirigiendo a los mirones reunidos al igual que a Qordis.

—Alguien de aquí me dijo una vez que el título de *Darth* ya no se utilizaba porque promovía la rivalidad entre los Sith. Le da a los Jedi un objetivo fácil. Era más fácil simplemente abandonar la costumbre. Para tener a todos los Maestros Sith utilizando el mismo título de *Lord Oscuro*.

Él alzó su voz ligeramente, hablando lo suficientemente alto para que todos lo escucharan.

—Pero yo sé la verdad, Qordis. Sé por qué ninguno de vosotros clama el nombre para vosotros mismos. Miedo. Sois cobardes.

Él medio se giró y miró atrás a Qordis.

—Nadie de la Hermandad merece el título de *Darth*. Menos que nadie tú.

Hubo un jadeo de la reunión. Algunos de los estudiantes retrocedieron, esperando algún tipo de reacción. Por supuesto no hubo ninguna.

Agitando su cabeza en disgusto, Bane les dejó allí. Mientras pasaba a los otros Maestros, Kas'im dio un paso enfrente de él, poniendo una mano sobre su pecho.

—No te vayas —dijo el Maestro de espadas—. Hablemos de esto. Si tan sólo conocieras a Kaan lo entenderías. Es todo lo que pido, Bane.

—Es *Darth* Bane —dijo él, golpeando la mano del twi'lek y empujándole para pasar.

Nadie más trató de detenerle mientras se abría paso a través de los pasillos del templo. Nadie trató de seguirle o siquiera le llamó mientras subía las escaleras hacia la pequeña plataforma de aterrizaje del techo.

Sólo había una única nave en el aeropuerto espacial: el *Valcyn*, un crucero personal de clase-T de largo alcance. El navío con forma de espada era uno de los más finos de la flota Sith, equipado con la última y más avanzada tecnología. Había llegado justo el día antes: un regalo de Kaan a Qordis, en reconocimiento a su trabajo con los aprendices en la Academia.

Bane bajó la escotilla de acceso y trepó dentro. Durante su periodo en la milicia se le había dado un entrenamiento rudimentario en las bases de pilotar un navío estándar de hipermotor. Afortunadamente los controles del *Valcyn* eran iguales a todos los estándares intergalácticos de operación y estaban diseñados para ser fáciles de utilizar. Se sentó en la silla del piloto y encendió los propulsores, introduciendo las coordenadas del hiperespacio en su destino incluso mientras empezaba la secuencia de despegue. Un momento más tarde el *Valcyn* se elevó desde la superficie de la plataforma de aterrizaje y entonces se disparó hacia la atmósfera, dejando atrás a Korriban y la Academia.

PARTE TRES

21

Lord Hoth, Maestro Jedi y general activo de las fuerzas de la República en Ruusan, se sentaba agachado en un tocón fuera de su tienda y miraba arriba a las nubes oscuras flotando sobre el campamento. Entrecerró los ojos ante el cielo melancólico como si pudiera desvanecer la tormenta que se avecinaba con la ferocidad de su expresión.

—¿Algo le perturba, Lord Hoth?

La voz del Maestro Pernicar, su amigo de hacía tiempo y mano derecha durante su interminable campaña, llamó su atención de vuelta a donde pertenecía.

—¿Qué no me perturba, Pernicar? —preguntó él con un suspiro pesado—. Estamos escasos de comida y packs médicos. Nuestros heridos superan en número a los sanos. Los exploradores informan que hay refuerzos en camino para asistir a Kaan y a sus Sith. —Él golpeó su mano contra una rodilla—. Todo lo que tenemos viniendo en *nuestra* ayuda son jóvenes y niños.

—Niños que son poderosos en la Fuerza —le recordó Pernicar—. Si no les reclutamos a nuestro lado, los Sith los clamarán para el suyo.

—¡Maldición, Pernicar, sólo son niños! Necesito Jedi. Completamente entrenados. Todos los que podamos reunir. Pero todavía hay miembros de nuestra propia orden que rechazan ayudarnos.

—Quizás es cómo se lo has preguntado —dijo una nueva voz desde detrás de él.

Hoth se frotó la sien pero no se giró para encarar al que hablaba. Lord Valenthyne Farfalla había sido uno de los primeros Maestros Jedi en unirse al Ejército de la Luz en Ruusan. Había luchado casi en cada confrontación, y los Sith habían llegado a conocerle bien: Farfalla era difícil de pasar por alto incluso en el caos de la batalla.

Tenía largos rizos cayendo de pelo dorado que colgaban pasando sus hombros. La placa pectoral de su armadura también era dorada, abrillantada y pulida hasta que brillaba antes de cada batalla. Estaba recortada con unas mangas rojas brillantes y adornada con rubíes que iban a juego con el color de sus ojos y contrastaban con su pálida piel.

Lord Hoth le encontraba insufrible. Farfalla era un leal sirviente a la luz, pero también era un imbécil banal y pavoneante que pasaba más tiempo seleccionando su guardarropa antes de cada batalla de lo que lo hacía planeando la estrategia. Farfalla era la última persona con la que quería tratar ahora.

—Si hubieras mostrado más tacto, Lord Hoth —continuó Farfalla, saliendo a la vista—, podrías haber atraído a más Jedi a tu causa.

—¡No debería tener que persuadirles! —rugió Hoth, saltando sobre sus pies y moviendo sus brazos en exasperación. Farfalla saltó con agilidad fuera del camino—. ¡Estamos luchando contra los Sith! ¡El lado oscuro debe ser destruido! ¡Podríamos hacerlo si más Jedi estuvieran aquí!

—Hay algunos que no lo ven así —dijo con calma Pernicar. Se había acostumbrado a las explosiones de Hoth durante su tiempo en Ruusan, y había aprendido a ignorarlas, la mayor parte del tiempo.

—Hay otros mundos de la República aparte de este que están bajo ataque —metió baza Farfalla—. Muchos Jedi están ayudando a las tropas de la República en otros sectores, ayudándoles contra las flotas Sith.

Hoth escupió en el suelo y estaba contento de ver la mirada de Farfalla de disgusto horrorizado.

—Esas flotas puede que vuelen con la insignia de los Sith, pero están hechas de seres ordinarios. La República tiene los números para derrotarles. No necesitan la ayuda de los Jedi para hacerlo. Todos los Sith reales… los Lords Oscuros… están aquí ahora. Si derrotamos a la Hermandad de la Oscuridad, la rebelión Sith colapsará. ¿No entienden eso?

Hubo un largo silencio mientras los otros dos intercambiaban miradas intranquilas. Fue Pernicar quien finalmente encontró el coraje de responder.

—Algunos de los Jedi creen que no deberíamos estar aquí. Sienten que la única cosa que mantiene unida a la Hermandad es su odio al Ejército de la Luz. Claman que si desbandamos y rendimos Ruusan, entonces los Sith rápidamente se volverán los unos contra los otros, y la Hermandad se hará pedazos ella misma.

Hoth agitó su cabeza en incredulidad.

—¿No ven qué gran oportunidad tenemos aquí? ¡Podemos barrer a los seguidores del lado oscuro de una vez por todas!

—Algunos argumentarían que ese no es el propósito de nuestra orden —sugirió suavemente Farfalla—. Los Jedi son defensores de la República. Creen que el Ejército de la Luz está prolongando la rebelión fortaleciendo la resolución de los Sith. Dicen que realmente estás haciendo daño a la República que juraste defender.

—¿Eso es lo que *tú* crees? —gruñó Hoth.

—Lord Farfalla ha estado con nosotros desde el principio —le recordó Pernicar—. Sólo te está diciendo lo que dicen los otros… esos Jedi que no han venido a Ruusan.

—Los Sith están recibiendo refuerzos de Korriban —gruñó Hoth—. Nosotros apenas tenemos suficientes números para contenerlos así. ¡Voy a tener que hacerles entender!

—Probablemente tendríamos más éxito si alguien más se aproximara a ellos —dijo Farfalla—. Hay algunos que creen que esto se ha convertido en una vendetta personal para ti. No ven Ruusan como la lucha definitiva entre la luz y la oscuridad, sino más bien como una pelea entre tú y Lord Kaan.

Hoth se sentó con cansancio.

—Entonces estamos condenados. Sin refuerzos seremos superados.

Farfalla se agachó junto a él, dejando una mano con una manicura perfecta, fuertemente perfumada sobre el hombro fornido de Hoth. Le llevó cada onza de disciplina al general Jedi no quitársela de encima.

—Mándeme, mi señor —dijo Farfalla seriamente—. He estado aquí desde el principio; creo en esta causa tan fuertemente como usted.

—¿Por qué te escucharían a ti más que a mí?

Farfalla soltó una risa alta, trinante que le dio dentera a Hoth.

—Mi señor, pese a toda su habilidad en la batalla y a todo su poder en la Fuerza, es de algún modo escaso en el delicado arte de la diplomacia. Es un general brillante, y su naturaleza taciturna le sirve bien cuando da órdenes a sus tropas. Desafortunadamente, puede mantener a aquellos que no están bajo su mando a raya.

—Es demasiado cortante, mi señor —aclaró Pernicar.

—Eso es lo que acabo de decir —insistió Farfalla con sólo una sombra de molestia. Entonces continuó—: Por otra parte, la gente me encuentra a mí ingenioso y encantador. Puedo ser bastante persuasivo cuando es necesario. Deme permiso para reclutar a otros para nuestra causa, y volveré con cien… no, ¡trescientos! Jedi preparados para unirse al Ejército de la Luz.

Hoth dejó caer su cabeza en sus manos de nuevo. Su sien estaba palpitando: Farfalla siempre parecía tener ese efecto sobre él.

—Ve —murmuró sin mirar arriba—. Si estás tan seguro de que puedes traerme refuerzos, entonces tráemelos.

Farfalla dio una extravagante reverencia, entonces se giró con una floritura y se fue, su seguridad de oro saliendo a chorros tras él en el viento levantándose de la tormenta que se avecinaba.

Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Pernicar habló de nuevo.

—¿Es eso sabio, mi señor? Nuestros números ya son escasos. ¿Cuánto cree que podremos sobrevivir sin él?

La lluvia empezó a caer en grandes gotas, pesadas, y una idea saltó en la mente de Hoth.

—Los Sith no pueden derrotarnos si no nos levantamos y luchamos —dijo él—. No les daremos ocasión. La estación húmeda está aquí; las lluvias harán imposible que sus rastreadores nos encuentren. Nos ocultaremos en el bosque, hostigándoles con rápidos ataques y emboscadas antes de que nos desvanezcamos de vuelta en los árboles.

—Esa estrategia no funcionará una vez que la estación seca llegue —advirtió Pernicar.

—Si Farfalla no me ha traído mis refuerzos para entonces, no importará —contestó Hoth.

* * *

Los cinco Intrusos —pequeñas naves de transporte, de alcance medio multitropas utilizadas por los Sith— barrían en bajo por el horizonte de Ruusan. Cada navío llevaba una tripulación de diez, compuesta completamente de antiguos estudiantes y Maestros de la Academia de Korriban.

En la nave líder Githany manejaba los controles con la precisión calmada de un piloto altamente entrenado. Ella había aprendido a volar realmente en un navío de la República, pero las bases eran las mismas.

Los Intrusos eran más ligeros y más rápidos que los transportes Vivac preferidos por la República. Los Intrusos tenían menos placas de armadura, sacrificando la seguridad de los ocupantes del interior a cambio de un mayor alcance y maniobrabilidad. Como para demostrar el punto, ella lanzó su navío abajo y fuerte hacia babor, llevándolo tan cerca de la superficie del planeta que las hojas de los árboles de los grandes bosques de Ruusan temblaban al paso de su motor de iones.

Los otros navíos siguieron su camino, sin romper nunca la formación. Enlazados a Githany a través de la Fuerza, los otros pilotos reaccionaron al perfecto unísono a cada movimiento suyo. Si ella cometía un error, todo el convoy caería. Pero Githany no cometía errores.

—Sería más seguro subir más alto sobre la línea de los árboles —observó Lord Qordis desde su asiento al lado de Githany en la cabina de mandos.

—No quiero que los Jedi capten nada en sus escáneres —explicó ella, su atención centrada en evitar que la nave se estrellara contra el océano de madera a meros metros bajo el casco—. La Hermandad no ha asegurado esta región. Si un escuadrón de observadores nos fija, estos transportes no están equipados con suficiente poder de fuego para contenerlos.

Lejos en la distancia, media docena de pequeños cazas salieron a la vista, su trayectoria llevándoles en una línea recta para interceptar el camino de los Intrusos. Qordis maldijo, y Githany se preparó para empezar las maniobras evasivas.

Un segundo más tarde reconoció el perfil distintivo de los Buitres Sith y respiró un suspiro de alivio.

—Nuestra escolta está aquí —dijo ella.

Estarían en el campamento base Sith en un par de minutos, y con los Buitres ahí para captar cualquier caza Jedi que llegara ya no había necesidad de volar tan peligrosamente cerca de las copas de los árboles. Ella podría aflojar la palanca para llevar la nave arriba a una altura más segura.

En su lugar, ella mantuvo su rumbo. Disfrutaba de la emoción de estar a un diminuto error de un final instantáneo y feroz. Por su postura rígida en la silla del copiloto, estaba claro que Qordis no compartía su opinión.

Una vez que hubieron alcanzado el bosque ella aceleró su velocidad, entonces llevó abajo su nave con gracia en el campo de aterrizaje al borde del campamento de Lord Kaan.

Una pequeña colección de Maestros Sith, Kaan de pie en cabeza, esperaba para saludar a los refuerzos mientras desembarcaban. Debían haber sido sólo cincuenta en número, pero cada uno de ellos era un Lord Sith: más poderoso que toda una división de soldados.

Mientras ella se abría paso bajo la rampa de salida de la nave, Githany fue rápida en entender por qué su presencia había sido solicitada tan urgentemente. Más allá de la reunión de Lords Oscuros, el resto del campamento disperso en los límites de su visión y todo lo que podía ver, era una imagen de lúgubre desesperación. Tiendas andrajosas y

destartaladas reunidas en pequeños anillos de cinco albergaban al grueso del ejército: domicilios de tela manchados y raídos por el viento y la lluvia. Dispersos entre ellos estaban los navíos repulsores, las torretas pesadas, y otros instrumentos de guerra. El equipo estaba cubierto de barro seco y manchas de óxido, como si los esfuerzos por mantenerlos apropiadamente hubieran sido abandonados.

Las tropas estaban dispersas en pequeños focos, agachados alrededor de los fuegos de cocina construidos en los círculos de tiendas. Sus uniformes estaban cubiertos de polvo y mugre; muchos llevaban vendajes sucios sobre heridas que habían abandonado toda esperanza de mantener limpias o estériles. Sus caras estaban todas marcadas por el sabor amargo de demasiadas derrotas a manos de sus enemigos, y fue la desesperanza de sus caras lo que causaba mayor impresión.

Lord Qordis parecía de piedra igualmente ante la escena deprimente, e hizo una mueca mientras Lord Kaan se aproximaba.

Kaan parecía delgado, su cara demacrada y grabada con líneas de preocupación. Su pelo estaba empapado, desaliñado y desordenado. Una barba de un día ensombrecía su mentón, haciéndole parecer viejo y cansado. Parecía físicamente más pequeño de lo que Githany le recordaba. Disminuido. Menos imponente. La chispa que había encontrado tan persuasiva cuando lo había encontrado por primera vez ya no estaba ahí. Sus ojos habían ardido una vez con el fuego de un hombre absolutamente confiado de su inminente éxito. Ahora ardían con algo más. Desesperación. Locura, quizás. No podía evitar preguntarse si Bane tenía razón.

—Bienvenido, Lord Qordis: —dijo Kaan, agarrando el brazo del recién llegado en saludo. Él liberó su agarre y se giró para dirigirse al resto de ellos—. Bienvenidos, todos vosotros, a Ruusan.

—No esperaba ver tu ejército en tal forma lamentable. —Murmuró Qordis.

Una mirada que debía haber sido rabia parpadeó por los rasgos de Kaan. Entonces se fue, reemplazada por la brillante confianza que Githany recordaba. Lanzó atrás sus hombros y se irguió un poco más firme.

—No puedes juzgar la victoria de una guerra sin ver la condición de ambos bandos. —Dijo él secamente—. Los Jedi están aún en peor forma. Mi inteligencia informa que sus bajas son mucho mayores que las nuestras. Sus suministros se están agotando; sus números están mermando. Tenemos packs médicos, comida, y mayores números. Y ellos no tienen nuevos refuerzos.

Alzó su voz para que llegara a través del campamento, sus palabras estallando sobre el paisaje de tiendas.

—Ahora que estáis aquí, ¡la Hermandad de la Oscuridad está al fin completa!

Las tropas en el campamento se detuvieron y le miraron. Un par se alzaron expectantes en pie. Había fuego en esa única afirmación simple; reavivaba la esperanza de esas cenizas húmedas por su fatiga y desesperación.

—Todo el poder de los Lords Sith está ahora unido aquí en Ruusan —continuó él, proyectando sus palabras hasta incluso el más distante de sus seguidores. Alcanzándoles

con el innegable poder de la Fuerza, él les alimentaba, les rejuvenecía, y llenaba sus espíritus vacíos—. Somos fuertes. Más fuertes que los Jedi. ¡Somos los campeones del lado oscuro, y aplastaremos a Lord Hoth y a sus sirvientes de luz!

Un gran grito rugió de entre las tropas. Aquellos que estaban sentados saltaron sobre sus pies. Aquellos que estaban en pie lanzaron sus puños arriba al aire. El eco de sus ánimos agitó el campamento como un terremoto.

Githany lo sentía de forma tan segura como el resto de las tropas. Era más que sólo las palabras. Era la forma en la que las decía. Todas sus dudas y miedos simplemente se desvanecieron, aplastadas por el peso de una simple y breve charla. Era como si hubiera sido forzada a obedecer por un poder aún mayor que ella misma.

Se abrieron paso a través del campamento, deleitándose en el nuevo optimismo de las tropas mientras Lord Kaan les llevaba a la gran tienda donde tenían lugar sus sesiones de guerra. Un twi'lek rechoncho se puso al lado de Lord Qordis justo enfrente de Githany. Llevada por el momento, le llevó varios segundos recordarle: Lord Kopecz.

—¿Dónde está Bane? —preguntó a Qordis, su voz tan baja que sólo Qordis y Githany probablemente le escuchaban.

—Bane se ha ido —respondió Qordis.

Kopecz gruñó.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le mataste? —Él hizo poco por ocultar su desprecio.

—Todavía vive. Pero le ha dado la espalda a la Hermandad de la Oscuridad.

—Le necesitamos —insistió Kopecz—. Es demasiado fuerte para que simplemente le dejes ir.

—¡Fue elección suya, no mía! —soltó Qordis.

Ellos continuaron sin hablar. Kopecz al final rompió el silencio, suspirando mientras preguntaba,

—¿Al menos sabes dónde fue?

—No —dijo Qordis—. Nadie lo sabe.

* * *

Bane sacó al *Valcyn* del hiperespacio en el borde más alejado del sistema remoto, entonces encendió los motores de iones y continuó lentamente hacia el único planeta habitable: un pequeño mundo atrapado en órbita alrededor de una estrella amarilla pálida.

El nombre oficial del planeta era Lehon —el mismo que el del sistema solar— pero era más comúnmente referido como el Mundo Desconocido. Casi tres mil años antes, en este sistema insignificante localizado más allá de los límites más alejados del espacio explorado, Darth Revan y Darth Malak habían descubierto a los Rakata: una especie antigua de usuarios de la Fuerza que habían gobernado la galaxia mucho antes del nacimiento de la República.

También habían descubierto la Forja Estelar, una increíble estación espacial en órbita y fábrica… y un monumento al poder del lado oscuro. Una gran batalla se había luchado

aquí entre la República, liderada por el Maestro Jedi redimido Revan, y los Sith de Darth Malak. Malak había caído, los Sith fueron derrotados, y la Forja Estelar había sido destruida, aunque a un gran coste para la República.

Incluso ahora los restos de esa titánica batalla permanecían. Naves de ambas flotas habían sido atrapadas en la cataclísmica explosión que había destruido la Forja Estelar. Cualquier cosa atrapada en las ondas de choque de la detonación, incluyendo la propia fábrica inmensa, había sido torcida y destruida por la fuerza de conmoción, entonces fusionado por el calor de la explosión en irreconocibles trozos de metal fundido.

Muchos de los restos se habían fusionado en una amplia banda que rodeaba el pequeño planeta de Lehon como anillos comunes en muchos de los gigantes gaseosos de la galaxia. El resto de los escombros estaban dispersos por el sistema, orbitando el sol como un vasto campo de asteroides que hacía difícil la navegación, si no imposible.

Bane cambió los controles a manual y tomó el control. Utilizando la Fuerza, maniobró su nave con cuidado a través de la traicionera ruta de obstáculos. Le llevó casi una hora alcanzar su destino, y para cuando finalmente pasó más allá del anillo y hacia la relativa seguridad de la atmósfera del Mundo Desconocido, estaba sudando por la intensa concentración.

No había nada de tráfico de naves con el que tratar, por supuesto. Nadie le contactó mientras caía del cielo hacia la superficie del planeta, buscando un lugar para aterrizar.

Los Rakata habían sido una especie moribunda al borde de la extinción cuando Revan y Malak los descubrieron. Virtualmente, toda evidencia de su existencia más allá de su diminuto mundo natal había sido borrada; habían sido purgados de la memoria galáctica. Nada había cambiado significantemente después de la Batalla de la Forja Estelar para alterar ese hecho.

Los oficiales de la República habían estado al tanto de ellos, por supuesto, pero su existencia nunca había sido oficialmente reconocida más allá de los informes clasificados del conflicto. Se creía que la población general no habría reaccionado bien a la repentina reemergencia de una especie antigua que había esclavizado una vez a la mayoría de la galaxia conocida. Los pocos Rakata supervivientes habían declinado dejar su hogar ancestral, y sus números habían sido insuficientes para mantener un pool genético viable. Con un par más de generaciones, la larga y lenta extinción de su especie fue finalmente completa.

Mantener en secreto la existencia de los Rakata había demostrados ser una tarea sorprendentemente simple. El sistema nunca había atraído demasiada atención después de la batalla. Aunque había un montón descomunal de material de naves estelares abandonado tras la destrucción de la Forja Estelar, no se habían hecho intentos de rescatar nada de él. En lugar de profanar las tumbas flotantes de sus soldados, la República escogió honrar la memoria de sus muertos designando Lehon como un lugar histórico protegido. Eso hacía técnicamente ilegal que cualquier nave entrara en el sistema sin una autorización oficial.

Nadie nunca se molestaba en buscar tal permiso. El sistema no tenía ningún valor inherente de recursos, aparte de los escombros de naves estelares protegidos. Estaba localizado bien lejos de cualquier carretera hiperespacial establecida y de las rutas de intercambio, tan lejos que ni siquiera los contrabandistas se molestaban. Una pequeña anotación de su localización fue añadida a los registros oficiales de la República, y empezó a mostrarse como una mota insignificante en los bordes de algunos de los gráficos estelares más detallados. Aparte de eso, bien podría no haber siquiera existido.

Bane entendía que no era tan simple como eso. El Mundo Desconocido era un lugar poderoso en la Fuerza. Podía incluso haber sido el lugar de nacimiento de los primeros sirvientes del lado oscuro: los líderes Rakata que dirigieron a su gente a conquistar y esclavizar cientos de mundos diez mil años antes de que el resto de la galaxia siquiera descubriera la tecnología de los hipermotores. Ese poder había sido concentrado y centrado en la Forja Estelar, y habría sido liberado con su destrucción.

Los Jedi entendían esto, y temían qué mal debía engendrarse en tal lugar. Los oficiales de la República habían actuado a sus órdenes, aislando el sistema entero, poniéndolo eficientemente en cuarentena del resto de la galaxia. En los siguientes siglos los Jedi habían trabajado para mantener ocultos sus secretos. La historia de Revan y Malak continuaba con vida, como lo hacían los rumores y especulaciones sobre los Rakata, pero la verdadera naturaleza del Mundo Desconocido estaba enterrada bajo una pila de secretos y mentiras por omisión.

En los archivos de la Academia, Bane se había topado con trozos y fragmentos que ocultaban la verdad. Al principio ni siquiera se había dado cuenta de las implicaciones de lo que estaba viendo. Una pequeña mención de un mundo aquí. Una alusión a él allá. El entendimiento había llegado lentamente mientras desenredaba los misterios del lado oscuro. Mientras su conocimiento crecía, se había acercado más y más a reunir el puzle completo. Había pensado completarlo en el Valle de los Lords Oscuros pero había fracasado. Ahora había ido allí para reclamar la última pieza.

Bajo él, el mundo era un tapiz de pequeñas islas tropicales separadas por un océano azul brillante. Utilizó los sensores del *Valcyn* para identificar las masas de tierra más grandes, entonces se balanceó para buscar un lugar donde aterrizar. La isla estaba cubierta casi por completo por una jungla densa, frondosa, y no había claros lo suficientemente grandes para su nave. Finalmente frenó el propulsor y empezó un lento descenso, aterrizando el *Valcyn* en la playa de arena de cristal al borde de la isla.

Tan pronto como los pies de Bane tocaron la superficie del Mundo desconocido lo sintió: una profunda vibración, similar a la que había sentido por primera vez en Korriban pero mucho, mucho más fuerte. Incluso el aire se sentía diferente: cargado de historia antigua y secretos hace tiempo olvidados.

En pie con la espalda hacia el océano, mirando al muro virtualmente impenetrable de bosques que cubría el interior de la isla, percibió algo más, también: una presencia: una fuerza viva de inmenso tamaño y fuerza. Se estaba moviendo hacia él. Rápidamente.

Un par de segundos después podía escucharla aplastando la vegetación. Debía haber sido atraída por el aterrizaje de la nave en la playa, un enorme cazador buscando una presa fresca.

El rancor irrumpió adelante desde los árboles y empezó a saltar sobre la arena, bramando su terrible grito. Bane mantuvo el terreno, viéndolo venir, maravillado ante la velocidad con la que la enorme bestia se movía. Cuando había acortado la distancia entre ellos a menos de cincuenta metros, con calma alzó una mano y se extendió con la Fuerza para tocar la mente del monstruo cargando.

A su orden muda, se tambaleó para detenerse y se mantuvo en su sitio, jadeando. Con cuidado de mantener firmemente a raya los instintos depredadores de la criatura, Bane se aproximó al rancor. Permanecía calmado, tan dócil como un tauntaun siendo inspeccionado por su jinete.

Por su tamaño, Bane podía ver que era un macho adulto, aunque la brillante coloración de su piel y el pequeño número de cicatrices sugerían que debía haber llegado a su edad adulta sólo recientemente. Pasó su palma por una de sus enormes piernas, sintiendo los músculos temblar bajo la piel mientras sondeaba más profundo en el cerebro del animal.

No encontró consciencia, conceptos, o entendimiento de los Maestros que una vez hubieron domado tales bestias para utilizarlas como guardianes y monturas. No estaba sorprendido: los Rakata se habían desvanecido muchos siglos antes de que este rancor naciera. Pero Bane estaba buscando algo más.

Un conjunto de imágenes y sensaciones le asaltaron. Innumerables cazas a través del bosque, la mayoría acabando en una matanza con éxito. El desgarrar de los nervios y los huesos. El festín de excavar la carne todavía caliente. La búsqueda de una compañera. Luchar con otro rancor por la dominación. Y entonces, finalmente, encontró lo que estaba buscando.

Enterrado profundamente en los recuerdos de la criatura estaba la imagen de una pirámide de piedra gigante de cuatro lados oculta en las profundidades del corazón de la jungla. El rancor la había visto sólo una vez antes, cuando todavía era una cría al cuidado de sus madres de la manada. Aún así la estructura había dejado una marca indeleble en la mente bruta.

El rancor era un animal, el más alto de la pirámide alimenticia del Mundo Desconocido. No conocía el miedo, aún así, dejó salir un gemido mientras Bane sacaba a la luz el recuerdo de ese Templo. La bestia se estremeció, sabiendo que se esperaba de ella, pero no tenía energías para huir; la Fuerza le obligaba a obedecer.

Se agachó bajo en el suelo, y Bane saltó sobre su espalda. Se alzó cuidadosamente sobre sus pies, su jinete colgando en sus grandes hombros, encorvados. A la orden de Bane el rancor cargó con él, dejando la playa atrás y dirigiéndose de vuelta al bosque, llevándole hacia el antiguo Templo Rakata.

22

Llevó casi una hora antes de que Bane alcanzara su destino. La vegetación a su alrededor estaba pululando de vida, pero mientras era llevado a través de la jungla no vio nada más grande que insectos o pájaros pequeños. La mayoría de las criaturas se dispersaban antes del avance del rancor, desvaneciéndose mucho antes de que Bane llegara lo suficientemente cerca como para captar siquiera un vistazo de ellos. Aún así aunque se dispersaban, el sentido agudo del olfato del rancor a menudo captaba su rastro, y más de una vez Bane había tenido que controlar los instintos cazadores de la bestia para mantenerla en la ruta.

Tan difícil como era evitar que la bestia corriera en persecución de su próxima comida, se volvió aún más difícil dirigirla hacia delante conforme se acercaban al templo. Cada pocos pasos trataría de virar a un lado o de repente alejarse de su ruta. Una vez incluso trató de alzarse y descargarlo de sus hombros.

Bane no podía ver más que un par de metros por delante a través de la densa vegetación, pero sabía que estaban cerca ahora. Podía percibir el poder del Templo, llamándole desde detrás de la cortina impenetrable de enredaderas y ramas retorcidas. Recortando con el lado oscuro, aplastó lo último de la poderosa voluntad del rancor para resistir y alentarle hacia delante.

De repente rompieron a través de un claro, un círculo de cerca de cien metros de amplitud. En el mismo centro se erguía el Templo Rakata. La estructura se alzaba casi veinte metros hacia el cielo, un monumento de roca excavada y piedra. La única entrada era una amplia arcada en la cima de una enorme escalera grabada en la pared exterior del Templo mismo. Su superficie era prístina: brillante y pura, impoluta por el musgo trepando o las hiedras trepando. Los terrenos que lo rodeaban eran yermos, salvo por una alfombra de hierba corta, suave. Era como si la jungla temiera reptar hacia delante y reclamar la piedra corrupta.

Bane saltó de su montura, toda su atención centrada en la estructura alzándose ante él. Liberado de su poder, el rancor se giró y huyó de vuelta a la espesura. La terrible cacofonía aplastante de su escapada se sobreponía a sus aullidos de tortura, pero Bane no se dio cuenta de ningún sonido. No tenía ningún otro uso para el rancor; había encontrado lo que estaba buscando.

Dio un tambaleante paso hacia delante antes de detenerse. Agitó su cabeza para aclararla. El lado oscuro era fuerte aquí, tan fuerte que le hacía sentir mareado. Eso significaba que este era un lugar de peligro; no podía permitirse merodear en un estupor.

De acuerdo a los registros que había leído en los archivos, el Templo había estado protegido una vez por un poderoso escudo de energía, uno que requería a toda una tribu Rakata —de la cual cada individuo había sido un poderoso usuario de la Fuerza— para hacerlo caer. No percibía ninguna barrera así, pero sólo un imbécil procedería sin cuidado.

Como había hecho en las tumbas en Korriban, empezó a sondear el área alrededor de él con la Fuerza. Sintió los ecos de los guardianes que habían protegido una vez el Templo, pero eran tan débiles como si casi no existieran. No estaba sorprendido. Los escudos alrededor del Templo habían sido alimentados por el poder de la Forja Estelar en órbita. Con su destrucción, los escudos habían caído, junto con todas las otras defensas que habían convertido al Mundo Desconocido en un cementerio de naves.

Preguntándose qué más se había perdido en el fin violento de la Forja Estelar, cruzó el patio circundante y subió los escalones del Templo. La escalera era escarpada pero amplia, y la piedra no estaba ni desgastada ni agrietada pese a su edad. Terminaba en un pequeño rellano que llevaba a la arcada de piedra de la entrada, tres cuartos del camino hacia arriba. Se detuvo en el umbral, entonces pasó a través. Tuvo una breve sensación de lo que debía haberse sentido para aquellos que llegaron antes que él: la anticipación, la emoción del descubrimiento. Una vez dentro, sin embargo, sólo le llevó un par de minutos de exploración para que su excitación se desvaneciera.

Como en Korriban, el Templo había sido despojado de cualquier cosa de valor. Buscó durante horas, empezando por la planta superior por donde había llegado al principio y procediendo más y más profundamente hasta que alcanzó el nivel del fondo, revisando cada centímetro de los pasillos vacíos y las habitaciones desiertas. Aún así, aunque su búsqueda estaba demostrando ser fútil, no desesperó. Las criptas en el Valle de los Lords Oscuros habían sido drenadas y dejadas secas. El Mundo Desconocido se sentía diferente. Había aún poder aquí.

Tenía que haber algo ahí para que él lo encontrara. Estaba seguro de ello. Rechazaba aceptar otro fracaso.

Fue en el nivel inferior del Templo, bien bajo la superficie del planeta, que su obsesiva misión terminó finalmente. Cuando tropezó por primera vez dentro de la habitación, su atención fue inmediatamente atraída por los restos de un enorme ordenador, pero estaba claramente más allá de cualquier esperanza de reparación. Y entonces se dio cuenta de algo en la pared de piedra de detrás del ordenador.

La superficie estaba grabada con un número de símbolos arcanos: el lenguaje de los Rakata, quizás. No significaban nada para él, y los habría rechazado sin mirarlos dos veces. Excepto por que uno de ellos estaba brillando.

Casi no se había dado cuenta al principio. Era sutil: una tez leve violeta recorriendo los bordes de una de las formas inusuales. Estaba casi perfectamente al nivel de sus ojos.

Mientras lo miraba, el brillo se hizo más fuerte. Caminó hacia delante y extendió un brazo tanteando con su mano. La luz parpadeó y se apagó, sorprendiéndole hasta retroceder un paso. Extendió el brazo de nuevo, pero esta vez, en lugar de utilizar su mano, se extendió con la Fuerza.

La letra de piedra brilló con vida.

Luchando por contener su ansiedad, de nuevo extendió su mano y presionó fuerte contra el símbolo brillante. Hubo un sonido de engranajes girando, y el moler de piedra

contra piedra. Las uniones de un pequeño cuadrado —menos de medio metro a cada lado— tomaron forma en la pared mientras una sección de piedra empujaba hacia fuera.

Bane caminó hacia atrás mientras el bloque se venía abajo del muro y se destrozaba en el suelo a sus pies, revelando un pequeño cubículo tras él. Sin duda, lanzó su brazo a la oscuridad para agarrar lo que fuera que hubiera dentro.

Sus dedos se envolvieron alrededor de algo frío y pesado. Lo sacó y lo miró maravillado ante el artefacto en su mano. Ligeramente más grande que su puño, tenía la forma de una pirámide de cuatro lados, una diminuta réplica del Templo en el que estaba. Bane instantáneamente reconoció su premio por lo que era: un Holocrón Sith, una reposición de conocimiento prohibido simplemente esperando a ser liberado.

El arte de construir Holocrones se había perdido durante innumerables milenios, pero por sus estudios, Bane sabía algo de las bases teóricas tras su diseño. La información que contenían estaba almacenada dentro de una matriz digital entrelazada, autoencriptada. Los sistemas de protección de un Holocrón no podían ser sorteados o rotos; la información no podía ser pirateada o copiada. Sólo había una forma de acceder al conocimiento capturado en él.

Cada holocrón estaba impreso con la personalidad de uno o más Maestros para servir como guardianes. Cuando se accedía a ellos por alguien capaz de entender sus secretos, el Holocrón proyectaría diminutas imágenes holográmicas y crudas de los varios guardianes. A través de la interacción con el estudiante, el simulacro programado enseñaría e instruiría de la misma forma que lo haría un mentor de carne y hueso.

Sin embargo, todos los registros de Holocrones Sith habían hecho mención a los antiguos símbolos que adornaban la pirámide de cuatro lados. El Holocrón que sostenía en su mano era casi completamente liso. ¿Podía ser este anterior incluso a los Holocrones de los Sith antiguos? ¿Era esta una reliquia de los propios Rakata? ¿Serían los guardianes del Holocrón las personalidades impresas de Maestros aliens de un tiempo incluso anterior al nacimiento de la República? Y si era así, ¿estarían dispuestos a enseñarle sus secretos? ¿Siquiera le responderían?

Moviéndose cuidadosamente, puso el Holocrón suavemente en el suelo, entonces se sentó ante él. Cruzó sus piernas y empezó a respirar de forma profunda y lenta en un trance meditativo. Reuniendo y concentrando su energía, Bane proyectó una oleada de poder de la Fuerza oscura para atrapar a la pequeña reliquia en el suelo. El Holocrón empezó a chispear y vibrar en respuesta.

Contuvo su aliento en anticipación, inseguro de lo que vendría después. Un pequeño rayo de luz se proyectó hacia fuera de la parte superior, las partículas dispersas y difusas. Empezaron a flotar y girar, reuniéndose en una figura con capa, sus rasgos completamente ocultos por la capucha de su túnica pesada.

Entonces una voz habló, definida y clara.

—Soy Darth Revan, Lord Oscuro de los Sith.

Los pasillos vacíos del Templo arriba temblaron con la reverberación de la risa triunfante, explosiva de Bane.

Para Bane parecía que las enseñanzas contenidas en el único Holocrón sobrepasaban aquellas de todos los archivos de la Academia. Revan había descubierto muchos de los rituales de los Sith antiguos, y mientras el avatar del Holocrón le explicaba su naturaleza y propósito, Bane apenas podía envolver su mente alrededor de su increíble potencial. Algunos de los rituales eran tan terribles —tan peligrosos de intentarlos, incluso para un verdadero Maestro Sith— que dudaba que incluso se atreviera a utilizarlos. Aún así, obedientemente los copió en las hojas de plastifino, preservándolos para poder estudiarlos con mayor profundidad más tarde.

Y había mucho más que sólo las prácticas antiguas de los hechiceros del lado oscuro almacenado dentro del Holocrón. En tan solo un par de semanas cortas había aprendido más de la naturaleza verdadera del lado oscuro de lo que lo había hecho en todo su tiempo en Korriban. Revan había sido un verdadero Lord Sith, al contrario que los Maestros atontados que se inclinaban ante Kaan y su Hermandad. Y pronto todo su conocimiento —su entendimiento del lado oscuro— pertenecería a Bane.

* * *

Githany se levantó con un sobresalto, pateando las cubiertas de su catre y el suelo de tierra de la tienda. Estaba sudando y ruborizada, pero no era por el calor. Ruusan había entrado en la estación de lluvias, y aunque los días eran cálidos y húmedos, por la noche la temperatura bajaba lo suficiente para que los centinelas en el deber pudieran ver las nubes neblinosas de su propio aliento.

Había estado soñando con Bane. No, no soñando. Los detalles eran demasiado agudos y claros para llamarlo un sueño; la experiencia demasiado vívida y real. Era una visión. Había un enlace entre ellos dos, un vínculo establecido a través de su tiempo juntos estudiando la Fuerza. Una conexión entre mentor y estudiante que no era inaudita, aunque Githany ya no estaba segura de quién había sido realmente el Maestro y quién el aprendiz en su relación.

Su visión había sido una de una claridad brillante: Bane iba a ir a Ruusan. Pero no iba a ir a unirse a la Hermandad. Iba a ir a destruirla.

Ella tembló, la transpiración enfriando su piel en el frío del aire de la noche. Rodó fuera de su cama y sacó su capa pesada de sobre sus finas sábanas. Tenía que hablar con Kaan sobre esto. No podía esperar a la mañana.

La noche era oscura: la luna y las estrellas estaban bloqueadas por las nubes de tormenta taciturna que habían llenado el cielo desde el momento en que ella y los otros de Korriban habían llegado. Una ligera niebla caía del cielo, una ligera mejora de la llovizna regular que había estado cayendo cuando ella fue agotada a la cama.

Un puñado de otros Sith estaba merodeando el campamento. Un par murmuraban saludos ininteligibles mientras pasaban, pero la mayoría mantenían sus cabezas bajas y sus pies golpeando regularmente contra el barro. El ardor que Kaan había inspirado cuando los refuerzos habían llegado había sido anulado por el aparentemente

interminable fluyo de días grises, húmedos. Pasarían varias semanas más antes de que las lluvias abatieran y dieran paso al sofocante calor del largo verano de Ruusan. Hasta entonces, los seguidores de Kaan continuarían sufriendo la humedad y el frío.

Githany no prestó atención. Centrada en su misión, frenó sólo cuando alcanzó la entrada a la gran tienda que Kaan había convertido en sus cuartos personales. Había una luz ardiendo dentro; Lord Kaan estaba despierto.

Ella entró tanteando. Lo que tenía que decir era sólo para sus oídos. Afortunadamente le encontró solo. Pero se detuvo en la entrada, mirando en fascinación mórbida a la aparición ante ella. En el tenue brillo de la linterna que había servido de la única fuente de iluminación de la tienda, Kaan parecía un hombre que se había vuelto loco.

Estaba caminando rápidamente de arriba a abajo de la tienda, sus pasos intranquilos y erráticos. Estaba encorvado casi a la mitad, murmurando para sí mismo y agitando su cabeza. Su mano izquierda constantemente se alzaba para agarrar un mechón de su pelo, entonces rápidamente la bajaba como si hubiera sido pillado en algún acto prohibido.

Ella apenas podía creer que este ser demente fuera el hombre que había escogido seguir. ¿Era posible que Bane hubiera tenido razón todo el tiempo? Estaba al borde de deslizarse de vuelta hacia fuera en la noche empapada cuando Kaan se giró y finalmente se dio cuenta de ella.

Por un breve momento sus ojos mostraron un pánico salvaje: ardían con el miedo y la desesperación de un animal enjaulado. Entonces de repente se puso sobre su altura completa, estando recto y alto. La mirada de terror abandonó sus ojos, reemplazada por una de fría rabia.

—Githany —dijo él, su bienvenida tan fría como su expresión helada—. No esperaba visitas.

Ahora era ella la que sentía miedo. Lord Kaan radiaba poder: podía aplastarla tan fácilmente como ella aplastaba los pequeños bichos que a veces corrían por el suelo de su tienda. El recuerdo del hombre cobarde y roto se había ido, aplastado de su mente por el aura abrumadora de la autoridad de Kaan.

—Perdóneme, Lord Kaan —dijo ella con una ligera inclinación de su cabeza—. Necesito hablar con usted.

Su rabia pareció suavizarse, aunque todavía mantenía su innegable presencia de mando.

—Por supuesto, Githany. Siempre tengo tiempo para ti.

Las palabras eran más que una formalidad cordial; había algo más profundo bajo ellas. Githany era una mujer atractiva; estaba acostumbrada a ser objeto de insinuaciones y del deseo apenas oculto de los hombres. Normalmente evocaba poco más que repulsión, pero en el caso de Kaan llevaba un cálido rubor a sus mejillas. Era el fundador de la Hermandad de la Oscuridad, un hombre de visión y destino. ¿Cómo no podía sentirse halagada por sus atenciones?

—He tenido una premonición —explicó ella—. Vi… vi a Darth Bane. Estaba viniendo a Ruusan a destruirnos.

—Qordis me ha puesto bien al tanto de las visiones de Bane —dijo él, asintiendo—. Esto no es inesperado.

—Él no ve la gloria de nuestra causa —dijo Githany, disculpándose por Bane—. Nunca le ha conocido en persona. Su único entendimiento de la Hermandad viene a través de Qordis y los otros Maestros… los que le dieron la espalda.

Kaan le dio una mirada confusa.

—Viniste a advertirme de que Bane está planeando venir a destruirnos. Ahora parece que estás tratando de justificar sus acciones.

—La Fuerza nos muestra lo que *puede* ser, no necesariamente lo que *será* —le recordó ella—. Si podemos convencer a Bane para que se una a nosotros, podría ser un valioso aliado contra los Jedi.

—Ya veo —dijo Kaan—. Sientes que si lo traemos a los pliegues de la Hermandad, entonces tu premonición no se hará realidad. —Hubo una larga pausa, y entonces él preguntó—: ¿Estás segura de que tus sentimientos personales hacia él no están nublando tu juicio en este asunto?

Avergonzada, Githany no pudo encontrar su mirada.

—No soy la única que se siente así —murmuró ella, mirando abajo al suelo—. Muchos de los otros de Korriban están perturbados por su ausencia, también. Han sentido su fuerza. Se preguntan por qué uno tan fuerte en el lado oscuro rechazaría la Hermandad.

Ella alzó su cabeza cuando Kaan puso una mano consoladora en su hombro.

—Puede que tengas razón, Githany. Pero no puedo actuar en tu sugerencia. Nadie sabe siquiera dónde está Bane.

—Yo sí. Hay un… un vínculo entre nosotros. Puedo decirle dónde ha ido Bane.

Kaan extendió un brazo para coger su barbilla en su palma curvada. Él inclinó su cabeza hacia atrás ligeramente.

—Entonces mandaré a alguien hacia él —prometió él—. Hiciste lo correcto al venir a mí, Githany —añadió él, suavemente liberándola y dándole una sonrisa reconfortante.

Githany, brillando de orgullo, le devolvió la sonrisa.

Ella se fue un par de minutos después, tras explicar dónde había ido Bane y por qué. Kaan la observó irse, sus palabras perturbándole aunque tuvo cuidado de no dejar que se viera. Él había apaciguado sus miedos y confiaba en que permanecería leal a la Hermandad pese a su obvia atracción hacia Bane. Githany se imaginaba a sí misma el objeto de deseo de cada hombre, pero Kaan podía ver un deseo similar ardiendo brillante dentro de ella: ella tenía hambre de poder y gloria. Y él estaba también dispuesto a alimentar su orgullo y ambición con su flirteo, elogios, y promesas.

Aún así, no estaba seguro de qué hacer con su visión. Aunque era poderoso en la Fuerza, sus talentos estaban en otra parte. Podía cambiar el curso de la guerra con su meditación de batalla. Podía inspirar lealtad en los otros Lords mediante sutiles manipulaciones de sus emociones. Pero nunca había experimentado una premonición como la que le había traído ella a su tienda en mitad de la noche oscura.

Su primera inclinación fue rechazarlo como preocupaciones sin fundamento traídas por la baja moral. Los refuerzos de Korriban habían traído expectativas de un rápido fin a la larga guerra de Ruusan. Pero el General Hoth era demasiado inteligente para dejar que su Ejército de la Luz fuera aplastado por el poder superior de los Sith. Había cambiado de táctica, dirigiendo una guerra de escaramuzas de ataques relámpago, intentando ganar tiempo mientras trataba de dirigir más apoyo para sus propias fuerzas.

Ahora los Sith se estaban volviendo impacientes e inquietos. La gloriosa victoria que Kaan les había prometido semanas antes no se había materializado. En su lugar, marchaban fatigosamente a través del barro y la interminable lluvia, tratando de derrotar a un enemigo que no se pararía a luchar. La visita de Githany no le había sorprendido. La única sorpresa real era que más de los Lords Sith no hubieran ido a dar voz a su insatisfacción.

Pero eso sólo hacía las advertencias de Githany más peligrosas. Bane había rechazado a la Hermandad en un espectáculo muy público; todos los reclutas de Korriban clamaban haberle visto en persona. La historia se había esparcido a través del campamento como una plaga. Al principio se habían mofado de su arrogancia y terquedad; había escogido caminar solo, y no compartiría el triunfo de la Hermandad. En ausencia de ese triunfo, sin embargo, algunos de los reclutas habían empezado a preguntarse si Bane tenía razón.

Lord Kaan tenía sus espías entre los Lords Oscuros. Los susurros habían alcanzado sus oídos. Los Lords no estaban preparados para actuar sobre sus dudas, pero su resolución se estaba debilitándose, junto con su lealtad. Había forjado una coalición de enemigos y amargos rivales. Aunque la Hermandad de la Oscuridad parecía fuerte como el duracero, una firme voz de disensión podría fracturarla en miles de piezas frágiles.

Agarró la linterna de su tienda y se dirigió fuera a la llovizna de la noche, sus largos pasos llevándole rápidamente a través del campamento. Se encargaría de Bane, tal y como le había prometido a Githany. Si el joven recalcitrante no podía ser convencido a unirse a ellos, tendría que ser eliminado.

En un par de minutos, Kaan había alcanzado su destino. Se detuvo en la puerta, recordando su rabia ante la entrada inesperada de Githany en su propia tienda. Sin desear antagonizar al hombre que había ido a ver, llamó,

—¿Kas'im?

—Entra —respondió una voz un segundo más tarde, y escuchó el inconfundible *zuum* de un sable láser apagándose.

Entró para encontrar al Maestro de espadas twi'lek vestido sólo en calzones, sudando y respirando con fuerza.

—Veo que estás despierto —señaló él.

—No es fácil dormir en la víspera de la batalla. Incluso una batalla que nunca parece llegar.

Kas'im era un guerrero; Kaan sabía que le fastidiaba su inactividad. Los entrenamientos y ejercicios no podían saciar su deseo por un combate real. En la Academia en Korriban, el Maestro de espadas había cumplido con su deber sin ninguna

queja. Pero aquí, en Ruusan, la promesa de la batalla era demasiado cercana, demasiado insistente. El aroma de la sangre siempre estaba en el aire, mezclándose con el sudor del miedo y la anticipación. Aquí Kas'im sólo podía estar satisfecho una vez que estuviera cara a cara con un enemigo. Pronto su frustración herviría hasta una rebelión, y Kaan no podía permitirse perder la lealtad del mayor espadachín de su campamento. Afortunadamente, tenía una forma de tratar con ambos de sus problemas —Bane y Kas'im— de un solo tajo.

—Tengo una misión para ti. Una misión de gran importancia.

—Vivo para servir, Lord Kaan. —La respuesta de Kas'im era calmada, pero las colas de su cabeza se retorcían de anticipación.

—Debo mandarte lejos de Ruusan. A los confines de la galaxia. Tienes que ir a Lehon.

—¿El Mundo Desconocido? —Preguntó el Maestro de Espadas, confuso—. No hay nada allí salvo el cementerio de la mayor derrota de nuestra orden.

—Bane está allí —explicó Kaan—. Debes ir allí como mi enviado. Explicarle que debe unirse al resto de los Sith aquí en Ruusan. Dile que aquellos que no se alzan con la Hermandad se alzan contra ella.

Kas'im agitó su cabeza.

—Dudo que haga una diferencia. Una vez su mente se pone en algo puede ser… terco.

—El lado oscuro no puede estar unido en la Hermandad si él permanece solo —explicó Kaan. Mientras hablaba, se extendió con la Fuerza, presionando suavemente en el sentido herido del orgullo del twi'lek—. Sé que te rechazó a ti y a los otros Maestros en Korriban. Pero debes hacerle esta oferta una vez más.

—¿Y cuando la rechace? —Las palabras de Kas'im eran rápidas y afiladas. En su interior, Kaan sonrió ante la rabia creciendo del Maestro de espadas incluso mientras le presionaba sólo un poco más.

—Entonces debes matarle.

23

—Aquellos que utilizan el lado oscuro también están ligados a servirle. Entender esto es entender la base de la filosofía de los Sith.

Bane se sentó inmóvil, con los ojos fijos en el avatar de un Lord Oscuro tres mil años muerto. La imagen proyectada de Revan parpadeó fuera de la existencia, entonces lentamente parpadeó de vuelta a la vista. El Holocrón estaba fallando. Muriendo. El material utilizado para construirlo —el cristal que canalizaba la energía de la Fuerza para dar vida al artefacto— era imperfecto. Cuanto más lo utilizaba Bane, menos estable se volvía. Aún así no podía dejarlo de lado, siquiera por un solo día. Se había obsesionado con aprovechar todo el conocimiento atrapado dentro, y pasaba horas bebiendo las palabras de Revan con la misma determinación fija que había utilizado cuando picaba cortosis en Apatros.

—El lado oscuro ofrece poder por el bien del poder. Debes ansiarlo. Codiciarlo. Debes buscar el poder sobre todo lo demás, sin reservas o dudas.

Esas palabras sonaron especialmente ciertas para Bane, como si la personalidad preprogramada de su Maestro virtual percibiera que estaba llegando a su fin y hubiera acortado sus últimas lecciones especialmente para él.

—La Fuerza te cambiará. Te transformará. Algunos temen este cambio. Las enseñanzas de los Jedi están centradas en luchar y controlar esta transformación. Es por eso por lo que aquellos que sirven a la luz son limitados en lo que pueden lograr.

—El auténtico poder sólo puede llegar a aquellos que abracen la transformación. No puede haber ningún compromiso. Misericordia, compasión, lealtad: todas esas cosas evitarán que reclames lo que es tuyo por derecho. Aquellos que siguen el lado oscuro deben hacer a un lado esos conceptos. Aquellos que no lo hacen… aquellos que tratan de caminar por el camino de la moderación… fracasarán, arrastrados abajo por su propia debilidad.

Las palabras casi describían perfectamente a Bane como había sido durante su tiempo en la Academia. Pese a eso, no sentía ninguna vergüenza o arrepentimiento. Ese Bane ya no existía. Al igual que había hecho a un lado al minero de Apatros cuando había tomado su nombre Sith, hizo lo mismo haciendo a un lado al tambaleante, inseguro aprendiz cuando había clamado el título de *Darth* para sí mismo. Cuando rechazó a Qordis y a la Hermandad, había empezado la transformación de la que hablaba Revan, y con la ayuda del Holocrón estaba casi al borde de completarla.

—Aquellos que aceptan el poder del lado oscuro deben también aceptar el desafío de contenerlo —continuó Revan—. Por su verdadera naturaleza, el lado oscuro invita a la rivalidad y al conflicto. Esta es la mayor fuerza de los Sith: sacrifica a los débiles de nuestra orden. Aún así, esta rivalidad puede también ser nuestra mayor rivalidad. Los fuertes deben ser cuidadosos para que no sean abrumados por las ambiciones de aquellos que trabajan bajo ellos en concierto. Cualquier Maestro que instruye a más de un aprendiz en los caminos del lado oscuro es un imbécil. En su momento los aprendices

unirán sus fuerzas y superarán al Maestro. Es inevitable. Axiomático. Es por eso por lo que cada Maestro debe tener sólo un estudiante.

Bane no respondió, pero su labio instintivamente se curvó hacia arriba en disgusto mientras recordaba su instrucción en la Academia. Qordis y los otros habían pasado a los aprendices de clase a clase, como si fueran niños en una escuela en lugar de herederos del legado de los Sith. ¿Era tan extraño que hubiera luchado por alcanzar su potencial completo en tal sistema fallido?

—Es también la razón por la que sólo puede haber un Lord Oscuro. Los Sith deben ser liderados por un solo líder: la misma personificación de la fuerza y el poder del lado oscuro. Si el líder se vuelve débil, otro debe alzarse y tomar el mando. El fuerte domina, los débiles están para servir. Así es como debe ser.

La imagen parpadeó y saltó, y entonces la diminuta réplica de Darth Revan inclinó su cabeza, llevándose su capucha hacia arriba para ocultar sus rasgos una vez más.

—Mi tiempo aquí se acaba. Toma lo que te he enseñado y úsalo bien.

Y entonces Revan se fue. El brillo emanando del Holocrón se desvaneció a la nada. Bane retiró la pequeña pirámide de cristal del suelo, pero estaba fría e inerte en sus manos. No sentía ni rastro de la Fuerza dentro de ella.

El artefacto ya no le era de más utilidad. Como Revan le había enseñado, debía por lo tanto ser descartado. Lo dejó caer al suelo. Entonces, muy lentamente y deliberadamente, lo aplastó con el poder de la Fuerza hasta que sólo quedó polvo.

* * *

El Buitre Sith rompió en la atmósfera de Lehon y cayó hacia abajo a través del cielo azul claro. En los controles Kas'im hizo ligeras alteraciones para mantener su navío en su ruta, una línea recta de la baliza de señalización del *Valcyn*.

Había esperado que Bane deshabilitara la baliza, o al menos cambiara su frecuencia. Pero pese a estar al tanto de ella —la baliza era un estándar en virtualmente todos los navíos— la había dejado en paz. Casi como si no tuviera miedo de que cualquiera fuera tras él. Como si le diera la bienvenida.

En un par de minutos Kas'im recibió una visual de su objetivo. La nave que una vez —brevemente— perteneció a Qordis antes de que Bane la tomara para él mismo, estaba descansando en una playa de arena blanca, las aguas azules de los vastos océanos del Mundo Desconocido a un lado y la jungla impenetrable al otro. Los escáneres no mostraban signos de vida en las vecindades inmediatas, pero Kas'im tuvo cuidado mientras llevaba su propio navío a aterrizar junto a ella.

Apagó el Buitre y salió de la escotilla. Sintió la energía del mundo, y la inequívoca presencia de Darth Bane, aparentemente emanando del corazón oscuro de la jungla. Saltando al suelo, aterrizó con un golpe seco en la arena suavemente agrupada, sus pies hundiéndose ligeramente. Un examen superficial del *Valcyn* confirmó lo que ya sospechaba: su presa no estaba ahí.

Cualquier rastro que Bane hubiera podido dejar en la arena había sido lavado por la marea o arrastrado por la brisa. Aún así, sabía dónde estaba yendo. Ante él, la jungla se alzaba exuberante y vibrante, densa y prohibida: una pared casi impenetrable de vegetación, excepto por una amplia franja excavada a través de ella.

Alguien o algo de un enorme tamaño y fuerza había desgarrado ese camino a través de los árboles y la hierba. La jungla ya estaba tratando de reclamarlo. El musgo crecía denso por el suelo, y una vasta red de enredaderas trepadoras se abría paso por la superficie. Pero estaba lo suficientemente despejado para que el twi'lek lo siguiera.

Ojos ocultos le estaban observando desde la jungla: incluso sin la Fuerza podría haber percibido sus miradas estudiándole, evaluándole, siguiendo cada uno de sus movimientos en un esfuerzo por determinar si este recién llegado al ecosistema era un cazador o una presa. Para ayudar a aclarar su rol, sacó su gran sable láser doble y encendió las hojas gemelas, entonces empezó a trotar lentamente por el camino.

Conforme corría, sondeó el follaje de alrededor con la Fuerza. La mayoría de las criaturas que percibía representaban poca amenaza. Aún así, estaba alerta. Algo había arrasado el rastro que estaba siguiendo. Algo grande.

Casi a diez kilómetros hacia adentro —había estado trotando durante casi una hora— el Maestro de espadas finalmente encontró su primer rancor. El rastro daba un giro agudo al este, y mientras doblaba la esquina la criatura irrumpió desde los árboles de alrededor, gruñendo y bramando.

Kas'im no estaba sorprendido en lo más mínimo por la emboscada. Había percibido la presencia del rancor desde varios cientos de metros de distancia, al igual que él con seguridad había captado su esencia y le había acechado desde una gran distancia. Encontró la carga de la criatura con eficiencia calmada, implacable.

Agachándose bajo la primera garra barriendo, marcó una profunda cuchillada por el antebrazo izquierdo de la bestia. Cuando retrocedió bramando de dolor, cortó otro profundo surco en su suave barriga. El rancor no cayó de inmediato; era demasiado enorme para caer por un par de heridas de un sable láser. En su lugar el dolor le llevó a una rabia desenfrenada. Se agitaba con sus dientes y garras, girando, golpeando, y cortando todo a su alrededor.

Kas'im se giró y esquivó, saltando sobre un ataque, entonces cayendo al suelo para rodar bajo otro. Se movió tan rápido que no habría sido más que un borrón si el rancor no hubiera estado cegado por la ira. Y con cada evasión daba otro golpe, cortando a la montaña de tendones y carne como un escultor maestro trabajando en una masa de lomita.

El rancor tropezó, pesado y tambaleándose como si estuviera haciendo algún baile de un separador borracho. En contraste, Kas'im fue rápido y preciso. Con cada segundo que pasaba su oponente se ralentizaba, su fuerza menguando. Al final, con un triste gruñido, la bestia se tumbó hacia delante y se quedó tumbada inmóvil.

Dejando a la bestia donde había colapsado, Kas'im presionó hacia delante con una nueva urgencia en sus pasos. La batalla, corta y simple como había demostrado ser, era la

primera vez que había sido probado en una verdadera lucha de vida o muerte desde que accedió a ayudar a Qordis a entrenar a los estudiantes en la Academia. Estaba encantado de ver que sus habilidades no habían menguado con el largo parón.

Kas'im tenía el presentimiento de que iba a necesitar esas habilidades de nuevo antes de que pasara el día.

* * *

Bane estaba sentado de piernas cruzadas en el suelo de piedra de la cámara central en la planta superior del Templo Rakata. Estaba meditando en las palabras de Revan como había hecho a menudo entre las lecciones del Holocrón. Ahora que el artefacto se había ido, era incluso más importante contemplar lo que había aprendido de la naturaleza del lado oscuro… y el camino que le llevaría a él.

Por su verdadera naturaleza, el lado oscuro invita a la rivalidad y al conflicto. Esta es la mayor fuerza de los Sith: sacrifica a los débiles de nuestra orden.

La constante batalla de los Sith desde el inicio de la historia registrada servía a un propósito necesario: mantenía el poder del lado oscuro concentrado en un par de individuos poderosos. La Hermandad había cambiado todo eso. Ahora había cien o más Lords Oscuros siguiendo a Kaan, pero la mayoría eran débiles o inferiores. Los números de Sith eran mayores de lo que lo habían sido nunca, aún así estaban todavía perdiendo la guerra contra los Jedi.

El poder del lado oscuro no puede ser dispersado entre las masas. Debe concentrarse en el par que merezcan el honor.

La fuerza de los números era una trampa… una que había atrapado a todos los grandes Lords Sith que habían venido antes. Naga Sadow, Exar Kun, Darth Revan: cada uno había sido poderoso. Cada uno había atraído discípulos, enseñándoles los caminos del lado oscuro. Cada uno había reunido un ejército de seguidores y los había desatado contra los Jedi. Aún así en todos y cada uno de los casos los sirvientes de la luz habían prevalecido.

Los Jedi siempre permanecerían unidos en su causa. Los Sith siempre caerían por las luchas internas y las traiciones. Los mismos rasgos que les llevaba a la grandeza individual y la gloria —la constante ambición, el hambre insaciable de poder— finalmente les condenaría a todos. Esta era la inescapable paradoja de los Sith.

Kaan había tratado de resolver el problema al hacer a todo el mundo igual en la Hermandad. Pero su solución era errónea. No mostraba ningún entendimiento del verdadero problema. Ningún entendimiento de la verdadera naturaleza del lado oscuro. *Los Sith deben ser liderados por un solo líder: la misma personificación de la fuerza y el poder del lado oscuro*.

Si todos son iguales, entonces ninguno es fuerte. Aún así, quien se alzara de las filas desbordadas e hinchadas de los Sith para reclamar el mando de Lord Oscuro nunca sería capaz de retenerlo. *En su momento los aprendices unirán sus fuerzas y superarán al*

Maestro. Es inevitable. Juntos los débiles superarían a los fuertes en una enorme perversión del orden natural.

Pero había otra solución. Una forma de romper con el ciclo interminable que arrastraba hacia abajo a los Sith. Bane lo entendía ahora. Al principio había pensado que la respuesta podría ser recolocar la orden de los Sith con un único Lord oscuro, todopoderoso. Ningún otro Maestro. Ningún aprendiz. Sólo un recipiente para contener todo el conocimiento y poder del lado oscuro. Pero rápidamente había rechazado la idea.

Finalmente incluso un Lord Oscuro languidecería y moriría; todo el conocimiento de los Sith se perdería. *Si el líder se vuelve débil, otro debe alzarse y tomar el mando*. Uno sólo nunca funcionaría. Pero si los Sith eran exactamente dos…

Los esbirros y los sirvientes podían ser atraídos al servicio del lado oscuro por la tentación de poder. Podía dárseles pequeñas pruebas de lo que ofrecía, como un dueño compartiría restos de su mesa con sus leales chuchos. Al final, sin embargo, sólo habría un auténtico Maestro Sith. Y para servir a este Maestro, sólo podía haber un único aprendiz verdadero.

Sólo debería haber dos; ni más, ni menos. Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo. La Regla de Dos.

Este era el conocimiento que lideraría al lado oscuro a una nueva era. Una revelación que traería un fin a las luchas internas que habían definido la orden durante mil generaciones. Los Sith renacerían, los nuevos caminos serían barridos, y Bane sería el que lo hiciera.

Pero primero tendría que destruir a la Hermandad. Kaan, Qordis —todos los que habían estudiado con él en Korriban, todos los Maestros en Ruusan— tenían que ser purgados hasta que sólo él quedara.

Darth Bane. Lord de los Sith. El título era suyo por derecho; no había otro lo suficientemente fuerte en el lado oscuro como para desafiarle. La única pregunta que quedaba era quién sería merecedor de ser su aprendiz. Y cómo eliminaría a los otros.

—¡Bane! —La voz de Kas'im le cortó sus pensamientos a la mitad—. Vengo con una invitación de Lord Kaan.

Bane saltó sobre sus pies, sacando su sable láser, airado por ser molestado en la cumbre de su iluminación. Miró a Kas'im, tan enfadado con él mismo por estar demasiado perdido en sus propios pensamientos como para no percibir la presencia del twi'lek como lo estaba en la interrupción.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó él, sacando su mente para ver quién más podía haber invadido el Templo Rakata y su santuario interior. Sintió una mezcla de alivio y decepción cuando se dio cuenta de que Kas'im estaba solo. Había esperado a una más… pero ella debía haber escogido no ir.

—Lord Kaan me dijo que habías venido a este mundo. Una vez entré en la atmósfera, simplemente seguí la baliza del Valcyn —contestó el Maestro de espadas—. Cómo sabía Lord Kaan dónde estarías no podría decirlo.

Bane sospechaba que Githany debía habérselo dicho, pero no se molestó en decírselo al twi'lek. En su lugar preguntó,

—¿Te ha mandado Kaan a matarme?

Kas'im dio un ligero asentimiento.

—Si no te unes a la Hermandad, dejaré tu cuerpo en este mundo yermo y olvidado.

—¿Yermo? —Hizo eco Bane, incrédulo—. ¿Cómo puedes decir eso? El lado oscuro es fuerte aquí. Mucho más fuerte de lo que nunca fue en Korriban. ¡Aquí es donde encontraremos el poder para destruir a los Jedi… no en la Hermandad de Kaan!

—Korriban fue una vez un lugar de gran poder, también —contraatacó su antiguo instructor—. Durante siglos miles de Sith han explorado sus secretos, y ninguno de ellos ha encontrado ninguna gran estrategia para derrotar a nuestro enemigo. —El twi'lek encendió su sable láser de doble hoja antes de continuar—. Es hora de acabar esta estúpida misión, Bane. Los caminos antiguos han fracasado. Los Jedi derrotaron a aquellos que los seguían: Exar Kun, Darth Revan… ¡Todos perdieron! Tenemos que encontrar una nueva filosofía si queremos derrotarles.

Por un breve momento Bane sintió el leve parpadeo del nerviosismo. Las palabras de Kas'im hacían eco de sus propios pensamientos. ¿Era posible que el Maestro de espadas fuera el aprendiz que buscaba?

Las siguientes palabras de Kas'im aplastaron las esperanzas de Bane.

—Kaan entiende esto. Es por lo que creó la Hermandad. La Hermandad es el futuro del lado oscuro.

Bane agitó su cabeza. El Maestro de espadas estaba tan ciego como todos los demás. Por eso tenía que morir.

—Kaan se equivoca. Nunca le seguiré. Nunca me uniré a la Hermandad.

Kas'im suspiró.

—Entonces tu vida acaba aquí. —Y saltó hacia delante con su arma moviéndose con mucha más velocidad de la que había mostrado nunca durante sus sesiones de prácticas.

Bloqueando la primera secuencia, Bane se dio cuenta de que su antiguo Maestro siempre se había estado guardando algo en reserva… al igual que el propio Bane lo había hecho en las primeras fases de su batalla contra Sirak. Sólo ahora estaba viendo la verdadera habilidad de Kas'im, y apenas era capaz de defenderse. Apenas, pero todavía capaz.

Su oponente gruñó en sorpresa cuando Bane se protegió de él, entonces retrocedió para reagruparse. Había llegado fuerte y rápido, esperando que la batalla terminara rápidamente. Ahora tenía que reevaluar su estrategia.

—Eres mejor que la última vez que luchamos —dijo él, claramente impresionado y sin hacer ningún intento de ocultarlo.

—Al igual que tú —respondió Bane.

Kas'im se lanzó otra vez, y la habitación se llenó con el siseo y el zumbido de los sables láser golpeándose el uno al otro media docena de veces en el espacio de dos latidos del corazón. Bane habría sido hecho trizas si hubiera tratado de reaccionar a cada

movimiento individualmente. En su lugar simplemente llamó a la Fuerza, dejándola fluir a través de él y guiar su mano. Se entregó al lado oscuro por completo, sin reservas. Su arma se volvió una extensión de la Fuerza, y respondió al imparable ataque del twi'lek con una defensa impenetrable.

Entonces continuó hacia el ataque. En el pasado siempre había tenido miedo de rendir su voluntad a las emociones crudas que alimentaban al lado oscuro. Ahora no tenía tales limitaciones; por primera vez estaba llamando a su verdadero potencial.

Manejó a Kas'im hacia atrás con furiosos cortes, forzando a su antiguo mentor hacia una retirada hacia atrás por el suelo de la cámara. Kas'im dio una voltereta hacia atrás y fuera a través de la puerta hacia el pasillo de más allá, pero Bane era implacable en su persecución, saltando hacia delante y llegando a un centímetro de darle un golpe devastador en la pierna del twi'lek.

Su golpe fue llevado a un lado en el último segundo, pero rápidamente lo siguió con otra serie de poderosos empujones y puñaladas. El Maestro de espadas continuó cediendo terreno, empujado inexorablemente hacia atrás por la rabiosa tormenta de la masacre de Bane. Cada vez que trataba de cambiar de táctica o cambiar de forma, Bane se anticipaba, reaccionaba, y tomaba la ventaja.

El resultado era inevitable. Bane simplemente era demasiado poderoso en la Fuerza. Sólo alguna maniobra inesperada podía salvar a Kas'im, pero habían luchado demasiadas veces en el pasado para que él sorprendiera a Bane ahora. Durante el curso de su entrenamiento Bane había visto cada secuencia, serie, movimiento, y truco posibles con el sable láser de doble hoja, y él sabía cómo contraatacar y anularlos todos.

El Maestro de espadas se desesperó. Saltando, girando, agachándose, rodando: era salvaje y temerario en su retirada, buscando ahora sólo escapar con vida. Pero no conocía el Templo como lo hacía Bane. Bane mantuvo las rutas hacia el exterior cortadas, lentamente dirigiendo a su oponente hacia un pasillo sin salida.

Reconociendo lo que estaba ocurriendo, Kas'im reventó una puerta pesada de una habitación lateral con la Fuerza y se metió dentro. Bane sabía que no había otra salida, y se detuvo en el umbral de la habitación para saborear su victoria.

El twi'lek permanecía en el centro de la cámara vacía, jadeando con fuerza, encorvado ligeramente, su cabeza inclinada. Miró arriba cuando Bane caminó a través de la entrada. Pero cuando su mirada se cruzó con la de Bane, no había sombra de derrota en sus ojos.

—Debiste haber acabado conmigo cuando tuviste ocasión —dijo él. Había menos de cinco metros entre ellos, pero era el espacio suficiente para que Kas'im diera a la empuñadura de su sable láser un rápido giro. La larga empuñadura se separó por la mitad, y de repente estaba armado no con un sable láser de doble hoja, sino con un par de hojas simples, una en cada mano.

Bane vaciló. Pocos estudiantes en la Academia habían intentado alguna vez utilizar dos sables a la vez. El Maestro de espadas siempre les había desalentado de esta variación

de la cuarta forma, diciendo que era inherentemente errónea. Ahora, conforme veía la expresión cruel y astuta en la cara de su enemigo, Bane entendió la verdad real.

La batalla volvió, pero ahora era Bane el que estaba en retirada. Sin un entrenamiento apropiado, incluso su enorme comando de la Fuerza era incapaz de anticipar las secuencias poco familiares del estilo de lucha a dos manos. Su mente estaba inundada con un millón de opciones de lo que su oponente intentaría, y no tenía experiencia para eliminar ninguna de ellas. Abrumado, se tambaleó hacia atrás, tropezándose en la desesperación de un hombre ahogándose.

En los primeros pases, Bane sabía que no podía ganar. Kas'im había entrenado toda su vida para este momento. Tras años de estudio, había dominado las siete formas del sable láser. Entonces había pulido su habilidad durante décadas, perfeccionando cada movimiento y secuencia hasta que se convirtiera en el arma perfecta y el mejor espadachín con vida en la galaxia. Quizás en el mejor espadachín de nunca. Bane no era rival para él.

El Maestro de espadas era implacable en su presión. Parecía llevar seis espadas en lugar de dos: atacaba con un ritmo peculiar diseñado para mantener desequilibrado a su enemigo, llegando con una espada alta y la otra baja a la vez, golpeando desde lugares opuestos en ángulos raros y opuestos. Bane no tenía otra opción que retroceder hacia atrás… y atrás… y atrás. Estaba luchando ahora con un único propósito: escapar de alguna forma con vida. Una esperanza le daba la fuerza para perseverar en la cara de las probabilidades abrumadoras; una ventaja de la que el Maestro de espadas había carecido durante su propia retirada. Conocía el perfil del Templo, y era capaz de llevarse lentamente hacia la salida.

Luchando a través de los pasillos y vestíbulos, los combatientes rodearon una esquina para llevarles a la vista de la única entrada del Templo Rakata: la amplia arcada y el pequeño rellano abajo. En el instante que le hizo a Kas'im reconocer dónde estaban y darse cuenta de que su oponente aún podría escapar, Bane empujó con la Fuerza. Golpeó al twi'lek fuera de equilibrio por un breve segundo, entonces hizo una voltereta hacia atrás a través de la arcada y hacia el rellano. Cayó agachado, todavía encarando a su oponente. Pero en su prisa Bane había saltado demasiado lejos, estaba en equilibrio de forma precaria en el precipicio de la escalera superior, los escalones cayendo inclinados lejos bajo él.

Kas'im respondió utilizando la Fuerza para golpear a Bane hacia atrás, mandándole tambaleándose hacia abajo en la escalera de piedra, lejos del Maestro de espadas. La caída podía haber roto su cuello —o al menos fracturar un brazo o una pierna— si Bane no se hubiera envuelto en la Fuerza. Incluso así alcanzó el fondo magullado, maltrecho, y momentáneamente paralizado.

En el rellano bien arriba, Kas'im se erguía bajo la enorme arcada de la entrada del Templo, mirando abajo hacia él.

—Te seguiré donde sea que corras —dijo él—. Donde sea que vayas finalmente te encontraré y te mataré. No vivas tu vida con miedo, Bane. Es mejor acabar ahora.

—Estoy de acuerdo —contestó Bane, lanzando la oleada de energía de Fuerza que había estado reuniendo durante el discurso del Maestro de espadas.

No hubo nada sutil en el ataque de Bane: la enorme onda de choque agitó los mismos cimientos del gran Templo Rakata. La explosión de conmoción tenía suficiente poder para destrozar cada hueso del cuerpo de Kas'im y pulverizar su carne en una masa de pulpa líquida. Pero en el último instante posible alzó un escudo para protegerse del ataque.

Desafortunadamente, no pudo escudar al Templo a su alrededor. Las paredes explotaron en enormes trozos de escombros. La arcada colapsó en una lluvia de piedra, enterrando a Kas'im bajo toneladas de roca y argamasa. Un segundo más tarde el resto del techo se hundió, ahogando los gritos moribundos del twi'lek en un estruendo diáfano.

Bane observó el espectáculo de la implosión del Templo desde la seguridad del suelo al pie de las escaleras. Nubes hinchadas de polvo rodaron fuera de los restos y bajaron las escaleras hacia él. Exhausto por el largo combate de sable láser y drenado por la repentina liberación de Fuerza, simplemente se tumbó ahí hasta que estuvo cubierto por una capa de fino polvo blanco.

Finalmente luchó cansado para ponerse en pie. Extendiéndose con la Fuerza, buscó alguna señal de que Kas'im pudiera estar vivo todavía bajo la montaña de piedra. No sintió nada. Kas'im —su mentor, el único instructor de la Academia que alguna vez le había ayudado realmente— estaba muerto.

Darth Bane, Lord Oscuro de los Sith, le dio la espalda y se alejó caminando.

24

No había ni tiempo ni motivos para lamentar la muerte de Kas'im. Pese a toda su utilidad en el pasado, se había convertido simplemente en un obstáculo en el camino de Bane. Un obstáculo que ahora se había ido. Aún así su llegada a Lehon había impulsado a Bane a la acción. Por demasiado tiempo se había separado de los eventos de la galaxia, buscando sabiduría, entendimiento, y poder. Con la destrucción del Templo no había motivos para quedarse en el Mundo Desconocido. Y así empezó el largo viaje a través de la jungla a pie, siguiendo el mismo camino que Kas'im había tomado sólo horas antes.

Podía haber utilizado la Fuerza para invocar otro rancor que le acelerara el camino, pero quería tiempo para pensar en lo que había ocurrido… y cómo trataría con la Hermandad.

Kaan había pervertido a toda la orden Sith, transformándola en un ensamblaje enfermizo de aduladores gimoteantes. Les había engañado a todos para que creyeran que podían lograr la victoria sobre los Jedi a través del poder marcial, pero Bane sabía más. Los Jedi eran muchos, y ganaban fuerza cuando se unían contra un enemigo común: esa era la naturaleza del lado de la luz. La clave para derrotarles no eran las flotas o los ejércitos. El secretismo y el engaño eran las herramientas para hacerles caer. La victoria sólo llegaría a través de las sutilezas y la astucia.

Sutileza era algo de lo que Kaan carecía. Si hubiera sido listo, habría mandado a Kas'im a Lehon en la guisa de un seguidor insatisfecho. El Maestro de espadas podía haber llegado con un relato de cómo le había dado la espalda a la Hermandad. Bane le habría aceptado como un aliado. Habría tenido sospechas, por supuesto, pero con el tiempo su vigilancia se habría menguado. Antes o después habría bajado su guardia, y Kas'im le habría matado. El asesinato era rápido, limpio, y efectivo.

En su lugar, Kas'im había llegado y lanzado un desafío abierto, siguiendo las normas de algún estúpido código de honor. No hubo honor en su fin; no hubo algo como una muerte noble. El honor era una mentira, una cadena que se envolvía alrededor de aquellos lo suficientemente imbéciles para aceptarlo y les arrastraba hacia abajo a la derrota. *Con la victoria mis cadenas se rompen*.

Bane siguió el rastro del rancor a través de los árboles sin incidentes, los moradores de la jungla se mantenían bien lejos de él. Captó una breve mirada de una manada de felinos de seis patas rapiñando el cuerpo de un rancor en el camino, pero se habían dispersado en su aproximación. Esperaron un largo tiempo hasta que se hubo ido antes de escabullirse de vuelta para continuar con su comida.

Para cuando llegó a la playa había trazado su plan. La nave de Kas'im estaba asentada en la arena junto a la suya, y rápidamente la libró de suministros, incluyendo los drones de mensaje. Los arrastró a su propio navío, entonces hizo una inspección rápida del *Valcyn*. Encontrando todos los sistemas en orden, subió a bordo. Antes de despegar, programó una ruta en el dron de mensajes utilizando las coordenadas que había descargado de la nave de Kas'im. Un par de minutos después, el *Valcyn* se lanzó desde la

superficie del Mundo Desconocido, subiendo más y más alto hasta que rompió a través de la atmósfera en el vacío negro del espacio. Bane introdujo las coordenadas hiperespaciales de su destino, entonces descargó el dron de mensajes.

El dron alcanzaría Ruusan en un par de días, ofreciendo a Kaan una tregua y entregando un regalo, un regalo que sospechaba que Kaan sería lo suficientemente imbécil y banal como para reconocerlo por lo que era realmente.

La Hermandad nunca derrotaría a los Jedi. Mientras existieran, los Sith estarían contaminados, ensuciados como un estanque envenenado desde la fuente. Bane tenía que destruirlos. A todos ellos. Para hacerlo, tendría que utilizar las armas que Kaan había sido demasiado orgulloso o demasiado ciego para utilizarlas contra ellos: el engaño y la traición. Las armas del lado oscuro.

* * *

—No me gusta dividir así nuestros escuadrones —susurró Pernicar, siguiendo de cerca el rastro de Lord Hoth. El general miró atrás a la diversa fila de soldados caminando fatigosamente a través del bosque. Menos de una marca en total, medio hambrientos, la mayoría heridos y mal equipados, parecían más como refugiados que guerreros en el Ejército de la Luz. Estaban llevando suministros del punto de entrega de vuelta al campamento, como lo hacían otras dos caravanas tomando rutas diferentes.

—Es demasiado peligroso viajar en un grupo grande —insistió Hoth—. Necesitamos estos suministros. Dividirnos en tres caravanas nos da una mejor oportunidad de que al menos alguno de ellos logre volver al campamento.

Hoth miró atrás por el camino que habían venido, alerta de señales de persecución. Las lluvias habían parado cerca de una semana antes, pero el terreno todavía estaba blando. El paso de sus tropas dejaba profundas huellas en el terreno margoso.

—Hasta un gamorreano ciego podría rastrearnos ahora —gruñó él. Silenciosamente deseaba volver a las lluvias encubridoras que había maldecido tan a menudo en esos meses pasados mientras se sentaba agachado y temblando bajo los refugios inadecuados hechos de hojas y ramas caídas.

Aún así, sabía que no era de los rastreadores de lo que se tenían que preocupar. Ejerció la Fuerza, tratando de percibir enemigos ocultos a la espera en los árboles de delante. Nada. Por supuesto si hubiera algún Sith, estaría proyectando imágenes falsas para ocultarse a sí mismos de su…

—¡Emboscada! —gritó uno de los puntos, y entonces los Sith estaban sobre ellos. Llegaron de todas partes: guerreros llevando sables láser, soldados armados con blásters y vibroespadas. El choque del duracero y el siseo de las espadas de energía cruzándose menguaba con los gritos de los vivos y los muertos: gritos de rabia y triunfo; de agonía y desesperación.

Una oleada de fuego de bláster destrozó sus filas, abatiendo a aquellos Padawans demasiado inexpertos para reflejar los disparos. Una segunda oleada perforó a través de

la melé. Los rayos rebotaban salvajemente mientras los Sith y Jedi por igual, los bateaban a un lado, haciendo poco daño real pero añadiendo más al caos. Lord Hoth estaba en lo más grueso de la batalla, talando a los enemigos lo suficientemente estúpidos para llegar al alcance de su feroz arma. Sus fosas nasales estaban llenas del hedor grasiento-dulce de la carne chamuscada, y un muro de cuerpos se estaba amontonando a su alrededor. Y todavía seguían llegando en enjambre sobre él, como escarabajos carroñeros en una matanza reciente, buscando arrastrarle abajo con su número.

Pernicar se desvaneció bajo el mar de enemigos, y Hoth redobló sus esfuerzos por alcanzar a su amigo caído. Era imparable en su furia, como las tormentas devastadoras de las propias Fauces. Cuando le alcanzó, Pernicar ya estaba muerto. Al igual que el resto de ellos lo estaría pronto.

Una explosión al borde de la batalla brevemente atrajo su atención hacia el cielo. Una esbirro ansiosa de los Sith se lanzó hacia delante, buscando la gloria más allá de sus expectativas más salvajes al tratar de matar al poderoso general mientras estaba distraído. Hoth nunca jamás giró su mirada, pero meramente expulsó con la Fuerza, aprisionándola en un campo de estasis. Ella se quedó indefensa, helada en el sitio hasta que fue abatida por la despreocupada conclusión de una vibroespada en manos de uno de su propio bando.

Su muerte apenas siquiera se registró en los pensamientos conscientes de Hoth. Estaba centrado en las cuatro motos swoop bajando a la batalla, sus cañones pesados penetrando en las líneas enemigas. La emboscada Sith se dispersó, incapaz o indispuesta a aguantar contra el apoyo aéreo pesado. Llevó todo el entrenamiento Jedi de Hoth no ir a su caza por detrás mientras huían a la seguridad de los árboles.

Un momento después los swoops aterrizaron para la alegría de la docena o así de Jedi todavía en pie. Lord Valenthyne Farfalla, viéndose tan fastidiosamente formal como siempre, desmontó e hizo una reverencia ante su general.

—Escuché que estaba trayendo suministros, mi señor —dijo él, alzándose con toda la elegancia afectada de un Senador de Coruscant—. Pensamos que debíamos venir a servirle de escolta.

—Hay otras dos caravanas —soltó Hoth—. En lugar de quedarte aquí alardeando deberías estar dirigiéndote a ayudarles.

Farfalla frunció sus labios en disgusto, una expresión irritada, de pucheros.

—Tenemos otros swoops escoltándoles ya. —Él vaciló como si considerara decir algo más. Hoth le disparó una mirada enfadada pero todos esos gritos quedaron en silencio.

Pese a eso —o quizás debido a eso— añadió,

—Pensé que sería más acogedor con mis refuerzos.

—¡Te has ido durante meses! —Gruñó Hoth—. Mientras tú has estado fuera jugando a la diplomacia, nosotros hemos estado aquí atascados en una guerra.

—Hice lo que prometí —respondió Farfalla fríamente—. He traído trescientos refuerzos Jedi. Estarán en su campamento tan pronto como tengamos cazas suficientes como para llevar nuestros transportes a través del bloqueo planetario Sith.

—Poco consuelo para aquellos que dieron sus vidas esperando que llegaras. —Hoth señaló atrás.

Farfalla miró a los cuerpos dispersos en el suelo. Al ver a Pernicar entre ellos, su expresión cayó. Se agachó junto al cuerpo y susurró un par de palabras cortas, entonces tocó al soldado caído una vez en el centro de su ceño antes de levantarse una vez más.

—Pernicar era mi amigo, también —dijo él, su tono más suave ahora—. Su muerte me duele tanto como a usted, General.

—Lo dudo —musitó Hoth enfadado—. Ni siquiera estabas aquí para verlo.

—No deje que su dolor le consuma —advirtió Farfalla, el hielo de vuelta en su voz—. Ese camino lleva al lado oscuro.

—¡No te atrevas a hablarme del lado oscuro! —Gritó Hoth, lanzando un dedo enfadado en la cara de Farfalla—. ¡Yo soy el que ha estado aquí luchando contra la Hermandad de Kaan! ¡Yo conozco sus caminos mejor que nadie! He visto el dolor y sufrimiento que trae. Y sé lo que tomará derrotarlo. Necesito soldados. Suministros. Necesito Jedi dispuestos a luchar contra el enemigo con el mismo odio que ellos sienten por nosotros. —Dejó que su dedo cayera y se giró—. Lo que no necesito es a algún dandi pavoneándose y dándome lecciones sobre el lado oscuro.

—La muerte de Pernicar no es su culpa —dijo Farfalla, yendo hacia delante para poner una mano consoladora en el hombro de Hoth—. Deja ir tu culpa. *No hay emoción. Hay paz.*

Hoth se dio la vuelta y golpeó su mano.

—¡Aléjate de mí! ¡Coge a tus malditos refuerzos y corre de vuelta a Coruscant como los cobardes afeminados que sois! ¡No necesitamos vuestra amabilidad aquí!

Ahora fue Farfalla el que se giró, caminando enfadado de vuelta a su moto swoop mientras que el resto del grupo observaba en un silencioso shock y horror. Él lanzó una larga pierna sobre el asiento y encendió los motores.

—¡Quizás los otros Jedi tenían razón sobre ti! —Dijo él, gritando para ser oído sobre el rugido de su swoop—. Esta guerra te ha consumido. Te ha llevado a la locura. ¡Locura que te llevará al lado oscuro!

Hoth no se molestó en ver cómo Farfalla y los otros swoops aceleraban en la distancia. En su lugar se agachó junto al cuerpo de su más viejo amigo y lloró por su fin brutal, sin sentido.

* * *

Cuando Githany llegó finalmente, Kaan tuvo que evitar golpearla. Ella ya le había visto con la guardia baja: inseguro, incierto. Tenía que ser cuidadoso cuando tratara con ella ahora, para que no perdiera su lealtad. Y la necesitaba más que nunca.

En su lugar habló en un tono indiferente que tenía sólo una sombra de desaprobación helada bajo su superficie.

—Mandé por ti hace cerca de tres horas.

Ella le dio una sonrisa feroz, salvaje.

—Había una incursión contra una de las caravanas de suministros de los Jedi. Decidí ir con ellos.

—No he oído informes aún. ¿Cuál fue el resultado?

—¡Fue glorioso, Lord Kaan! —Se rió ella—. ¡Tres Maestros más, seis Caballeros Jedi, un puñado de Padawans… todos muertos!

Kaan asintió su aprobación. El curso de la batalla siempre estaba cambiando en Ruusan, y con el fin de la estación de lluvias el péndulo se había balanceado de vuelta a favor de los Sith. Por supuesto, él sabía que era más que un cambio del clima lo que había restaurado la moral de sus tropas y les había dado una sarta de victorias resonadas.

El Ejército de la Luz estaba fracturado. Sus números en Ruusan se estaban menguando. Valenthyne Farfalla estaba orbitando el mundo con refuerzos, pero los espías de Kaan informaban de una brecha entre Hoth y Lord Farfalla que evitaba que los recién llegados se unieran a la refriega. Sin el Maestro Pernicar para limar sus ánimos afilados, la antipatía mutua de los dos Maestros Jedi estaba devastando los esfuerzos de guerra Jedi.

La ironía de la situación no le pasaba desapercibida a Kaan. Para variar eran los Jedi los que estaban divididos por las luchas internas y la rivalidad, mientras que la Hermandad de la Oscuridad permanecía unida y fuerte. Parte de él encontraba la inversión de la estrategia perturbadora. En las largas noches cuando no podía dormir, a menudo caminaba por el suelo de su tienda luchando con la aparente paradoja.

¿Habían cruzado los ejércitos en Ruusan una línea donde se encontraban la luz y la oscuridad? ¿Les había llevado el interminable conflicto entre el Ejército de la luz y la Hermandad de la oscuridad a ambos a un vacío donde las ideologías se volvían desesperanzadamente entrelazadas? ¿Eran todos ellos ahora usuarios de Fuerza del Crepúsculo, atrapados entre los dos bandos y sin pertenecer a ninguno?

Como fuera, la llegada del sol de la mañana inevitablemente desvanecería tales pensamientos con noticias de otra victoria Sith más en el campo. Y sólo un imbécil cuestionaba sus métodos cuando estaba ganando. Lo cual era el motivo por el que no estaba seguro de qué hacer con el mensaje que acababa de recibir de Darth Bane.

—Kas'im está muerto —le dijo a Githany, yendo directamente al asunto entre manos.

—¿Muerto? —Su reacción aturdida confirmó la decisión de Kaan de no compartir estas noticias con el resto de la Hermandad. Había tenido cuidado de mantener el propósito de la partida del Maestro de espadas en secreto hasta que supiera del resultado de la confrontación—. ¿Fueron los Jedi? —preguntó ella.

—No. —Admitió él, escogiendo sus palabras con cuidado—. Le mandé a parlamentar con Lord Bane. Kas'im pensaba que podría convencerle de que se uniera a nosotros. En su lugar, Bane le mató.

Los ojos de Githany se encogieron.

—Le advertí sobre él.

Kaan asintió.

—Le conoces mejor que cualquiera de nosotros. Le entiendes. Es por lo que te necesito ahora. Bane me mandó un mensaje.

Él extendió un brazo y encendió el dron de mensajes sentado en la mesa. Un diminuto holograma del fuertemente musculado Lord Oscuro se materializó ante ellos. Incluso aunque los detalles de su expresión eran difíciles de averiguar a ese tamaño, estaba claro que estaba perturbado.

—Kas'im está muerto. Yo… yo le maté. Pero he estado pensando en lo que dijo antes… antes de que muriera.

Githany le dio a Kaan una mirada curiosa. Él se encogió de hombros e inclinó su cabeza hacia el holograma mientras continuaba hablando.

—Vine aquí buscando algo. Yo… yo no estoy siquiera seguro de qué era. Pero no lo encontré. Al igual que no lo encontré en el Valle de los Lords Oscuros en Korriban. Y ahora Kas'im está muerto y yo… yo no sé qué hacer…

La proyección inclinó su cabeza: perdido, confuso, y solo. Kaan podía claramente ver el desprecio en la expresión de Githany mientras observaba el espectáculo ante ella. Al final la figura pareció recomponerse, y miró arriba una vez más.

—No quiero que la muerte de Kas'im sea en vano —dijo Bane con énfasis—. Debería haberle escuchado en primer lugar. Yo… yo quiero unirme a la Hermandad.

Kaan extendió el brazo y apagó el dron de nuevo.

—¿Bien? —Preguntó a Githany—. ¿Lo dice en serio? ¿O es sólo una trampa?

Ella se mordió el labio inferior.

—Creo que es sincero —dijo ella finalmente—. Pese a todo su poder, Bane todavía es débil. No puede rendirse a sí mismo por completo al lado oscuro. Todavía siente culpa cuando utiliza la Fuerza para matar.

—Qordis mencionó algo similar —dijo Kaan—. Me dijo que Bane tuvo una ocasión de matar a un amargo rival en el anillo de duelos en la Academia, pero retrocedió en el último momento.

Githany asintió.

—Sirak. Simplemente no podía llevarse a hacerlo. Y Kas'im era su mentor. Si Bane estuvo forzado a matarle, habrá sido aún más duro para él tratar con ello.

—¿Entonces debería mandar un emisario para que se encuentre con él?

Ella agitó su cabeza.

—Bane es más problemático de lo que vale. Ahora es vulnerable, pero conforme su confianza vuelve, se volverá más terco que nunca. Traerá una disensión a las filas. Además —añadió ella—, ya no le necesitamos más. Estamos ganando.

—¿Entonces cómo propones que nos encarguemos de él? ¿Asesinos?

Ella se rió.

—Si pudo manejar a Kas'im, entonces dudo que nadie más tenga una oportunidad contra él. Nadie salvo yo.

—¿Tú?

Githany sonrió.

—A Bane le gusto. No diría que confía en mí, exactamente… pero *quiere* confiar en mí. Déjeme ir a él.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres?

—Decirle que le echo de menos. Explicarle que he considerado su oferta, y que queremos que se una a la Hermandad. Entonces, cuando baje la guardia, lo mataré.

Kaan alzó sus cejas.

—Haces que suene tan simple.

—Al contrario que Kas'im, sé cómo manejarle —le aseguró ella—. La traición es un arma mucho más efectiva que el sable láser.

Ella abandonó la tienda unos momentos después, llevándose el dron de mensajes y las coordenadas que Bane había mandado para el encuentro. Kaan tenía cada confianza de que ella haría el trabajo. Y él no vio motivo alguno para compartir con ella el pequeño paquete que había llegado en el compartimento de almacenamiento del dron de mensajes.

Bane lo había mandado a Lord Kaan como una oferta de paz; una forma de expiar la muerte de Kas'im. No había mucho que ver: textos escritos en varias páginas de plastifino, la escritura apretada y con prisas como si hubiera sido registrada mientras escuchaba a alguien más hablar. Aún así en sus páginas contenía una descripción detallada de una de las más temibles creaciones de los Sith antiguos: la bomba mental.

Un ritual antiguo que requería de la voluntad combinada de muchos Lords Sith poderosos, la bomba mental liberaba la pura energía destructiva del lado oscuro. Había riesgos involucrados, por supuesto. Tanto poder era altamente volátil, haciéndolo difícil de controlar incluso para aquellos que tenían la fuerza de invocarlo. Era posible que la explosión pudiera aniquilar a toda la Hermandad junto con el Ejército de la Luz de Hoth. El vacío en el centro de la explosión podía succionar los espíritus incorpóreos de los Sith y Jedi por igual, atrapándolos lado a lado por una eternidad en un estado irrompible de equilibrio en el corazón de una esfera congelada de pura energía.

Kaan dudaba que realmente tuviera necesidad de tal arma para acabar con los Jedi aquí en Ruusan. Después de todo, estaba ganando la guerra. Aún así, conforme empezó a caminar durante otra larga noche sin sueño, no podía evitar estudiar el ritual de la bomba mental una y otra vez.

25

Desde cierta distancia, Ambria se veía hermosa. Un mundo naranja con anillos rayados violeta, era fácilmente el planeta habitable más grande del sistema Stenness. Aún así, cualquiera que aterrizara en el mundo se daría cuenta rápidamente de que la belleza se desvanecía pronto tras entrar en la atmósfera.

Muchos siglos antes, los rituales fallidos de una poderosa hechicera Sith habían liberado inadvertidamente una onda cataclísmica de energía del lado oscuro por la superficie del mundo. La hechicera había sido destruida, junto con casi toda la vida en Ambria. Lo que sobrevivió fue poco más que rocas yermas, e incluso ahora los grupos de tierra fértil eran pocos y espaciados. No había ciudades reales en Ambria; sólo un par de asentamientos resistentes extendidos por su superficie, dispersos y tan separados que bien podrían haber vivido solos en el planeta.

Los Jedi habían tratado una vez de limpiar Ambria de su fétida contaminación, pero el poder del lado oscuro había rasgado permanentemente el mundo. Incapaces de purificarlo, sólo tuvieron éxito en concentrar y confinar el lado oscuro en una única fuente: el Lago Natth. Los colonos lo suficientemente valientes como para resistir los ambientes desolados de Ambria ponían tierra de por medio del lago y sus aguas envenenadas. Por supuesto Bane había hecho su campamento justo en sus costas.

Ambria estaba localizado en los límites de la Región en Expansión, sólo un rápido salto hiperespacial del propio Ruusan. La evidencia de varias pequeñas batallas que se habían luchado aquí entre las tropas de la República y los Sith durante las campañas más recientes estaban por todas partes. Armas caídas y armaduras se apilaban en el brillante paisaje; vehículos calcinados y swoops dañados eran visibles desde kilómetros de distancia en las llanuras duras, frías. Aparte de un par de asentamientos locales rapiñando las partes, nadie se había molestado en limpiar los restos.

El planeta anillado era un mundo insignificante: demasiados pocos recursos y demasiada poca gente para las flotas de la República que ahora controlaban el sector como para preocuparse. Bane había escuchado que un sanador de cierta habilidad —un hombre llamado Caleb— había ido al mundo una vez que la batalla hubo acabado. Un imbécil idealista determinado a enmendar las heridas de la guerra; un hombre que ni siquiera merecía el desprecio de Bane. Para entonces, incluso ese hombre debía haber abandonado este mundo una vez que hubiera visto que poco rescatable quedaba aquí. Pese a todos los intentos y propósitos, el mundo estaba olvidado.

Era el lugar perfecto para encontrarse con el enviado de Kaan. Una flota Sith rápidamente sería detectada por los navíos de la República que patrullaban la región, pero una nave pequeña y un piloto habilidoso podría colarse sin ningún problema. Bane no tenía intención de preparar un encuentro en algún lugar donde Kaan pudiera mandar una armada para eliminarlo.

Esperó pacientemente en su campamento a que el emisario de Kaan llegara. Ocasionalmente miraba arriba al cielo o miraba hacia el horizonte, pero no estaba

preocupado porque alguien se le acercara sigilosamente. Habría visto una nave llegando a aterrizar desde varios kilómetros de distancia. Y si venían a él en un vehículo de tierra —como el reptador de tierra asentado en el borde de su campamento— escucharía el ruido de sus motores o sentiría las inequívocas vibraciones de sus pisadas pesadas mientras se agitaba de camino por el terreno irregular.

En su lugar todo lo que escuchó fue el suave chapoteo de las aguas oscuras del Lago Natth contra la costa ni a cinco metros de donde estaba sentado. Y todo el rato, su mente luchaba con la única pregunta para la que aún no tenía respuesta.

Dos debería haber; ni más, ni menos. Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo. Una vez que hubiera librado a la galaxia de la Hermandad de la Oscuridad, ¿dónde encontraría un aprendiz merecedor?

El zumbido de los motores de un Buitre le sacó de sus pensamientos. Se alzó sobre sus pies mientras la nave caía del cielo y rodeaba el campamento una vez, antes de tocar tierra a una corta distancia. Cuando la rampa de aterrizaje bajó y vio quién bajaba de ella, no pudo evitar sonreír.

—Githany —dijo él, alzándose para saludarla una vez que hubo cruzado la distancia entre ellos—. Esperaba que Lord Kaan te mandara a ti.

—Él no me mandó —respondió ella—. Yo pedí venir.

El corazón de Bane empezó a latir un poco más rápido. Se alegraba de verla; su presencia despertaba un hambre en su interior que casi había olvidado que existía. Aún así, estaba perturbado también. Si alguien podía ver a través de su farol, era ella.

—¿Viste el mensaje? —preguntó él, estudiándola cuidadosamente para estimar su reacción.

—Creí que estabas por encima de esto, Bane. La autocompasión y el arrepentimiento son para los débiles.

Aliviado, inclinó su cabeza para continuar con su farsa.

—Tienes razón —murmuró él.

Ella caminó más cerca de él.

—No puedes engañarme, Bane —susurró ella, y sus músculos se tensaron en anticipación a lo que ella haría después—. Creo que estás aquí por algo más.

Él mantuvo el terreno mientras ella se inclinaba lentamente, en posición de reaccionar ante la primera sombra de amenaza o peligro. Sólo bajó la guardia cuando ella frotó sus labios suavemente contra los suyos.

Instintivamente sus manos se alzaron y agarraron sus hombros, tirando más cerca de ella, presionando sus labios y cuerpo con fuerza contra el suyo propio mientras bebía de ella. Ella envolvió sus brazos alrededor de sus amplios hombros y cuello, devolviendo su insistencia con su propia urgencia.

Su calor les envolvió. El beso pareció durar toda una eternidad; su aroma envolviéndoles alrededor de su carne entrelazada hasta que sintió que estaba ahogándose en ella. Cuando ella al final se apartó él pudo ver la ansiedad feroz en sus ojos y todavía saboreaba el dulce fuego de sus labios. Podía probar algo más, también.

¡Veneno!

Deslumbrado por su beso, le llevó un segundo darse cuenta de lo que había ocurrido. Si Githany le había creído o no, no importaba. Ella había pedido a Kaan dejarla ir para poder matarle. Por un breve segundo estuvo preocupado… hasta que reconoció el leve sabor a tricobre del veneno de worrt de roca.

Él se rió, jadeando ligeramente por aire.

—Magnífico —suspiró. Secretismo. Astucia. Traición. Githany podía estar corrupta por la influencia de la Hermandad, pero todavía entendía lo que hacía fuerte al lado oscuro. ¿Era posible que ella pudiera ser su única verdadera aprendiz, pese a su lealtad a la Hermandad?

Ella sonrió coquetamente ante su cumplido.

—Con pasión obtenemos fuerza.

Bane podía sentir el veneno extendiéndose por su sistema. Los efectos eran sutiles. Si su creciente fuerza en el lado oscuro no hubiera hecho sus sentidos hiperalerta, probablemente ni siquiera se habría dado cuenta de su presencia durante varias horas. Aún así de nuevo, Githany le había subestimado.

El veneno de worrt de roca era suficientemente poderoso para matar a un bantha, pero había muchas toxinas mucho más raras —y letales— que podría haber escogido. El lado oscuro fluía a través de él, denso como la sangre de sus venas. Él era Darth Bane ahora, un verdadero Lord Oscuro. No tenía nada que temer a su veneno.

El hecho de que ella hubiera pensado que no lo detectaría en sus labios —el hecho de que ella pensara que siquiera le haría daño— significaba que debía haber creído su actuación. Ella sospechaba que se había apartado del lado oscuro de nuevo; ella pensaba que era débil. Se alegraba: hacía su decisión de alinearse con Kaan más perdonable. Quizás todavía hubiera esperanzas para ella después de todo. Pero tenía que estar seguro.

—Lo siento por abandonarte —dijo él suavemente—. Estaba cegado por los sueños de las glorias pasadas. Naga Sadow, Exar Kun, Darth Revan… me lancé tras el poder de los grandes Lords Oscuros del pasado.

—Todos codiciamos poder —contestó ella—. Esa es la naturaleza del lado oscuro. Pero hay poder en la Hermandad. Kaan está al borde de tener éxito donde todos aquellos antes que él fracasaron. Estamos ganando en Ruusan, Bane.

Bane agitó su cabeza, decepcionado. ¿Cómo podía estar todavía tan ciega?

—Kaan puede que esté ganando en Ruusan, pero sus seguidores están perdiendo en todos los demás sitios. Su gran ejército Sith se ha tambaleado sin sus líderes. La República les ha llevado en retirada y reclamado la mayoría de los mundos que conquistamos. En un par de meses más, la rebelión será aplastada.

—Nada de eso importa si podemos barrer a los Jedi —explicó ella ansiosa, sus ojos ardiendo—. La guerra le ha pasado factura a la República. Una vez que los Jedi se hayan ido, podremos fácilmente hacer correr nuestras tropas y cambiar el curso de la guerra. Todo lo que tenemos que hacer es eliminarlos, ¡y la victoria definitiva será nuestra! ¡Todo lo que tenemos que hacer es ganar en Ruusan!

—Hay otros Jedi aparte de aquellos en Ruusan —respondió él.

—Un par, pero están dispersos en grupos de uno y dos por toda la galaxia. Si el Ejército de la Luz es destruido, podremos cazarlos a nuestro placer.

—¿De verdad crees que Kaan ganará? Ha clamado la inminente victoria antes, entonces ha fracasado en cumplir su promesa.

—Para alguien que clama querer unirse a la Hermandad —señaló ella con cierta sospecha—, no pareces particularmente devoto a la causa.

El brazo de Bane se disparó y la agarró por la cintura, tirando de ella más cerca para otro beso salvaje. Ella jadeó sorprendida, entonces cerró sus ojos y se entregó al placer físico del momento. Esta vez fue ella la que finalmente retrocedió con un leve suspiro.

—Tenías razón cuando dijiste que volví por algo más —dijo él, todavía manteniéndola cerca. El veneno traicionero en sus labios sabía igual de dulce la segunda vez.

—La Hermandad no puede fallar —prometió ella—. Los Jedi están en retirada, acobardados y ocultándose en los bosques.

Él la dejó ir, se alejó caminando, dándole la espalda. Desesperadamente quería creer que ella era capaz de convertirse en su aprendiz una vez que hubiera destruido a Kaan y a la Hermandad. Pero todavía no estaba seguro. Si de verdad creía en aquello por lo que se alzaba la Hermandad, entonces no había esperanzas.

—Simplemente no puedo aceptar lo que predica Lord Kaan —confesó él—. Él dice que todos somos iguales, pero si todos son iguales, entonces ninguno puede ser fuerte.

Ella caminó hacia él y puso sus manos sobre sus hombros, aplicando una suave presión hasta que se giró para encararla de nuevo. Su expresión era una de entretenimiento.

—No creas todo lo que dice Kaan —advirtió ella, y él pudo escuchar la ambición desnuda en su voz. *Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo*—. Una vez que los Jedi sean destruidos, muchos de sus seguidores descubrirán que algunos de nosotros son más iguales que otros.

Él agarró a Githany con sus poderosos brazos con un rugido de gozo, haciéndola girar y girar mientras le daba otro largo beso, fuerte. ¡Eso era lo que quería escuchar!

Cuando finalmente la bajó ella se tambaleó medio paso hacia atrás, intranquila tras su inesperado arrebato. Ella recuperó su equilibrio y le dio una risa sorprendida.

—Supongo que aceptas —dijo ella con una sonrisa tímida en sus labios bañados en veneno—. Recoge tu campamento. Iré delante para que Kaan sepa que vienes.

—No puedo esperar a ver su cara cuando le digas sobre este encuentro —respondió él, todavía pretendiendo que no se había dado cuenta del veneno que rabiaba sin comprobar en su sangre.

—Tampoco yo —respondió ella, su voz sin conceder nada—. Tampoco yo.

Conforme la superficie de Ambria caía bajo ella y los gloriosos anillos llegaban a la vista, Githany no pudo evitar sentir una chispa de arrepentimiento. La pasión que había despertado en Bane le había dado una fuerza repentina, sorprendente; lo había sentido en

cada uno de sus besos. Pero estaba claro que Bane estaba interesado en *ella*, no en unirse a la Hermandad de la Oscuridad.

Ella introdujo las coordenadas para el salto de vuelta a Ruusan y se recostó en su asiento. Su cabeza estaba dando vueltas por el veneno que envolvía sus labios. No el veneno de worrt de roca; ese sólo estaba ahí para calmar a Bane en una falsa sensación de seguridad. Sino el de synox que lo había mezclado —la toxina incolora, inodora, insípida favorita de los infames asesinos de los GenoHaradan— estaba teniendo un efecto pese al antídoto que había tomado. No tenía duda de que Bane se estaría sintiendo pronto mucho, mucho peor de lo que ella lo hacía. Un simple beso habría sido suficiente para matarle, y había recibido una dosis triple.

Iba a echar de menos a Bane, se dio cuenta. Pero era una amenaza para todo por lo que estaba trabajando Lord Kaan. Tenía que alinearse con uno o con el otro, así que naturalmente había escogido al que tenía todo un ejército de Sith a su mando.

Era, después de todo, la naturaleza del lado oscuro.

* * *

Bane observó al Buitre hasta que desapareció en el cielo antes de volver su atención a recoger su campamento. Tendría que actuar con cuidado ahora. Githany le diría a Kaan que había tratado de envenenarle. Cuando él se mostrara en el campamento todavía vivo las cosas se volverían… difíciles.

Podría simplemente quedarse aparte y dejar que los eventos tomaran su rumbo. Los Jedi en Ruusan se reunirían, cambiando el curso de la batalla una vez más. Estaba dado; Bane contaba con ello. Desesperado, Kaan entonces volvería al regalo que Bane le había mandado. Desataría la bomba mental, inconsciente de su verdadera naturaleza. Y entonces cada usuario de la Fuerza en Ruusan —Sith y Jedi por igual— sería destruido.

Ese era el escenario más probable. Pero Bane había llegado demasiado lejos como para dejar el fin de la Hermandad de la Oscuridad a las probabilidades. Cuando el ejército de Kaan flaqueara esta vez, habría aquellos en su campamento —como Githany— que se volverían contra él. Podrían huir de Ruusan, dispersándose ante los Jedi. Y entonces Bane tendría que tratar con cada uno de sus rivales por separado antes de convertirse en el indiscutido líder de los Sith.

Mejor estar a mano, guiando los eventos hacia el resultado que deseaba. Eso, sin embargo, significaba que tenía que llegar con una historia plausible para explicar su deseo de unirse a la Hermandad incluso después de un asesinato fallido.

Lo pensó durante casi una hora, considerando y descartando un número de ideas. Al final, sólo había un motivo por el cual cualquiera de ellos creería que había vuelto. Tenía que hacerles creer a todos que quería desbancar a Kaan y convertirse en el nuevo líder de la Hermandad.

Bane sonrió ante la sutil belleza del plan. Kaan sospecharía, por supuesto. Pero todos sus esfuerzos y atención estarían centrados en mantener su posición. No se daría cuenta

del verdadero propósito de su rival: exterminar la Hermandad por completo; destruir hasta el último Sith en Ruusan.

Además, tenía la ventaja añadida de tener otra oportunidad para convencer a Githany de que se uniera a él. Una vez que entendiera en lo que se había convertido realmente —y de cómo había manipulado a Kaan y a los otros llamados Lords Oscuros— realmente aceptaría su oferta de convertirse en su aprendiz. Al menos tendría una oportunidad de ver su cara una vez que se diera cuenta de que su veneno había fallado en…

—¡Ungh! —Bane dejó salir un gruñido y se dobló mientras un dolor violento destrozaba su estómago. Trató de ponerse firme, pero su cuerpo estaba de repente retorciéndose con un ataque de tos prolongado. Alzó su mano para cubrir su boca, y cuando la dejó caer estaba cubierta de salpicaduras rojas espumosas de sangre.

Imposible, pensó él, incluso mientras otro dolor punzante a través de sus entrañas bajaba a sus rodillas. Revan le había enseñado cómo utilizar la Fuerza para protegerse del veneno y la enfermedad. Ninguna toxina simple debería ser capaz de afectar a nadie lo suficientemente fuerte en el lado oscuro como para ser un Lord de los Sith.

Otro ataque de tos le paralizó hasta que pasó. Extendió un brazo hacia arriba para limpiarse el sudor cayendo de su cara y sintió algo cálido y pegajoso en su mejilla. Un fino rastro de lágrimas carmesí estaba cayendo de la esquina de su ojo.

Se alzó agitado en pie, volviendo su concentración hacia dentro. El veneno aún estaba ahí. Se había esparcido a través de todo su cuerpo, contaminando y corrompiendo su sistema y dañando sus órganos vitales. Tenía una hemorragia interna, sangrando por sus ojos y nariz.

¡Githany! Habría reído si no hubiera estado en esa agonía insoportable. Había sido tan confiado, tan arrogante. Tan convencido de que ella le estaba subestimando. En su lugar, él la había subestimado a ella. Un error que juró no volver a cometer… si sobrevivía.

Había leído sobre el synox para reconocer los síntomas. Si lo hubiera detectado de inmediato, habría sido capaz de eliminarlo de su sistema, al igual que lo había hecho con el veneno de worrt de rocas que había ocultado su presencia. Pero el synox era el más sutil de los venenos; la toxina traicionera había minado sus fuerzas y se había esparcido inadvertida por su cuerpo.

Invocando todos sus recursos, trató de purgar el veneno de su cuerpo, quemándolo con el frío fuego del lado oscuro. El veneno era demasiado fuerte… o más bien, él era demasiado débil. El daño ya estaba hecho. El synox le había destrozado, dejando su poder como una mera sombra de lo que había sido sólo unas horas antes.

Podía aminorar sus efectos, ralentizar su progreso, y temporalmente mantener los síntomas más letales a raya. Pero no podía curarse a sí mismo. No ahora, debilitado como estaba.

Había poder en el Lago Natth, pero era un poder que no podía atraer. Los Jedi antiguos habían tenido cuidado en sellar el lado oscuro a salvo lejos en sus

profundidades. Las aguas negras, estancadas, eran la única evidencia del poder que permanecía atrapado por siempre bajo su superficie.

Desesperado por encontrar alguna otra forma de sobrevivir, se tambaleó hacia el reptador de tierra al borde de su campamento. Ignorando las protestas de sus extremidades repentinamente maltrechas, subió tras la rueda y empezó a conducir. Necesitaba un sanador. Si el llamado Caleb todavía estaba en ese mundo, Bane tenía que encontrarle. Era su única oportunidad.

Se dirigió al campo de batalla más cercano, una llanura yerma a varios kilómetros de distancia de donde los restos de aquellos que habían luchado y muerto todavía yacían esparcidos en la tierra. El fuerte rugido de las pisadas del reptador de tierra le sacudían a cada momento, y él apretaba sus dientes contra el dolor agonizante. Mientras conducía su mundo se convertía en una pesadilla despierta de oscuridad y sombras, todo teñido de rojo. Era apenas consciente de dónde iba, dejando que la Fuerza le guiara incluso mientras trataba de utilizarla para evitar que su cuerpo sucumbiera a los efectos del veneno de Githany.

El miedo a la muerte se envolvió alrededor de él, apagando sus pensamientos. Su voluntad empezó a flaquear, habría sido tan fácil simplemente rendirse ahora y dejar que todo terminara. Simplemente dejar que todo se deslizara y quedar en paz.

Gruñendo, agitó su cabeza, arrastrando sus pensamientos de vuelta del umbral repitiendo la primera línea del mantra Sith una y otra vez. *La paz es una mentira.* Alcanzó su entrenamiento como soldado, tomando su miedo y transformándolo en rabia para darle fuerza.

Soy Darth Bane, Lord Oscuro de los Sith. Sobreviviré. A cualquier precio.

Bien delante —en los puros límites de su visión rápidamente desvaneciéndose— vio otro vehículo moviéndose lentamente por el otro lado del campo de batalla. Colonos. Carroñeros, rebuscando entre los restos.

Apuntó el morro de su reptador de tierra hacia ellos, gruñendo con el esfuerzo que requería simplemente girar la rueda. Extendiéndose con la Fuerza, trató de tocar los espíritus de aquellos que habían caído en ese sitio. Sólo unos meses antes, veintenas de seres habían muerto aquí. Trató de beber en lo que quedaba de sus fines torturados, esperando que la agonía de sus momentos finales potenciara su propio poder flaqueante. Pero no era suficiente; su sufrimiento era demasiado distante, el eco de sus gritos demasiado leve.

Mirando arriba, se dio cuenta de que su vehículo había empezado a salirse de ruta, dirigiéndose con fuerza a un lado mientras su agarre en la rueda se debilitaba. Sus brazos estaban dormidos y temblando; se habían vuelto insensibles casi por completo. Podía sentir su corazón luchando por cada latido.

El pisotón de frente golpeó una gran roca y el reptador de tierra de repente volcó, lanzando a Bane hacia el suelo sucio y la piedra abrupta. Trató de mirar arriba de nuevo para localizar a la gente que había visto en la distancia, pero el esfuerzo de alzar su cabeza era demasiado. Exhausto, su mundo se desvaneció.

El pesado *wump-wump-wump* de los pisotones de un reptador de tierra le movieron de vuelta a la consciencia. El otro vehículo estaba ahí. Dudaba de que siquiera le hubieran visto: su cuerpo había caído bajo su reptador volcado y se habían aproximado desde el otro lado. Incluso si lo hacían, no había nada que pudieran hacer para salvarle ahora. Aún así había algo que podía hacer para salvarse a sí mismo.

Los motores se apagaron y escuchó el sonido de voces: voces de niños. Tres chicos jóvenes bajaron de la parte trasera del reptador de tierra y empezaron a cazar ansiosos entre los restos.

—¡Mikki! —Llegó la voz de su padre, llamando a uno de sus hijos—. No vayas demasiado lejos.

—¡Mira! —Gritó uno de los chicos—. ¡Mira lo que he encontrado!

El débil debe servir al fuerte. Ese es el camino del lado oscuro.

—¡Guau! ¿Es real? ¿Puedo tocarlo?

—¡Déjame ver, Mikki! ¡Déjame ver!

—Calmaos, chicos —dijo cansado el padre—. Echemos un vistazo.

Bane escuchó el crujir de sus botas sobre las pequeñas piedras mientras se aproximaba. *Yo soy fuerte. Ellos son débiles. Ellos no son nada*.

—Es un sable láser, Padre. Pero hay algo extraño en la empuñadura. ¿Ves? Tiene una extraña forma de garfio.

Él sintió el miedo repentino que agarraba el pecho del padre como un tornillo.

Sobrevive. A cualquier precio.

—¡Lánzalo lejos, Mikki! ¡Ahora!

Demasiado tarde.

El sable láser saltó a la vida en la mano del chico, girando en el aire y golpeándole matándole al instante. El padre gritó; sus hermanos trataron de correr. La espada saltó tras el mayor, cortándole desde detrás.

Bane, atrayendo la fuerza del horror de sus muertes, se alzó en pie, surgiendo a la vista como una aparición devuelto de las entrañas del planeta.

—*¡Nooo!* —Bramó el padre, desesperadamente agarrando a su hijo más joven contra su pecho—. ¡Salve a este, mi señor! —Rogó él, las lagrimas surcando su cara—. Es el más joven. El último que tengo.

Aquellos lo suficientemente débiles como para rogar misericordia no la merecen.

Aún demasiado débil para siquiera alzar sus brazos Bane se extendió una vez más con la Fuerza, alzando el sable láser para que flotara sobre sus víctimas indefensas. Esperó, dejando que se acumulara su horror, entonces clavó la espada ardiendo en el corazón del joven chico.

El padre agarró el cuerpo contra su pecho, sus lamentos torturados haciendo eco por el campo de batalla vacío.

—¿Por qué? ¿Por qué has tenido que matarles?

Bane saboreó su angustia, atiborrándose, sintiendo el lado oscuro creciendo más fuerte en él. Los síntomas del veneno cesaron lo suficiente para poder alzar su brazo sin que los músculos le temblaran. El sable láser saltó a su mano.

El padre se encogió ante él.

—¿Por qué me hiciste mirar? ¿Por qué…?

Un rápido barrido de sable láser le cortó, mandando al padre al mismo destino trágico que sus hijos.

26

Lord Hoth se agitaba y giraba, incapaz de dormir. El crujir de su catre se unía al zumbido de los enjambres de insectos chupadores de sangre que seguían a su ejército donde fuera que acamparan. El ruido se componía del zumbar de los pájaros nocturnos de alas pequeñas atiborrándose de los insectos que se atiborraban de sus soldados. El resultado era un sonido estridente, formando una cacofonía que flotaba en los límites de la escucha.

Pero no eran los ruidos lo que le mantenían despierto, o el implacable calor que le dejaba con una constante capa de sudor en su frente, incluso por la noche. No eran las estrategias militares y los planes de batalla que pasaban constantemente por su mente. No eran ninguna de estas cosas, sino la suma de todas juntas, y el hecho de que parecía no haber fin en esta maldita guerra endemoniada. Las molestias menores que habían sido tolerables durante los primeros meses en Ruusan se habían magnificado por la frustración y la futilidad hasta tormentos insoportables.

Con un gruñido enfadado hizo a un lado la fina sábana bajo la que dormía, lanzándola a la esquina opuesta de su tienda. Balanceó sus piernas por el lateral y se sentó en el borde del catre, inclinándose hacia delante con sus codos en las rodillas y su cabeza atrapada entre sus manos.

Durante dos años estándar había librado su campaña contra la Hermandad de la Oscuridad aquí en Ruusan. Al principio, muchos Jedi se habían reunido a su lado. Y muchos Jedi habían muerto… demasiados. Bajo el mando de Lord Hoth se habían sacrificado a sí mismos, ofreciendo sus propias vidas por el bien de una causa mayor. Aún así ahora, tras seis batallas principales —sin mencionar las innumerables escaramuzas, expediciones, enfrentamientos menores, e indecisas batallas— nada había sido decidido. La sangre de miles manchaba sus manos, y aún así, no estaba más cerca de su meta.

La frustración estaba empezando a dar lugar a la desesperación. La moral estaba más baja de lo que nunca había estado. Muchos de los soldados murmuraban que Farfalla tenía razón: el general había dejado que Ruusan se convirtiera en su loca obsesión y les estaba llevando a su condena.

Hoth ya ni siquiera tenía la fuerza para discutir con ellos. A veces sentía como si hubiera olvidado los motivos por los que había ido allí en primer lugar. Una vez pudo haber habido virtud en esta guerra, pero tal nobleza se había perdido hacía tiempo. Ahora luchaba por venganza en nombre de aquellos Jedi que habían caído. Luchaba con odio al lado oscuro y por lo que luchaban. Luchaba por orgullo y en un rechazo a admitir la derrota. Pero más que todo, luchaba simplemente porque ya no sabía hacer nada más.

Aún si abandonaba ahora, ¿supondría alguna diferencia? Si ordenaba retirarse a sus tropas, que evacuaran el planeta en las naves de Farfalla, ¿cambiaría algo? Si se hacía a un lado y dejaba la carga de luchar contra los Sith —aquí en Ruusan o en cualquier lugar

de la galaxia— a otro, ¿encontraría finalmente la paz? ¿O simplemente estaría traicionando a todos aquellos que habían creído en él?

Desmantelar el Ejército de la Luz ahora, mientras la Hermandad de la Oscuridad todavía existía, deshonraba la memoria de todos aquellos que habían perecido en el conflicto. Seguir presionando significaba que muchos más morirían seguro… y él mismo perdería la luz para siempre.

Se recostó y cerró sus ojos de nuevo. Pero el sueño no llegaba.

—Cuando todas las opciones están mal —murmuró para sí mismo en la oscuridad—, ¿qué importa cuál escoja?

—Cuando el camino ante ti no está claro —respondió una voz etérea—, deja que tus acciones sean guiadas por la sabiduría de la Fuerza.

Hoth alzó su cabeza para ver a través de la oscuridad de la tienda. Una figura era apenas visible en las sombras, en pie al otro lado.

—¡Pernicar! —Exclamó él, entonces de repente preguntó—: ¿Esto es real? ¿O en realidad estoy dormido en mi catre, y todo esto no es otra cosa sino un sueño?

—Un sueño es sólo otro tipo de realidad —dijo Pernicar con un entretenido agitar de cabeza. Cruzó la tienda lentamente, acercándose. Mientras se aproximaba, Hoth se dio cuenta de que realmente podía ver a través de él.

La aparición se sentó en el catre. Los muelles no crujieron; era como si no tuviera peso o sustancia en absoluto.

Tenía que ser un sueño, se dio cuenta Hoth. Pero no quería despertar. En su lugar, se aferró desesperadamente a la oportunidad de ver a su viejo amigo de nuevo, incluso si sólo era una ilusión conjurada por su propia muerte.

—Te he echado de menos —dijo él—. Tus consejos, tu sabiduría. Los necesito ahora más que nunca.

—No estabas tan dispuesto a escucharme cuando estaba vivo —respondió el Pernicar de su sueño, golpeando a la culpa más secreta y al arrepentimiento enterrado profundamente en el subconsciente de Hoth—. Había mucho que podías haber aprendido de mí.

Un pensamiento gracioso golpeó al general.

—¿Fui yo su Padawan todo este tiempo, Maestro Pernicar? ¿Tan joven y estúpido que ni siquiera sabía que estaba tratando de instruirme en los caminos de la Fuerza?

Pernicar se rió ligeramente.

—No, General. Ninguno de nosotros es joven… aunque ambos hemos tenido más momentos estúpidos de nuestra parte.

Hoth asintió sombríamente. Por un momento no dijo nada, sólo disfrutó de la presencia de Pernicar una vez más, incluso si sólo estaba ahí en espíritu. Entonces, sabiendo que debía haber algún propósito en esta charada elaborada que su subconsciente había creado para él, preguntó,

—¿Por qué has venido?

—El Ejército de la Luz es un instrumento del bien y la justicia —le dijo Pernicar—. Temes haber perdido tu camino, pero mira en la Fuerza y sabrás que debes hacer para encontrarlo de nuevo.

—Haces que suene muy simple —dijo Hoth con un ligero agitar de cabeza—. ¿Realmente he caído tan lejos que ni siquiera puedo recordar las enseñanzas más básicas de nuestra orden?

—No es ninguna vergüenza caer —dijo Pernicar, alzándose—. Sólo es una vergüenza si renuncias a levantarte de nuevo.

Hoth suspiró con fuerza.

—Sé lo que debo hacer, pero carezco de las herramientas para hacerlo. Mis tropas están al borde del colapso: exhaustas y superadas en número. Y los otros Jedi ya no creen en nuestra causa.

—Farfalla aún lo hace —señaló Pernicar—. Aunque tuvierais vuestras diferencias, siempre fue leal.

—Creo que he alejado a Farfalla por un bien —admitió Hoth—. No quiere tener nada más que ver con el Ejército de la Luz.

—¿Entonces por qué sus naves todavía están en órbita? —Contraatacó Pernicar—. Le alejaste con tu rabia, y teme que hayas caído al lado oscuro. Muéstrale que no es así y te seguirá de nuevo.

Pernicar dio un paso atrás. Hoth podía sentirse a sí mismo empezando el lento ascenso a la consciencia de nuevo. Podía haber luchado contra ello. Podía haberse esforzado por permanecer en el mundo de los sueños. Pero había trabajo por hacer.

—Adiós, viejo amigo —susurró él. Lentamente, sus ojos se abrieron, revelando el mundo en vigilia y la vacía oscuridad de su tienda—. Adiós.

El sueño no volvió a él esa noche. En su lugar pensó largo y fuertemente en lo que Pernicar le había dicho en su sueño. Pernicar siempre había sido al que acudía en los momentos de confusión y problemas. Tenía sentido que su mente hubiera conjurado la imagen de su más querido amigo para ponerle de nuevo en el camino adecuado.

Sabía lo que tenía que hacer. Se tragaría su orgullo y le pediría perdón a Farfalla. Tenían que poner a un lado sus diferencias personales por el bien de los Jedi.

A primera hora de la mañana salió de su tienda, determinado a mandar un enviado a Farfalla. Pero para su sorpresa encontró que una de la gente de Farfalla había venido a hablar con él.

—Me preguntaba si habría hecho este viaje en vano —admitió la mensajera una vez que Lord Hoth le dio la bienvenida a su tienda—. Temía que rechazara verme incluso a mí.

—Si hubieras venido un día antes, probablemente habrías tenido razón —confesó él—. La última noche tuve una… revelación que cambió las cosas.

—Supongo que tenemos suerte de que viniera hoy, entonces —contestó ella con una inclinación cordial de su cabeza.

—Sí, suerte —murmuró él, aunque parte de él creía que el momento del sueño no tenía nada que ver con la suerte en absoluto. Ciertamente, la Fuerza era una poderosa y misteriosa aliada.

* * *

Bane todavía podía sentir el veneno en su sistema mientras dirigía el reptador de tierra por las llanuras vastas y vacías de Ambria. El retumbar del motor no ahogaba demasiado el claqueteo de la chatarra apilada en la parte posterior. El claqueteo le evitaba que apartara los recuerdos de los dueños anteriores del vehículo completamente de su mente, pero no sentía remordimientos por sus muertes.

Dejó sus cuerpos tumbados donde habían caído, en medio del campo de batalla donde reunían sus premios. Sus muertes le habían dado la fuerza para seguir adelante, pero ya el arrebato de poder que había sentido se estaba desvaneciendo. Tenía la fuerza para mantener al synox a ralla por un par de horas más, pero necesitaba encontrar una cura permanente.

Necesitaba encontrar a Caleb. Si podía alcanzar al sanador, todavía habría esperanza. Pero la morada del hombre estaba todavía a muchos kilómetros de distancia.

Era sólo cuestión de tiempo hasta que su cuerpo sucumbiera a la parálisis y su mente fuera tragada por la locura febril que llevaba consigo la toxina. Por ahora, aún así, su rabia le permitía mantener despejados sus pensamientos.

No estaba enfadado con Githany. Ella sólo había actuado como una sirviente del lado oscuro lo haría. Su ira estaba dirigida hacia dentro, hacia su propia debilidad y arrogancia inapropiada. Debía haber anticipado la verdadera profundidad de su astucia.

En su lugar, le había dejado envenenarle. Y si moría ahora, su gran revelación —la Regla de Dos, la salvación de los Sith— terminaría con él.

* * *

Caleb sintió el reptador de tierra aproximarse mucho antes de que lo viera o lo escuchara. Era como una tormenta en el viento, un cielo negro corriendo para cubrir el sol. Cuando el vehículo rodó para detenerse ante su cabaña ya estaba sentado fuera esperándolo.

El hombre que salió era grande y musculado, un fuerte contraste con la propia constitución de Caleb, delgada y nervuda. Llevaba ropa oscura, y un sable láser con empuñadura de garfio enganchado a su cinturón. Su piel era gris como la ceniza, y sus rasgos estaban retorcidos en una expresión de crueldad y desprecio. Incluso si no hubiera sido sensible a los caminos de la Fuerza, no habría sido difícil para Caleb reconocerle como un sirviente del lado oscuro. Lo que no habría percibido era lo poderoso que era realmente su lúgubre visitante.

Pero Caleb había tratado con hombres y mujeres poderosos antes. Jedi y Sith por igual habían ido a él en el pasado, y les había hecho dar media vuelta a todos. Era un

sirviente de la gente común, aquellos que no se podían ayudar a sí mismos. No quería formar parte de la guerra entre la luz y la oscuridad.

El hombre empezó a caminar hacia él, moviéndose torpemente. El fétido hedor del veneno salía de los poros del Sith moribundo, sofocando el aroma de la sopa hirviendo que colgaba del fuego de Caleb. Lanzando un palo a las brasas para suscitar más calor, Caleb ahora entendía la complexión antinatural de su visitante. Los efectos del synox eran inconfundibles. Supuso que el condenado hombre tenía como mucho un día antes de que muriera.

No habló hasta que el hombre se irguió directamente sobre él, alzándose como el espectro de la propia muerte.

—Hay veneno en tu cuerpo —dijo Caleb plácidamente—. Has venido a por la cura —continuó él—. No te la daré.

El hombre no habló. Poco sorprendentemente, dado su estado. El veneno habría dejado su lengua agrietada e hinchada, su boca parcheada y ampollada. Pero no necesitaba palabras para expresar su mensaje mientras su mano agarraba la empuñadura de su sable láser.

—No tengo miedo a morir —dijo Caleb, sin ningún cambio en su voz—. Puedes torturarme si quieres —añadió él—. El dolor no significa anda para mí.

Para probar su punto zambulló su mano en el caldero burbujeante. El aroma de carne chamuscada se mezcló con los olores de la sopa y el veneno. Su expresión nunca cambió, incluso mientras retiraba su mano y la sostenía arriba para mostrar la carne escaldada.

Vio duda y confusión en los ojos del recién llegado, una mirada que había atestiguado muchas veces antes. En el pasado su estoicismo le había servido bien, normalmente frustrando los planes de aquellos Sith o Jedi que le habían buscado por un motivo u otro. Ellos no podían entenderle, y así es como lo quería.

No le importaba nada su guerra o qué bando preferían. De hecho, sólo había una cosa que le importaba en toda la galaxia. Y esta actuación era su única esperanza de protegerla del monstruo que se erguía por encima de él.

El implacable hombre ante él confundía a Bane. Su única esperanza de sobrevivir acababa de rechazarle, y no estaba seguro de lo que podía hacer sobre ello. Podía percibir el poder en este hombre, pero no era el poder ni del lado oscuro ni de la luz. No era ni siquiera el poder de la Fuerza en ningún sentido normal de la palabra. Sacaba sus fuerzas del suelo y la piedra; las montañas y los bosques; la tierra y el cielo. Pese a esta diferencia, Bane podía percibir que el poder del hombre era formidable en su propio sentido. Bane encontraba esta extrañeza perturbadora, inquietante. ¿Era posible que fuera a perder esta batalla de voluntades? ¿Era posible que este único hombre —un hombre con sólo el más leve parpadeo de la Fuerza en su interior— fuera capaz de desafiar a un Lord Oscuro de los Sith?

Si la mente del sanador hubiera sido débil, Bane podría simplemente haberle alentado a hacer sus órdenes, pero su voluntad era tan inquebrantable como el hierro negro de la olla donde había metido su mano. Había demostrado que el dolor y la amenaza de muerte

serían armas ineficientes para convencerle para que cambiara de opinión, también. Incluso ahora Bane podía percibir su mente armando muros para bloquear el dolor; enterrándolo tan profundamente que casi parecía desaparecer. Y había algo más que estaba enterrando también. Algo que estaba tratando desesperadamente de evitar que Bane descubriera.

Los ojos de Bane se encogieron mientras reconocía lo que era. Estaba tratando de ocultar la presencia de otro, escudando a quien fuera que fuera de las percepciones borrosas, febriles del Lord Oscuro. Cambió su atención a la cabaña pequeña, destartalada del sanador. El hombre no hizo ningún movimiento para detenerle. De hecho, no tuvo ninguna reacción en absoluto.

La puerta estaba bloqueada tan solo por una larga cortina que se ondulaba suavemente en la brisa. Bane caminó hacia delante y la apartó a un lado para revelar una pequeña habitación, destartalada. Una joven, sus ojos abiertos con terror, agachada en silencio contra la pared opuesta.

Una sonrisa sombría de alivio tocó las esquinas de los labios de Bane mientras se daba cuenta de la verdad. Caleb tenía una debilidad después de todo; se preocupaba por algo. Toda su fuerza de voluntad era inútil debido a este fallo. Y Bane no estaba por encima de explotarlo para conseguir lo que necesitaba.

Con una única orden mental levantó a la chica aterrorizada en el aire, llevándola hacia afuera para suspenderla bocabajo sobre la olla hirviendo del sanador.

Caleb saltó sobre sus pies, mostrando emoción real por primera vez. Extendió un brazo hacia ella, entonces retiró su mano, sus ojos parpadeando entre su hija y el hombre que literalmente tenía su vida en sus manos.

—Papi —gimoteó ella—, ayúdame.

La cabeza del hombre cayó en derrota.

—Está bien —dijo él—. Tú ganas. Tendrás tu cura.

El ritual de sanación duró toda la noche y el siguiente día. Caleb hizo uso de todo tipo de hierbas y raíces: algunas cocinadas en las aguas hirviendo de su olla; otras convertidas en pasta; otras se pusieron directamente en la lengua hinchada de Bane. Durante todo el proceso Bane estuvo alerta, preparado para desatar su venganza contra la niña del sanador si el hombre trataba de traicionarle.

Pero conforme las horas pasaban lentamente sintió el synox drenándose de su cuerpo, extraído por las medicinas. Para la tarde del siguiente día todos los restos del veneno se habían ido.

Bane volvió a su campamento y empacó. Un par de horas después estaba preparado para despegar y dejar atrás Ambria.

Después de que se completara el ritual de sanación brevemente había considerado masacrar tanto al padre como a la hija por el crimen de verle en su momento de debilidad. Pero esos eran los pensamientos de un hombre cegado por su propia arrogancia. Su reciente encuentro con Githany le había mostrado los peligros de ese camino.

Ni Caleb ni su hija representaban ninguna amenaza para él o para sus metas. Y Caleb tenía una habilidad que podría necesitar de nuevo algún día. Pese a todo su poder, el lado oscuro era débil en las artes de sanar.

De modo que les dejó vivir. No había ningún propósito o ventaja en sus muertes. Matarles sin motivo o ganancia era un placer insignificante de imbéciles sádicos.

Y Bane estaba determinado —mientras introducía las coordenadas de Ruusan en el ordenador de navegación— a limpiar el lado oscuro de imbéciles.

27

Cuando el *Valcyn* llegó a Ruusan, Bane se sorprendió de encontrar tanto a las flotas Sith como Jedi en el sistema. Los Sith habían formado un bloqueo alrededor del planeta, obviamente tratando de prevenir que los Jedi llevaran refuerzos a sus compañeros en la superficie.

Aún así, para los ojos de Bane parecía que los Jedi no estaban haciendo ningún esfuerzo para correr por el bloqueo. Sus naves parecían conformes, esperando expectantes justo más allá del alcance del fuego enemigo. Y los Sith no podían atacar sin romper la formación y exponer sus filas. El resultado era un punto muerto tenso, sin ningún lado dispuesto a hacer el primer movimiento.

Pese al bloqueo, Bane fue capaz de aterrizar su nave en Ruusan sin atraer la atención de ninguna flota. Los Jedi no se preocupaban por naves que fueran al planeta, y los Sith estaban patrullando en patrones diseñados para proteger de incursiones a gran escala. El bloqueo era para detener a los transportes de tropas, naves de suministros, y sus escoltas; era inútil contra un único navío explorador o un caza.

Sus sensores captaron el campamento Sith poco después de que alcanzara la atmósfera, y llevó al *Valcyn* al otro extremo del mundo. El bloqueo no le había avistado, y había deshabilitado la baliza de la nave antes de dejar Lehon. Nadie sabía que estaba ahí. Planeaba mantenerlo así por un tiempo más.

Descendió la nave en la cobertura de un pequeño grupo de laderas a varios kilómetros del campamento. Atraería menos la atención aproximándose a pie, y quería mantener la localización del *Valcyn* en secreto en caso de que lo necesitara para hacer una escapada rápida. Desembarcó y empezó la larga caminata para encontrarse con Kaan y sus compañeros Sith.

El sentimiento de este planeta era mucho más diferente del de otros donde había estado. Este era un mundo cansado, ajado y desgastado con las interminables guerras que se libraban sobre su superficie. Había un malestar en el aire, como alguna enfermedad infecciosa de la mente y el espíritu. La Fuerza era poderosa en Ruusan, inevitable dado el vasto número de Sith y Jedi ahí. Aún así, percibía que había un torbellino, una tormenta de confusión y conflicto. Ni la oscuridad ni la luz cedían. En su lugar colisionaban y se fusionaban, convirtiéndose en un gris obsceno, indeciso.

Lejos al este, pudo ver los bordes de los grandes bosques de Ruusan. Podía percibir a los Jedi ocultándose en sus profundidades, aunque utilizaban el lado luminoso para enmascarar su posición exacta. El campamento Sith estaba al oeste, a varios kilómetros de distancia de los bordes del bosque. Entre ellos se extendía un gran panorama de colinas y llanuras levemente onduladas: el lugar de todas las grandes batallas que se habían luchado en Ruusan hasta entonces. La constante lucha había sido puntuada por seis enfrentamientos a gran escala, batallas donde cada bando había llevado todas sus fuerzas disponibles en un esfuerzo de barrer con el enemigo, o al menos sacarlos del mundo. Tres veces Hoth y el Ejército de la Luz había tenido la mano ganadora; las otras

tres había ido a Kaan y su Hermandad. Aún así, ninguna de las victorias había sido lo suficientemente decisiva para llevar un fin a la guerra.

Del acre olor de la muerte, Bane sospechaba que alguna confrontación más pequeña había sido luchada recientemente en este territorio, también. Sus sospechas fueron confirmadas cuando subió por una elevación y llegó a una escena de masacre. Era difícil decir quién había ganado: los cuerpos vestidos en los atuendos de cada bando estaban por todas partes, entremezclados como si los combatientes hubieran permanecido juntos en el odio mucho después de que hubieran sido derrotados. La mayoría de los muertos probablemente eran seguidores de los Jedi o esbirros de los Sith, más que Caballeros Jedi reales o miembros de la Hermandad, aún así, avistó túnicas oscuras de Sith en un puñado de cuerpos.

Flotando sobre un campo de matanza estaban los seguratas, una especie nativa única de Ruusan. Había al menos media docena, de forma esférica y de varios tamaños, con la mayoría siendo entre uno y dos metros de amplitud. Sus cuerpos redondos estaban cubiertos de un denso pelaje verde, como lo eran los apéndices a modo de aletas que sobresalían de sus costados y las colas largas a modo de lazo que salían detrás de ellos. No tenían rasgos faciales visibles aparte de los ojos oscuros, sin párpados.

Los informes indicaban que eran sensibles, aún así para Bane parecían como animales rapiñando los restos de la batalla. Mientras se aproximaba, se dio cuenta de que se estaban comunicando, aunque no poseían bocas. De algún modo estaban proyectando imágenes mentales de socorro y apoyo, como si buscaran sanar las heridas de la tierra marcada bajo ellos.

Se dispersaron al aproximarse Bane, lanzándose como un extraño banco de peces capaces de nadar a través de los cielos. Conforme se acercaba más, se dio cuenta de que se habían estado congregando sobre uno de los caídos. El hombre humano no estaba del todo muerto, aunque la herida abierta en su garganta habría sido una evidencia clara de que no viviría para ver la noche.

Llevaba las túnicas de los Sith, y los restos destrozados de una empuñadura de sable láser estaban cerca de su mano cerrada. Bane le reconoció como uno de los estudiantes menores de la Academia en Korriban: tan débil en el lado oscuro, ni siquiera merecía la pena saber su nombre. Aún así él conocía a Bane.

Con un gruñido el hombre rodó sobre su espalda y se alzó a una posición sentada, inclinando su cabeza y hombros contra una piedra cercana. Sus ojos —brillantes y dilatados— se aclararon momentáneamente y se centraron.

—Lord Bane… —jadeó él—. Kaan nos dijo… que estabas muerto.

No tenía sentido contestar, así que Bane no dijo nada.

—Te perdiste la batalla… —murmuró el hombre, las palabras duras de oír a través de las asfixiantes burbujas de sangre que subían por su garganta. Un ataque de tos cortó lo que iba a decir después. Estaba demasiado débil hasta para alzar su mano para cubrir su boca mientras esparcía puntos rojos sobre las botas oscuras de Bane.

—La batalla fue gloriosa —graznó finalmente—. Es un honor… caer en tal espléndida batalla.

Bane se rió en voz alta, la única respuesta apropiada para tal estúpida ridiculez.

—La gloria no significa nada para los muertos —dijo él, aunque no estaba claro si el hombre podía siquiera escucharle en su estado febril.

Se giró para irse, entonces se detuvo cuando sintió un tirón débil en sus caderas.

—Ayúdame, Lord Bane.

Elevando su bota para liberarse de la mano agarrándole, Bane respondió,

—Mi nombre es *Darth* Bane. —Hubo un crujido enfermizo mientras su bota golpeó hacia abajo, moliendo el cráneo del hombre contra las rocas sobre las que se apoyaba. Su cuerpo convulsionó una vez y entonces se quedó en calma.

La purga de los Sith había empezado.

* * *

Lord Kaan descansaba sobre su espalda en el pequeño catre de su tienda, con los ojos cerrado, suavemente masajeando sus sienes. El esfuerzo de mantener a sus seguidores unidos ante una causa común le estaba cobrando factura, y su cabeza constantemente palpitaba con un dolor sordo, incesante.

Pese a su éxito en las batallas recientes con los Jedi en Ruusan, el humor en el campamento Sith era tenso. Habían estado demasiado tiempo en Ruusan —bastante demasiado tiempo— y los informes seguían filtrándose sobre victorias de la República en los sistemas distantes. Incluso con su habilidad para manipular e influenciar en las mentes de otros Lords Oscuros, se estaba volviendo más y más difícil mantener a la Hermandad centrada en su batalla contra el Ejército de la Luz.

Sabía que había una forma segura de terminar con la guerra, y terminar rápidamente. La bomba mental. Había pasado muchas noches preguntándose si se atrevería a utilizarla. Si atraía a los Jedi y desataba la bomba mental, su explosión arrasaría por completo a sus enemigos. ¿Pero la voluntad combinada de la Hermandad sería lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a tal poder? ¿O serían barridos por la resaca de la explosión?

Tiempo, y de nuevo la había rechazado como demasiado peligrosa, un arma tan terrible que incluso él —un Lord Oscuro de los Sith— temía utilizarla. Aún así, cada vez lo consideraba unos momentos más antes de retroceder del abismo.

Un sonido fuera de la tienda hizo que abriera sus ojos y se recompusiera. Si mostraba alguna debilidad, los otros se volverían contra él. No podía dejar que eso ocurriera. No ahora, cuando estaban tan cerca de la victoria definitiva. Eso era por lo que había convocado a los otros Lords Oscuros: una reunión final para fortalecer su resolución y asegurar su lealtad continuada.

Githany lideró el camino a través del campamento, y él la siguió hasta la gran tienda donde los otros Lords Sith estaban esperándole. Entró con convicción y propósito, proyectando un aura de confianza y autoridad.

Como era costumbre cuando entraba en una habitación, aquellos reunidos se alzaban en pie a modo de respeto. Hubo uno, sin embargo, que permaneció sentado, con los brazos cruzados sobre su grueso pecho.

—¿Es demasiado pesado para alzarse, Lord Kopecz? —preguntó Githany puntillosa.

—Creí que éramos todos iguales en la Hermandad —gruñó en respuesta el twi'lek, hablando más a Kaan que a ella.

Kaan sabía que tenía que pisar con cuidado. Esta no era la primera vez que Kopecz había sido la voz de la disensión, y muchos de los otros seguían su ejemplo. Desafortunadamente, él también era uno de los más difíciles de influenciar y controlar.

—Iguales. Bastante cierto, Lord Kopecz —dijo él con una sonrisa cansada—. Permanece sentado. Todos vosotros. No tenemos necesidad de estas formalidades sin sentido.

El resto del grupo hizo como él ofreció y encontraron sus asientos una vez más, aunque estaba claro que todo el mundo todavía sentía la tensión entre ellos dos. Dejó que una oleada de seguridad reconfortante recorriera la habitación mientras cruzaba hacia la mesa de estrategia.

—La guerra contra los Jedi casi está ganada —declaró él—. Están al borde del colapso. Se han retirado a los bosques, pero se están quedando sin sitios donde ocultarse.

Kopecz resopló burlonamente.

—Hemos escuchado ese refrán demasiadas veces.

Le llevó un tremendo esfuerzo mantener su compostura, pero de algún modo Lord Kaan consiguió contestar con una voz calmada, regular.

—Cualquiera que tenga dudas sobre nuestra estrategia aquí en Ruusan es libre de hablar —ofreció él—. Como ya ha sido señalado en este encuentro, somos todos iguales en la Hermandad de la Oscuridad.

—No es sólo Ruusan lo que me preocupa —contestó Kopecz, aceptando la provocación y alzándose en pie—. Hemos perdido terreno en todos los demás sitios de la galaxia. Teníamos a la República en retirada. ¡Pero en lugar de acabar con ellos, les dejamos reagruparse!

—La mayoría de nuestras anteriores victorias llegaron antes de que los Jedi se unieran a su causa —le recordó Kaan—. El punto de atacar a la República en primer lugar era hacer salir a los Jedi. Queríamos forzarles a una batalla de nuestra elección: esta batalla, aquí en Ruusan.

Ahora estamos a punto de barrerles. Y sin los Jedi, podemos fácilmente reclamar los mundos que se han deslizado de vuelta bajo el control de la República… y muchos más aparte.

Aunque Kopecz estaba en silencio, había murmullos de acuerdo de los otros Lords Sith. Kaan presionó su punto aún más.

—Una vez que eliminemos al enemigo aquí en Ruusan nuestros ejércitos barrerán por la galaxia virtualmente sin oposición. Conquistando territorios en cada sector,

rodearemos Coruscant y los otros Mundos del Núcleo como una soga, ¡apretando más firmemente hasta que asfixiemos la propia vida de la República!

Hubo un rugido de aprobación de la multitud. Cuando Kopecz habló de nuevo, hasta él parecía haber perdido algo de su hostilidad.

—Pero la victoria aquí no está asegurada. Puede que tengamos al ejército de Hoth rodeado y arrinconado, pero hay una flota Jedi con cientos de refuerzos al acecho en los límites de este sistema.

—Sus refuerzos están en los límites del sistema —admitió Kaan con un asentimiento, sin molestarse en negar lo que cada uno de ellos sabía de hecho—. Al igual que lo estuvieron la semana pasada. Y es exactamente donde se quedarán: lejos de la superficie donde se les necesita.

—El grueso de nuestra flota está en órbita alrededor del propio Ruusan, y los Jedi carecen de los números o el poder de fuego para romper nuestro bloqueo. Si no pueden unir sus números a aquellos aquí en la superficie, Hoth y sus seguidores caerán. Y una vez que hayamos acabado con ellos podremos hacernos cargo de los restos andrajosos de la Orden a nuestro placer.

Kopecz, aplacado, se sentó con un último comentario.

—Entonces acabemos con Hoth rápido y salgamos de esta maldita roca.

—Ese es exactamente el punto de esta conferencia de estrategia —dijo Kaan con una sonrisa, sabiendo que de nuevo había esquivado un cisma potencial en la Hermandad—. Puede que hayamos perdido un par de escaramuzas aquí y allá, ¡pero estamos a punto de ganar la guerra!

Githany aceleró el paso y le dio un holomapa con los últimos datos de sus drones de reconocimiento. Él le dio un asentimiento de gratitud y lo desplegó en la mesa, entonces se dobló para tener una mejor vista.

—Nuestros espías indican que el campamento principal de Hoth está localizado aquí —dijo él, golpeando con un dedo en una sección boscosa del mapa—. Si pudiéramos hacerlos salir del bosque seríamos capaces de…

Se detuvo cortante mientras una sombra oscura caía sobre el mapa.

—¿Ahora qué? —exigió él, golpeando su puño contra la mesa y lanzando arriba su cabeza para encontrar la causa de su última interrupción.

Una enorme montaña de hombre se alzaba en la entrada, bloqueando la luz que entraba del exterior. Era alto y completamente calvo, con un ceño pesado y unos rasgos duros, despiadados. Llevaba la armadura y las túnicas negras de los Sith, y un sable láser con forma de garfio colgaba a su lado. Aunque nunca había conocido antes al hombre, Lord Kaan había escuchado lo suficiente sobre él para saber exactamente quién era.

—¡Darth Bane! —exclamó él. Dio una rápida mirada en dirección a Githany, preguntándose si le había traicionado. Por la expresión de su cara, era obvio que ella estaba igual de sorprendida como él lo estaba de ver a su visitante vivo y coleando.

—Nosotros… nosotros pensábamos que estabas muerto —empezó él inseguro—. ¿Cómo…?

—Estoy cansado —interrumpió Bane—. ¿Te importa si me siento?

—Por supuesto —estuvo rápidamente de acuerdo Kaan—. Cualquier cosa por un Hermano.

El hombre grande se burló mientras se acomodaba en una de las sillas cercanas.

—Gracias, *Hermano*.

Había algo en su tono que alzó la guardia de Kaan. ¿Qué estaba haciendo él aquí? ¿Sabía que Githany había tratado de envenenarle? ¿Sabía que Kaan la había mandado?

—Por favor continúa con tu estrategia —urgió Bane con un gesto casual de su mano.

Los pelos de la nuca de Kaan se pusieron de punta. Era como si le hubieran dado permiso para continuar; como si Bane estuviera al mando. Rechinando sus dientes, miró abajo al mapa de nuevo y continuó por donde lo había dejado.

—Como estaba diciendo, los Jedi se están ocultando en los bosques. Podemos hacerlos salir si dividimos nuestros números. Si desplegamos nuestros aviadores, podemos flanquear sus líneas sur…

—¡Bah! —Escupió Bane, golpeando su palma abierta fuertemente contra la mesa—. Desplegar aviadores y flanquear ejércitos —se mofó él, alzándose en pie y lanzando un dedo acusador a Kaan—. ¡Estás pensando como un sucio general, no como un Lord Sith!

Un pesado silencio había caído en la habitación; incluso Kaan se quedó sin palabras. Podía sentir todos los ojos en él, observando atentamente para ver qué ocurriría después. Bane se acercó más, su cara sólo a centímetros de la de Kaan.

—¿Cómo encontraste siquiera los cojones para envenenarme? —preguntó en un susurro bajo, amenazante.

—¡Yo… ese no fui yo! —tartamudeó Kaan mientras Bane le daba la espalda.

—No te disculpes por usar la astucia y el engaño —reprendió el hombre grande, moviéndose hacia la mesa de estrategia—. Te admiro por eso. Somos Sith: los sirvientes del lado oscuro —continuó él, doblándose para estudiar las posiciones de tropas y los planos tácticos desplegados ante él—. Ahora mira a este mapa y piensa como un Sith. ¡No luches simplemente en el bosque… *destruye el bosque*!

Fue Githany la que finalmente rompió el silencio subsiguiente, haciendo la pregunta en mente de todo el mundo.

—¿Y simplemente cómo propones que lo hagamos?

Bane se volvió hacia ellos con una sonrisa maligna.

—Puedo mostrároslo.

La noche había caído, pero a la luz de los ardientes fuegos del campamento, Bane podía ver a los otros yendo de atrás hacia delante, haciendo los preparativos como él había ordenado. Cuando percibió a Githany aproximarse desde detrás de él, se giró. Estaba llevando un cuenco de sopa humeante y llevaba una expresión cautelosa, insegura.

—Pasará otra hora antes de que estén preparados para empezar este ritual tuyo —dijo ella a modo de saludo. Cuando él no contestó añadió—: Pareces cansado. Te he traído algo para restaurar tus fuerzas.

Él cogió el cuenco pero no se lo llevó a sus labios. Había descubierto el ritual del que ella hablaba mientras estudiaba el Holocrón de Revan: una forma de unir las mentes y espíritus de los Sith a través de un único recipiente para que su fuerza pudiera ser desatada sobre el mundo físico. En muchas formas el proceso era similar al que se utilizaba para diseñar una bomba mental de la Fuerza, aunque este era menos poderoso que el ritual que había mandado como oferta de paz a Kaan… y mucho menos peligroso.

Se había dado cuenta de que Githany todavía le estaba estudiando de cerca, así que inclinó su cabeza hacia la sopa.

—¿Vienes a envenenarme otra vez? —preguntó él. Sólo hubo una sombra de provocación juguetona en su voz.

—Lo sabías todo el tiempo, ¿no? —preguntó ella.

Él agitó su cabeza.

—No hasta que probé el veneno en tus labios.

Ella alzó una única ceja y le dio una sonrisa evasiva.

—Pero volviste para repetir una segunda vez. Y una tercera.

—El veneno no debería dañar a un Lord Oscuro —le dijo a ella. Entonces admitió—: Aún así casi me mata. —Se detuvo, pero ella no dijo nada—. Hay demasiados Lords Sith en la Hermandad —continuó él—. Demasiados que son débiles en el lado oscuro. Kaan no entiende esto.

—Kaan tiene miedo de que hayas vuelto para apoderarte de la Hermandad. —Tras un momento añadió—: Creo que tiene razón.

No apoderarme de ella, pensó él, *sino destruirla*. No se molestó en corregirla, aún así; aún no era el momento. Todavía necesitaba más pruebas de que era la correcta para convertirse en su aprendiz. *Dos debería haber; ni más, ni menos. Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo*. Era una elección que no iba a hacer de forma precipitada.

—Puedo mostrarte el verdadero poder del lado oscuro, Githany. Un poder más allá del que cualquiera de estos otros puede siquiera imaginar —dijo él.

—Enséñame —suspiró ella—. Quiero aprender. Puedes mostrármelo todo… ¡después de que hayas tomado el lugar de Kaan como líder de la Hermandad!

Él no pudo evitar preguntarse si todavía estaba tratando de manipularle. ¿Quería ponerle a él y a Kaan el uno contra el otro? ¿O estaba buscando que usurpara a Kaan como prueba de su recién encontrada fuerza?

No, admitió él. *Ella todavía no entiende que toda la orden Sith debe ser destruida y reconstruida desde las cenizas. Quizás nunca lo entenderá*.

—Dime algo —dijo él—. ¿Fue idea tuya envenenarme? ¿O de Kaan?

Con una leve risa, ella se agachó bajo su brazo que sostenía el cuenco de sopa y se acercó contra su pecho, mirando justo a sus ojos.

—Fue idea mía —confesó ella—, pero tuve cuidado de asegurarme de que Kaan pensara que era suya.

Puede haber esperanza para ella aún, pensó Bane.

—Sé que cometí un error antes —continuó ella, alejándose de él—. Debí haber ido contigo cuando te fuiste de Korriban. No me di cuenta tras lo que ibas; no entendí los secretos que estabas buscando. Pero los entiendo ahora. Eres el verdadero líder de los Sith, Bane. Te seguiré a partir de ahora. Y lo mismo hará el resto de la Hermandad, después de que utilicemos tu ritual para destruir a los Jedi.

—Sí —estuvo de acuerdo él, manteniendo su voz cuidadosamente neutral y tomando un sorbo de la sopa humeante—. Después de que hayamos destruido a los Jedi.

Bane sabía que realmente no podían destruir a los Jedi. No aquí en Ruusan. No así. De algún modo los Jedi sobrevivirían. Ninguna guerra normal podría eliminar por completo a los sirvientes de la luz. Sólo las herramientas del lado oscuro —astucia, secretismo, engaño, traición— podían hacerlo.

Las mismas herramientas que utilizaría para eliminar a toda la Hermandad de la Oscuridad… empezando con el ritual esta noche.

28

Kaan, Githany, y el resto de los Lords Oscuros se habían reunido sobre una meseta yerma que miraba a los vastos bosques donde Hoth y sus ejércitos se ocultaban. Habían llegado en sus aviadores: vehículos de corto alcance, de una persona, aéreos con armas bláster pesadas acopladas en la parte frontal. Los aviadores estaban aparcados al borde de la meseta, a cincuenta metros de distancia de donde los Sith se sentaban en un círculo amplio. El ritual había comenzado.

Estaban comulgando con la Fuerza, todos ellos deslizándose en un trance meditativo como uno. Sus mentes fueron a la deriva más y más profundo en el pozo de poder contenido en cada individuo, atrayendo su fuerza y combinándola a través de un único conducto. Bane se alzaba en el centro del círculo, alentándoles.

—Tocad el lado oscuro. El lado oscuro es uno. Indivisible.

El cielo de la noche lleno de nubes oscuras y un viento feroz se arremolinaba sobre la meseta, destrozando las capas y capuchas de los Sith. El aire se agitaba con el trueno y crujir de una tormenta eléctrica creciente. Rayos de relámpagos azul-blanco se arqueaban por el aire, y la temperatura de repente cayó.

—Entregaos al lado oscuro. Dejad que os rodee. Os atrape. Os devore.

El Hermandad se deslizó aún más profundamente en el trance colectivo, apenas siquiera al tanto de la tormenta que rabiaba ahora sobre sus seres físicos. Bane permanecía en el ojo de la tormenta, atrayendo los rayos de los relámpagos hacia sí mismo. Sentía su arrebato de fuerza mientras canalizaba y concentraba el lado oscuro de los otros.

¡Así es como debería ser! ¡Todo el poder de la Hermandad en un cuerpo! ¡La única forma de desatar todo el potencial del lado oscuro!

—¿Os sentís invencibles? ¿Invulnerables? ¿Inmortales?

Tuvo que gritar para que se le escuchara por encima del viento ululante y los truenos. Una red de relámpagos salió en espiral desde su cuerpo, conectándole con cada uno de los otros Sith. Él tembló, entonces de repente se quedó tieso, con los brazos extendidos a sus lados. Lentamente, su cuerpo rígido empezó a elevarse en el aire.

—¿Podéis sentirlo? —Gritó él, sintiendo como el poder crudo de la Fuerza que rugía a través de él pudiera desgarrar su misma carne—. ¿Estáis preparados para matar a un mundo?

* * *

Había muy poco en la galaxia que pudiera asustar a un hombre como al General Hoth. Aún así mientras se sentaba mirando a los últimos informes de situación de sus exploradores sintió los primeros destellos de miedo real carcomiéndole en la base de su cráneo.

La brecha entre él y Farfalla había sido enmendada, pero ahora no había forma de llevar los refuerzos abajo hacia la superficie de Ruusan. Pequeñas naves mensajeras con una tripulación de uno o dos habían sido capaces de colarse por el bloqueo Sith sin ser detectadas, aunque en ocasiones incluso esos navíos habían sido avistados y destruidos. Cualquier cosa más grande nunca lo conseguiría.

Pero su miedo era más que el resultado de su frustración de tener la ayuda tan cerca y aún así tan imposiblemente lejos. Había algo siniestro en el aire. Algo malvado.

De repente una imagen llegó sin previo aviso a su mente: una premonición de muerte y destrucción. Saltó sobre sus pies y corrió de su tienda. Aunque estaba en medio de la noche, sólo estuvo medio sorprendido de ver que la mayoría del resto del campamento estaban despiertos y merodeando. Lo habían sentido, también. Algo iba a por ellos. Iba rápido.

Estaban mirándole por liderazgo, esperando que tomara el mando. Él lo hizo con una única orden, gritándola.

—¡*Corred*!

La tormenta rodó desde la meseta y retumbó por el bosque. Cientos de bifurcaciones de relámpagos incandescentes se dispararon desde el cielo, y el bosque entró en erupción. Los árboles estallaron en llamas, el fuego corriendo por las ramas y dispersándose en todas direcciones. La maleza ardiendo, humeando y encendida; y un muro de fuego barriendo la superficie del planeta.

El infierno consumía todo a su camino.

* * *

Calor y fuego. No había nada más en el mundo de Bane. Era como si se hubiera convertido en la propia tormenta: podía ver el mundo ante él, siendo tragado en rojo y fuego y reducido en segundos en cenizas y ascuas por la furia desencadenada del lado oscuro.

Era glorioso. Y entonces de repente se fue.

Hubo un golpe clavándose en su cuerpo que caía de donde había estado flotando a cinco metros del suelo. Durante varios segundos estuvo completamente desorientado, incapaz de imaginar qué había ocurrido. Entonces lo entendió: la conexión se había roto.

Se alzó lentamente sobre sus pies, inseguro de su equilibrio. Todo a su alrededor eran las formas de los Sith, ya no arrodillados en meditación sino colapsados o rodando en el suelo, sus mentes rebobinando del repentino fin del ritual de unión. Uno a uno también recuperaron su compostura y se alzaron, la mayoría viéndose tan confusos como lo había estado Bane sólo unos segundos antes.

Entonces se dio cuenta de Lord Kaan en pie a un lado, junto a los aviadores.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió Bane enfadado—. ¿Por qué lo has detenido?

—Tu plan funcionó —respondió Kaan bruscamente—. El bosque está destruido, los Jedi han huido a terreno abierto. Están expuestos, vulnerables. Ahora vamos a ir a acabar con ellos.

Kaan había roto la conexión, y de algún modo había conseguido arrastrar a los otros hacia fuera junto a él, como si tuviera algún agarre sobre sus mentes. *Quizás lo tiene*, pensó Bane. Más pruebas de que todos tenían que ser destruidos si los Sith iban a ser limpiados.

Mientras los otros recuperaban sus sentidos, Kaan estaba gritando órdenes y planes de batalla.

—El fuego ha hecho salir a los Jedi al claro. Podremos masacrarlos desde el cielo. ¡Deprisa!

Ellos saltaron a su orden, corriendo a sus vehículos en espera y tomando el cielo con alaridos de batalla y gritos de triunfo.

—Vamos, Bane —dijo Githany, corriendo junto a él—. ¡Unámonos a ellos!

Él agarró su brazo, tirando de ella en corto.

—Kaan todavía está tratando de ganar esta guerra a través de blásters y ejércitos —dijo él—. Ese no es el camino del lado oscuro.

—Es más divertido así —dijo ella, la excitación obvia en su voz. Ella se agitó para liberarse de su agarre.

Mientras la observó correr para unirse a los otros se dio cuenta de que había sido corrompida por las enseñanzas de Qordis y la Academia en Korriban. Pese a su promesa de seguir a Bane, no podía ver más allá de la Hermandad y sus limitaciones. Estaba corrupta, poco apta para ser su aprendiz. Ella tendría que morir con todos los demás.

Hubo la más leve sombra de arrepentimiento mientras tomaba la decisión, pero el arrepentimiento era vacío: el eco de un sentimiento, los últimos vestigios de una emoción. Él lo desechó rápidamente, sabiendo que sólo le haría débil.

—Nos asustas, Bane —dijo una voz desde atrás. Se giró para ver a Kopecz estudiándole con cuidado.

—Cuando estábamos concentrando la Fuerza a través de ti, se sentía como si tuvieras tus dientes en nuestras gargantas —continuó el twi'lek—. Como si estuvieras tratando de dejarnos secos.

—El poder del lado oscuro es más fuerte si se concentra en un recipiente —contestó Bane—. No disperso entre varios. Lo hice por el bien del lado oscuro.

Kopecz agitó su cabeza y subió a su aviador.

—Bueno, sabemos que no lo estabas haciendo por nosotros.

Bane le observó despegar. Entonces trepó sobre su propio aviador, pero en lugar de seguir a Kaan a la batalla trazó un rumbo de vuelta al campamento Sith. La primera fase de su plan para destruir la Hermandad estaba completa.

Cuando llegó de vuelta al campamento veinte minutos más tarde, no estuvo sorprendido de encontrarlo completamente desierto. Todos los Lords Oscuros habían estado en la meseta para el ritual, y habían volado tras el rastro de Kaan para enfrentar a

los repentinamente vulnerables Jedi. Los soldados, sirvientes, y seguidores que constituían el grueso del ejército Sith habían sido dejados atrás originalmente en el campamento, pero desde entonces habían recibido órdenes por comunicador de Kaan y los otros para que se unieran a ellos en el campo de batalla.

Bane llevó a aterrizar su aviador en el corazón del campamento, justo junto a la tienda de Lord Kaan. Apagó el motor y se sorprendió de escuchar el zumbido distante de otro aviador aproximándose. Miró arriba, curioso. Cuando se balanceó hacia abajo, reconoció al conductor.

El vehículo se dirigía abajo hacia él en una línea recta. Bane dejó que su mano cayera a su sable láser, preparado para desengancharlo en el momento. La Fuerza le inundaba, preparado para alzar un escudo protector si los blásters acoplados al frente del aviador abrían fuego.

Pero el aviador no atacó. En su lugar se balanceó un par de metros sobre su cabeza, bajó de forma abrupta, entonces llegó a aterrizar junto al suyo.

—No tienes necesidad de tu arma —dijo Qordis mientras desmontaba—. He venido con una oferta.

Dándose cuenta de que no había amenaza inmediata, Bane dejó que su mano cayera a su lateral.

—¿Una oferta? ¿Qué podrías tener para ofrecerme a mí?

—Mi lealtad —dijo Qordis, cayendo sobre una rodilla.

Bane miró abajo hacia él, su expresión una mezcla de horror, entretenimiento, y desprecio.

—¿Por qué me darías tu lealtad? —preguntó él—. ¿Y por qué debería yo siquiera quererla?

Qordis se alzó lentamente sobre sus pies, una sonrisa astuta en sus labios.

—No soy ciego, Lord Bane. Te veo hablar con Githany. Veo cómo estás minando a Kaan. Conozco el verdadero motivo por el que has venido a Ruusan.

Perplejo, Bane se preguntó si era posible que Qordis —el fundador de la Academia en Korriban, el más ardiente partidario de todo lo que estaba mal con los Sith— finalmente hubiera visto la verdad.

—¿Qué estás proponiendo exactamente? —preguntó él a través de sus dientes apretados.

—Sé qué le pasó a Kas'im. Se puso de lado con Kaan en tu contra. Pagó por esa decisión con su vida. Yo no soy tan imbécil. Sé que estás aquí para apoderarte de la Hermandad —declaró él—. Creo que tendrás éxito. Y quiero ayudarte.

—¿Tú quieres ayudarme a tomar la Hermandad? —se rió Bane; Qordis estaba tan ciego y desorientado como el resto de ellos—. ¿Reemplazar a un líder con otro, y tú y el resto de la Hermandad continuar adelante como antes? ¿Ese es tu plan brillante?

—Puedo demostrar serte de gran utilidad, Lord Bane. —Insistió Qordis—. Muchos de la Hermandad son antiguos estudiantes de mi Academia. Todavía me buscan por sabiduría y guía.

—Y ahí reside el problema. Bane golpeó con el lado oscuro, agarrando a Qordis en un inmovilizador agarre, aplastante. Su oponente trató de defenderse, alzando un campo para reflejar el asalto que llegaba, pero el ataque de Bane desgarró la insignificante defensa, barriéndola como si ni siquiera hubiera estado ahí.

Hubo un grito de dolor estrangulado de Qordis mientras la Fuerza se estrechaba a su alrededor y le elevaba del suelo.

—Tu *sabiduría* ha destruido nuestra orden —explicó Bane como si nada, observando cómo Qordis luchaba indefenso sobre él—. Has contaminado las mentes de tus seguidores; tú y Kaan les habéis llevado por el camino de la ruina.

—Yo… yo no lo entiendo —jadeó Qordis, apenas capaz de hablar mientras el aliento era apretado inexorablemente de sus pulmones.

—Ese ha sido siempre el problema —respondió Bane—. La Hermandad debe ser purgada. Los Sith deben ser destruidos y reconstruidos. Tú, Kaan, y todos los otros deben ser barridos de la faz de la galaxia. Es por eso por lo que he vuelto.

Un inicio de horror se esparció por los rasgos largos, demacrados de Qordis.

—Por favor —graznó él—, así… no. Libérame. Déjame… desenfundar mi sable láser. Deja que luchemos… como Sith.

Bane inclinó su cabeza hacia un lado.

—Seguro que sabes que podría matarte igual de fácilmente con mi sable láser como podría hacerlo con la Fuerza.

—Lo… sé. —La piel de Qordis se estaba volviendo roja, y su cuerpo estaba temblando mientras se acumulaba la presión. Cada palabra que hablaba le suponía un tremendo esfuerzo, aún así, de algún modo, el hombre moribundo encontró las fuerzas para hacer su última plegaria—. Más… honor… en… muerte… por… combate.

Bane se encogió de hombros indiferente.

—El honor es para los vivos. Muerto es muerto.

Un empujón final con su mente apretó el tornillo invisible. Qordis dejó salir un último grito, pero sin aire en los pulmones salió sólo como un jadeo traqueteante que se perdió bajo el golpear y crujir de sus huesos.

Si Bane todavía hubiera sido capad de tales emociones podría haber sentido pena realmente del hombre. Como era, simplemente dejó caer el cuerpo a tierra y entonces merodeó hacia el interior de la tienda de Kaan y el equipo de comunicaciones del interior. Era hora de iniciar la segunda fase de su plan.

* * *

En la plataforma del *Anochecer*, gran nave insignia de la flota Sith, la comandante en funciones, Almirante Adrianna Nyras, respondió a la frecuencia de contacto que llegaba del comunicador privado de su muñeca.

—Aquí la Almirante Nyras —dijo en él—. Espero sus órdenes, Lord Kaan.

—Lord Kaan no está aquí —respondió una voz poco familiar—. Aquí Lord Bane.

Ella vaciló sólo un segundo antes de responder. Kaan raramente dejaba a nadie más utilizar su transistor personal, pero en ocasiones ocurría. Y con la encriptación de seguridad en el equipo, era virtualmente imposible que nadie más toqueteara la frecuencia. El mensaje tenía que estar viniendo del campamento Sith, lo que significaba que realmente estaba hablando a uno de los Lords Oscuros.

—Perdóneme, Lord Bane —se disculpó ella—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Informe de estado.

—Sin cambios —respondió ella, su voz aguda con precisión militar y eficiencia—. El bloqueo está intacto. La flota Jedi todavía se cierne justo más allá de nuestro alcance.

—Enfréntenlos.

—¿Perdón? —preguntó ella, tan sorprendida que momentáneamente olvidó con quién estaba hablando.

—Ya me ha escuchado, Almirante —soltó la voz al otro extremo—. Enfrente a la flota Jedi.

La orden no tenía sentido. La última vez que Kaan le había hablado, le había ordenado mantener su posición a toda costa. Mientras mantuvieran su posición en órbita, su bloqueo sería virtualmente impenetrable. Si rompían la formación y atacaban a la flota Jedi, sin embargo, no serían capaces de evitar que las naves de entrega hicieran aterrizar refuerzos en la superficie.

Aún así, se le habían dado órdenes extrañas antes durante su servicio con los Sith. Había rumores de que Kaan tenía algún tipo de poder místico, alguna forma de influir en el resultado de una batalla a través del poder de la Fuerza que podía hacer que las estrategias tradicionales fueran abandonadas. Y si un Lord Oscuro le estaba dando una orden directa, utilizando el equipo de comunicaciones personal en la tienda de Lord Kaan, ella no iba a correr el riesgo de negarse a obedecer.

—Como usted ordene, Lord Bane —respondió ella—. Nos enfrentaremos a los Jedi.

* * *

El fuego llevó al General Hoth y a su ejército a los confines desde el refugio del bosque. Dejando la mayoría de sus suministros y equipo atrás, sus tropas corrieron a través de los árboles, un loco revuelo para escapar del calor y las llamas abrasantes. Aquellos que se tropezaban o caían eran instantáneamente tragados por la conflagración. De algún modo la mayoría conseguían mantenerse por delante de los fuegos mortales, finalmente irrumpiendo fuera de los bosques y en las llanuras rocosas donde tantas batallas se habían luchado ya.

Los Sith estaban ahí esperándoles.

La primera oleada de los seguidores de Hoth en salir del bosque fueron arrasados por el fuego de bláster. Aquellos justo por detrás, fueron capaces de sacar sus sables láser y reflejar muchos de los rayos mortales mientras corrían hacia las llanuras de fuera, sólo

para ser tragados por las multitudes de soldados Sith corriendo hacia delante para enfrentarse a ellos.

Aún superados en número, los Jedi aguantaron llevando hacia atrás a las filas de los Sith, rompiendo sus líneas y lanzándolos al caos y a la disgregación. Pero Hoth sabía que la trampa real aún tenía que saltar.

Abatiendo a cualquier enemigo lo suficientemente imbécil como para acercarse al alcance de su sable láser, el general podía percibir que estos no eran Sith auténticos. Los Lords Oscuros no estaban entre ellos: estas eran las hordas sin rostro, nada más que una distracción.

¿Dónde están? ¿Qué está tramando Kaan?

La respuesta llegó un instante más tarde cuando un batallón de aviadores se balanceó sobre el horizonte, desatando una barrera mortal sobre el campo de batalla. Guiadas por el poder del lado oscuro, las armas pesadas eran mortales en su precisión, diezmando las tropas de Hoth y cambiando el curso de la batalla de vuelta a favor de los Sith.

Hoth se había enfrentado a las probabilidades imposibles y había triunfado. Aún así, sabía que esta batalla estaba destinada a ser la última.

Pero hare un último aguante merecedor de historias y canciones, pensó desafiante, incluso aunque no quede nadie para cantarlas.

El mundo se disolvió en la niebla paralizante de la guerra. Los gritos y los sonidos de batalla se convirtieron en un rugido amortiguado, indistinguible. El espray de la tierra y piedra de los rayos bláster explotando en el suelo caía abajo desde arriba, mezclándose con el sudor y la sangre tanto de amigos como enemigos. Balanceó cada golpe como si pudiera ser su último, sabiendo que antes o después uno de los aviadores se centraría en él y se lanzaría en picado para acabar con él.

El aviador de Lord Kaan se abrió paso hacia atrás y adelante sobre los soldados arremolinándose en el campo de batalla de debajo, elevándose sobre el caos como un lúgubre pájaro de presa. Desde su punto de ventaja estaba claro que la batalla era suya. Aún así, aunque estaban mal equipados, superados en número, y sin armas, los Jedi lucharon valientemente hasta el amargo final. No hubo sombra de retirada, no hubo rotura de sus filas. No pudo evitar admirar tal coraje y devoción a una causa incluso en la cara de una muerte segura. Si sus propias tropas hubieran sido tan firmes en su lealtad y propósito, habría ganado esta guerra hace mucho tiempo. No era que carecieran de disciplina: los ejércitos Sith estaban tan bien entrenados como aquellos de los Jedi o la República. Simplemente carecían de convicción.

Demasiado a menudo su moral había sido mantenida junta sólo por la única fuerza de voluntad de Kaan, su meditación de batalla fortaleciendo su resolución cuando fuera que la situación parecía funesta o desesperada. Pero su meditación de batalla sólo podía hacer eso. Contra un ejército entero de Jedi a la guardia contra los poderes de la Fuerza de los Sith, podía hacer poco más que instigar una vaga sensación de intranquilidad. Una pequeña ventaja, pero una fácilmente superable. Aquí en la superficie de este mundo

miserable, la Hermandad de la Oscuridad y sus esbirros habían sido forzados a luchar con sus propios méritos, sin su intervención. Y demasiadas veces se habían quedado cortos.

Había habido ocasiones en las que se había cuestionado la habilidad de sus seguidores para tener éxito por su cuenta. Había instantes en los que se preguntaba si las tropas Sith se habían vuelto demasiado confiadas en la enorme ventaja de su meditación de batalla que se habían olvidado de cómo luchar eficientemente sin ella. Pero ahora, al fin, la victoria definitiva había sido lograda. Los Jedi estaban haciendo un último aguante, desesperado —uno glorioso de contemplar— aunque el resultado fuera inevitable. Sólo había una cosa por hacer para Lord Kaan antes de que la batalla terminara.

Continuó zigzagueando hacia atrás y adelante, disparando esporádicamente al enemigo de abajo mientras buscaba a su verdadera presa. Entonces al final lo vio: el General Hoth, en pie en el mismo centro de la refriega, rodeado de un baluarte de valientes aliados y un mar implacable de enemigos Sith que rompían contra ellos una y otra y otra vez.

Enfocando las armas de su aviador en su objetivo se lanzó hacia allí, intentando tomar la vida de su rival en un ametrallamiento espectacular. Pero un mero segundo antes de que disparara, una enorme explosión golpeó a su aviador, haciendo que virara a la izquierda. Sus disparos cavaron un profundo surco en el suelo a varios metros a la izquierda del general, dejándole milagrosamente sin dañar.

Hoth continuó luchando como si ni siquiera se hubiera dado cuenta, pero Kaan llevó su vehículo alrededor de forma aguda para ver qué había ocurrido. Antes de que completara el giro, otra explosión agitó el cielo junto a él, y vio uno de los otros aviadores escorando fuera de control y chocando contra el suelo.

Miró arriba, dándose cuenta de que estaban bajo ataque desde arriba. Un par de enormes cañoneros estaban descendiendo a la batalla, sus baterías haciendo explotar a los aviadores Sith del cielo uno a uno. En la parte inferior de cada nave, los colores del Maestro Jedi Valenthyne Farfalla eran claramente visibles.

¡Imposible! Maldijo Kaan en silencio. *¡No hay forma de que hayan roto a través del bloqueo! ¡No con naves como esas!* Aún así de algún modo lo habían hecho.

Otra serie de explosiones hizo caer tres aviadores pequeños más, y Kaan se dio cuenta de que era su ejército el que estaba siendo superado ahora. Los aviadores eran más rápidos y más maniobrables que los cañoneros Jedi, pero sus blásters no harían siquiera una mella en los cascos más fuertemente armados de los navíos más grandes.

Por un breve segundo pensó que había sido capaz de reunir a los otros Lords Oscuros. Si concentraban sus ataques, serían capaces de hacer caer a los cañoneros, aunque sus propias pérdidas habrían sido fuertes. Pero rechazó esa idea tan rápidamente como había llegado.

No era el único que se había dado cuenta de la llegada de refuerzos Jedi. Enfrentando a las probabilidades abrumadoras, los Lords Sith bajo su mando habían reaccionado de la única manera que entendían: auto-conservación a través de la huida. Casi la mayoría de los otros aviadores habían roto sus ametrallamientos y estaban ejecutando maniobras

evasivas, intentando sólo escapar con vida del campo de batalla. Y con sus Lords y Maestros huyendo del enfrentamiento, las hordas de soldados Sith en tierra rápidamente les seguirían. La victoria inminente iba a convertirse en una derrota desastrosa.

Maldiciendo viles blasfemias contra los Jedi y contra su propia gente, Lord Kaan sabía que sólo quedaba una opción. Zigzagueando y lanzándose para evitar un par de rayos que pretendían hacerle estallar desde el cielo, se unió a la retirada.

29

El general Hoth no pudo evitar ofrecer la cansada sombra de una sonrisa pese a los muertos y heridos que permanecían dispersos por el campo de batalla. Los Sith habían hecho saltar su trampa, y de algún modo el Ejército de la Luz había sobrevivido.

Reconoció los colores de Farfalla en los cañoneros que estaban ahora rodeando el campo, manteniendo a los rezagados Sith localizados bajo cualquier cobertura que pudieran encontrar hasta que las tropas de tierra pudieran rodearles y exigir su rendición. La mayoría fueron rápidos en obedecer. Todo el mundo sabía que los Jedi preferían tomar prisioneros a matar a sus enemigos, al igual que todo el mundo sabía que los Jedi trataban a sus prisioneros de forma humana. Lo mismo no podía decirse de los Sith, por supuesto.

Un pequeño convoy de aviadores personales estaba surgiendo desde los cañoneros, volando hacia abajo para unirse a los supervivientes en tierra. El general reconoció a Farfalla a bordo del aviador líder, incluso mientras Farfalla captó su mirada y bajó a aterrizar.

El Jedi más joven salió de su aviador, sin hablar pero extendiendo su mano a forma de un saludo cauteloso. Estaba vestido con las ropas tan brillantes y estrafalarias de siempre, pero por algún motivo no le molestaba a Hoth como antes. Hoth salió hacia él y le agarró en un firme abrazo, haciendo que Farfalla se riera sorprendido. Hoth sólo le soltó del abrazo feroz cuando Farfalla empezó a toser y a escupir.

—Saludos, Lord Hoth —dijo Farfalla una vez que fue liberado, haciendo una profunda reverencia y una floritura. Levantándose miró al campo de batalla, y su expresión se volvió más seria—. Lo único que lamento es que no pudiéramos haber llegado antes.

—Es un milagro que estéis aquí después de todo, Farfalla —respondió Hoth—. Tengo miedo incluso de preguntar cómo conseguisteis pasar el bloqueo, no sea que todo esto no sea más que un sueño febril de un hombre moribundo y condenado.

—Descanse tranquilo, General, soy bastante real. Y sobre cómo llegamos, es lo suficientemente fácil de explicar: los Sith rompieron las filas de su bloqueo para enfrentarse a nuestra flota. Con nuestras naves capitales atrayendo el foco de sus cruceros y Acorazados, fuimos capaces de mandar varios cañoneros a vuestra ayuda.

—¿Qué hay del resto de nuestra flota? —preguntó Hoth preocupado—. Los Sith casi doblaban el número de vuestras naves.

—Aguantaron por su cuenta lo suficiente como para que pasáramos a través del bloqueo, entonces se desunieron y se retiraron con sorprendentemente pocas bajas.

—Bien. —El general asintió. Entonces frunció el ceño—. Pero todavía no entiendo por qué se enfrentarían a vuestra flota después de todo. ¡No tiene sentido!

—Sólo puedo suponer que recibieron órdenes de hacerlo de alguien de aquí en la superficie.

—Kaan está al borde de barrernos —insistió Hoth—. La última cosa que haría es dar la orden de enfrentarnos.

Ambos Jedi se quedaron en silencio por un momento, cavilando las implicaciones de lo que había ocurrido. Finalmente Farfalla preguntó,

—¿Es posible que tengamos un aliado desconocido entre la Hermandad de la Oscuridad?

Hoth agitó su cabeza.

—Lo dudo. Es más probable que los Sith finalmente estén empezando a volverse los unos contra los otros. Era inevitable.

El Maestro Farfalla asintió de acuerdo.

—Ese es el camino del lado oscuro, después de todo.

* * *

Kaan estaba echando humo mientras su volador tocó tierra en la parte trasera del campamento Sith. ¿Cómo podía haber ido todo tan terriblemente mal en tan poco tiempo? Habían estado en la cúspide de la victoria, y ahora de repente estaban al filo de la navaja de la derrota.

Irrumpió por el campamento hacia su tienda, ignorando las miradas cuestionadoras de Githany y los otros. Querían una explicación, pero no tenía ninguna que dar. No aún. No hasta que tuviera un informe de estado de la Almirante Nyras. *¿Cómo rompió Farfalla a través del kriffido bloqueo?*

Su rabia era tan grande que no se dio cuenta del aviador de Qordis aparcado cerca de su tienda, o de las manchas de sangre esparcidas en el suelo cercano. Si lo hubiera hecho, podría haber buscado en el área y encontrar el cuerpo almacenado en la vegetación cercana. Pero toda la concentración de Kaan estaba centrada en alcanzar su tienda y el equipo de comunicaciones del interior.

Encontró a Bane allí esperándole, en pie tranquilo como una piedra.

—¿Tan pronto de vuelta, Kaan? —preguntó él—. ¿Qué le ocurrió a tu gloriosa batalla?

—Refuerzos —gruñó Kaan—. De algún modo Farfalla encontró una forma de romper a través de nuestro bloqueo.

—Yo le dije a tu flota que se enfrentara a los Jedi —dijo Bane, sus palabras tan como si nada como si hubiera estado hablando del tiempo.

La mandíbula de Kaan se abrió. Había sospechado de la traición, ¡pero no estaba preparado para que el traidor lo admitiera abiertamente!

—¿Pero… por qué?

—Quería a todos los Jedi aquí en Ruusan a la vez —respondió Bane.

—¡Tú maldito imbécil! —Gritó Kaan, moviendo sus brazos de forma alocada como si estuvieran siendo agarrados por unos espasmos incontrolables—. ¡La victoria era nuestra! ¡Teníamos a Hoth derrotado!

—Esa es tu meta, no la mía. Estoy tras un premio mucho más grande que la muerte del General Hoth. Él es sólo un hombre.

Kaan ladró una risa dura.

—Todos conocemos el premio que buscas, *Darth* Bane. Estás aquí para apoderarte de la Hermandad.

Bane se encogió de hombros de forma indiferente, como si no le importara que fuera de una u otra forma.

Parecía tan calmado, tan seguro de lo que estaba haciendo. Le llevó todo lo que pudo a Kaan evitar saltar hacia la garganta del hombre más grande. ¿Entendía lo que había hecho? ¿No podía ver que les había condenado a todos?

Kaan golpeó cansado contra una silla.

—Si les llevaste contra los Jedi, les llevaste a su masacre.

Ahora fue Bane el que se rió, una baja risa entre dientes, siniestra.

—Qué rápidamente has caído en la desesperación, Kaan. ¡Hace sólo unas horas estabas seguro de la victoria!

—Eso fue antes de que Farfalla y sus refuerzos llegaran —respondió Kaan—. Antes cuando teníamos las ventajas de los números y la superioridad del aire. Todo eso se ha ido, gracias a ti. No es posible que les derrotemos ahora.

—Yo puedo hacerlo —prometió Bane.

Kaan se sentó más firme en su silla. De nuevo estaba esa confianza desbordante. Bane sabía algo que él no. Algún truco.

—¿Otro ritual como el último? —supuso él.

—Conozco muchos rituales. Muchos secretos. Y tengo la fuerza para utilizarlos.

El terror agarró a Kaan.

—La bomba mental —suspiró él.

—¡Tu liderazgo ha fracasado! —Declaró Bane—. Ahora yo llevaré a la Hermandad por el camino de la victoria.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Kaan, sabiendo ya la respuesta.

—Puedes jurarme tu lealtad hacia mí con todos los demás —le dijo Bane—, o puedes morir aquí en esta tienda.

Lord Kaan sabía que no era rival para Bane, ni físicamente ni a través del poder de la Fuerza. Aún así no se iba a rendir tan fácilmente. No mientras todavía tuviera la astucia, el fraude, y sus talentos únicos de persuasión de su parte.

—¿De verdad crees que los otros te seguirán? —Preguntó él, presionando con la Fuerza para plantar las primeras semillas de duda en la mente de su rival—. Todavía están alerta de ti tras tu último ritual.

Un parpadeo de inseguridad pasó por los rasgos duros de Bane. Kaan aumentó la presión de su coacción y continuó hablando.

—La Hermandad trata sobre la igualdad, no sobre la servidumbre. Pedirle a los otros que se inclinen ante ti sólo les alejará… o les hará volverse en tu contra.

Él se alzó de su silla mientras Bane nerviosamente se acariciaba el mentón, sopesando los argumentos.

—¿Cómo crees que reaccionarán los otros cuando les diga cómo has orquestado la llegada de los refuerzos Jedi?

Los ojos oscuros de Bane parpadearon enfadados, y su mano fue a la empuñadura de su sable láser.

—Matarme no mantendrá tu secreto —le advirtió Kaan—. Los otros saben que no estabas en la batalla cuando llegaron las naves de Farfalla. Más de un par de ellos probablemente ya sospechen que tú les has traicionado.

Kaan presionó aún más fuerte con la Fuerza, tratando de retorcer y doblar los mismos pensamientos de Bane.

—Puede que seas el más fuerte de entre nosotros, pero no puedes derrotarnos a todos. No solo, Bane.

El hombre grande se tambaleó y se agarró la cabeza. Fue hacia la silla y colapsó en ella, la madera gruñendo bajo sus formas enormes. Se inclinó hacia delante, con las manos presionando con fuerza en su sien.

—Tienes razón —dijo a través de los dientes fuertemente apretados—. Tienes razón.

—Todavía hay esperanza, aún así —dijo Kaan, caminando y poniendo una mano reafirmante en el hombro amplio de Bane—. Sígueme y evitaré que los otros se vuelvan en tu contra. ¡Únete a nosotros en la Hermandad!

Bane asintió lentamente, entonces giró su cabeza para mirar arriba a Kaan con una expresión desesperada, sin esperanza en sus ojos.

—¿Qué hay de los Jedi? ¿Qué hay de sus cañoneros?

Kaan se irguió, lentamente liberando su agarre mental sobre el otro hombre.

—Podemos anular su superioridad aérea retirándonos a las cuevas —dijo él—. Conozco al General Hoth: nos seguirá. Y ahí desataremos la bomba mental contra ellos.

Bane saltó sobre sus pies ansioso. Kaan estaba complacido de ver que sus poderes de la persuasión de la Fuerza eran tan fuertes como siempre. Incluso Bane no era inmune a sus manipulaciones.

—¡Haré como usted diga, Lord Kaan! —exclamó él—. ¡Juntos destruiremos a los Jedi!

—Paz, Bane —apremió Kaan, extendiendo los zarcillos de una calma tranquilizante. Había anulado la amenaza a su posición que representaba Bane, pero sabía que el efecto era sólo temporal. En su momento, la hostilidad de Bane volvería, como lo harían sus sueños de usurpar el manto del liderazgo. Kaan necesitaba encontrar una solución más permanente.

—Desafortunadamente —dijo él—, todavía hay… complicaciones.

—¿Complicaciones?

—Puedo convencer al resto de la Hermandad para que perdone tus actos traicioneros, pero sólo después de que los Jedi sean destruidos. Hasta entonces tendrás que permanecer oculto a los otros.

La expresión confundida y herida en la cara de Bane era insignificante, pero Kaan estaba acostumbrado a obtener tales emociones crudas en aquellos a los que manipulaba.

—Llevaré a la Hermandad a las cuevas —explicó él—. Soy lo suficientemente fuerte para unir sus mentes y desatar el poder de la bomba mental sin tu ayuda. Tú te quedas aquí en la tienda hasta el anochecer, entonces te escapas del campamento. Permaneces a salvo fuera de la vista hasta que la acción esté hecha.

—¿Y una vez que los Jedi sean destruidos volverá a por mí?

—Sí —prometió Kaan, su voz solemne—. Una vez que los Jedi se hayan ido, volveré a por ti con toda la fuerza de la Hermandad. —Hasta ahí, al menos, era cierto. No podía dejar nada a las probabilidades; no subestimaría más a su oponente. Bane ya había sobrevivido a un intento de asesinato. Esta vez desataría todos los números de sus seguidores contra su enemigo.

—Haré como me ordena, Lord Kaan —respondió Bane, cayendo sobre una rodilla e inclinando su cabeza. Kaan se giró y marchó fuera hacia el campamento, dirigiéndose hacia su propia tienda donde las páginas que contenían el ritual de la bomba mental estaban bien ocultas.

Bane se quedó en la posición de súplica hasta que el Lord Oscuro estuvo bien fuera de la vista, entonces se irguió y se limpió el polvo de las rodillas con un ceño funesto. Había sentido los esfuerzos de Kaan por dominar su mente, pero no habían tenido más efecto que un cuchillo oxidado arañando las placas de piel de un jabalí polar haluriano. Aún así, había tomado la oportunidad y había realizado una actuación digna del mejor dramaturgo de Alderaan.

Kaan estaba convencido de que la bomba mental era la clave para la victoria Sith, e iba a hacer caer al resto de la Hermandad en su red de locura. La segunda fase del plan de Bane se había puesto en movimiento. Al anochecer del siguiente día todo se habría acabado.

* * *

En los perímetros del campamento Jedi, las patrullas rodeaban interminablemente a través de la noche, siempre vigilantes y observantes. No eran solo los ataques de los Sith contra los que se protegían, sino también de las invasiones de los seguratas flotantes, cubiertos de pelo.

Las anteriormente pacíficas y dóciles criaturas nativas de Ruusan se habían vuelto locas por el cataclismo que había barrido el bosque. Antes habían sido una visión familiar y acogedora: reuniéndose en grupos sobre los enfermos y heridos para proyectar imágenes de consuelo y sanación. Ahora salían de la penumbra de la noche en manadas terribles, infligiendo pesadillas retorcidas que traían sufrimiento, terror, y pánico a todos en las inmediaciones.

No había nada que las patrullas pudieran hacer salvo disparar a las atormentadas criaturas a la vista, antes de que pudieran esparcir su locura entre los Jedi. Una tarea funesta, pero necesaria, como tantas otras cosas aquí en Ruusan lo habían sido.

Afortunadamente, las patrullas habían logrado mantener a los seguratas a raya, y el humor dentro de los confines del propio campamento Jedi era uno de cauteloso optimismo. Tras la desesperación sin esperanzas de los pasados meses, su entusiasmo suave casi se sentía como una parranda de júbilo para el General Hoth.

Ya no eran los cazados, acobardados en las profundidades del bosque, sobreviviendo sólo mientras permanecieran ocultos. Los Jedi habían recuperado la ventaja: su nuevo campamento había sido situado en las llanuras abiertas en los bordes del mismo campo de batalla donde se había dado la vuelta a la guerra. Y ahora eran los Sith los que habían ido a ocultarse.

El general, aunque aún exhausto por la escapada desesperada de las llamas y la lucha que le siguió, rechazó dormirse. Había demasiados detalles por ver, demasiadas cosas que necesitaban su atención.

Además de organizar las patrullas para protegerse contra los seguratas, también tenía que supervisar la distribución de suministros frescos. Las naves de Farfalla habían entregado la desesperadamente necesitada comida, los packs médicos y las células de energías nuevas para los blásters y los escudos personales. Con la mayoría de sus otros almacenes perdidos debido al fuego salvaje antinatural que había devastado los bosques, el general quería asegurarse de que todas sus tropas estaban apropiadamente reequipadas y atendidas antes de que se concediera el lujo de descansar.

Se abrió paso a través de docenas de hogueras de campamento moribundas y veintenas de cuerpos roncando. Todavía andaban cortos de tiendas para las tropas, pero aquellos sin ellas estaban más que contentos de pasar las noches cálidas tirados en el suelo durmiendo bajo el cielo abierto.

—¡General! —llamó una voz, sorprendentemente fuerte en la noche de otra forma tranquila. Hoth se giró para ver a Farfalla corriendo hacia él, con los pies firmes pese a la oscuridad mientras saltaba sobre los soldados durmiendo de camino.

Deteniéndose para dejar que le cogiera, Hoth respondió a su ya de costumbre —aún así extravagante— reverencia con un asentimiento cortés.

—¿Tiene noticias, Maestro Farfalla?

El hombre más joven asintió excitado.

—Nuestros exploradores han avistado a los Sith en movimiento. Kaan les está llevando al este, hacia el pie de las montañas.

—Probablemente se dirija a las cuevas y a los sistemas de túneles —supuso Hoth—. Tratando de eliminar nuestra ventaja en el aire.

Farfalla sonrió.

—Afortunadamente, ya hemos hecho algún reconocimiento en el área. Conocemos la mayoría de los puntos de acceso principales hacia y desde la superficie. Una vez que vayan a los túneles podemos rodear las salidas. ¡Estarán atrapados!

—Hmmm… —Hoth se acarició su pesada barba—. No es probable que Kaan cometiera ese obvio error táctico —murmuró él—. Está tramando algo.

—Puedo ordenar a algunos de los exploradores que les sigan hacia los túneles y mantengan un ojo sobre ellos —sugirió Farfalla.

—No —dijo Hoth firmemente tras sólo un momento de consideración—. Kaan estará observante por espías. No enviaré a nadie de nuestra gente a sus manos para un interrogatorio.

—Quizás podamos hacerles pasar hambre —ofreció Farfalla—. Forzarles a rendirse sin ningún derramamiento de sangre más.

—Esa sería la mejor solución —admitió el general—. Desafortunadamente, no creo que podamos permitirnos ese tiempo. —Dio un suspiro profundo y un agitar cansado de su cabeza—. No sé por qué Kaan se está dirigiendo a las cuevas… sólo sé que tenemos que hacer algo para detenerle. —La resolución endureció su cara—. Haz sonar la trompeta y reúne a las tropas. Iremos tras él.

—No es que cuestione sus órdenes, General —empezó Farfalla, con tanto tacto como pudo—, ¿pero es posible que Kaan le esté atrayendo a una trampa?

—Estoy casi seguro de ello —concedió Hoth—. Pero es una trampa que va a hacer saltar antes o después de todos modos. Es mejor que no le dé tiempo para prepararse. Si tenemos suerte podremos cogerlo antes de que esté preparado.

—Como usted ordene, General —dijo Farfalla con otra de sus grandiosas reverencias. Entonces añadió—: Usted, sin embargo, debería dormir algo. Parece tan pálido y demacrado como uno de los Sith.

—No puedo dormir ahora, amigo mío —respondió Hoth, poniendo una mano pesada sobre el delicado hombro de Farfalla—. Estaba aquí al principio de esta guerra. Fui el que llevó al Ejército de la Luz aquí a Ruusan para enfrentarse a la Hermandad de la Oscuridad de Kaan. Debo ver el resultado de esto hasta el final.

—¿Pero cuánto más puede aguantar sin dormir, General?

—Lo suficiente, tengo el presentimiento de que esto acabará para mañana… de un modo u otro.

30

Las cuevas eran frías y húmedas, pero estaban lejos de ser oscuras. Los muros de roca y el techo estaban engarzados con cristales que atrapaban la tenue luz de los bastones de luz, reflejando y refractando su iluminación a través de la caverna. Pequeños embalses brillaban en el suelo, y enormes estalagmitas se proyectaban hacia el techo. Un bosque invertido de estalactitas colgaba hacia abajo. En algunos lugares, las protrusiones en el suelo y techo realmente se habían fusionado, unidas por siglos de depósitos de sedimentos de las gotas de humedad. Las enormes columnas eran magníficas: enormes, aún así al mismo tiempo delicadas y frágiles.

Kaan no tenía tiempo para maravillarse ante la belleza natural de sus alrededores. Sabía que los exploradores Jedi habían marcado sus éxodos hacia su refugio subterráneo. Y sabía que el General Hoth no esperaría mucho antes de ir tras él.

La caverna, aunque grande, estaba abarrotada con el resto de la Hermandad. Cada Lord Sith superviviente —con la notable excepción de Darth Bane— estaba reunido con él allí para hacer su último aguante. El resto de su ejército estaba protegiendo las entradas principales hacia los túneles subterráneos, con órdenes de contener el inevitable ataque Jedi tanto como fuera posible.

Finalmente aquellos del exterior serían superados, pero Kaan estaba confiado en que sus números retrasarían a Hoth lo suficiente para que el ritual de la bomba mental se completara.

—Reuníos alrededor —llamó a los otros—. Es hora.

Githany sabía que había algo muy mal con Lord Kaan. Había sospechado que algo iba mal cuando habían huido ante los refuerzos Jedi llegando. Cuando aterrizaron de vuelta en el campamento, Kaan había desaparecido en la tienda de comunicaciones, entonces reapareció momentos después y se había ido hacia su propia tienda sin decir ni una palabra. Pero cuando surgió de su tienda, la fuerza irresistible de su carisma estaba de nuevo en su sitio. Llegó a ellos no como un líder derrotado buscando hacer un enmiendo, sino como un héroe conquistador, desafiante e indoblegable. Se irguió orgulloso, la imagen del poder y la gloria.

Él les habló, su voz fuerte y sus palabras atrevidas, radiando autoridad. Él habló de liderarles en una unión de sus mentes, un ritual que superaría de lejos el que Bane había liderado hacía sólo unas horas. Les habló de un arma terrible que desatarían contra sus enemigos. Reavivó su fe y esperanza al revelar la existencia de la bomba mental.

Les había prometido la victoria, como lo había hecho muchas veces antes. Y, como siempre habían hecho en el pasado, la Hermandad le había seguido una vez más. Le habían seguido a esta cueva, aunque Githany no estaba segura de si habían sido llevados, o atraídos.

Ella le había seguido junto con todos los demás, impulsada por la pasión de sus palabras y la pura magnitud de su personalidad y presencia. Todos los pensamientos de que pudiera ser inestable o incapaz de liderarles habían sido olvidados en el intoxicante

peregrinaje a través de la noche al refugio de esta cueva. Una vez que alcanzaron su destino, aún así, la carrera exhilarante se había desvanecido, reemplazada por una escueta e innegable claridad. Y ella finalmente había visto la verdad revelada en la iluminación de los bastones de luz reflejados en los cristales de los muros de la caverna.

La apariencia y el atavío de Kaan no eran normales, aparte del polvo, mugre, y sangre de la batalla reciente. Pero ahora Githany podía ver una mirada alocada en sus ojos; estaban bien abiertos y salvajes y brillaban con una intensidad fiera, chispeando tan brillantes como los trozos de cristal a su alrededor. Aquellos ojos le traían recuerdos de la noche en la que había sorprendido a Kaan en su tienda. La noche que había visto su visión del retorno de Bane.

Había parecido desaliñado y frenético, perdido y confundido. Por un breve momento ella le había visto como realmente era: un falso profeta, incapaz de ver a través de sus propios engaños. Y entonces la visión parpadeante había desaparecido, olvidada hasta este instante.

Ahora, sin embargo, el recuerdo se mantenía regresando, y Githany sabía que estaba siguiendo a un hombre loco. La llegada de los refuerzos Jedi y la paralizante derrota habían hecho que algo dentro de él saltara. Kaan estaba llevándoles a su condena, y ninguno de los otros podía percibirlo.

Ella no se atrevió a hablar en su contra. No aquí en esta cueva, rodeado de su fanáticamente leales de nuevo seguidores. Quería colarse fuera, deslizarse en silencio fuera en la oscuridad más allá de la radiación de los bastones de brillo, y escapar de este destino horrible. Pero estaba atrapada por la multitud de cuerpos que surgían hacia delante a las órdenes de Kaan.

—Reuníos. Más cerca. Formad un círculo; un anillo de poder.

Ella sintió su mano agarrarla firmemente por la muñeca y tirar de ella de forma que su cuerpo presionara contra el suyo. Incluso en el frío de la cueva, su toque era gélido.

—Quédate a mi lado, Githany —susurró él—. Compartiremos este momento de exaltación.

En fuerte él gritó,

—Unid vuestras manos conforme debemos unir nuestras mentes.

Los dedos de su mano derecha se envolvieron alrededor de su izquierda, agarrándola en un agarre frío como el hielo e inquebrantable como el duracero. Uno de los otros Lords Sith tomó su otra mano, y ella sabía que toda esperanza de escapar se había ido.

Junto a ella, Kaan empezó a cantar.

Githany no era la única que percibía algo mal con Lord Kaan. Como todos los demás, Lord Kopecz había sido barrido en la excitación de la bomba mental. Se había animado como el resto de los demás cuando Kaan describió cómo destrozaría a los Jedi y aprisionaría sus espíritus. Y se había unido ansiosamente en la muchedumbre que le había seguido a la cueva.

Ahora, sin embargo, su fervor se desvaneció. Estaba pensando racionalmente de nuevo, y se dio cuenta de que el plan era totalmente demente. Estaban en la zona cero de

la detonación de la bomba mental. Cualquier arma lo suficientemente poderosa como para destruir a los Jedi les destruiría también.

Kaan les había prometido que la fuerza de sus voluntades combinadas les permitiría sobrevivir a la explosión, pero ahora Kopecz tenía sus dudas. La promesa apestaba a pensamiento de deseo nacido de una mente desesperada que rechazaba admitir la derrota. Si Kaan hubiera tenido esta bomba mental todo el rato, ¿por qué no la había utilizado antes?

La única respuesta lógica era que tenía miedo de las consecuencias. Y aunque Kaan, en su locura, pudiera haber dejado ir ese miedo, Kopecz todavía estaba lo suficientemente cuerdo como para aferrarse al suyo.

El resto de los Sith presionaron hacia delante en respuesta a la orden de Kaan, pero Kopecz luchó contra el impulso de la multitud y se movió en dirección opuesta. Ninguno de los otros pareció darse cuenta.

Un muro de cuerpos rodeó a Kaan, bloqueando gran parte de la luz de los bastones de luz. En las sombres, el twi'lek se movió cuidadosamente hacia la salida principal de la caverna, sorprendentemente en silencio por un largo rato. No se giró o miró atrás mientras entraba al túnel hacia la superficie, y aceleró el paso sólo cuando escuchó a la Hermandad empezar un canto lento, rítmico.

Escapar era imposible, por supuesto. Para entonces los Jedi ya habrían tenido todo el complejo de túneles rodeado. Pronto se enfrentarían a las tropas Sith de fuera en la superficie, tratando de romper a través de su barricada para ir tras Kaan y terminar la última gran batalla de Ruusan. Kopecz no sabía si lo lograrían a tiempo. Parte de él realmente esperaba que lo hicieran.

Al final, aún así, quería asegurarse de que no le importaba. Se uniría a los defensores en la superficie en un último aguante contra los Jedi. La muerte era inevitable; estaba dispuesto a aceptar ese hecho. Pero también sabía que era mejor morir de un sable láser o un disparo de bláster que ser atrapado por la detonación de la bomba mental.

El canto era simple, y tras repetirlo solo una vez a Kaan se le unió el resto de la Hermandad. Recitaron el catecismo poco familiar en un ritmo constante, regular. Sus voces rebotaban fuera de los muros de la caverna, las palabras antiguas mezclándose y remezclándose en el contrapunto mientras hacían eco a través de la cueva.

Githany podía sentir el poder empezando a reunirse en el centro del anillo, como un remolino feroz girando más y más rápido. Sintió el tirón de sus pensamientos conscientes mientras eran arrastrados hacia abajo, su consciencia, su mente, e incluso su identidad tragados en el vórtice. La fría humedad de la cueva se desvaneció, como lo hizo la reverberación de sus voces. Ya no podía oler el moho y los hongos creciendo en las esquinas ocultas, o sentir la presión de las manos que agarraban las suyas. Finalmente, el brillo de los cristales reflectantes y la pálida luz de los bastones de brillo se fundió.

Somos uno. La voz era de Kaan, aún así era suya, también. *Nosotros somos el lado oscuro. El lado oscuro es nosotros.*

Aunque ella ya no podía escuchar el sonido de su canto podía percibirlo, incluso mientras su mente se deslizaba más y más profundamente hacia el centro. Dándose cuenta de que pronto perdería tanto la habilidad como el deseo de liberarse del ritual de Kaan, trató de luchar contra lo que le estaba ocurriendo.

Era como nadar contra la implacable resaca del corazón del océano. Sintió las palabras de su mantra recurrente tomando forma física. Se envolvieron alrededor de su voluntad colectiva, atrapándola, dándole forma, y doblegándola en una forma rápidamente fusionándose…

Siente el poder del lado oscuro. Ríndete a él. Ríndete ante el todo unificado. Deja que nos convirtamos en uno.

Desde las profundidades de sí misma Githany invocó sus últimas reservas de resistencia. De algún modo fueron suficientes, y fue capaz de liberar su mente del conclave profano.

Ella se tambaleó hacia atrás con un jadeo, sus sentidos aplastándola como una inundación irrumpiendo a través de un muro de contención. La vista, el sonido, el olor, y el tacto volvieron todos a la vez, abrumando su mente frenética. La luz de los bastones de luz se había vuelto leve y tenue, como si estuviera siendo, también, tragada por el ritual. El canto continuó, tan fuerte ahora que realmente le hacía daño en sus oídos. La temperatura había caído tan abruptamente que era capaz de ver su aliento, y diminutos cristales de escarcha habían empezado a formarse en las estalactitas y por los bordes de los diminutos charcos y estanques.

De repente se dio cuenta de que ni Kaan ni nadie más tenía agarradas sus manos. Estaban todos en pie en el anillo, con los brazos alzados hacia su centro, ignorantes al mundo de su alrededor. Al principio, parecía como si no estuvieran agarrando nada, pero mientras sus ojos se ajustaban a la penumbra, captó una visión de una extraña distorsión en el aire.

Githany no pudo soportar mirarlo más que sólo un momento. Había algo terrible y antinatural en el tejido ondulante de la realidad, y entonces se dio la vuelta en horror.

Bane tenía razón, se dio cuenta ella. *¡Kaan nos ha traído a la ruina!*

Hubo un leve agarre en su mente. Un suave tirón que rápidamente se fue volviendo más fuerte, amenazando con atraerla hacia los otros. Ella se tambaleó lejos de la ceremonia profana y sus condenados celebrantes, entornando los ojos para ver su camino por el paso irregular.

Bane trató de advertirme, pero no le escuché. Sus pensamientos eran un batiburrillo caótico de arrepentimiento, desesperación, y miedo. Incluso mientras una parte de su cerebro la castigaba por su error, otra estaba forzándola a retroceder de la abominación que estaba siendo engendrada por la Hermandad.

Su retirada le llevó a una de las paredes de la caverna y ella la siguió, buscando una salida. La compulsión del ritual se estaba volviendo más fuerte. Ella podía sentirlo llamándola, invitándola a unirse a los otros y compartir su destino.

Ella no tenía ningún plan, ningún sentido de lo que estaba haciendo. Simplemente tenía que escapar, huir, salir. Alejarse de ahí antes de que fuera succionada de nuevo. Un pequeño espacio se abrió en la piedra: una angosta entrada al túnel lo suficientemente amplia para que se colara. Ella apretó su cuerpo contra la fisura, la piedra dentada cortando sus ropas y piel.

El dolor no era nada para ella. El mundo físico se estaba desvaneciendo de nuevo. Desesperadamente, Githany consiguió lanzarse hacia delante, chocando contra el suelo, entonces reptó frenéticamente con sus manos y rodillas bajo el túnel.

Lejos. Tenía que llegar lejos. Lejos del ritual. Lejos de Kaan. Lejos de la bomba mental antes de que fuera demasiado tarde.

* * *

Los soldados Sith protegiendo la entrada a los túneles subterráneos eran fuertes en número pero débiles en espíritu. Ofrecían sólo una resistencia simbólica a Farfalla y al resto de las unidades de avance Jedi que fueron tras ellos. La última batalla de Ruusan rápidamente se transformó en una rendición en masa, con el enemigo dejando caer sus armas y rogando por sus vidas.

Farfalla caminó entre sus tropas, supervisando la escena. El General Hoth estaba cerca tras el grueso del ejército. Estaría sorprendido de encontrar la guerra ya terminada cuando llegara.

—¿Cómo va? —preguntó Farfalla a uno de los comandantes de la unidad.

—Las tropas Sith nos superan en número tres a uno —respondió el comandante bruscamente—. Y están tratando de rendirse al mismo tiempo. Esto va a llevar un rato.

Farfalla le dio una risa de corazón y le golpeó en el hombro.

—Bien dicho —estuvo de acuerdo—. A veces creo que la gente sólo sigue a los Sith porque saben que nos los llevaremos vivos si pierden.

—No te atrevas a llevarme con vida, Farfalla —gorjeó una voz. Girando su cabeza agudamente, vio a un twi'lek fornido herido en el suelo.

El twi'lek herido luchó por ponerse en pie, y Farfalla estuvo sorprendido de ver que llevaba las túnicas de un Lord Sith. Su cara estaba tan cubierta de sangre chorreando, la mayoría suya propia, que le llevó un momento al Jedi reconocerle.

—Kopecz —dijo al final, recordándole de los días que ya habían pasado, antes cuando Kopecz había sido un Jedi—. Estás herido —continuó Farfalla, extendiendo su mano en una oferta de amistad—. Baja tus armas y podremos ayudarte.

La mano carnosa del twi'lek arremetió para abofetearla.

—Yo escogí mi bando hace tiempo —escupió él—. Prométeme muerte, Jedi, y te daré una advertencia. Te diré el plan de Kaan.

Una mirada a las heridas del Lord Oscuro le dijo a Farfalla que su enemigo no tenía mucho por vivir en cualquier caso.

—¿Qué sabes?

Kopecz tosió, atragantándose en la sangre que subía por su garganta.

—Prométemelo, primero —jadeó él.

—Te garantizo la muerte, si es lo que realmente buscas. Lo juro.

El twi'lek se rió, una espuma rosa burbujeaba de sus labios.

—Bien. La muerte es una vieja amiga. Lo que Kaan ha planeado es mucho peor. —Y le contó a Farfalla sobre la bomba mental, sus palabras mandando un escalofrío bajando por la espalda del Maestro Jedi. Cuando Kopecz acabó, inclinó su cabeza y tomó aliento profundamente para reunir sus fuerzas, entonces activó su sable láser.

—Me prometiste muerte —dijo él—. Deseo caer en combate. Si te echas atrás del todo, tú serás el que muera hoy. ¿Lo entiendes?

El Maestro Farfalla asintió con seriedad, encendiendo su propia arma.

Lord Kopecz luchó valientemente pese a sus heridas, aunque no era rival para un Maestro Jedi fresco y sin herir. Al final, Farfalla cumplió su promesa.

31

La escena que dio la bienvenida al General Hoth mientras su ejército se acercaba al campo de batalla era tan inesperada como acogedora. Se había preparado para una visión de lúgubre y sangrienta matanza, combate fiero sin ningún bando cediendo o pidiendo cuartel. Había imaginado que los cuerpos de los muertos estarían esparcidos, pisoteados bajo los pies de aquellos que todavía luchaban desesperadamente por continuar con sus vidas. Había llegado esperando ver una guerra.

En su lugar estaba atestiguando algo tan increíble que su reacción inicial fue una de sospecha. ¿Era un truco? ¿Una trampa? Sus miedos fueron rápidamente apaciguados cuando reconoció las caras familiares y sonrientes de otros Jedi a su alrededor.

Mientras supervisaba el resultado de la última batalla de Ruusan, su propia cara rompió en una sonrisa. Sólo había un puñado de muertos, y por sus vestimentas estaba claro que pocos de ellos habían servido en el Ejército de la Luz. La Mayoría de los enemigos habían sido tomados prisioneros: estaban sentados en calma en el suelo en grandes grupos, rodeados por Jedi armados. Aún así aunque los Jedi estaban vigilando de cerca a sus enemigos capturados, se estaban riendo y bromeando los unos con los otros.

Se extendió con la Fuerza, y sintió oleada tras oleada de alivio y júbilo surgiendo de las tropas de Farfalla. Los soldados bajo su mando fueron rápidos en sentirlo, también. Al ver la victoria obvia, rompieron filas y corrieron animando y riéndose para unirse a sus compañeros en la celebración. Hoth resistió el impulso de gritar una orden de reagruparse y simplemente les dejó ir.

¡La interminable guerra había acabado!

Pero mientras caminaba a través de las multitudes arremolinándose, aceptando los saludos y felicitaciones de sus seguidores, se dio cuenta de que algo iba mal. El campo de batalla estaba lleno de Sith plácidos, desarmados… pero no vio ni a un solo Lord Oscuro entre sus números.

La imagen del Maestro Farfalla corriendo a toda velocidad hacia él desde el otro extremo del campo hizo poco por aliviar su intranquilidad.

—General —dijo Farfalla, deteniéndose y jadeando para respirar. Golpeó en un rápido saludo. La ausencia de su típica reverencia extravagante alimentó aún más la preocupación acumulándose de Hoth.

—Debo haber tardado más en reunir mis fuerzas de lo que pensé —bromeó el general, esperando que su intranquilidad fuera simplemente paranoia fuera de lugar—. Parece que ya habéis ganado la guerra.

Farfalla agitó su cabeza.

—La guerra no ha acabado. No aún. Kaan y la Hermandad… los verdaderos Sith… se han refugiado en las cuevas. Van a liberar algún tipo de arma Sith. Algo llamado una bomba mental.

¿*Una bomba mental*? Hoth había oído mencionar tal arma hace tiempo, estudiando a los pies de su Maestro antes en el Templo Jedi en Coruscant. De acuerdo a los registros

legendarios, los Sith antiguos tenían la habilidad de forjar al lado oscuro en una esfera concentrada de poder y entonces liberar su energía en una única explosión, devastadora. Todos aquellos sensibles a la Fuerza —Sith y Jedi por igual— serían consumidos por la explosión, sus espíritus atrapados en el gran vacío creado en el epicentro de la detonación.

—¿Kaan está loco? —dijo el voz alta, aunque la propia pregunta era respuesta suficiente.

—Tenemos que evacuar, General —insistió Farfalla—. Alejar a todo el mundo lo más rápido posible.

—No —respondió Hoth—. Eso no funcionará. Si nos retiramos, Kaan y la Hermandad escaparán. No les llevará mucho reunir apoyo y empezar esta guerra de nuevo.

—¿Pero qué hay de la bomba mental? —exigió Valenthyne.

—Si Kaan tiene tal arma, explicó serio el general —entonces la utilizará. Si no aquí, entonces en cualquier otra parte. Quizás en los Mundos del Núcleo. Quizás en la propia Coruscant. No puedo permitirlo.

—Kaan quiere atestiguar mi muerte. Tengo que entrar a la cueva para enfrentarme a él. Tengo que forzarle a detonar la bomba aquí en Ruusan. Es la única forma de acabar esto de verdad.

Farfalla cayó sobre una rodilla.

—Entonces yo iré a su lado, General. Como lo harán todos los que me siguen.

Extendiendo sus manos fuertes, curtidas, el General Hoth tomó a Farfalla por los hombros y lo alzó sobre sus pies.

—No, amigo mío —dijo con un suspiro—, no puedes caminar en este viaje conmigo.

Cuando el otro empezó a protestar alzó una mano por silencio y continuó.

—Cuando Kaan libere su arma, todos dentro de esa cueva morirán. Los Sith serán barridos, pero no dejaré que eso ocurra con toda nuestra orden. La galaxia tendrá necesidad de los Jedi para reconstruir una vez que esta guerra se acabe. Tú y los otros Maestros debéis vivir para que guiéis y defendáis la República como lo hemos hecho desde su fundación.

No había una discusión real contra la sabiduría de sus palabras, y tras un momento de deliberación el Maestro Farfalla dejó caer su cabeza en una aceptación muda. Cuando miró arriba de nuevo había lágrimas en sus ojos.

—¿Seguro que no vas a ir solo? —protestó él.

—Ojalá pudiera —respondió Hoth—. Pero si lo hago los Lords Oscuros simplemente me derrotarán con sus sables láser. Eso no solucionaría nada. Kaan tiene que ver que su única opción es rendirse o… —él dejó el pensamiento en silencio.

—Necesitarás suficientes Jedi para convencer a la Hermandad de que una batalla física sería inútil. Al menos cien. Cualquiera menos y no detonarán la bomba mental.

Hoth asintió.

—No se le ordenará a nadie entrar conmigo. Pide voluntarios. Y asegúrate de que entienden que ninguno de nosotros saldrá jamás.

Pese al peligro, virtualmente cada miembro del Ejército de la Luz se ofreció voluntario para la misión. El General Hoth se dio cuenta de que no debería haberse sorprendido. Después de todo estos eran Jedi, dispuestos a sacrificarlo todo —incluso sus vidas— por el bien mayor. Al final hizo lo que sabía que haría todo el tiempo: él mismo escogió quién le acompañaría a una muerte segura.

Seleccionó exactamente a otros noventa y nueve para ir con él. La decisión era agonizantemente difícil. Si escogía menos, los Sith podrían ser capaces de luchar camino afuera de la cueva y escapar, sólo para detonar su bomba mental en otra parte. Pero cuantos más escogiera, más vidas Jedi estaría desperdiciando inútilmente.

Escoger quién iría con él era aún más difícil. Aquellos Jedi que habían servido a su lado más tiempo, aquellos que se habían unido al Ejército de la Luz al mismo principio de la campaña, eran los que conocía mejor. Sabía cuánto habían dado ya en esta guerra, y esos eran los últimos que querría llevar a su condena. Aún así esos eran los que tenían un mayor derecho a quedarse a su lado cuando el fin finalmente llegara, y cuando todo se hubo dicho y hecho así fue como hizo su selección. Aquellos con más experiencia irían con él; los otros retrocederían con Lord Farfalla.

Los cien Jedi —los noventa y nueve mas el propio Hoth— estaban nerviosos en la entrada de los túneles. El cielo arriba se estaba volviendo oscuro mientras la noche caía y las ominosas nubes de tormenta se arremolinaban. Aún así, el general no dio la orden de avanzar. Quería darle a Farfalla y a los otros tiempo suficiente para despejar. Si hubiera sido posible, habría ordenado a todos aquellos que no iban a la cueva dejar Ruusan. Pero no había tiempo. Simplemente tendrían que llegar lo más lejos posible, entonces esperar estar más allá del alcance de la bomba mental de Kaan.

Mientras las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, se dio cuenta de que no podía esperar más, y dio la orden de avanzar. Marcharon hacia dentro del túnel de forma ordenada, bajando a las cavernas lejos bajo la superficie del planeta.

La primera cosa de la que se dio cuenta Hoth mientras descendían, era lo frío que se volvió rápidamente el túnel, como si todo el calor hubiera sido succionado. Lo siguiente que sintió fue la tensión en el aire. Realmente palpitaba con un poder vasto, inimaginable justo apenas mantenido a ralla; el poder del lado oscuro. No se permitió a sí mismo pensar en lo que ocurriría cuando ese poder fuera liberado.

Avanzaron lentamente, alerta de trampas o de una emboscada. No encontraron ninguna. De hecho, no vieron señales de los Sith en absoluto hasta que alcanzaron la gran caverna central en el corazón del sistema de túneles.

El General Hoth lideró el camino, un bastón de luz en una mano y su sable láser desenfundado en la otra. Mientras caminaba hacia la caverna, su bastón de luz de repente parpadeó y se volvió muy tenue. Incluso la iluminación de su sable láser parecía morir, volviéndose la más fina tajada de incandescencia.

Mientras sus ojos se acostumbraban a las sombras densas, fue capaz de averiguar las formas de los Lords Sith en pie en un círculo al otro extremo de la cueva. Miraban hacia dentro, sus manos elevadas hacia su centro. Se erguían sin movimiento, sus bocas colgando abiertas, sus rasgos distendidos, sus ojos en blanco. Cuidadosamente, se aproximó a las formas quietas, preguntándose si estaban vivos, muertos, o atrapados en algún estado de pesadilla entre ambos.

Acercándose más pudo averiguar una única figura en el centro del círculo: Lord Kaan. No le había visto al principio; el centro del anillo estaba más oscuro que el resto de la cueva. Parecía haber una nube negra flotando sobre él, zarcillos de oscuridad tintada extendiéndose hacia abajo para envolver y retorcerse alrededor de él en un abrazo siniestro.

Una mirada al líder de la Hermandad y cualquier esperanza que tuviera el general de convencer a Lord Kaan de que atendiera a razones murió. La cara del Lord Sith estaba pálida y tensa; sus rasgos estirados como si su piel se hubiera vuelto demasiado tensa para su cráneo. Una fina capa de hielo cubría su pelo y pestañas. Su expresión era una de cruel arrogancia, y su ojo izquierdo temblaba y se retorcía incontrolablemente. Miraba justo hacia delante con una intensidad helada, sin parpadear e inmóvil mientras Hoth y sus Jedi lentamente llenaban la caverna.

Sólo después de que todos los Jedi estuvieran dentro habló.

—Bienvenido, Lord Hoth. Su voz era tensa y forzada.

—¿Estás tratando de asustarme, Kaan? —preguntó Hoth, caminando hacia delante—. No temo la muerte —continuó él—. No me importa morir. No me importaría que todos los Jedi murieran si significa el fin de los Sith.

Kaan giró su cabeza rápidamente de un lado a otro, sus ojos lanzándose hacia atrás y hacia delante por la cueva como si estuvieran contando los Jedi que se alzaban ante él. Su labio se curvó en una burla, entonces alzó sus manos.

El general hizo su movimiento, lanzándose hacia delante para tratar de acabar con la vida de Kaan antes de que pudiera desatar su arma definitiva. No fue lo suficientemente rápido. El Lord Oscuro juntó sus manos con fuerza… y la bomba mental explotó.

En un instante cada alma viviente en la cueva fue soplada de la existencia. Ropas, carne, y huesos fueron vaporizados. Las estalactitas, las estalagmitas, incluso las enormes columnas de piedra fueron reducidas a nubes de polvo. El eco retumbante de la explosión rodó por cada túnel, grieta, y fisura que llevaba fuera de la caverna mientras la oleada destructiva de energía empezaba a dispersarse.

Githany estaba atrapada en el laberinto de pasajes subterráneos. Al huir del ritual de Kaan había perdido sus pertenencias, y ahora vagaba sin rumbo hacia abajo kilómetro tras kilómetro de túneles naturales mientras buscaba en vano una salida hacia la superficie.

En la tenue luz de su bastón de luz vio una pequeña apertura a su izquierda y la siguió varios metros hasta que se convirtió en un callejón sin salida. Gritando una maldición, se giró y empezó a caminar de vuelta de nuevo.

Estaba furiosa. Furiosa con Kaan por llevar a la Hermandad al borde de la destrucción. Furiosa consigo misma por seguirle allí. Y furiosa con Bane. No había duda en su mente de que de algún modo él había orquestado todo esto. Había manipulado a Kaan y al resto de la Hermandad, dirigiéndoles hacia su propia destrucción. Aún así, esa traición no era lo que la llenaba de ira. Bane la había abandonado. La había hecho a un lado con los otros, dejándole morir mientras se iba a reconstruir a los Sith.

Delante de ella el túnel se ramificaba en dos direcciones. Se detuvo, atrayendo a la Fuerza para agudizar sus sentidos esperando encontrar alguna pista de qué camino tomar. Al principio no había nada. Entonces captó el más leve susurro de una brisa llegando desde el túnel de la izquierda. El aire olía fresco y limpio: ¡llevaba a la superficie!

Conforme corría arriba por el pasadizo, su frustración e ira se fueron. ¡Iba a sobrevivir! El suelo irregular empezó a inclinarse de forma aguda hacia arriba, y ella podía ver una sombra de luz natural lejos en la distancia. Ella redobló sus esfuerzos, y sus pensamientos volvieron a cómo se cobraría su venganza.

Tendría que ser sutil y astuta. Había subestimado a Bane demasiadas veces en el pasado. Esta vez sería paciente, sin golpear hasta que estuviera segura de que el momento era el correcto.

El primer paso era encontrarle y ofrecer ser su aprendiz. No había duda en su mente de que aceptaría. Necesitaba a alguien que le sirviera; era el camino del lado oscuro. Ella aprendería a sus pies, subyugándose a su voluntad. Llevaría años, quizás décadas, pero en su momento él le enseñaría todo lo que sabía. Sólo entonces, después de que todos sus secretos fueran suyos, ella se volvería en su contra. Ella se convertiría en la Maestra y tomaría un aprendiz para sí misma.

El escape estaba a menos de cincuenta metros cuando Githany sintió los primeros efectos de la bomba mental. Empezó con un temblor en el suelo. Su instinto inicial fue el miedo a un terremoto o un derrumbamiento que la enterraría bajo toneladas de polvo y piedras a la vista de la superficie. Pero cuando sintió el poder del lado oscuro precipitándose por el pasadizo hacia ella, se dio cuenta de que iba a sufrir un destino mucho más horrible. Aquellos en el epicentro de la explosión habían sido vaporizados. Atrapada en los bordes del radio de la bomba mental, Githany no tenía tanta suerte. La oleada de energía pura del lado oscuro barrería por encima de ella un instante después. Penetraba en ella como un viento terrible, succionando la esencia de vida de su cuerpo y desgarrando su espíritu de su cascarón corpóreo. Su carne marchita y encogida, sus rasgos hermosos momificados antes de que siquiera tuviera tiempo de gritar. Y entonces, tan rápidamente como había llegado, la ola había pasado. Por un momento helado su cascarón sin vida permaneció en perfecto equilibrio, antes de caer y golpear contra el suelo, desintegrándose en cenizas.

En la superficie a muchos kilómetros de distancia, Farfalla y los otros Jedi sintieron el suelo agitarse, y supieron que su general ya no estaba. Un momento después, sus mentes explotaron con los gritos torturados de los Jedi y Sith atrapados en la explosión, su fuerza vital desgarrada y succionada hacia el vacío en el corazón de la explosión.

Muchos de los Jedi lloraron de angustia, entendiendo qué gran sacrificio había sido el de sus camaradas caídos. Los espíritus de los muertos estaban unidos para toda la eternidad, para siempre, congelados en estasis.

El Maestro Valenthyne Farfalla, ahora líder de lo que quedaba del Ejército de la Luz, sintió la pena tan profundamente como cualquiera de ellos. Pero este no era el momento de lamentarse. Con el paso del General Hoth, la vara del comando era suya para cargar con ella, y había cosas que todavía necesitaban hacerse.

—Capitán Haduran, reúna un equipo —ordenó él—. Vamos a buscar en el área de dentro y alrededor de los túneles por supervivientes. —Sabía que ninguna criatura viviente podría haber soportado el poder de la bomba mental, pero era posible que un par de Sith hubieran huido antes de la detonación. Después de todo lo que se había sacrificado, no tenía ninguna intención de dejar que nadie de la Hermandad escapara.

El capitán le dio un rápido saludo y se giró para irse. Justo antes de que se fuera Farfalla añadió,

—Y haga que sus tropas mantengan un ojo sobre los seguratas. El último ritual Sith les llevó a la locura. Quién sabe qué les ha hecho este último.

—¿Y si los vemos, señor?

—Disparad a matar.

* * *

A muchos kilómetros en dirección opuesta, Darth Bane también sintió las vibraciones de la explosión. Percibió la oleada de energía del lado oscuro pasar sobre él, lo suficientemente fuerte para dejarle temblando incluso a esa distancia. Una vez que se hubo ido se extendió con la Fuerza para buscar quién podría haber escapado. Como esperaba, no sintió nada. Todos se habían ido: Kaan, Kopecz, Githany… todos ellos.

La Hermandad de la Oscuridad había sido purgada. Hasta donde los Jedi sabían, los Sith estaban ahora extintos. Bane pretendía mantenerlo así.

Él era el único Lord Oscuro de los Sith, el último de su tipo. La carga de reconstruir la orden caería sobre él. Pero esta vez lo haría bien. En lugar de muchos, sólo habría dos: un Maestro y un aprendiz. Uno para encarnar el poder, y uno para ansiarlo.

Para sobrevivir, los Sith tenían que desvanecerse, convertirse en criaturas de mitos, leyendas, y pesadillas. Ocultos de los ojos de los Jedi, podrían buscar los secretos perdidos del lado oscuro hasta que todo su poder fuera suyo para comandarlo. Sólo entonces —una vez que la victoria sobre sus enemigos fuera segura— desgarrarían el velo de sombras y se revelarían a sí mismos.

El camino por delante sería largo y difícil. Tomaría años o décadas antes de que pudieran golpear a la luz una vez más. Quizás incluso siglos. Pero Bane era paciente; entendía lo que estaba por venir y lo que debía hacerse. Aunque quizás él no viviera para ver el triunfo del lado oscuro, aquellos que le seguían continuarían su legado. Algún día

en el futuro distante, la República caería y los Jedi perecerían, y toda la galaxia se inclinaría ante un Lord Oscuro de los Sith. Era inevitable; era el camino del lado oscuro.

Satisfecho con que su trabajo en Ruusan estuviera hecho, empezó la larga caminata hacia donde había ocultado su nave. Sabía que los Jedi restante irían en busca de supervivientes, pero para cuando llegaran haría tiempo que se habría ido.

Aún así, una cosa le perturbaba. Para que todo esto pasara tenía que encontrar a un aprendiz apropiado. Uno poderoso en la Fuerza, pero aún así que no estuviera tentado por las enseñanzas de los Jedi. En alguna parte necesitaba encontrar a un niño merecedor de convertirse en heredero de todo el poder del lado oscuro.

EPÍLOGO

Rain se revolvía en su sueño, aún así no se despertó. Alguien la estaba llamando, pero no quería contestar. En su sueño podía imaginar que todavía estaba de vuelta en casa con sus primos, disfrutando de una vida simple pero feliz. Si despertaba, sabía que tendría que enfrentar la verdad: esa vida se había ido para siempre.

Despierta, Rain…

Se desvaneció en el momento en que el Jedi —el Maestro Torr, era su nombre— les había reclutado para unirse al Ejército de la Luz. Nunca había querido unirse realmente. Pero Bug y Tomcat, sus primos, iban ambos. Eran su única familia, y ella no quería que la dejaran atrás. Era joven —sólo tenía diez años— pero era poderosa en la Fuerza. Y por eso el Maestro Torr le había dejado ir también.

Les había dicho que les estaba llevando a Ruusan, donde se convertirían en Jedi. Sólo que eso nunca ocurrió. Su lanzadera había sido atacada tan pronto como entraron en la atmósfera. Lo siguiente que ocurrió fue sólo un borrón, pero ella recordaba una explosión y gritos. Un ala de la nave había sido desgarrada y de repente estaba cayendo. Los restos humeantes de la lanzadera se convirtieron en una mancha en el cielo sobre ella mientras iba en espiral fuera de control y caía abajo, abajo, abajo hasta…

¡Rain despierta!

¡Laa!, Laa la había salvado, y era Laa la que la estaba llamando ahora. Lentamente abrió sus ojos y se sentó, todavía grogui.

Rain durmió por mucho. Ahora Rain debe despertar.

—Estoy despierta, Laa —dijo ella al segurata que flotaba sobre ella. Laa le había salvado de esa caída, atrapándola mientras caía desde los cientos de metros sobre la superficie de Ruusan.

Malos sueños, Rain.

—No —respondió ella—. No malos sueños, Laa. Soñé que estaba de vuelta en casa. —Laa nunca le hablaba realmente; ella sólo escuchaba las palabras dentro de su cabeza. Se comunicaban a través del poder de la Fuerza, le había explicado una vez Laa. Pero siempre que Rain contestaba, decía las palabras en voz alta.

Malos sueños en camino.

Rain frunció el ceño, tratando de averiguar exactamente lo que Laa estaba tratando de decirle. A veces, cuando los seguratas hablaban de los sueños realmente querían decir otras cosas. A veces era como si los seguratas tuvieran visiones del futuro. Ella recordaba lo que Laa le había dicho justo antes de que todo el bosque hubiera estallado en llamas: *Malos sueños, Rain. Sueños de muerte*.

Los fuegos habían matado a la mayoría de los otros seguratas. Los supervivientes se habían vuelto todos locos. Todos excepto Laa. De algún modo Rain la había salvado. Ella había utilizado la Fuerza, escudándolas a ambas de la muerte ardiente y la destrucción, aunque no estaba del todo segura de cómo lo había hecho. De algún modo simplemente había… ocurrido. Ahora a ella y a Laa no les quedaba nadie salvo la una a la otra.

Malos sueños en camino, repitió el segurata.

Un par de horas antes había sentido algo extraño: el suelo retumbando bajo sus pies como si algo hubiera explotado muy, muy lejos. ¿Era esto de lo que estaba hablando Laa? ¿Era este el mal sueño? ¿O su amiga estaba tratando de advertirle sobre algo que aún no había ocurrido?

—No entiendo —dijo ella, mirando alrededor a los arbustos que rodeaban el claro donde se había tumbado a dormir. Ella no veía nada fuera de lo normal. No aún, en cualquier caso.

Adiós, Rain.

Hubo una pena dolorosa en las palabras de Laa que apuñalaron el corazón de Rain como un cuchillo, pero todavía no sabía de qué estaba hablando el segurata.

Antes de que pudiera preguntar, hubo un sonido desde los arbustos. Ella giró para ver a dos hombres que llegaban irrumpiendo en el claro. Ella podía decir de inmediato que eran Jedi: llevaban las mismas túnicas marrones que el Maestro Torr, y ella vio los sables láser colgando de sus cinturones. Cada uno llevaba también un gran rifle bláster.

—¡Segurata! —gritó uno—. ¡Cuidado!

Ellos reaccionaron tan rápidamente que sus movimientos no fueron más que un borrón mientras abrían fuego. Para cuando el grito salió de los labios de Rain, su amiga ya estaba muerta.

Ella todavía estaba gritando cuando el primer Jedi corrió hacia ella.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó él, agachándose.

Instintivamente, ella se lanzó a la yugular. No sabía cómo lo había hecho; ni siquiera era un pensamiento consciente. Ella solo sabía que había disparado a su amiga. ¡Había matado a Laa!

—¿Qué problema tie…? —Su voz fue cortada mientras ella golpeaba su cuello con la Fuerza. Los ojos de su compañero se abrieron como platos de horror, pero antes de que pudiera hacer cualquier otra cosa ella le había roto su cuello también.

Sólo entonces Rain dejó de gritar. En su lugar empezó a llorar, sollozos bien cargados que retorcían su cuerpo mientras ella trepaba para presionarse contra el pelo verde blando del cuerpo aún caliente de Laa donde había caído al suelo.

Bane la encontró ahí: una joven niña humana sollozando sobre los restos de uno de los seguratas nativos de Ruusan. Los cuerpos de dos jóvenes Jedi tumbados cerca, sus cabezas torcidas en ángulos obscenos con sus cuerpos. Le llevó sólo un instante averiguar que debía haber pasado.

La chica miró arriba hacia él mientras se aproximaba, sus ojos hinchados y rojos. Supuso que tenía nueve años, diez como mucho. Podía percibir el poder de la Fuerza ardiendo en ella, alimentado por el dolor y la ira y el odio. Incluso si no lo hubiera percibido, la Jedi rota a sus pies daba un testamento mudo a sus habilidades.

Él no habló, pero se quedó en silencio. El sollozo de la chica se detuvo. Ella sorbió por la nariz y se la limpió con la parte trasera de su mano. Entonces se alzó en pie y dio un paso tentativo hacia él.

—¿Quién eres tú? —exigió él, su voz profunda y amenazante.

Ella no se retiró ni huyó, aunque su respuesta fue vacilante.

—Me llamo Rain… quiero decir Zannah. Mis primos solían llamarme Rain, pero están muertos ahora. Zannah es mi verdadero nombre.

Bane asintió, entendiendo por completo. Rain: un sobrenombre, un nombre de la infancia y la inocencia. Una inocencia perdida ahora.

—¿Sabes quién soy? —preguntó él.

Ella asintió y dio otro paso hacia delante.

—Eres un Sith.

—¿No me tienes miedo?

—No —insistió ella agitando su cabeza, aunque Bane sabía que no estaba siendo completamente honesta. Podía percibir su miedo, pero estaba enterrado bajo emociones mucho más fuertes: dolor, rabia, odio, y el deseo de venganza.

—He matado a mucha gente —le advirtió Bane—. Hombres, mujeres… incluso niños.

Ella se estremeció pero mantuvo el terreno.

—Yo soy una asesina, también.

Bane miró por encima a los cuerpos Jedi, entonces volvió su atención de vuelta a la pequeña chica en pie desafiante ante él. ¿Era ella la elegida? ¿Le había llevado la Fuerza por esta ruta de vuelta a su nave? ¿Le había traído aquí en este momento exacto simplemente para que pudiera encontrar a su aprendiz?

Hizo la última pregunta, la más importante.

—¿Conoces los caminos de la Fuerza? ¿Entiendes la verdadera naturaleza del lado oscuro?

—No —admitió Rain, nunca bajando su mirada de la de él—. Pero puedes enseñarme. Soy joven. Aprenderé.

SOBRE EL AUTOR

DREW KARPYSHYN es el autor de bestsellers del New York Times de Star Wars: Darth Bane: Camino de destrucción y su secuela, Star Wars: Darth Bane: Regla de Dos. También escribió la aclamada serie de novelas de Mass Effect, y es un escritor/diseñador ganador de premios de videojuegos para BioWare. Tras pasar la mayor parte de su vida en Canadá finalmente se cansó de los largos inviernos, fríos y se dirigió al sur en busca de un clima más propicio para el golf durante todo el año. Ahora vive en Texas con su mujer, Jennifer, y su gato.

LIBROS POR DREW KARPYSHYN

Baldur's Gate II: El Trono de Bhaal

Temple Hill

Mass Effect: Revelación
Mass Effect: Ascensión

Star Wars: Darth Bane: Camino de Destrucción
Star Wars: Darth Bane: Regla de Dos
Star Wars: Darth Bane: Dinastía del Mal